

Muerte blanca

El tercer caso
de la agente Marian Dahle

UNNI LINDELL

Siruela/ Policiaca



Unni Lindell

Muerte blanca
El tercer caso de
la agente Marian Dahle

Traducción del noruego de
Lotte K. Tollefsen

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Cubierta
Portadilla
Muerte blanca
Créditos

Muerte blanca

Obituario
Aftenposten

Martin Egge

Martin Egge, director de la Policía Judicial, fue enterrado el jueves 6 de enero en el Crematorio-Este. Para muchos ciudadanos de este país, así como para los miembros de los cuerpos policiales, supuso una fuerte conmoción despertarse con la noticia de que había sido encontrado gravemente herido en un polígono industrial de Bryn, poco antes de la medianoche del 28 de diciembre, y de su posterior fallecimiento en el hospital de Aker al día siguiente. Egge, de 55 años, era un director muy querido en la Policía Judicial, y finalizó sus estudios en la Academia de Policía en 1980 con un brillante expediente. Después de trabajar unos cuantos años en la región vecina, se incorporó a la policía de Oslo en 1984. Martin Egge también había pertenecido a la junta directiva de la Asociación Noruega de Investigación y Seguridad. Durante varios años ejerció como investigador en la Brigada Criminal de Oslo, antes de ser requerido por la Policía Judicial en 2001 para incorporarse a un grupo de investigación especial. En 2005 fue nombrado director de la Policía Judicial, y se ganó el respeto de todos por su buen hacer como responsable de esta tarea. Aunque el cargo de director de la Policía Judicial es de carácter administrativo, y no requiere experiencia como policía, el hecho de que Egge la tuviera le convertía en alguien completamente entregado a su trabajo y con una gran empatía hacia sus colegas. Mostraba con satisfacción una gran confianza, comprensión y motivación en el cumplimiento del deber.

Estuvo implicado profundamente en la Asociación Noruega de Investigación y Seguridad, que vela por la dignidad y la ética en la policía, demostrando una gran capacidad de liderazgo. También debemos mencionar que fue campeón provincial de ajedrez en su juventud. Egge era un hombre que vivía dedicado a su trabajo y que, en privado, mostraba un carácter más bien silencioso y reservado. Un hombre de honor se nos ha ido.

Todos aquellos que deseaban despedirse de él llenaron la capilla. Políticos, destacados funcionarios y ciudadanos de diversa procedencia aguardaron pacientemente su turno para firmar en el Libro de Condolencias. La asociación de Policías de Oslo prendió antorchas y rindió homenaje a la bandera en el interior de la iglesia. Todos los cuerpos de policía vistieron su uniforme de gala. El funeral fue una manifestación de fortaleza, afecto y profunda aflicción.

Fueron muchos los discursos pronunciados junto al féretro. También el ministro de Justicia rindió homenaje al director de la Policía Judicial. Martin Egge era viudo, y no tenía hijos.

Halvor Lydersen, miembro de la Policía Judicial
Birger Maaum, jefe de la Policía de Oslo
Vivi Grode, jefa del Servicio de Inteligencia de la Policía
Jan Jansen, director de la Policía
Ingeborg Myklebust, comisaria

Unidad de Violencia de la Comisaría de Oslo

Tres meses antes, en octubre

La mujer obesa caminaba arrastrando los pies por el suelo húmedo cubierto de serrín. El color de su abrigo acolchado hacía que su cara abotagada adquiriera un tono blanco grisáceo. Las botas de nieve estaban deformadas. La presión de los gruesos muslos, que se rozaban al andar, separaba sus pantorrillas.

El bullicio de las voces y la porcelana tintineante se mezclaba con el olor a café y a ropa mojada. Se arrancó uno de los guantes con los dientes, abrió y cerró un par de veces los gruesos dedos, y echó un vistazo rápido a su alrededor. Sus ojos verdes estaban rodeados de densas pestañas de un blanco plateado. Dos señoras mayores, una con un gorro de punto y la otra con un pañuelo atado alrededor del cuello, levantaron la vista por encima de sus tazas de café y la miraron fijamente.

El rubor se extendió por la nariz y las gruesas mejillas de la joven. Sabía que hablaban de ella, de su sobrepeso y de su aspecto. Las mujeres bajaron la mirada, dejaron la taza sobre el plato y acercaron sus cabezas.

Cuando estuvo junto al mostrador de cristal, retiró de su frente la sucia media melena y estudió los pasteles y los bombones, dispuestos en una sucesión de pirámides. Vio su reflejo en el cristal.

Una camarera joven recogía una mesa. Quería pedir un café y tres o cuatro pasteles. Le apetecía sentarse a la mesa que estaba libre junto a la ventana, pero no soportaba las miradas de los otros clientes. Sería más fácil si sólo pedía un pastel pequeño, pero aun así sería horrible. Mejor comer directamente de la bolsa de camino a casa, como siempre, si es que conseguía mantener el equilibrio.

Cuando llegó su turno, señaló un pastel de coco con cobertura de color verde intenso y nuez picada y levantó dos dedos para indicar que también quería dos magdalenas rellenas de melocotón y azúcar glas. Mientras iban metiendo los pasteles en una bolsa, miró incómoda una mancha imperceptible en la pared justo detrás del hombro de la dependienta, que estaba sacando la segunda magdalena de la estantería con una pinza metálica. Entonces se le escapó. La pinza se cerró con un pequeño estallido. La magdalena cayó a

cámara lenta sobre una balda de cristal del interior del mostrador, rebotó hacia un lado, se perdió camino del suelo y rodó por él.

El azúcar glas se desprendía de ella como una pequeña nube. Fue entonces cuando, repentinamente, lo recordó todo. Las partículas del azúcar en polvo despertaron, por un momento, la imagen de *otra cosa* en el aire, antes de diluirse y desaparecer. En su interior escuchaba el eco de su voz de niña. Todo se precipitó por su conciencia, breves flashbacks giraban como pequeños relámpagos en su cerebro. *Ella, que fue la de paso más ligero, que cayó de rodillas junto a él. El dolor que atravesó sus rodillas cuando golpearon contra el suelo. Estaba boca arriba, con los labios separados y amoratados. Su peso contra su cuerpo. La redonda cabeza de bebé que se balanceaba, los bracitos que colgaban sin fuerza. Como si ya estuviera muerto. Corrió hacia su habitación con el peso del niño en sus brazos. Lo puso sobre la cama y apartó la colcha, acomodó su cabeza en la blanca almohada con cuidado y levantó la camiseta haciendo pequeños pliegues para escuchar su corazón.*

No había ningún sonido. En la ventana se habían formado rosas de hielo y estrías de escarcha junto al marco. Todos se hallaban a su alrededor; Mayla, su padre y el tío Hans. Su madre no estaba. Su padre lloraba. Ella quiso decirle: «Mira, papá, está vivo otra vez. Pronto aprenderá a caminar». Pero la muerte estaba en sus manos minúsculas de uñas blancas y en su cara, que ya no era un sol.

Al día siguiente su madre lo recogió todo; las camisetas, pañales y toallas desaparecieron de las baldas del armario y se tiraron, en cajas de cartón. Y la cuna de barrotes fue a parar al patio trasero. Allí estuvo mucho tiempo, llenándose de nieve, cubierta por un edredón con lunares de carbonilla hasta que el sol lo transformó en agua, que caía en regueros sobre la redonda tapa del desagüe, y desapareció.

El director de la Policía Judicial, Martin Egge, caminó deprisa hacia su Audi. El viento helado llegaba de todas partes y levantaba su cabello gris. Era 28 de diciembre. Las 12:40. El coche estaba aparcado junto al muro, que tenía brotes de pino. La nieve en polvo se deslizaba sobre el suelo, acumulándose junto a los cimientos de la sede de la Policía Judicial. Los marcos de acero de las ventanas alargadas estaban cubiertos de escarcha.

Entró en el coche y dio marcha atrás lentamente, se reclinó en el asiento y miró la fachada de ladrillo antes de salir de la zona. El edificio era grande. Daba cabida a quinientas personas, pero hoy no había casi nadie trabajando.

En la carretera principal sintió la desagradable inquietud que se había enquistado en su interior. Tenía frío y subió la calefacción. El aire aún frío de los respiraderos le atravesó el rostro.

Kari Helene, la hija de 24 años de uno de sus mejores amigos, acababa de enviarle un sms. *Tengo que hablar contigo, Martin. Te voy a contar lo peor de todo.* «Por fin», pensó él. Llevaba mucho tiempo intentando contarle algo. ¿Qué sabía en realidad? Le devolvió la llamada y le dijo que se acercara a su casa, pero entonces ella tuvo pánico, susurró que su madre estaba en casa y que su padre no debía enterarse de nada. Cuando le pidió que le dijera qué pasaba, ella contestó con voz grave y monótona. *Ya sabes, el pequeño Gustav...* Y ya no dijo nada más.

Tuvo miedo de que ella cambiara de opinión y la convenció para que quedaran al día siguiente después de las doce, en Pascal, donde solía comprar pasteles. Ella respondió que sí.

Todo había empezado unos meses antes, a principios de octubre. Un día la vio por la ventana del pasillo del sexto piso. Tenía una amplia vista de la red de carreteras y de las naves industriales que se sucedían una tras otra. Estaba abajo, en el aparcamiento, con el abrigo amarillo mostaza. El sol cubría el asfalto con frías sombras. El viento de otoño esparcía las hojas. Estaba aún más gruesa. Bajó en el ascensor. Ella le entregó un papel, una especie de recibo de una propiedad que, al parecer, tenía su padre en Mallorca. Luego tartamudeó. *Pasa algo con papá. Y algo más... Algo del tío Hans que he recordado de pronto.*

Lo dijo tan bajito que casi no lo oyó. Luego guardó silencio, se dio la vuelta y se alejó. No servía de nada insistir.

La gente que ha sufrido traumas psicológicos profundos puede recordar cosas de pronto, pero los falsos recuerdos también son una realidad, y Kari

Helene era muy inestable. Además, de todo aquello hacía mucho, mucho tiempo.

Martin Egge condujo por el túnel de Ekeberg. El climatizador soplabla aire caliente en las manos. Los pensamientos se habían adherido a su pecho como un dolor. Hans estaba preso en la penitenciaría de Ila, condenado por delitos económicos y narcotráfico. Le quedaban cinco años por cumplir. No era, en absoluto, el tipo de amistades que el director de la Policía Judicial debía tener. Había cortado todo contacto con él.

Al pasar junto a la Ópera, llamó a Irmelin Quist, la «mujer para todo» de la comisaría de Grønland.

–Soy Martin Egge –dijo, y oyó cómo ella contenía la respiración–, necesito pedirte que retires una carpeta del archivo. Un tal Gustav Bieler, un niño de diez meses que falleció el 8 de noviembre de 1994. ¿Lo puedes arreglar?

–Sí –respondió ella secamente.

–Estaré contigo dentro de diez minutos –contestó él, cortando la comunicación–. Algunos bebés sencillamente mueren –murmuró para sí frenando tras el coche que le precedía. Pero ¿por qué Kari Helene había dicho: *ya sabes, el pequeño Gustav*? Aquel día de invierno se parecía a éste, con una fina capa de nieve y varios grados bajo cero y, aun así, con niebla. En realidad no había sido un caso, sino sólo el seguimiento de la muerte repentina e inexplicable de un bebé. Como investigador había estado en escenarios de crímenes bastante peores, pero el hecho de conocer a los padres lo hacía especial. El niño muerto estaba sobre la cama con su hermana de ocho años casi tumbada sobre él, con la *au-pair* llorosa y el padre como testigos paralizados.

Fue él quien indicó que no había necesidad de practicar la autopsia al niño. El médico, basándose en lo que le habían contado, concluyó que no había indicios de criminalidad en la causa de la muerte, que había sido una muerte súbita.

Habían pasado dieciséis años. Era absurdo empezar a hurgar en ese asunto ahora. Sabía que debía mantenerse alejado.

Bajó el termostato. Notó que tenía las articulaciones entumecidas por haber quitado la nieve para Jorunn aquella mañana. Había vuelto a relacionarse con ella, quería favorecer que hablara, tal vez sabía algo más de todo aquello. Incluso había pasado la Nochebuena con ella y su familia. Entonces, cuando apareció un hombre extranjero, de nombre Arif, para recoger el código de una cerradura, él se dio cuenta de que sus sospechas podían ser fundadas.

El director de la Policía Judicial, Martin Egge, entró en el aparcamiento del sótano de la comisaría. Notó con alivio que la furgoneta blanca de Marian no estaba. Aparcó en un sitio libre, consultó el reloj y cogió el ascensor hasta la

recepción. Al ser Navidad, las ventanillas de entrega de pasaportes estaban cerradas. Se quedó haciendo algo de tiempo para que Irmelin Quist tuviera cinco minutos más para buscar el expediente. Dos hombres con aspecto de ser de Europa del Este hablaban con la recepcionista.

Pensó en el tal Arif. Según el informe de la sección de Crimen Organizado de la Dirección General de la Policía, había una evolución negativa en el número de delitos cometidos por ciudadanos procedentes de otros países. Cada vez había más robos en centros de reciclado, asaltos violentos a tiendas de electrónica, móviles, fotografía y almacenes de materiales para la construcción. A menudo tenían que ver con estafas con tarjetas de crédito. Noruega se había convertido en campo abonado para criminales extranjeros, pensó, volviendo a coger el ascensor.

Se enderezó el nudo de la corbata mientras salía del departamento, casi vacío, de la séptima planta.

Sabía que había puntos en común, pero eran como filas de fichas de dominó que caían una a una a través de muchas habitaciones, durante mucho tiempo. Era complicado. Hacía un par de semanas había insinuado a la jefa del Servicio de Inteligencia de la Policía que se sentía amenazado. Fue cuando se puso en contacto con la embajada de Polonia para investigar si tenían información sobre el abogado Marek Sitek. Marek Sitek había sido el defensor de Hans y también había llevado casos sospechosos de ciudadanos de Europa del Este en el sistema judicial noruego. Poco después le habían llamado desde un número oculto. En un noruego cristalino le habían ordenado que se ocupara de los asuntos que competían a su cargo. *Tú, como jefe de la Policía Judicial, no puedes llevar investigaciones privadas.* Quien fuera tenía toda la razón, pero no era capaz de dejarlo. Sobre todo no ahora que Kari Helene había insinuado algo que le indicaba que podía haber relación entre varios casos diferentes. Una historia terrible que empezaba con la muerte del bebé y que podía no haber terminado aún.

¿De dónde salía el tal Arif? Criminales sin identificar controlaban todos los campos: drogas, delitos económicos y tráfico de personas. La Policía Judicial tenía graves problemas de capacidad como consecuencia de las tareas que se les encomendaban desde las más altas instancias. Los expertos necesitaban mil millones de inversión en equipos informáticos para poder mantener la delantera al crimen organizado.

El fax de Corona debía llegar ese día o el siguiente. Cuando lo recibiera, podría pasarle el caso a otro y dejar que el departamento pertinente siguiera con la investigación. Debía ser profesional. Por supuesto que Corona sólo era un alias, un hombre a la sombra que nunca daría a conocer su verdadera identidad. En realidad no tenía ninguna importancia.

Irmelin Quist le dio el expediente.

–Lo he cogido del archivo. No lo sacarás de la comisaría, ¿verdad?

Martin Egge abrió su gabardina y miró a la estricta funcionaria. Tenía el pelo corto, blanco como la nieve, y unos ojos azul hielo. Documentos en fundas de plástico y archivadores rojos, azules y negros se alineaban con precisión en las estanterías de una de las paredes. Sonrió mientras firmaba el recibo de la carpeta prestada.

–La sección está tranquila hoy, por lo que veo. La tendrás de vuelta mañana por la mañana. Que sigas teniendo una feliz Navidad.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, pasó por las oficinas vacías con mamparas acristaladas y fue hacia el ascensor.

Marian Dahle resbaló, pero recuperó el equilibrio. Hacía mucho tiempo que no entrenaba. El viento onduló la superficie gris del agua que, por algunas partes, estaba congelada en fragmentos de hielo que arrastraba la corriente. Los bordes parecían encajes helados. El viento flagelaba sus mejillas frías. Corría en línea recta por las rocas de la playa de Huk. Birka, su bóxer marrón oscuro, correteaba delante de ella, olisqueando en todas las direcciones.

Pensaba en Martin. El policía que la salvó aquella noche horrible. Ella tenía 16 años y su madre adoptiva había intentado acuchillarla. Después de aquello él se había convertido en su *tutor*. Eso fue mucho antes de que llegara a ser el director de la Policía Judicial. Se parecían tanto, ella y Martin. Los dos preferían estar solos, pero seguramente a él le gustaba la gente un punto más que a ella. Tenía unos pocos amigos, pero nunca hablaba de ellos. Había dicho que no a pasar la Nochebuena con él. Estuvo sola con Birka en el piso de la calle Hesselberg. Intentó hacer un costillar asado, pero fracasó y acabó tomando dos albóndigas, patatas con salsa y col agridulce. Y vino tinto. Estaba de guardia, pero no llegó ningún aviso de asesinato. Sólo recibió dos regalos de Navidad y los dos eran de él: un chándal caro y bonito y un libro que llevaba por título *Policías y ladrones*. Ella le había regalado dos manuales de gimnasia con las tapas de color azul intenso. Estuvo en su casa de la calle Solveien ayer. Los libros estaban sobre la butaca desde la que veía la televisión. Habían charlado sobre el trabajo y sobre la profesión de policía en general, como era habitual entre ellos. Era una profesión masculina y competitiva, una eterna carrera para obtener resultados. Martin rió en voz alta cuando le contó que una compañera del departamento de Orden Público, en el que trabajaba antes de ser transferida al departamento de Cato Isaksen, se había quejado del comentario soez de un compañero. Tendría que pasar de eso si quería sobrevivir en la policía.

Ella trabajaba en la sección de Delitos Violentos en Grønland. Martin, en Bryn. La Policía Judicial debía dar apoyo a la policía en casos graves. No sólo en Oslo, sino en todo el país. Además de ayudar a los cuerpos de policía local en temas técnicos y tácticos en caso de asesinato, cada vez tenían más cosas que hacer, sobre todo a causa del crimen organizado de origen extranjero. La investigación se iba convirtiendo en una parte fundamental de su rutina diaria. Martin hablaba obsesivamente de ello. Parecía estresado.

En cierto modo, tenía la impresión de que había *algo* que él quería contarle, pero no decía nada. Ella estuvo a punto de confiarle que, en ocasiones anteriores, le había pedido informes a Irmelin Quist y se los había llevado a

casa. Estaba estrictamente prohibido. Los archivos incluían documentos originales. También se había quedado con un colgante, un pequeño corazón de plata que un asesino le había entregado, y en otra ocasión se había probado un viejo vestido frente al espejo de su recibidor. El vestido era una prueba y había pertenecido a una joven violada y asesinada muchos años atrás. Tenía manchas de sangre y de semen, y estaba abierto por las costuras. Cato Isaksen se presentó en su casa de improvisado y casi la pilla.

Se marchó de Solveien con un intenso ardor de estómago. Al llegar a casa, empezó a limpiar el salón, fregó el suelo, tiró dos plantas secas y frotó con limpiacristales la pantalla del televisor. Afortunadamente tenía que trabajar en Nochevieja. Martin aún no la había invitado. Era un poco extraño: siempre solía invitarla, y ella siempre contestaba que no.

Las huellas iban en zigzag frente a ella, sobre la delgada capa de nieve. Se agachó y recogió un palo.

—Aquí, Birka.

Un vaho helado salía de su boca. Tiró la madera al aire, sobre la playa invernal. La perra saltó tras ella y volvió orgullosa con el palo húmedo y gris en la boca. Marian lo lanzó otra vez. Su jefe, Cato Isaksen, le había regalado una botella de vino por Navidad. Se alegró porque sabía que los chicos del equipo, al principio, se habían divertido llamándola bomba de hormonas premenstrual. Llevaba siete meses trabajando para Cato, y la estrategia de corresponderle con la misma moneda definitivamente era la apropiada. Esbozó una sonrisa al recordar cómo reaccionó la vez en que ella llamó arpías a Roger y a él. Era dura, no obstante de vez en cuando salía corriendo a encerrarse en el baño y se sentaba encogida sobre la tapa del inodoro para tranquilizarse. Después, se lavaba la cara con agua fría, se colocaba la ropa y volvía al despacho que compartía con Randi Johansen.

Deslizó la mirada sobre el agua. Ni siquiera un océano serviría de nada. Nunca conseguía *alejarse*, aunque no tuviera ningún contacto con sus padres adoptivos. De eso hacía dieciocho años.

Odiaba las fiestas. La Fiesta Nacional del 17 de mayo, Nochevieja y Nochebuena eran las peores. El alivio que sentía el 1 de enero era inmenso año tras año. Dolía pensar en cómo lo pasaban *todos los demás*. Todos los demás estaban en un lado y *ella*, Martin y sus padres adoptivos, en el otro. Una vez su madre adoptiva bebió hasta quedar sin sentido; había estado fumando en la cama. Se inició un incendio. Marian tenía 9 años. Los gritos de su padre la despertaron bruscamente. Él maniobraba intentando sacarla de la cama. Su madre siempre insultaba a su padre y le decía barbaridades. Le destrozaba los nervios. Aun así consiguió salvarla. Luego apagó las llamas de los edredones con el extintor y se dejó caer al suelo. Lleno de desprecio hacia sí mismo alargó

la mano hacia ella, pero Marian se apartó. No quería contagiarse. Y cuando su madre despertó en la terraza, gritó:

—¿De qué va a servir?

Nada servía, pero Marian había aprendido a afinar sus antenas para detectar catástrofes. Podía sintonizar frecuencias desconocidas para la mayoría. Por eso, en los dos casos que hasta la fecha había solucionado con Cato, había ido por delante, o pisando los talones a los asesinos. Había detectado los pensamientos y las mentiras de los criminales, se había puesto en su lugar sencillamente analizando cómo se hubiera comportado ella.

Greta Bieler estaba sentada en el salón de la mansión de la calle Inkognito con la mirada puesta en la puerta cerrada del dormitorio. Había tres puertas seguidas: una llevaba a la gran cocina; la otra, a la pequeña biblioteca; y la tercera, a la habitación de su hija.

Desplazó la mirada hacia su propio reflejo en la pantalla del televisor y se revolvió el pelo rubio. Los rizos de la permanente se estaban esfumando. Tenía que hacer un esfuerzo y cuidarse más. Sus antebrazos estaban fofos y la falda ya no se ajustaba bien sobre el vientre. Observó su piel clara. Sus ojos eran bonitos, de un verde extraño que cambiaba con la luz. No era llamativamente guapa, el rostro era demasiado ancho para resultar perfecto y había dejado atrás la primera juventud. Pero tenía una boca preciosa y dientes uniformes, aunque algo grandes.

Cuando la puerta se abrió de golpe, se asustó y se levantó deprisa. Su hija, envuelta en una bata rosa gigantesca, llenó por un momento el hueco de la puerta. Lanzó a su madre una breve y fría mirada antes de entrar pesadamente y descalza en el salón.

—¿Qué haces durmiendo en pleno día?

«Un poco de rímel ayudaría bastante», pensó Greta Bieler mirando sus pestañas claras. Su hija anduvo oscilante por la alfombra persa. Fuera hacía sol. Su sombra cubrió la pared. Parecía un dibujo animado.

La joven se detuvo y se giró lentamente hacia su madre. Sus enormes manos deformaban los bolsillos de la bata.

—Hoy no necesitas ir a Pascal, ¿verdad, cielo? —sonó más a orden que a ruego.

Greta Bieler sintió cómo el desánimo la cubría como un manto asfixiante. Echó un vistazo rápido a sus uñas primorosamente pintadas.

—El pequeño Gustav no murió... en su cuna. El pequeño Gustav estaba... en el suelo.

Greta Bieler miraba fijamente a su hija.

—¡Kari Helene!

—Lo recordé todo... hace unas semanas..., mamá.

Greta Bieler esbozó una sonrisa:

—Me alegro mucho de que me hables, pero no sé qué quieres decir.

—Mañana voy a... encontrarme con Martin, en Pascal.

—¿Que vas a hacer qué? ¿Por qué? —Greta Bieler tragó saliva y cruzó los brazos—. Tus fantasías se han disparado, no debes pensar en lo que ocurrió, cariño. Hace tanto tiempo...

–El tío Hans estaba... aquí. Papá... tiene una casa en Mallorca. Tú no ganas mucho.

–No, no gano nada con la tienda –Greta Bieler dejó caer los brazos–. Gustav sencillamente murió, cielo. No tiene ninguna importancia si murió en su cuna o en el suelo. Y por supuesto que Hans no estaba aquí.

–La tienda... ¿es una... tapadera, mamá?

–¿Qué quieres decir? Es una forma de llenar mi tiempo, cielo.

«Mantén la calma», se dijo Greta Bieler a sí misma. Alterarse sólo empeoraría la situación. Todos estos años habían intentado proteger a Kari Helene, que sufría fuertes cambios en su estado de ánimo. Podía llegar a ser agresiva y difícil.

–No fue... por mi culpa, mamá. El tío Hans estaba aquí.

–Nadie ha dicho nunca que fuera por tu culpa.

–Sí, papá lo ha dicho. Pero el tío Hans estaba aquí, mamá. Puedes hablar con Mayla. ¿Qué ocurrió... con el tío Hans?

–Sabes perfectamente que Mayla se marchó hace dieciséis años, cielo. Te voy a contar lo que le pasó al tío Hans, pero no tiene nada que ver con el pequeño Gustav. Está en la cárcel.

–Había polvo tirado por la alfombra persa. Fui yo... quien levanté...

Greta miró fijamente a su hija y supo que decía la verdad. Tragó saliva, inclinó la cabeza y volvió a cruzarse de brazos. La certeza había estado en algún lugar recóndito de su mente. Cerró los ojos para hacer desaparecer la imagen de su hijo.

–No debes hablar de esto con Martin, Kari Helene. Ya no tenemos ningún contacto con él.

Kari Helene se dio la vuelta y fue hacia el baño arrastrando los pies.

Greta Bieler se acercó a una de las altas ventanas. Sintió que las piernas le temblaban al poner su fría mano sobre el muslo. Miró hacia el patio que compartían con el edificio vecino. La mansión estaba adosada, como un ala, a uno de los muros del edificio y tenía su propio jardín separado por una valla de madera. Sobre ella se apoyaba un seto de espino desnudo entretejido por hiedra seca cubierta de escarcha. La hierba estaba amarilla bajo una fina capa de hielo con algunos cúmulos dispersos de nieve helada. Alrededor del desagüe había un círculo marrón, el hielo se había fundido y dejaba ver los adoquines del patio.

No estaba allí cuando ocurrió, llegó a casa en el momento en que la ambulancia salía por el portal. Miró con dificultad a través del cristal helado de la puerta y vio que un hombre vestido con una bata blanca sostenía al pequeño Gustav sobre su regazo. Gritó y golpeó la puerta trasera hasta que la abrieron. Entró arrastrándose, de rodillas, agarró al niño y apartó al hombre de un empujón. Luego se dejó caer sobre un banco plegable y estrechó a su hijo contra ella, puso los labios sobre su frente fría. Estaba rígido y azul, como un

muñeco fabricado con un material cuyo nombre desconocía. Tuvieron que arrancárselo de los brazos en el hospital. No recordaba nada más, sólo que cuando volvió a casa la au-pair había desaparecido. John Gustav le había pedido que se marchara. Fue ya muy entrada la noche, después de que por fin su hija se quedara dormida tras llorar sin parar durante seis horas, cuando su marido le contó, sollozando, que Kari Helene había asfixiado a Gustav con un cojín del sofá.

El panel de madera del recibidor desprendía un olor intenso. Le llegaba un aroma a moho casi imperceptible. Los olores estaban allí para provocar recuerdos antiguos. Martin Egge fue a la cocina y lanzó la gabardina sobre el respaldo de una silla, llevó la carpeta al salón y la dejó sobre el escritorio, que ya estaba lleno de papeles.

Se lavó las manos en el baño mirándose fijamente en el espejo, cubierto de salpicaduras de dentífrico. El malestar no dejaba de pinchar. *Tengo que hablar contigo, Martin. Te voy a contar lo peor de todo.* Se secó las manos y volvió al salón.

Las habitaciones parecían habitadas por una cierta tristeza. El árbol de Navidad que había decorado parecía mustio.

Los muebles y las alfombras se habían desgastado y descolorido con el paso del tiempo. Miró un momento por el gran ventanal del salón. La piscina estaba medio llena de nieve. No había hecho ningún cambio desde la muerte de Marit, pero esta primavera tiraría algunas de las cosas más viejas.

Habían formado una pandilla. Hans, John Gustav, Finn y él. Marit y él fueron los primeros en casarse. John Gustav lo hizo un par de años más tarde, y al año siguiente fueron Hans y Jorunn. Finn seguía soltero. Sólo John Gustav y Greta tuvieron hijos. Primero Kari Helene y, siete años más tarde, el pequeño Gustav. Habría cumplido dieciséis años.

Se puso las gafas de cerca y se sentó en la silla de pino. Las rodillas chocaban con los cajones del escritorio y le obligaban a sentarse de lado. Sacó el certificado de defunción del sobre marrón. Eran dos hojas. Sobre una de ellas habían pegado la esquila del niño. Sus ojos recorrieron rápidamente la otra página, la descripción de lo que había ocurrido. Decía que, al parecer, el niño se hallaba tumbado boca abajo en la cuna, en la habitación de sus padres, cuando su hermana lo encontró muerto. Ella lo cogió y lo llevó a su habitación. El médico de urgencias del hospital concluyó que no había ocurrido nada sospechoso, que era un caso de muerte súbita provocada por falta de oxígeno. Nuevos estudios demostraban que debía evitarse que los bebés durmieran boca abajo.

Martin Egge golpeaba rítmicamente con los dedos la madera de pino. Gustav había sido un niño muy bello. Oía en su interior la voz baja de Kari Helene: *Pasa algo con papá. Y algo más... Algo del tío Hans que he recordado de pronto. Ya sabes, el pequeño Gustav...*

Se levantó y puso la silla en su sitio. Cada vez que pasaba con el coche junto

a la zona de juegos del colegio, pensaba en los hijos que nunca tuvo.

Volvió a meter el certificado de defunción y la hoja con la esquila en el sobre, y lo dejó sobre el resto de papeles.

Fue a la cocina, puso la cafetera y sacó un paquete de pan tostado de la despensa. Cogió una rebanada, untó una gruesa capa de mantequilla y llevó la taza de café y el plato al salón. Movi6 dos piezas del tablero de ajedrez. Sobre la butaca estaban los manuales. Era tan típico de Marian... Todo trataba de cómo ser fuerte, de hacerse aún más fuerte. Sintió alivio cuando ella le dijo que no a pasar la Nochebuena con él, así podría decirle que sí a Jorunn.

Era un cobarde. No había tenido valor para hablar a Marian de Juha y Kari Helene, de contarle que, además de a ella, tenía dos niños más del “lugar del crimen”. Kari Helene estaba con sus padres. Juha había pasado la Nochebuena con los voluntarios de la iglesia, como solía. Marian era impredecible y rara, pero, sobre todo, era vulnerable. Ésa era también su fuerza. Se sintió orgulloso como un pavo real cuando ella siguió sus pasos y estudió para ser policía.

Comió rápidamente, dio un sorbo al café y miró la hora. Eran las 14:13. Tenía que volver a la oficina. Esperaba un fax del tal Corona. Salía por la puerta cuando sonó el teléfono.

A las 14:30 el consejero de Construcciones Pedagógicas, John Gustav Bieler, recibió una llamada histérica de su mujer. Estaba reunido con un jefe de proyecto. Cuando oyó el agudísimo tono de voz, se puso de pie rápidamente, dio la espalda a su colega y cerró los ojos unos instantes antes de volver a abrirlos y mirar fijamente a la pared.

–Kari dice que recuerda lo que ocurrió cuando el pequeño Gustav murió.

Él no dijo nada.

–Dice que Hans estaba allí, que Gustav estaba en el suelo. Que había un polvo esparcido a su alrededor.

Contempló el cuadro abstracto en verde y blanco y pensó que no era posible, ahora, dieciséis años después. Sobre el sólido escritorio había una flor de Pascua en una maceta de plástico roja. Junto a ella, un montón de periódicos y un cenicero con las mondaduras de una mandarina. Siempre había entendido que los hechos podían llegar a conocerse, pero tenía la esperanza de que no ocurriera. Y menos ahora, que tenía serios planes para dejarlo.

Lanzó una mirada a la foto colgada de la pared, esa en la que daba la mano al ministro de Economía. Trabajaba duro y, aparentemente, trataba a todo el mundo con justicia. Los clientes podían llamar a su teléfono particular y, por supuesto, se reunía con ellos incluso en días festivos si el asunto era importante. Conocía a todo el mundo: en las obras, los despachos y los ayuntamientos; era

amigo personal del director de la Policía Judicial y tenía acceso a círculos políticos de alto nivel. A los clientes no siempre se les facturaba por horas, a algunos no se les cobraba nada. También trabajaba en el ámbito social. La imagen que proyectaba, a través del Rotary Club, era la de alguien que ayudaba a mujeres y niños víctimas de malos tratos, adolescentes fugados de casa, detenidos sin recursos, personas sin hogar, solicitantes de asilo y activistas defensores del medio ambiente. Si se llegara a saber lo que había pasado entonces, tanto su reputación como el futuro de muchas personas quedarían destruidos. Se dio la vuelta y lanzó una tensa sonrisa al jefe de proyecto mientras Greta lloraba al teléfono. Hablaba descoordinadamente, estaba furiosa, decía que había llamado a Jorunn para preguntarle si era cierto que Hans estaba presente cuando el pequeño Gustav murió.

–Por supuesto que no estaba, Greta.

–¿Y ese polvo?

–¡Por Dios, Greta! ¿Qué quieres insinuar? De verdad que no puedo hablar de eso ahora.

John Gustav se dio la vuelta hacia la ventana, vio el débil reflejo de su rostro en el cristal; una profunda arruga en la frente, el cabello espeso, una sombra que caía sobre su mejilla derecha. La obesidad había transformado a la dulce muchacha que fue Kari Helene en una grotesca montaña de grasa oscilante. Era horrible tener un concepto tan bajo de tu propia criatura.

–Mañana va a encontrarse con Martin en Pascal.

Se pasó nervioso la mano por la manga de su caro traje y fue hacia la puerta. Mientras, el jefe de proyecto miraba incómodo hacia otro lado. Cerró la puerta al salir y continuó:

–Estaré en casa hacia las seis. Vamos a dejarlo hasta entonces –su voz resonaba por el pasillo–. Te digo que nos sentaremos los tres cuando llegue a casa. Todo se arreglará.

–Sabes que no va a ser así –respondió ella.

Él percibió el cambio en su voz como si hubiera cambiado de bando. Cuando por fin consiguió dar por terminada la conversación, se quedó unos instantes con la mirada perdida. Vio frente a él, con una claridad atroz, a Kari Helene con ocho años caer de rodillas en la alfombra. Como una película que se repetía vio el estampado del camión rosa, la cabeza rubia inclinada hacia delante, parte de su espalda descubierta con los omóplatos vulnerables, los cortos cabellos blancos de su nuca y la trenza que caía como una gruesa cinta por la columna vertebral.

Martin Egge se cerró mejor la gabardina, y sintió cómo el frío le subía por las pantorrillas. El fax de Corona no había llegado. Se llevó las manos a la boca y les echó el aliento para calentarlas. Tras una caseta de contrachapado se intuía el aura helada de las farolas del paso elevado, por lo demás, la oscuridad era total. Echó un vistazo al reloj, ya eran las 19:42. La nieve, apartada en grandes montones junto a las paredes de la nave industrial, estaba casi negra por la suciedad y la carbonilla. Había venido caminando desde la oficina. Era una propuesta extraña tener un encuentro allí a esas horas. *De todas formas, el 28 de diciembre es un día navideño largo e inútil.* No fue capaz de poner la excusa de que tenía mucho que hacer. Era una persona demasiado considerada. Su sentido del decoro le estaba destrozando, pero, sobre todo, se sentía solo.

Cerró los ojos y vio ante sí una superficie negra atravesada por una cuerda. Sobre ella hacían equilibrios tres figuras: Marian, Kari Helene y Juha. Lo que Kari Helene había decidido contarle mañana podía ser muy importante. Había tantos indicios... hacía tiempo que los veía. Pensar en ello le provocaba náuseas. Tenía amigos en ambientes dudosos. Amigos que no deberían serlo. Todo daba vueltas en su cabeza. Era complicado y, a la vez, sencillo. Empezó a hurgar después de que Kari Helene se pusiera en contacto con él en octubre. Y cuando el tal Arif se presentó en Nochebuena, reforzó la sospecha que tenía desde hacía mucho tiempo. El caso era especialmente candente porque el ministro de Justicia había solicitado un encuentro con él y con el director de la Policía, Jan Jansen, para el 3 de enero. Fue el ministro en persona quien le llamó, dándole a entender que se trataba del prestigioso proyecto «Nieve Blanca». Martin Egge podía visualizar al ministro de Justicia. Era conocido como «el conejo Duracell», no sólo porque hablaba deprisa y parecía acelerado, sino porque constantemente venía con nuevas propuestas, de las que luego nunca salía nada. No obstante, había obtenido grandes logros: además de reclutar el mayor número de aspirantes a la Academia de Policía de la historia y llevar a cabo una costosa reforma de los métodos de análisis de ADN, había conseguido la aprobación de un nuevo Código Penal, el aumento del número de plazas en las cárceles y la práctica eliminación de las listas de espera para cumplir condena.

De pronto, sintió un agotamiento mortal. El viento movía el cartel luminoso blanco del concesionario de coches. Uno de los anclajes laterales se había descolgado. Las letras golpeaban la pared de ladrillo. Acababa de leer un libro muy comentado. Terminaba así: *Porque las personas sólo son una forma entre otras formas que el mundo replica una y otra vez, no sólo en los seres vivos,*

sino también en aquellas trazadas en la arena, las piedras y el agua. Y la muerte, a quien siempre consideré la figura más importante de mi vida, oscura, atrayente, no es más que una cañería que de pronto tiene una fuga, una rama que el viento parte, una chaqueta que se desliza por la percha y cae al suelo.

Greta Bieler pasó el brazo derecho por el respaldo del asiento del copiloto, dio marcha atrás con decisión, metió primera y avanzó un par de metros. Había cogido prestado el pequeño coche de su hija. Era un regalo de su padre, pero Kari Helene aún no había tenido ánimos para sacarse el carnet. La luz de los faros delanteros se reflejó por un instante sobre la pintura del coche que le precedía. Apagó el motor, pero la radio siguió encendida. Se inclinó hacia delante y observó la fachada de Construcciones Pedagógicas. La tercera planta estaba a oscuras y en el barrio reinaba la tranquilidad navideña. La voz del locutor informó de que se habían registrado temperaturas por debajo de los veinte grados en Tynset. Observó el reloj del salpicadero: marcaba las 19:43. John Gustav había dicho que estaría en casa antes de las seis, pero no había llegado. Ella le había mandado un sms y él contestó que debía pasarse por la oficina otra vez, que volvería a casa por la noche. Le había llamado inmediatamente para decirle que *ya era de noche*. Él apagó el teléfono.

Tenía conocimiento de la existencia de una amante. No estaba segura de quién era esta vez, pero sabía que la tenía. Empezó a llorar, pero, de pronto, soltó una carcajada. No era una risa alegre. Pensó con amargura que la única razón por la que John Gustav no la había dejado era porque sabía demasiado de su pasado. Y hoy, en unos pocos segundos, con el repentino recuerdo de Kari Helene, todo había cambiado. «Pobre criatura», pensó arrancándose con los dientes un trozo de uña del dedo índice.

Tenía que hablar detenidamente con Jorunn. Hacía mucho que no se veían. Su amistad terminó cuando detuvieron a Hans. Todo empezó a pequeña escala y en círculos cerrados, sólo por diversión. Pero luego las cosas fueron por derroteros equivocados, y cuando empezaron a disponer de muchísimo dinero, comprendió que John Gustav había llevado las cosas demasiado lejos. Afortunadamente él lo había dejado a tiempo. Hans, no. Ahora cumplía una condena de nueve años en la prisión de Ila. Greta había preguntado a Jorunn si podían verse. Tenía que hablar con alguien.

Enderezó el retrovisor y contempló su rostro a la luz de una farola. La voz radiofónica seguía con la cantinela de que en Oslo, de momento, no habían pasado de los diez grados bajo cero.

Se incorporó y se secó la nariz con el dorso de la mano. Sobre el asiento del copiloto estaba la llave de la tienda de Skovvein. Tenía cerrado por Navidad. Había pegado un cartel en la puerta que anunciaba que abriría el 2 de enero. Vendía muebles usados, no unos muebles cualquiera, sólo piezas bellas y caras,

de esas que atraían a la clientela de Holmenkollåsen, Vinderen y Ris. Y tenía la colección de bisutería fina más extravagante de la zona: colgantes, anillos y pendientes. Grandes, como los que utilizaban las estrellas de cine en los años cincuenta. Dos días antes había recibido una vitrina con dos tiradores dorados con forma de cabeza de león. Tenía clientes a quienes llamaría para informarlos sobre esta pieza, clientes que figuraban en su archivo y que buscaban algo extraordinario para amueblar sus impresionantes casas.

Greta Bieler volvió a mirarse en el retrovisor. ¿Por qué se contemplaba a sí misma de esa manera? ¿Sería muy joven la amante de su marido? Lanzó un grito apagado y escondió la cabeza entre las manos.

—¡Se arreglará! Eso es lo que suele decir, siempre dice lo mismo, pero no se arregla —sollozó inclinándose hacia delante; mientras, las lágrimas y los mocos goteaban sobre el volante.

El viento escocía sus mejillas. Martin Egge volvió a echar un rápido vistazo al reloj. Ya eran las 19:45. De pronto *lo supo*, supo que debía haber insistido en hablar con Kari Helene hoy mismo. Mañana podía ser demasiado tarde. Había dejado un informe con el nombre de Arif sobre el escritorio de Halvor, su colaborador más cercano, pidiendo que lo comprobara, pero Halvor había ido a pasar las Navidades a su cabaña. Caminó deprisa hacia la esquina de la nave industrial, donde las ventanas iluminadas del concesionario de coches dibujaban grandes cuadrados de luz sobre la nieve. Metió los dedos helados en el bolsillo y sacó el móvil. Se le escapó entre los dedos como un pez escurridizo. Se agachó, lo recogió de nuevo y le quitó la nieve con la manga de la gabardina. Si Kari Helene no contestaba, tendría que localizar a Greta.

Encontró el número de Kari Helene. En ese mismo instante sonó el aviso de que entraba un sms. Era de Jorunn. Esbozó una sonrisa y lo abrió. *Querido Martin: mamá te manda recuerdos y te da las gracias por quitar la nieve*, decía bajo la foto de una bella y sonriente Jorunn, con un vestido negro e inclinada sobre su anciana madre. Tras ella había un abeto con adornos navideños.

«Pobre Jorunn», pensó, y recordó por un momento las grandes fiestas que Marit y él habían dado en la casa de Solveien. Podía oír el rumor exaltado, las voces, el tintinear de los platos en la cocina donde trajinaba el personal del catering. Cuando Marit murió, seis años atrás, sintió que seguir viviendo era una condena.

Un coche salió de la carretera principal y se dirigió despacio hacia el aparcamiento. «Por fin», pensó, y miró el reloj, que ya marcaba las 19:54.

El coche cogió un bache. Los haces de luz le dieron en la cara y pasaron sobre su cuerpo.

Volvió a guardar el móvil en el bolsillo, formó un cilindro con las manos y sopló en su interior. Los faros delanteros parecían dos ojos amarillos en la oscuridad. Levantó una mano a modo de saludo y se desplazó un par de pasos a la derecha.

El coche estaba a pocos metros. Volvió a dar dos pasos a la izquierda y vio, de pronto, la silueta de un perro que se movía en el asiento trasero. Levantó la mano aún más. El saludo se convirtió en un aviso para que redujera la velocidad. Pero el coche no frenó. De repente notó un sabor frío y metálico en la garganta, sabor a bilis.

El repentino haz de luz de unos faros en el retrovisor hizo que Greta se incorporara. Se secó las mejillas con el dorso de la mano. El reloj del salpicadero marcaba las 20:09.

Cuando el coche llegó a su altura, se dio cuenta de que era John Gustav. Estaba solo, pero entrevió algo que se movía en el asiento trasero. La luz de la farola iluminó su perfil unos segundos. El coche se deslizó por su lado y dio la vuelta a la esquina para entrar en el aparcamiento.

Otros niños que habían pasado por situaciones catastróficas acababan encontrando su camino. Pero Kari Helene dejó de hablar. No recordaba. Y era mejor así, pensó Greta al principio. Pero luego empezó a comer. Sólo comía. Greta fue a la biblioteca y leyó sobre la disociación. Ya no recordaba exactamente todo lo que había leído, sólo que el cerebro podía aislar distintas experiencias sensoriales para olvidar momentos traumáticos. Pero pudiera ser que las cosas no hubieran pasado como decía John Gustav. Ella *sabía* que Kari Helene decía la verdad. Gustav no estaba en su cuna de barrotes. *Había polvo esparcido por la alfombra persa.*

Su hijo tendría ahora 15 años. Cuando nació, Greta sintió una felicidad tan intensa que casi podría compararse con algo doloroso. Pero todo había salido mal. *Lo sabía*, y a la vez *no* lo sabía; las cosas ocurrieron porque John Gustav, en algún momento, había forzado el muro invisible que separa el bien del mal. El juego se había vuelto más oscuro, más duro y peligroso. Era como si la codicia de su marido se hubiera hecho presente, hubiera afectado a todos y le hubiera infestado a él. Ella tenía miedo, pero eso ya no revestía ninguna importancia. Había decidido dejarle, contarle a la policía todo lo que sabía. Al final, después de tantos años, lo sentía como un alivio.

Llegó caminando tras la esquina de la casa. Greta Bieler miró fijamente al hombre con el que había estado casada durante veintiséis años. Medía 1,91 de altura y suponía que podía decirse que era atractivo, todavía conservaba un abundante cabello dorado. Su frente era ancha, albergaba un intelecto bien desarrollado, pero no estaba bien equipado de empatía. Llevaba algo en una mano, algo que había enrollado, una correa con una abrazadera cromada en un extremo. Era una correa de perro. Fumaba ansiosamente un cigarrillo. Ella abrió la puerta del coche y se bajó. De pronto se sintió fuerte. Se abrochó completamente el abrigo. El corazón latía en su pecho. Un caniche gigante de

color marrón claro venía dando saltos detrás de él. Se sintió repentinamente desconcertada. ¿De quién era ese perro?

Olisqueaba las piedras del parterre en el que la nieve se había acumulado en pequeños montones junto a los rosales marchitos. De pronto, John Gustav tiró el cigarro y levantó la mirada. El perro empezó a escarbar en la nieve con las patas delanteras. Ella abrió con fuerza la puerta del coche y gritó:

—¡No hace falta que vuelvas a casa!

La gigantesca comisaría estaba construida en vidrio y acero. Se encontraba cerca de la cárcel del distrito, y la iglesia de Grønland era su vecino más cercano. Cato Isaksen estaba de pie junto a la ventana mirando fijamente hacia la torre blanca de la iglesia, que indicaba que eran las 09:30. Su cara marcada por las arrugas se reflejaba débilmente sobre la superficie de la ventana. Era martes, entre Navidad y Año Nuevo. Pensó que la Navidad siguiente era su turno para tener a Georg. Cuando sólo tienes a tu hijo en Navidades alternas, la nostalgia puede ser muy fuerte. Por la tarde recogería al niño de ocho años, fruto de la relación que mantuvo con otra mujer cuando él y Bente tuvieron una breve ruptura. Bente y él llevarían al chico a ver una película navideña al cine Saga esa misma tarde. Bente cogería el tren y se encontraría con ellos en Asker. Le hacía mucha ilusión.

La detective Randi Johansen se retiró el cabello claro de la frente y puso tazas de café sobre la mesa de reuniones ovalada. La comisaria Ingeborg Myklebust entró rauda en el despacho con un montón de papeles bajo el brazo. Medía 1,80, llevaba un traje de chaqueta azul marino y, anudado al cuello, un pañuelo de seda verde. Su cabello, que había sido de un rojo intenso, ahora era casi totalmente gris. Empujó los papeles sobre la mesa, sacó una silla y tomó asiento.

–Navidad superada para los que no habéis trabajado. Hoy es 29 de diciembre.

Randi Johansen agitó el termo de café. Ingeborg Myklebust continuó:

–Por cierto, ¿cómo le va a Roger? Su hijo ya tendrá varias semanas, ¿no?

–Roger vendrá en cualquier momento –dijo Cato Isaksen, cogió un archivador gris del escritorio y lo puso delante de él en la mesa, luego se sentó a su lado. Estaba orgulloso del nuevo despacho. Ingeborg Myklebust se había mudado una planta más arriba unas semanas antes, y él había dejado el armario que tenía por despacho hasta entonces y había ocupado el de ella. La verdad es que ya era hora. Había trabajado en la Brigada Criminal del distrito de Oslo durante diecinueve años.

–Asle también viene –dijo Randi.

La comisaria aceptó la taza de café que le ofrecía Randi Johansen.

–Tuve una reunión con las autoridades judiciales poco antes de Navidad. El jefe de la sección de Crimen Organizado de la Dirección General de la Policía quiere contar con dos o tres personas de nuestra sección para formar parte de un equipo especial contra el crimen de origen extranjero.

–Eso no es posible –dijo Cato Isaksen–, no tengo a nadie de quien pueda

prescindir –abrió la carpeta que tenía delante–. Aquí tengo solicitudes de informes, un montón. A este paso no podremos hacer nuestro trabajo.

–Pensé que tal vez Marian y un par más... Por cierto, ¿dónde está?

–Viene con Roger y Asle –dijo Randi Johansen sirviendo café en la taza de Cato Isaksen.

–De momento sólo serían un par de horas a la semana –continuó Ingeborg Myklebust, dándole un sorbo al café–. Entiendo perfectamente que quieras que Marian se concentre en su trabajo aquí, al fin y al cabo ha demostrado ser bastante especial.

–No exageres, Ingeborg. No es ningún genio –Cato Isaksen apartó la carpeta y rodeó la taza de café caliente con las manos. Marian, que venía de la sección de Orden Público, había sido contratada sin su aprobación cuando él estaba de baja por estrés y sobrecarga de trabajo en relación con un caso de asesinato. No era desagradable, pero sus *métodos* no dejaban de causarle problemas. Ya era bastante excesivo que soltara que tenía la ambición de ser la mejor.

–Tiene una gran capacidad de trabajo –dijo Randi Johansen–. No tiene cargas familiares como el resto.

–Se dio cuenta de cosas que a los demás os pasaron desapercibidas, tanto en el caso de Høvik como en el de Bubergh. En gran parte le debemos la resolución de los casos –dijo Ingeborg Myklebust.

Cato Isaksen se enderezó.

–Fue la amplia labor de todo el equipo la que...

Ingeborg Myklebust le interrumpió.

–Mi definición de un genio es que puede percibir contradicciones que al resto de las personas que nos llamamos normales se nos escapan. Marian tiene el olfato de un perro de presa. Es positiva y negativa. No puedes decir una cosa de ella sin decir la contraria.

Cato Isaksen tomó la palabra.

–Ya sabes que por culpa de Marian ha habido mucho malestar.

La puerta se abrió dando paso a Marian Dahle, con vaqueros y una sudadera roja. Sonrió, deseó a todos unas felices fiestas, se sentó en una silla que estaba en mitad del despacho y empezó a manipular el móvil.

Ingeborg Myklebust miró a Cato Isaksen, hizo girar el anillo que llevaba en el dedo corazón y fijó los ojos en Marian Dahle, que estaba sentada con aire masculino, los muslos separados como un alumno de secundaria aburrido de las clases. Su aspecto asiático le hacía aparentar 18 años. Su boca era fina, la nariz pequeña y los pómulos altos. La comisaria siempre había tenido la fuerte sospecha de que algo muy grave había ocurrido en la vida de Marian Dahle, algo que todavía la hacía sufrir.

–Llevas aquí apenas siete meses, Marian, ¿cómo te parece que van las cosas?

–Todo va guay –dijo.

–Tienes 32 años, Marian, no 15 –dijo Ingeborg Myklebust mirando los papeles que tenía delante–. Hemos recibido una queja. Nos exigen que hagamos una valoración del ambiente laboral.

Marian se puso de pie y se acercó hasta la mesa, arrastrando la silla tras de sí. Echó un vistazo a Cato Isaksen y Randi Johansen antes de enfrentarse con la mirada de la comisaria y poner las manos sobre la mesa. Nadie iba a conseguir que volviera a hablar mal de Cato Isaksen. Habían zanjado ese tema, los dos, aunque era verdad que él la había acusado de portarse como un elefante en una cacharrería.

Cato Isaksen se echó hacia atrás y se pasó la mano por la barbilla.

–¿Qué clase de queja?

Ingeborg Myklebust puso una mano con la manicura recién hecha sobre el informe de ambiente laboral.

–Se trata, por lo que he podido entender, de un profundo conflicto personal –apartó la mirada de Cato Isaksen para dirigirla a Marian Dahle–: Aquí hay empleados que consideran que el ambiente de trabajo es muy desagradable. Debo informaros de que este análisis del ambiente laboral es obligatorio para nuestra sección.

–No podemos dedicar tiempo a cosas así –Cato Isaksen pensó en los montones de documentos que estaban esperando en los despachos de todos los investigadores.

–Estoy de acuerdo –dijo Marian Dahle mientras se esforzaba por recoger su cabello negro azabache en una coleta–. ¿Me puedes pasar el termo, Randi?

Randi Johansen lo empujó hacia ella.

–El ambiente de trabajo *es* importante –dijo.

Unos meses atrás Marian la había acusado de querer evitar conflictos. Se había sentido profundamente herida, pero era cierto, le daba miedo parecer enfadada o ambiciosa.

Cato Isaksen volvió a notar ese pequeño dolor en la sien.

–Pero si estamos bien. El único problema puede ser tu perra, Marian. Tienes que dejar de traerla al trabajo.

Marian notó un pinchazo en el pecho.

–Pero si está abajo, en el coche.

–Nada de animales en esta sección –dijo Ingeborg Myklebust.

–No tiene ninguna importancia que de vez en cuando tenga a Birka en mi despacho. Casi siempre está en el coche. Siempre hay algún jodido amargado que quiere hacerles la vida imposible a los demás –murmuró Marian.

Ingeborg Myklebust suspiró mientras los miraba.

Cato Isaksen juntó los labios formando una delgada línea.

–Dejémonos de chorradas. Me he pasado las Navidades leyendo el informe sobre las graves carencias en la cobertura de la red digital para emergencias. Puede costarle a la policía entre cuatro y cinco mil millones de coronas subsanarlas. El sistema actual no es inmune a las escuchas. La dirección general que está a cargo de las comunicaciones para emergencias ha reconocido que es desastrosamente malo.

Marian apretó la goma que sujetaba su coleta.

–Estoy de acuerdo, Cato. Tal y como están las cosas, ahora mismo no podemos hacer el seguimiento de un asunto desde distintos lugares del país. Trabajamos como los antiguos cowboys. Es cierto que tenemos un sistema de comunicación por radio avanzado, pero hasta los empleados de Tráfico tienen pequeños ordenadores portátiles con los que fácilmente pueden buscar coches o personas mientras pasean por la ciudad, por ejemplo. Nosotros estamos muy rezagados. Si la gente supiera lo mal equipada que está la policía...

–Muchos taxistas llevan en sus coches tecnología mucho más avanzada que la nuestra –dijo Randi Johansen–. Tienen terminales portátiles que cubren varios servicios.

Ingeborg Myklebust suspiró y fijó su mirada en Marian.

–Por eso me gustaría mucho que dedicaras algo de tiempo a participar en un grupo de trabajo contra la delincuencia internacional. Creo que te va.

–No me interesa –dijo Marian Dahle–, he intentado varias veces tratar el tema de los casos antiguos archivados. Podemos conseguir mucho relacionando nuevos casos con los antiguos.

Ingeborg Myklebust ladeó la cabeza.

–Aquí soy *yo* quien decide el orden del día, Marian. Y ya que mencionas esto de los informes, me han notificado que alguien se ha llevado a casa archivos y dossieres en varias ocasiones. Ninguna carpeta de esas características debe salir de la casa.

Marian tragó saliva rápidamente.

–Irmelin Quist –dijo deprisa–, todo el tiempo he defendido que los archivos de casos anteriores deben actualizarse, de forma que podamos acceder a ellos con facilidad y cruzarlos con casos nuevos.

Voces procedentes del pasillo se deslizaron en la habitación. Ingeborg Myklebust se enderezó el pañuelo de seda.

–Voy a dar aviso de que te prestas a participar en ese grupo de trabajo, Marian. Y todos debéis contestar a la encuesta sobre el ambiente laboral –zanjó.

Asle Tengs asomó su canosa cabeza por la puerta.

–Roger llegará dentro de un momento. Ha sucedido algo.

Marian Dahle se levantó y salió por la puerta en el mismo momento en que Roger Høibakk y Asle Tengs entraban.

–El director de la Policía Judicial, Martin Egge, ha sido atropellado y herido gravemente –dijo Høibakk.

Ingeborg Myklebust se levantó tan deprisa que golpeó la mesa con los muslos.

–¿¡Qué dices!?

–Le han llevado al hospital de Ullevål. Tráfico nos acaba de informar. Tony va para allá en este momento.

–Me he dejado el móvil en mi despacho –Ingeborg Myklebust amontonó sus papeles–. Seguro que el director de la Policía ha intentado llamarme.

–Pero el director de la Policía Judicial no está muerto –dijo Cato Isaksen–, y nosotros no investigamos atropellos, ¿no?

Roger Høibakk se sentó en la silla que acababa de dejar Marian Dahle.

–Egge estaba abandonado en un aparcamiento. Unos jóvenes que iban camino de una fiesta navideña se lo encontraron ayer sobre las once de la noche. Su cartera había desaparecido, así que llevó algo de tiempo identificarlo. Por eso no nos han avisado hasta ahora.

Asle Tengs tomó la palabra:

–Voy a llamar al responsable de prensa para que dé salida a la noticia. Esto es un intento de asesinato.

Marian Dahle volvió a entrar en la oficina. Los otros levantaron la vista hacia ella.

–¿Qué pasa? –dijo poniéndose en jarras. Cato Isaksen la miró fijamente y pensó que no sabía nada del atropello; si no, no tendría ese aspecto tan relajado.

Marian Dahle bajaba rauda por el pasillo. El shock y la angustia recorrían su cuerpo. Martin había sido atropellado. Fue hacia el ascensor. Ingeborg Myklebust los había convocado para una reunión urgente en su despacho. ¿Qué hacía Martin en ese polígono industrial? ¿Iba a encontrarse con alguien o le habían asaltado y robado el coche? Sus colegas no paraban de entrar y salir y se *interponían* entre ella y sus reacciones. Notaba el olor nauseabundo que salía de la cafetería, albóndigas, cebolla, puré de guisantes; todo se le hacía demasiado intenso. «Pero Martin no está muerto», se decía. «Inconsciente, pero no muerto.» Irmelin Quist le gritó a Roger Høibakk que el director de la Policía Jan Jansen estaba intentando contactar con Ingeborg Myklebust o con Cato Isaksen. Marian vio que la comisaria estaba frente a la puerta del despacho de Cato Isaksen hablando por el móvil. Cuando Marian se iba acercando, cortó su conversación, pero inmediatamente el teléfono volvió a sonar.

–Es la responsable de prensa –dijo mirando con aire ausente a Marian, que continuó su camino–. Hola, Rita. ¿Has hablado con Roger? Sí, estoy de acuerdo. Haz un comunicado corto y preciso, para que no lo inflen. No sabes si sólo se trata de un accidente. Todavía no hemos conseguido localizar su coche particular, no sabemos si está en Bryn o tal vez en su domicilio, así que no des demasiados detalles. Nada de la cartera que ha desaparecido, ni cosas así.

«Su Audi», pensó Marian, y llamó al ascensor. Seguro que estaba en Bryn.

Tenía que llegar al garaje, al coche, con Birka, sólo un momento, para tranquilizarse. De momento no le habían dado instrucciones.

En el ascensor iban dos de Orden Público. Los saludó con una inclinación de cabeza y se dio la vuelta hacia la pared cubierta de espejo. La cruda luz del ascensor hacía que su tez pareciera casi verde. Cuando el ascensor se detuvo por fin, salió empujando a los otros dos, anduvo deprisa los pocos metros que llevaban a la puerta de acero que daba acceso al garaje y salió al aire fresco.

–Atropellado, pero no muerto –murmuró y abrió la puerta del coche. Le puso la correa a Birka y caminó rápida por el puente de piedra, hacia la salida, con la perra husmeando delante de ella.

Martin *era* su familia. Se ocupaba de que tuviera una base, de que los días tuvieran alguna coherencia. Pero anteayer parecía estresado. La policía estaba ahogada de trabajo. Poco antes de Navidad Martin tuvo que hacerse cargo de un caso en el que un ex policía se había pronunciado en la prensa sobre la necesidad de tener reglas más claras para los investigadores privados. Durante diez años Olav Thiis había investigado y resuelto una serie de casos de forma privada. Thiis había aparecido en el Telediario y declarado que las autoridades no cumplían con su trabajo y que, por ello, la seguridad jurídica era muy diferente para pobres y ricos. Además hizo referencia, a modo de ejemplo, a la paralización del proyecto Nieve Blanca. También afirmó que el número de robos y asesinatos cometidos por ciudadanos que no eran de origen europeo se había disparado. Martin tuvo que asistir a un debate con Thiis en el canal NRK 2. Ella estuvo pegada a la pantalla. Thiis era un hombre guapo, alto y rubio, con el pelo algo largo. Cuando terminó el programa, Martin la llamó y dijo que tenía la sensación de que Olav Thiis le había llevado la delantera. *Deberías haber estado tú en ese debate, Marian. Tú, con tu lengua afilada.* Marian se había sentido orgullosa. Martin estaba afectado por el hecho de que las instituciones no fueran capaces de hacer un trabajo lo bastante bueno. Dijo que sentía un gran respeto por Thiis, pero que le disgustaba que señalara públicamente tantos puntos débiles.

El cuarto de baño era un rectángulo con ese antiguo color café con leche. Kari Helene Bieler se miró en el espejo del lavabo. Los pechos eran demasiado grandes, colgaban hasta la altura del estómago, donde los michelines caían en varias capas hasta llegar a los muslos. Era un monstruo de pelo claro que había crecido de forma desproporcionada.

Sobre la repisa de cristal había un frasco de perfume con atomizador con una pequeña pera. El olor de su madre, amarillo y pesado. Pero a partir de ahora todo cambiaría. Su padre no había pasado la noche en casa. Hoy Martin lo sabría. Abriría las puertas a los pensamientos y las sensaciones. Sentía un deseo salvaje de contárselo todo. Absolutamente todo tenía que salir a la luz. Su padre lo negaría. Era seguro que repetiría que fue ella quien mató al pequeño Gustav. Su madre creía que él la había estado protegiendo todos estos años, pero no era cierto. Se protegía a sí mismo. Cuando Martin supiera de aquel polvo en la alfombra, probablemente cocaína, y que Gustav lo había ingerido, entendería que no sólo el tío Hans debería estar en la cárcel, sino su padre también. Había encontrado papeles en la biblioteca. Extractos bancarios de cuentas en Guernsey y Luxemburgo, escrituras de Mallorca y Suiza.

De pronto, escuchó el sonido de un coche que paraba. Su respiración se alteró. Le estallaba la cabeza. Apartó el albornoz de una patada, se agachó hacia la estrecha ventana y observó el coche que había en el patio trasero. Era su padre.

Vio salir a su madre. Iba hacia el coche. Su padre bajó la ventanilla. Kari Helene notó cómo la angustia formaba un nudo en su garganta y cómo el dolor se extendía hasta las muñecas. El motor sonó por un momento en punto muerto, luego metió la marcha atrás y su padre salió a través de la cancela y desapareció. Su madre levantó la cabeza y miró hacia la ventana del baño. Kari Helene se apartó y se dejó caer pesadamente sobre la tapa del inodoro color melocotón. Su padre tenía tantos amigos elegantes, tantos contactos. Hacía poco que sus padres habían estado en Vinderen en una fiesta del ministro de Asuntos Exteriores. Era como si estuviera despertando de una anestesia general. Dentro de una hora se lo contaría todo a Martin. Tenía que alejarse de allí, salir de la casa por la puerta del sótano.

Ocho investigadores se reunieron en la sala. La pared acristalada que daba al pasillo estaba llena de huellas grisáceas de los dedos. El chirrido de las sillas

raspando contra el suelo la atravesaba como un cuchillo. Ingeborg Myklebust miró a Cato Isaksen.

–Todos los expertos disponibles se destinan desde este momento a la investigación técnica y táctica de este atropello, que consideramos un intento de asesinato. Llévate a Randi e id al domicilio del director de la Policía Judicial, luego seguís desde ese punto de partida. Es importante averiguar dónde se encuentra su coche particular. No está delante de las oficinas de la Policía Judicial en Bryn. Si ha desaparecido, debemos ponerlo en búsqueda.

–Vive en Solveien 83 b, en Nordstrand –se le escapó a Marian–, puedo ir yo en lugar de Randi.

–No –dijo Cato Isaksen–, tú le conoces.

Marian se sonrojó. Los otros investigadores la miraban.

–Llegó a la escena de un crimen y te salvó cuando tenías 16 años... –Cato Isaksen la miraba fijamente.

Ingeborg Myklebust dirigió pensativa la mirada hacia Marian.

–Ahora que lo dices, Cato..., recuerdo que Egge vino a traerte tu perra, Marian...

–Cuando estuvimos en Suecia para investigar el crimen de Stovner –completó Cato Isaksen–. Te cuidó a la perra.

Ingeborg Myklebust se colocó el pañuelo de seda.

–Tal vez podrías empezar con ese informe sobre el ambiente laboral, Marian, y seguir trabajando con los otros casos que aún no hemos rematado. ¿Te parece bien?

Marian asintió con un gesto. Nunca debería haberse confiado a Cato. Tardó exactamente diez segundos en decidir que no le parecía bien. Se prometió a sí misma que no sería impulsiva, que planificaría cómo llevar el asunto. Si mantenía un perfil bajo y no llamaba la atención sobre ningún aspecto de lo que estuviera haciendo, podría contribuir a *su* manera.

–Parece que el móvil de Egge está intacto –continuó la comisaria–. Ha sido entregado al departamento técnico, veremos qué encuentran. La brigada de Tráfico contribuye con personal y los demás informáis a Cato, que me informará a mí. Ninguno de vosotros hará declaraciones a la prensa –su móvil volvió a sonar. Lo cogió y se puso de pie.

El director de la Policía Judicial, Martin Egge, estaba en la cama del hospital conectado a una máquina que medía su ritmo cardíaco. Entraba y salía del estado inconsciente. El tiempo no era más que una única larga raya gris que empezaba en el jardín de Solveien y terminaba en el aparcamiento helado del polígono industrial. Todo era blanco o de un negro sin fin. No como en el jardín, con el cielo de un azul intenso y los arbustos de escaramujo con hojas dentadas y flores de un rosa pálido destacándose contra la ladera.

No podía mover los brazos. Los dos, cubiertos con pesado yeso. Por un momento levantó la vista hacia el techo blanco. ¿Quién era el hombre bueno? Era *él*. Oyó algo. Era la enfermera, que andaba silenciosa sobre suelas de goma. Cada vez que intentaba abrir los ojos, sus párpados se volvían a cerrar. Giró un poco la cabeza y vio las siluetas de camas y almohadas dibujarse contra la ventana. Sobre la cama vacía que estaba en el otro lado había una pequeña lámpara roja con un cable. Por un momento recordó el sonido del viento que tiraba del cartel de neón blanco del concesionario de automóviles, y las letras golpeando la pared de ladrillo. Las palabras del libro que acababa de leer volvieron a él de pronto: *Y la muerte, a quien siempre consideré la figura más importante de mi vida, oscura, atrayente, no es más que una cañería que de pronto tiene una fuga, una rama que el viento parte, una chaqueta que se desliza por la percha y cae al suelo.*

De repente, recordó el rostro en el coche que no paró. En un flashback vio a Marit frente a él, como si estuviera viva, tal y como era, al sol, junto a la piscina en el jardín de Solveien, cuando las mujeres reían y salpicaban agua. Había escuchado ese sonido en su interior muchas veces. Tal vez sólo fuera una versión deformada de la banda sonora de una mala película.

La tranquila calle de los chalets de Nordstrand estaba a tan sólo diez minutos en coche de la comisaría. Cato Isaksen aparcó el coche civil junto a la acera. La vivienda funcional de Martin Egge, pintada de color marrón, era de tejado plano y estaba construida en el jardín de un chalet de estilo suizo con alero de madera tallada. La casa no estaba bien mantenida. Pequeñas almohadillas de musgo de color verde intenso crecían en las juntas marrones de los paneles de madera. En ambos lados de la calle había casas antiguas y nobles con grandes robles y arces en el jardín. En varios lugares habían segregado parcelas y nuevas casas habían hecho aparición entre las antiguas. Desde las mejores parcelas, en la

parte más exterior de la plataforma, había una bella y amplia vista del fiordo de Bunne.

A la puerta del garaje estaba el que debía de ser el Audi de Martin Egge. Era un coche negro.

–Por favor, llama a Roger y comprueba la matrícula, Randi.

Ella asintió y se cerró el anorak antes de sacar el móvil del bolsillo.

Un ejemplar de la edición matinal del diario *Aftenposten* asomaba del buzón que colgaba de uno de los postes de la entrada. Los adoquines estaban cubiertos de una fina y transparente capa de hielo, un peligro mortal si no se andaba con firmeza. Cato Isaksen se deslizó de lado sobre las finas suelas de sus zapatos. Junto a la entrada había una pared de ladrillo rojo. Dio una rápida vuelta alrededor del coche, que no tenía ni un rasguño. Tampoco había ninguna huella en la fina capa de nieve del jardín, ninguna señal de que alguien hubiera estado husmeando por allí.

Llamó a la puerta y se dio cuenta de que no había pegatinas de ninguna empresa de seguridad. Nadie abrió. Se estiró para mirar por la ventana. Sobre la mesa había una taza y, en la encimera, un paquete empezado de pan tostado junto a una radio. La luz del techo estaba encendida. Cato Isaksen sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta de cuero. Se quedó de pie sobre la terraza que había frente a la puerta y tecleó un sms para Bente. *Lo siento, pero tengo que cancelar el cine con Georg. Excepcional accidente con el director de la Policía Judicial. C.* Una oleada de mala conciencia le recorrió cuando presionó Enviar. Siempre igual, nunca tenía tiempo para la familia.

–Es el coche de Egge –gritó Randi Johansen.

La anciana del chalet de estilo suizo tenía triple papada y un rostro redondo de palidez lunar. Llevaba un vestido gris y se había dibujado las cejas con un lápiz negro. Hacían un arco poco natural y le daban una expresión casi cómica. Su nombre figuraba en una placa de bronce en la puerta. Cato Isaksen hizo las presentaciones de Randi Johansen y la suya propia.

–Claro, por favor, entren –dijo Agnes Nicoline Hagemann, pasándose la mano por el vestido de lunares grises. Cato Isaksen y Randi Johansen se secaron los pies en el felpudo y pasaron al recibidor, donde les golpeó el olor de una estufa de aceite.

–¿Les ha pasado algo a Finn y a Cookie? Tengo 87 años, y mi hijo acaba de marcharse. Si les hubiera pasado algo, no lo soportaría.

–No tiene que ver con su hijo –dijo Randi Johansen, observando por un momento la mancha de café en el cuello del traje de la anciana.

–Menos mal –echó a andar. Sus anchas caderas se cimbrearon con una

sorprendente ligereza, un movimiento poco natural para la edad que tenía.

–Es un lugar increíble –dijo Cato Isaksen cuando entraron en un salón con muebles antiguos y grandes cuadros en las paredes. Junto a la ventana había un pino con adornos navideños. Se vio reflejado fugazmente en el espejo de la consola. Un reloj de pared hacía tictac. Había una vista amplia y bella del fiordo y de las islas lejanas. La señora Hagemann asintió orgullosa:

–He vivido aquí más de cincuenta años –levantó la mano y atusó su fino cabello–. ¿Ahora me dirán de qué se trata?

–Se trata de su vecino –dijo Cato Isaksen–, Martin Egge. Ha sido atropellado y está gravemente herido.

–¿Qué? –jadeó la anciana dejándose caer en una clásica butaca tapizada de terciopelo–. Estuvo aquí en Nochebuena, con mis hijos, Finn y Jorunn. Lo pasamos muy bien.

–Está vivo –dijo Randi Johansen, y vio el blanco cuero cabelludo que brillaba bajo los escasos mechones de cabello de la anciana.

–Menos mal –dijo la señora Hagemann, cubriéndose el pecho con su mano arrugada.

–Lo atropellaron muy cerca de su lugar de trabajo, el conductor se ha dado a la fuga –dijo Randi.

–Es completamente espantoso –una lágrima se deslizaba por su mejilla, cerca de la nariz–, Martin nos quita la nieve. Ayudó a mi hija a practicar con el coche hasta que, por fin, consiguió sacarse el carnet, a los 53 años.

Cato Isaksen indicó con un gesto de la cabeza una ventana que estaba casi cubierta de pesadas cortinas de encaje. En el alféizar de la ventana había varias fotos enmarcadas.

–Usted ve la casa de Egge de frente. ¿Se ha dado cuenta de si ha tenido alguna visita últimamente?

–Martin estaba muy entusiasmado porque este año habíamos conseguido un pino –señaló el árbol recargado de pretenciosos adornos–. Él creció con pinos, ¿comprende? Conozco a Martin desde que empezó el instituto con mi hijo, aunque Finn lo dejó a mitad de curso. Quitó la nieve de nuestro camino ayer por la mañana, antes de ir a trabajar. Martin siempre trabajaba mucho.

–No tiene por qué decir trabajaba, puede decir trabaja, porque sigue vivo –sonrió Randi.

Por un momento, Agnes Nicoline Hagemann pareció desconcertada. Levantó la mano y se secó la lágrima.

–La verdad es que esa casa no nos pareció bonita, no al principio. Pero ahora las casas de diseño funcional se han vuelto a poner de moda. Hace casi treinta años que la construyeron.

–Eran jóvenes –comentó Cato.

–Mucho. Marit, su mujer, era la que tenía dinero, por herencia –comentó solemne–. Martin sólo era un policía, pero con 25 años ya había acabado los estudios.

–¿Ha tenido alguna visita últimamente? –repitió Cato Isaksen.

Agnes Nicoline Hagemann le miró con los ojos entrecerrados.

–Sólo Marian, y un chaval, o un hombre, si prefiere.

–Marian Dahle –dijo Cato Isaksen intercambiando una mirada con Randi.

–Marian estuvo aquí con su perra el 27 de diciembre.

–¿Y el chaval?

–Estuvo aquí el día anterior. Le he visto un par de veces antes, un adolescente rapado. Martin es... un buenazo. Fue una gran pena que Marit y él no tuvieran hijos.

–El Suzuki negro que hay en la entrada de tu casa... –Cato Isaksen levantó la mano.

–Es de mi hija. Jorunn vive en el apartamento del sótano. Martin la ayudó a gestionar la compra del coche, pero yo lo he pagado.

Cato Isaksen cambió el peso hasta descansar sobre la otra pierna.

–Jorunn limpia, hace la compra y cocina para mí. Y también está bien poder dar una vuelta en coche de vez en cuando. Mi hijo Finn vive aquí conmigo. Siempre lo ha hecho, pero nunca tiene tiempo para ayudarme. Mi marido era abogado, pero Finn nunca ha llegado a nada. Es vago, dejó el instituto a mitad de curso.

Randi Johansen la miró:

–Y ¿qué hace su hijo?

–Uf. Sólo trabaja en un almacén en Asker. Por cierto, que en Nochebuena sucedió algo.

–¿Qué?

–Vino un inmigrante para hablar con Finn. Oí que Finn le llamaba Arif. Cuando se fue, Martin le hizo a Finn algunas preguntas sobre él. Me dio la impresión de que trabajaba para John Gustav, otro amigo suyo.

Después de conducir a toda velocidad y parar en seco dos veces ante semáforos en rojo, Marian aparcó en zona prohibida junto a la acera en la calle Hesselberg. Detestaba que Cato y Randi hubieran ido a Solveien sin ella. Entró corriendo en el patio trasero con la perra en los talones, abrió el portal y subió por las escaleras. Abrió la puerta de su apartamento con la llave, introdujo el código que desactivaba la alarma, descolgó la llave de la casa de Martin de un gancho que había junto al visor de la alarma y la dejó sobre la consola del recibidor.

En la cocina, vio las cazuelas sucias del fregadero, se deshizo de la cazadora de cuero y la lanzó sobre la mesa de la cocina. Abrió la puerta de la nevera y pegó tres grandes tragos a un cartón de zumo. Por un momento vio su cara, con el gesto deforme, reflejada en una de las cazuelas cromadas del fregadero. Birka gimió. Apartó con cuidado a la bóxer con la rodilla, sacó una bolsa de pienso del armario de la cocina y echó un poco en el comedero de la perra.

Mientras Birka comía, fue al pequeño y saturado cuarto de estar. La funda del sofá estaba llena de minúsculos pelos de perro. El cubo de fregar estaba en medio de la habitación. Un jersey grueso colgaba de la silla de oficina. Unas semanas atrás había montado una especie de oficina casera. Casi escondido tras la puerta, había un escritorio comprimido entre un archivo, a un lado, y una estantería modelo Billy, al otro. También se había comprado una silla de trabajo nueva. Y todo porque, en su departamento, no habían hecho caso a su propuesta de contrastar antiguos expedientes con nueva información. Estaba elaborando su propia base de datos y dedicaba las noches que no tenía guardia a trabajar. Ilegal, sí, pero mientras nadie lo supiera, no era ningún problema. Y, además, lo hacía por una buena causa.

Martin había sido atropellado. Se acercó a la ventana y miró su coche mal aparcado. La gente se apresuraba por la acera, envuelta en gorros, guantes, bufandas y gruesos chaquetones. El pálido sol de invierno se abría camino a través de una rendija entre dos edificios y se reflejaba en el capó del coche. Tenía que ir al hospital de Ullevål. Se acercó a la silla y se puso el grueso jersey sobre la sudadera que llevaba puesta, salió a la cocina y agarró la cazadora de cuero para ponérsela sobre el jersey.

–Ven, Birka –se inclinó y cogió la correa que estaba en el suelo del recibidor delante de la consola y la enganchó al collar. Luego agarró la llave de la casa de Martin y se la metió en el bolsillo.

Kari Helene Bieler estaba sentada en el borde de la silla, en la mesa más cercana a la puerta. Se había abierto el largo anorak, pero estaba lista para levantarse. Miró a su alrededor. La gente estaba ocupada con sus cosas. Enfrascados en conversaciones profundas, comiendo y tomando café. Sobre la mesa estaban sus guantes. ¿Por qué no llegaba Martin?

Una camarera recogía tazas sucias en una bandeja. Kari Helene notó su presencia a través de una neblina, antes de darse la vuelta y mirar fijamente por la ventana, donde ponía «Pascal» en letras doradas. Cada vez que se abría la puerta, se inclinaba un poco hacia delante para ver.

Cogió los guantes, se levantó pesadamente y se acercó al mostrador de los pasteles. Cuando llegó su turno, señaló una tarta de chocolate rellena de moca y una de coco rellena de crema de naranja. El sonido de bullicio desapareció. La señora del mostrador se inclinó y levantó una porción:

–¿Para comer aquí o para llevar? –preguntó.

Kari Helene se sonrojó, sacudió desconcertada la cabeza y vio, en ese mismo momento, el coche de su padre que pasaba despacio por la calle. La pintura negra brillaba. Él se inclinó hacia la ventanilla y lanzó una mirada escrutadora al interior.

La visión de su padre hizo que se acelerara el latido del pulso en el cuello. Como si alguien le hubiera pegado un puñetazo en el estómago.

El sonido de las voces y el tintineo de los tenedores contra la porcelana habían vuelto. Un adolescente le gritó algo a otro. Miró con miedo a la dependienta que cerraba la bolsa de papel, arrugándola.

En su interior, oía el eco de su propia voz infantil. Los sonidos se mezclaban hasta convertirse en agudas puntas de lanza en su memoria. *Mira, papá, está vivo otra vez. Pronto aprenderá a andar.*

–Sesenta y tres coronas, por favor –dijo la mujer haciendo crujir el papel de la bolsa.

La cogió, metió los guantes en el bolsillo izquierdo, metió la mano en el bolsillo derecho y sacó la cartera. Veía a la mujer tras el mostrador envuelta en una neblina mientras las gotas de sudor que perlaban el nacimiento del cabello se deslizaban por su frente. Buscó torpemente el dinero, notando cómo las náuseas subían desde el estómago hasta la garganta. Sacó tres monedas de veinte coronas y una de cinco. Dejó el dinero sobre el mostrador y cogió la bolsa. Al darse la vuelta, tropezó con una mesa y tiró un vaso al suelo, que se rompió en

mil pedazos. No oyó la llamada avisándola de que se dejaba el cambio. Sólo pudo abrir la puerta y salir de allí.

Greta Bieler dio un profundo trago a la copa de vino blanco. Sólo había otras tres personas en el local. ¿Quién iba a Burns en plenas Navidades? Estaba sentada en el borde del taburete, junto a la barra, con el bolso al hombro. De pronto, oyó la voz del locutor de las noticias por el altavoz de la radio fijada en lo alto de la pared.

«El director de la Policía Judicial, Martin Egge, fue encontrado anoche gravemente herido en un polígono industrial de Bryn. Parece ser que fue atropellado y posteriormente abandonado. Su estado es estable, según fuentes policiales. La policía se reserva hacer más declaraciones por el momento.»

Dejó el vaso al borde de la barra. Se deslizó, cayó al suelo y estalló. Se bajó del taburete y apretó los nudillos, casi parecía que estaba rezando. Tenía que ser John Gustav. Era él. Y Kari Helene, que había ido a Pascal para encontrarse con Martin...

–Dios mío.

Rebuscó en el bolso hasta encontrar el paquete de tabaco. Finalmente consiguió coger un cigarrillo, lo puso entre los labios y lo encendió, temblorosa. *Era* John Gustav. Era él. Todo estaba sucediendo a causa de los recuerdos de Kari Helene.

La mujer que atendía la barra venía hacia ella.

–¿Pero qué hace? No puede fumar aquí dentro. En las sillas de fuera hay mantas de lana.

Greta la apartó con un gesto irritado.

–Lo siento. Otro vino blanco –dijo dando una profunda calada, y pasó la mano por la brillante tela de su vestido estampado en azul claro–. Recogeré los cristales.

–Apague el cigarrillo o váyase –repitió la camarera.

Greta Bieler aplastó el cigarrillo sobre la mesa.

–Vino blanco –dijo, notando que tenía frío.

Parecía que se iba a desintegrar. De pronto rompió a llorar.

–Mejor tomaré un gin-tonic. Por favor. Recogeré los cristales.

La cocina del apartamento del sótano era minúscula. Estaba amueblada con un anticuado estilo de los años sesenta y armarios que se estrechaban sobre la encimera de formica. Lo mismo valía para el salón y el dormitorio contiguo. Desde la ventana de la cocina, con unas cursis cortinas color rosa, había una

amplia vista del camino y de la entrada de la casa. Cato Isaksen oyó que entraba un sms al móvil que llevaba en el bolsillo. Lo sacó deprisa. Era de Bente. *¿Pretendes que lleve yo sola a tu hijo al cine?*

Volvió a meterse el móvil en el bolsillo y contempló a Jorunn Hagemann. Una bella mujer, en la cincuentena, que vestía un jersey de seda beige y una falda marrón. En los pies llevaba zapatillas. Tenía el cabello brillante, teñido de un tono castaño, y un rostro con bonito óvalo cubierto de unas pequeñas y favorecedoras pecas. No se parecía en nada a su madre.

Jorunn Hagemann notaba cómo la angustia subía por su cuerpo como un hilo de plata. Acababa de colocarse frente al espejo para intentar cubrirse las pecas con polvos. Su psicólogo le había enseñado a pensar como un domador de leones en las situaciones difíciles. Ayer había llamado Greta para pedirle que se vieran. Le había contado que Kari Helene iba a encontrarse con Martin hoy. Al momento había sentido la intranquilidad de siempre. No soportaba pensar en Hans. Le ponía enferma.

–Estamos aquí en relación con un atropello –dijo el policía de rasgos marcados. La otra investigadora era una mujer de cabello claro.

Los policías no iban uniformados, pero los dos llevaban una tarjeta de identificación colgando de una cinta alrededor del cuello. Los había visto antes, cuando subían hacia la casa de su madre. El policía de rasgos marcados había dado un par de vueltas alrededor del Suzuki y anotado el número de la matrícula en un cuaderno.

Los miró mientras pensaba intensamente en la teoría del domador de leones. En la importancia de entrar en la pista bien visible para leones y tigres, dejando claro que la pista es un territorio accesible. Había que hacerlo deprisa y volver a salir rápidamente. Sentía lo mismo que cuando Finn le pegaba cuando eran pequeños y cuando arrestaron a Hans. Una sensación de estar perdida que se convertía en dolor físico. No quería a la gente. La habían decepcionado tantas veces...

El policía hizo un gesto con la mano, hacia la casa de diseño funcional que había tras el seto de tuyas.

–Martin Egge ha sido atropellado y aún está inconsciente.

–¡Martin! –Jorunn se llevó una mano a la garganta.

–Pero está vivo –dijo la mujer policía.

–¿Cuándo ha ocurrido? ¿Fue un accidente?

–Ayer por la noche, cerca de Bryn. No creemos que se trate de un accidente.

–Sobrevivirá –afirmó Cato Isaksen.

Jorunn Hagemann tragó saliva, cogió una silla de cocina de color azul claro y

se sentó. Se quedó mirando fijamente al frente antes de poner el rostro entre las manos, y agitó una de ellas indicando que se marcharan. Cato Isaksen cruzó una mirada con Randi Johansen. Continuó:

–Nos ha parecido entender que Egge estuvo con vosotros en Nochebuena.

Ella sudaba. Las gotas brotaban de su frente. Volvió a levantar la vista, estaba claro que hacía esfuerzos para mantener la calma.

–Sí, Martin estuvo con mi madre, con Finn y conmigo –dijo con voz queda–. Soy dos años más joven que Finn y Martin, pero salía mucho con ellos cuando éramos jóvenes... y ahora, por decirlo de algún modo –miró a Randi Johansen con los ojos húmedos–, él es viudo y yo estoy divorciada. Últimamente hemos estado mucho... juntos.

Cato Isaksen se pasó la mano por la barbilla.

–¿Quieres decir que mantenéis una relación?

–No, no, eso no, pero... últimamente he sentido que... Quiero decir que... hemos escuchado música, bebido vino, hablado de comida... –gesticuló con manos bien cuidadas–. No sé...

Randi Johansen se apoyó en la encimera de la cocina.

–¿Quieres decir que podría llegar a haber algo entre vosotros?

–Mi madre quiere a Martin.

Randi se impulsó con las manos para apartarse de la encimera.

–Tu hermano recibió la visita de un tal Arif en Nochebuena. Tu madre nos ha dicho que después estuvo Martin Egge interrogando a tu hermano sobre él...

Jorunn Hagemann levantó las manos en un gesto disuasorio.

–¿Mamá dijo eso? Creo que sólo venía a buscar el código de la puerta del almacén donde trabaja Finn. Sólo le vi por la puerta del salón, porque Finn salió al recibidor.

Los investigadores se cruzaron una mirada.

–Tu madre mencionó a un tal John Gustav –dijo Randi Johansen.

–Por favor, será mejor que preguntéis a Finn acerca de todo esto.

Cato Isaksen cambió su peso a la otra pierna.

–¿Trabaja en un almacén?

–Sí, en el almacén de City, en Billingstad.

–Sé dónde es, vivo en Asker –dijo Cato Isaksen–. Un sitio que alquila cientos de trasteros.

–¿Por qué necesitaba el tal Arif el código de acceso al almacén en un día como Nochebuena? –continuó Randi Johansen.

Jorunn Hagemann la miró.

–No sé si los musulmanes celebran la Nochebuena –dijo.

Randi Johansen esbozó una sonrisa.

–¿En qué trabajas tú?

–Tengo una pensión de invalidez.
–Y ¿cuándo fue la última vez que viste a Egge?
–Ayer, cuando me quitó la nieve del camino de casa.
Randi Johansen la contempló.
–¿A *ti*?
–Mamá es demasiado vieja. Martin lo hacía por mí. Soy yo quien tiene que hacer todo en esta casa. Finn es un mimado.
–¿Cuándo fue?
–No miré la hora. En algún momento de la mañana, antes de irse a la oficina. Trabaja demasiado. Ese puesto de director de la Policía Judicial..
–¿Llevaba su propio coche? –Cato Isaksen se pasó la mano por el cabello. Ella asintió—. ¿Estás segura?
–Volvió sobre la una –se sonrojó—. Lo veo todo desde la ventana de la cocina, quiera o no.
–¿Viste que volviera a salir?
Jorunn Hagemann pasó la mano por el jersey de seda beige.
–Le llamé unos minutos después de las dos para invitarle a cenar, pero dijo que estaba ocupado. Cuando fui hasta los cubos de basura, sobre las cinco, todavía tenía el coche delante del garaje, y había luz en su cocina.
Cato Isaksen dejó caer el peso de su cuerpo sobre la otra pierna.
–Tu madre mencionó a un chico joven rapado, alguien que visitaba a Martin.
–Martin se ocupaba de unos cuantos jóvenes. Por cierto, que una de ellas se hizo policía. ¿Sabéis quién es?
Sonó el móvil de Cato Isaksen. Se metió la mano en el bolsillo para sacarlo. Tras una breve conversación miró a Randi y dijo:
–El director de la Policía Judicial está consciente. Roger va camino de Ullevål en este momento.

–Sólo voy a dar una vuelta rápida de reconocimiento a la casa de Egge –dijo Cato Isaksen notando que tenía frío en los dedos—. Llamaremos al tal Finn Hagemann desde el coche y le pediremos que venga para tomarle declaración. Mientras tanto, cruza la calle para hablar con los vecinos de enfrente, Randi.

Randi Johansen asintió, se metió las manos en los bolsillos y cruzó la calle.

En la parte trasera de la casa de Martin Egge había una piscina con la pintura azul turquesa desprendida en grandes desconchones. Un seto de tuyas hacía de límite con la casa de Hagemann, y varios de los arbustos estaban secos. También desde aquí la vista del fiordo de Bunne era fantástica. La mitad de la terraza estaba techada. Una plataforma empedrada iba desde la casa hasta el césped, la hierba estaba helada y amarillenta en la parte más alejada. Contra la pared que

era más corta había apilados unos muebles de jardín, medio tapados por una lona. Grandes ventanas ocupaban la mayor parte de la fachada. Tampoco allí había pegatinas de ninguna empresa de seguridad. Cato Isaksen acercó la cara al cristal, se hizo sombra con las manos y miró hacia el interior. El salón estaba ordenado, amueblado con un estilo un poco soso, con una mesa de comedor de una madera neutra, un sofá verde con apoyabrazos de madera y, frente al sofá, una mesa con un mantel navideño rojo, un tablero de ajedrez y un jarrón de Ittala vacío. En una butaca de terciopelo había dos libros con tapas de color azul intenso. Había un árbol de Navidad con escasos adornos junto a un escritorio cubierto de papeles, y enfrente de éste, una silla. En las paredes colgaban cuadros con figuras cúbicas en ocre y gris.

Marian Dahle maniobró para meter la furgoneta blanca detrás de un Golf que estaba aparcado. En ese mismo momento un coche de la policía civil llegaba a su altura. Cuando pasó a toda velocidad, vio que era Cato Isaksen quien conducía. En el lado del copiloto estaba Randi Johansen. Estaba casi segura de que no la habían visto.

Marian condujo despacio por la estrecha carretera de la zona de chalets y aparcó delante de la casa de Martin. Tenía el estómago contraído, tendría que intentar respirar a un ritmo normal. Dejó salir a la perra y echó un vistazo al Audi. ¿Cómo había ido Martin hasta Bryn?

Abrió la puerta, y esperó a que Birka hubiera terminado de husmear junto a los postes de la entrada. En el alargado recibidor cubierto de madera sintió una repentina angustia, todo cruzaba a gran velocidad por su mente. Debería haber aceptado su ofrecimiento para pasar con él la Nochebuena. Ya desde la misma entrada la casa le resultaba desconocida. El dibujo de la jarapa parecía negro con franjas claras, en lugar de claro con rayas negras. El árbol de Navidad le daba la sensación de que el salón había cambiado. Al abeto ya se le habían caído un montón de agujas al suelo. No había agua en la maceta del árbol.

El tablero de ajedrez estaba abierto sobre la mesa del salón. Debía de haberle dado un golpe sin querer, los peones estaban alineados junto con los alfiles en primera fila, mientras que las torres, el rey y la reina se habían caído.

Birka olisqueaba por la casa. Marian vio todos los papeles y documentos que estaban extendidos sobre el escritorio. Se acercó y reconoció un sobre marrón claro. Era así como se archivaban los informes de delitos antiguos. «*Gustav Bieler*» 1824/94 A, ponía a mano.

Marian levantó el sobre con cuidado por una esquina, como si fuera un bicho venenoso que pudiera morder. Bieler: era el nombre de uno de los amigos de Martin. No quería abrirlo aquí, lo haría en casa.

Echó un vistazo al folio que había debajo del sobre. Sobre él, alguien había escrito de forma descuidada, a lápiz, *Multicriminalidad*. Era la letra de Martin. Su vista se deslizó por el papel, con tres frases anotadas a bolígrafo. *¿Qué es lo que diferencia un delito de una infracción grave, Martin? Te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que no sigas adelante con esto. Te prometo que aclararé esta confusa situación y te explicaré cómo pudo ocurrir. H.*

H, ¿quién era H?

Dejó el sobre «Gustav Bieler» otra vez sobre el montón de papeles y echó un vistazo rápido al resto de la casa. Abrió la puerta del dormitorio. La cama de

matrimonio estaba bien hecha. Hacía frío allí dentro, y olía a ropa de cama limpia y fresca. Sabía que Martin aún dormía en el lado derecho. Marit solía dormir en el izquierdo.

En la mesilla del lado de Marit encontró un pañuelo y un pequeño frasco de perfume. En el cajón de Martin había un viejo número de *Playboy*, un recorte sobre la fiesta del cincuenta aniversario de la Policía Judicial del año anterior y un libro titulado *Asesinato por placer*. Lo sacó todo, lo puso en un montón sobre la cama y se sentó. Birka entró despacio en el dormitorio con uno de los zapatos de Martin en la boca.

Martin le había hablado del libro que le regaló por Navidad, *Policías y ladrones*. Trataba de ambientes criminales y era obra de un periodista del *Aftenposten*. Estaba muy entusiasmado con el libro. ¿Y esa estúpida revista *Playboy*? La portada era la foto de una señora exuberante con medias negras de malla sujetas por un par de ligas rojas. Los pechos eran enormes, con pezones de color marrón oscuro. Su mirada decía ven-y-tómame-tonto.

La lanzó dentro del cajón y cogió *Asesinato por placer*. Un post-it amarillo hizo que lo abriera por la página 230. Había resaltado en verde un par de citas. *Seamos sinceros: las mujeres y los jóvenes no están cualificados para ser jefes de una investigación. Pero pueden, y de hecho así ocurre, resultar interesantes y decisivos como ayudantes*. Levantó la vista. ¿Habría pensado en ella y sus problemas con Cato Isaksen? Se había olvidado de decirle que ahora todo iba mucho mejor. Dejó el libro en su sitio y cogió el recorte del aniversario. *Historia: la sede de la Policía Judicial se creó en 1959. El grupo E, también llamado Grupo de Asesinatos, se formó en 1967. 2001: está estrechamente vinculado con la policía europea a través de la Europol y Schengen. 2005: pasa a denominarse Policía Judicial, ampliándose su ámbito de actuación*. Metió el artículo de nuevo en el cajón, se puso de pie y estiró la colcha hasta dejarla bien lisa.

Fue al baño y abrió el grifo al máximo. Bebió agua, se incorporó y se secó la boca. Los azulejos eran negros. Sólo llegaban hasta media altura, donde se encontraban con un papel pintado de fondo gris con dibujos de pulpos color lila. Los accesorios de cerámica: lavabo, portarrollos y vaso para el cepillo de dientes también eran de color lila. La alfombrilla de baño de pelo largo era un poco más clara y, por debajo, estaba recubierta de goma. No era el gusto de Martin, sino el de Marit. Marian observó el albornoz de seda brillante de Martin y pasó la mirada por el espejo manchado de dentífrico.

Volvió al salón, se puso el montón de papeles debajo del brazo y fue rápida en dirección a la puerta, pero se dio la vuelta bruscamente. Fue a echar un vistazo a la habitación que había sido suya cuando vivía aquí. El espejo de luna con marco marrón estaba sobre la estantería de la esquina. Sobre la cama de

colcha floreada, estaba colgado el diploma de la Academia de Policía. En el escritorio, junto a la ventana, aún se veían algunos de sus libros de estudio.

Las puertas del ascensor se abrieron dando paso a Marian. El suelo de linóleo verde desprendía un intenso olor a jabón de fregar y cera. Un camillero venía hacia ella empujando una ruidosa cama de hospital. Cuando llegó a su altura, vio que estaba vacía. Una enfermera salió de la habitación más cercana. La luz se reflejaba en una placa metálica, atornillada a la parte inferior de la puerta para protegerla de los golpes que se daban con las sillas de ruedas. La enfermera miró la tarjeta de identificación que Marian llevaba colgada del cuello.

–Nos han pedido que tengamos cuidado con quién entra y sale –dijo seria.

–Por lo del director de la Policía Judicial –dijo Marian.

La enfermera la miró solemne.

–Está ahí dentro –señaló la puerta del centro–. El médico acaba de desconectarle la respiración asistida, sólo está conectado al control del ritmo cardiaco. Esto está hasta arriba de policías –suspiró–, los demás van a entrar a verle de un momento a otro –dijo indicando con un movimiento de cabeza la sala de espera.

Marian sonrió tensa. La enfermera se despidió con un gesto y desapareció en el interior del ascensor, junto con el camillero y la cama vacía. Las puertas se cerraron. Ventanales acristalados daban a una sala de espera en la que cuatro policías hablaban con un par de médicos. Marian reconoció a Tony y a Roger, que estaban de espaldas. Se agachó ligeramente y los observó. Uno moreno y el otro rubio. Tony daba vueltas al aro que llevaba en la oreja izquierda. Estaba demasiado musculado. Llevaba el pelo blanco de punta. Tenía 29 años y era de Groruddalen.

Al otro lado del pasillo, había puertas que daban a las salas de cura. Un médico con mascarilla salió de una de las puertas más alejadas.

La sala de espera de urgencias era luminosa, tenía una hilera de ventanas cuadradas con cortinas de rayas en colores suaves. Los policías que estaban tras la cristalera se movieron y cambiaron de sitio. Sonó el móvil de Roger Høibakk. Reconoció el número de Cato Isaksen y salió al pasillo. Enfermeras y médicos pasaban presurosos a su lado.

–¿Cómo van las cosas por allí, Roger?

–El director de la Policía Judicial sigue consciente. Pero no hemos podido hablar con él. Estamos esperando a que los médicos nos den acceso.

–Randi y yo hemos vuelto de Solveien. El coche de Egge estaba aparcado

delante del garaje. Hemos llamado a un vecino, de nombre Finn Hagemann, para que preste declaración. La vecina nos ha dicho que un tal Arif despertó el interés de Egge. No tengo ni idea de por qué. Pregúntale por eso. Y pregúntale por un adolescente rapado que le visitó en su casa hace un par de días.

–Comprendido –dijo Roger Høibakk–. Por lo demás, no se ha presentado ningún testigo. He hablado con Halvor Lydersen, el colaborador más cercano del director de la Policía Judicial. Está en su cabaña, pero nos ha dicho que Egge estaba interesado en localizar a ciudadanos de Europa del Este y otros inmigrantes no occidentales que ocupaban puestos de relevancia. En ese sentido, parece que se puso personalmente en contacto con la sección de Extranjería para informarse sobre un abogado llamado Marek Sitek, de origen polaco, pero ahora ciudadano noruego. Parece que ha estado involucrado en varios casos criminales y también en casos de corrupción en el sector de la construcción.

–Interesante. El problema de investigar a estos grupos es que llegan aquí, desarrollan una amplia actividad criminal y luego abandonan el país.

–Pasado un tiempo, vuelven a aparecer y cometen nuevos delitos –dijo Roger Høibakk echando una mirada al pasillo vacío, donde la puerta que daba a la habitación de Martin Egge estaba entreabierta.

El recuerdo de los faros que le habían deslumbrado se presentó como un fogonazo. Y también la visión del gélido halo alrededor de las farolas del paso elevado, tras un chamizo de contrachapado. La nieve que se acumulaba junto a las paredes de las naves del polígono industrial. Esa nieve estaba negra de suciedad y carbonilla. Y el dolor que estalló cuando el coche impactó contra él. Los rostros aparecieron de pronto: Kari Helene, Greta y John Gustav. Hans y Jorunn. Marit. Y Finn. Angelina y Juha. Y Marian. Abrió los ojos y vio sus rostros en el techo, como si alguien hubiera puesto una pantalla sobre él. Oscilaban en la superficie blanca. Marit, Hans y Angelina simulaban estar muertos, parecían realmente muertos. Pero *estaban* muertos. Y el niño, que fue envuelto en una manta. Volvió a cerrar los ojos. Una lágrima se deslizaba junto a su nariz. Había llevado al bebé en brazos al patio trasero, donde esperaba la ambulancia. En el mismo momento en que iban a arrancar, llegó Greta. El portal era la estación final: un nicho, un lugar negro y silencioso. El coche que llevaba a la madre y al niño se deslizó despacio a través de la cancela.

Abrió los ojos, percibió que alguien se acercaba a la cama. ¿Tal vez la enfermera que le había desconectado del respirador? Había salido de la habitación, pero ahora volvía a oír el sonido de sus zapatos.

–¿Eres tú, Marit?

Sus recuerdos estaban fragmentados. Había *algo*, una certeza que palpitaba en su cabeza. Kari Helene, tenía que llamarla. No debía olvidar nada. Tenía que recordar todos los hilos, la relación entre unas cosas y otras. La certeza era lisa como el dorso de una serpiente, escurridiza como un sendero mojado por la lluvia en verano. No podía escabullirse.

La luz del techo estaba muy tenue. La sala de guardia desprendía un olor dulce y acogedor. Marian se aproximó a la cama y bajó la mirada hacia su rostro, hacia todas las marcas, las heridas inflamadas y oscuras, una de ellas iba desde la mejilla hasta la comisura de los labios. Se aferró a los barrotes del cabecero con la mano derecha y pasó despacio la mano izquierda por el cabello canoso de Martin, la dejó reposar un rato sobre su cabeza. Tenía los ojos y la boca cerrados, los brazos escayolados. Aun así era hermoso. En un oído había sangre coagulada. Se inclinó hacia él.

–Todo va a salir bien, Martin. Puedo vivir contigo cuando vuelvas a casa. Birka y yo. Hasta que te pongas bien –retiró la mano de su cabeza–. Mientras tanto, regaré tu árbol de Navidad, que está hecho un desastre. Y jugaremos al ajedrez en cuanto puedas –dijo mirando sus brazos escayolados–. ¿Me oyes, Martin?

De pronto estaba en la rotonda de Bislett. Marian echó un vistazo al retrovisor. Había conducido en varias direcciones, por distintas calles, sin meta ni sentido. El reloj del salpicadero marcaba las 15:36. ¿Tal vez hubiera cosas de interés en el despacho de Martin?

Le entró un mensaje en el móvil. Salió de la rotonda, se subió a la acera y lo leyó. Era de Asle Tengs. *¿Dónde estás, Marian?*

Apagó el móvil, puso el intermitente, siguió conduciendo y frenó para dejar paso a una señora con un cochecito de niño. Le rugía el estómago. La imagen de Martin en la cama del hospital le produjo un escalofrío. Iba a encontrar al culpable. Nada de llorar, sólo trabajar.

Alguien le había acariciado la cabeza. ¿Había estado Marian allí? Era el *estilo* de Marit. Recordaba el reflejo del sol sobre su cabello claro y el bonito vestido lila. Comiendo sentada a la mesa del jardín, la servilleta en su regazo. Y los parterres con las flores rojas. El seto de rosas de té. Cuando llegaban las primeras heladas, cubría las plantas con tela de saco. Había visto los indicios, pero deseaba que no fueran ciertos. Había tantas señales. Alguien tenía que llamar a Kari Helene. Alguien tenía que hacerlo ya.

Oyó un sonido casi imperceptible, como si alguien sacudiera una almohada. Abrió los ojos pero no fue capaz de enfocar. La habitación estaba gris y neblinosa. ¿Había alguien junto a su cama? El sonido cesó. Los brazos le pesaban como si fueran de hormigón. El silencio se dilataba y se convertía en el eco de algo que había sucedido. De nuevo ese sonido. Su corazón latía, pero el gráfico de la máquina estaba desconectado. Tenía la garganta seca, giró la cabeza cuando una enfermera asomó la cabeza por la puerta.

–Oh, lo siento. No sabía que hubieran autorizado una toma de declaración. Les dejo en paz –dijo cerrando la puerta silenciosamente.

Marian frenó de golpe para dejar paso a un coche que venía por la izquierda. Birka se incorporó en el asiento trasero.

–Tumbate bien –ordenó, sintiendo la angustia en el pecho. No tenía a nadie más que a Martin. Había leído que las investigaciones demostraban que los niños que habían padecido graves negligencias en la infancia podían sufrir cambios fisiológicos en el cerebro. La parte del cerebro que controla el miedo y

los instintos se desarrollaba con normalidad, según decían, pero la parte cognitiva se atrofiaba. Tal vez por eso hacía cosas por impulso, cosas que no debería hacer. Sólo sentía el fracaso, por muy bien que le fueran las cosas.

Marian pasó por delante de la casa con nubes pintadas en los muros sobre fondo azul claro, y atravesó de prisa la plaza de Halse. Salió de la carretera frente al pequeño quiosco con el cartel de «El Kebab del Pueblo», y aparcó en mitad de la acera. El hombre de la ventanilla la reconoció y le sonrió con dientes de un blanco deslumbrante.

–Uno mediano –dijo, y dejó el dinero delante de ella. Birka seguía la acción desde el coche.

Comió mientras conducía. Birka se apoyaba en su hombro babeando y Marian le dio el último trozo, como era su costumbre. Lo devoró sobre la sucia manta del asiento trasero. Marian se limpió la boca con la manga de la chaqueta y paró ante un semáforo en rojo, antes de girar frente a la estación eléctrica de Helsefyr, virar a la izquierda y aparcar frente a la casa de color gris perla de la acera derecha. La sede de la Policía Judicial era moderna, con las ventanas cuadradas con marcos de acero. Delante de la entrada había muros bajos con arbustos de un verde invernal. Como siempre, su mirada se sintió atraída por el cartel que estaba en lo alto, una circunferencia rodeada por una corona de laurel amarilla con letras blancas que decían POLICÍA JUDICIAL. Si alguna vez quisiera marcharse de la sección de Delitos Violentos, sería aquí donde pediría plaza.

Se quitó el cinturón de seguridad y echó un vistazo a los papeles que había sobre el asiento del copiloto. El sobre marrón estaba encima de todo. Lo cogió, lo abrió y sacó un certificado de defunción y una hoja con una esquela. Echó un vistazo al certificado de defunción. Era un informe ordinario de una muerte súbita emitido por un forense, médico del Hospital Riks. La conclusión era que no se había detectado nada sospechoso, que se trataba de muerte súbita. A continuación, había una breve nota policial. Se informaba de quién estaba en la vivienda en el momento de la muerte. Además del padre y la hermana, cuyo nombre no figuraba, había una au-pair de nombre Mayla Ganzon, de Filipinas. Entre paréntesis se recogía que *la madre del niño no estaba en casa*.

Volvió a meter las dos hojas en el sobre. ¿Por qué lo había retirado Martin?

Se revolvió el cabello, salió, cerró la puerta del coche y recorrió la fachada durante unos instantes con la mirada. Cada año se producían en Noruega más de cuatro mil muertes por causas no naturales, sólo la mitad de los cadáveres eran sometidos a una autopsia. Era la policía quien debía solicitarla, y todos sabían que la falta de medios era un gran problema, especialmente cuando se trataba de niños pequeños.

La noticia de que el director de la Policía Judicial, Martin Egge, había sido atropellado y gravemente herido era destacada en todas las emisoras de radio y en la web. Cato Isaksen leyó el nuevo sms de Bente en la escalera, camino de la cafetería. *Por supuesto que cogeré el tren en Asker, recogeré a Georg y le llevaré al cine. Te quiero. Bente.* El investigador suspiró y apoyó la palma de la mano en la pared rugosa. *Luego te llamo,* contestó. Randi le seguía de cerca. Asle Tengs bajaba por la escalera masticando una baguette de jamón y queso.

–¿Alguna novedad?

Cato Isaksen volvió a meterse el móvil en el bolsillo.

–El vecino de Egge, Finn Hagemann, llegará dentro de media hora. Espero una llamada de Roger desde Ullevål. He pedido a la sección de Extranjería que busque información sobre un tipo llamado Arif, pero aún no tengo su nombre de pila, o tal vez ése sea el nombre de pila.

Randi Johansen puso las manos sobre la barandilla:

–Y tenemos que preguntar a Marian por ese chico de cabeza rapada, Cato.

Asle Tengs volvió a tragar.

–¿Finn Hagemann está casado con una tal Jorunn?

–No, son hermanos –dijo Randi.

–Vale –respondió Asle Tengs–, es que las comprobaciones que ha hecho el departamento técnico del móvil de Egge muestran una llamada entrante de Jorunn Hagemann ayer, a las 14:15, y un mensaje con una fotografía por la noche.

–Dijo que le había llamado hacia las dos –confirmó Randi Johansen–. ¿Qué muestra la foto que le mandó?

–Una mujer y una anciana delante de un árbol de Navidad –Asle Tengs tomó aire–, fue enviada ayer a las 19:53. No sabemos exactamente cuándo lo atropellaron, pero un colega lo vio salir de la oficina de Bryn un poco antes de las 19:30, así que ha podido ser aproximadamente a esa hora.

Randi Johansen se inclinó sobre la barandilla.

–¿Qué le escribió?

–Le decía: *Mamá te manda recuerdos y te da las gracias por quitar la nieve,* pero lo que es de verdad interesante es que un tal John Gustav Bieler llamó ayer a Egge varias veces desde dos móviles distintos y un fijo. Además le envió un sms que decía: *Tengo que hablar contigo, Martin. Te voy a contar lo peor de todo.* Poco después, Martin Egge le llamó desde su móvil.

–¡John Gustav! –Cato Isaksen sostuvo la mirada de Randi Johansen–, pero si

ése es el que mencionó la vecina de Egge en relación con el tal Arif –gritó.

En la sala de recepción, Marian echó un vistazo al sillón de cuero que estaba a la derecha de la puerta giratoria. Las recepcionistas estaban en una habitación acristalada, detrás del mostrador. Marian vio, entre las lamas de las persianas, que la recepcionista de pelo castaño, Jennifer, se levantaba. Fue rápidamente hacia el mostrador.

–¿Verdad que es horrible? –dijo sin poder contenerse mientras se pasaba nerviosa las manos por el cabello–. Hablé con él ayer por la tarde. Comentamos la Navidad. Lo había pasado tan bien en casa de su vecina en Nochebuena...

Marian tragó saliva y trató de asimilarlo.

Jennifer continuó:

–¿Está consciente?

–No lo sé –dijo Marian arrancando obsesivamente unas hojas secas de la flor de Pascua que había en una maceta sobre el mostrador–. Sólo voy a recoger unos manuales de su despacho.

–¿Manuales?

–Se los regalé yo por Navidad, pero son demasiado densos. Voy a cambiarlos por algo más ligero. No tuve ánimos para estar con él en Nochebuena.

Jennifer la miró un momento, luego pulsó un interruptor y la puerta de cristal que daba acceso a la sección se abrió. Marian pasó rápidamente el turno. El ascensor estaba abajo. Abrió la puerta, entró y presionó el interruptor del sexto piso.

El pasillo estaba vacío. Marian fue con pasos decididos hacia la puerta del despacho de Martin. Los conductos de refrigeración del techo emitían un ligero zumbido. Entró en el despacho vacío de la secretaria, que estaba de vacaciones de Navidad. Eso le facilitaba mucho las cosas. De pronto, se dio cuenta de lo seca que tenía la boca. Ese kebab estaba muy picante. Oyó a alguien que reía al fondo del pasillo, puso la mano sobre el picaporte, abrió la puerta deprisa, entró en el despacho de Martin y cerró la puerta despacio tras ella. Había cambiado la foto de Marit de sitio, del escritorio a la ventana. Allí había también unas novelas amontonadas. Una de las puertas del anticuado archivador metálico estaba abierta. Las estanterías estaban llenas de archivadores. Un informe del Órgano de Inspección Estatal estaba sobre la silla. Marian se acercó a cogerlo. Era el informe que concluía que las policías locales no tenían buenas rutinas para custodiar sus armas. El escritorio estaba ordenado, sólo un pequeño montón de documentos se apilaban sobre el vade de sobremesa. Junto a la

ventana había un anticuado fax del que colgaba una hoja que casi llegaba al suelo. De alguna manera el fax era más seguro que el correo electrónico. Marian se acercó al fax y arrancó la hoja. Le echó un vistazo. El fax había sido remitido desde un número con el prefijo de país 31 y estaba en inglés. *ME*, habían garabateado arriba del todo. Aguzó la mirada. Era información sobre la carga irregular de un carguero, del que no figuraba el nombre, que iba desde Perú camino de Rotterdam. Allí le esperaban camiones adaptados. *AA, MT y SZ lo recogerán en la frontera. Sitek está de vuelta en Oslo. El Sr. B está implicado.* La información estaba firmada por *Corona*.

Marian enrolló el fax, se levantó el jersey y lo metió en la cintura del pantalón. Nadie lo vería cuando se pusiera la chaqueta.

De repente, se oyeron voces en el despacho de la secretaria. Marian agarró los documentos del vade y se los metió en la cintura del pantalón. Luego se tapó con la sudadera, el grueso jersey y la cazadora, abrió la puerta y entró en el despacho contiguo. Sólo era una limpiadora con un carrito de limpieza que hablaba por el móvil. Marian la saludó brevemente con un ademán de la cabeza, salió por la puerta y fue hasta el ascensor. Bajó otra vez al primero y pasó el turno que Jennifer le abrió.

–¿Verdad que es horrible? –Jennifer lloraba.

–Sí, ya lo comentamos, pero seguro que se recupera –dijo Marian cerrándose la cazadora–. No encontré los manuales.

La recepcionista se llevó la mano a la boca y sollozó muy alto.

–Me acaban de avisar, es que ha muerto.

Irmelin Quist correteaba por el pasillo. Los dedos pequeños del pie habían deformado los mocasines de piel azul. Eran las 16:05. Su intención era ir directamente a una fiesta navideña al salir del trabajo, pero entendía que iba a resultar imposible ahora que el director de la Policía Judicial había muerto. La sección hervía. Sonaban los teléfonos móviles, y policías con y sin uniforme iban de un lado a otro. Llevaba veintitrés años en el departamento y la experiencia le había enseñado qué era importante y qué no. Llevaba en la mano un recibo de retirada de un informe que tenía que enseñar a Cato Isaksen.

Roger Høibakk y Tony Hansen salían del ascensor. Roger Høibakk la miró.

–Vengo directamente de Ullevål, tengo que sacar un café de la máquina.

Ella se detuvo.

–¿No decían los médicos que sobreviviría?

Roger se encogió de hombros.

–Simplemente se murió. Supongo que no veré a mi hijo las próximas semanas. Todo es un caos, Irmelin. Voy por un café.

Irmelin Quist tenía debilidad por Roger Høibakk. Se pasó la mano por la cadera y anduvo los pocos metros que había hasta el despacho de Cato Isaksen. También le gustaba Cato Isaksen.

Asle Tengs, Randi Johansen, Tony Hansen y Cato Isaksen estaban, unos de pie y otros sentados, en torno a la mesa de reunión ovalada. Cruzó la habitación con sus sonoros zapatos. Le tendió a Cato Isaksen el recibo.

Lo miró.

–Gustav Bieler. ¿Qué es esto?

–Un resguardo –dijo ella–, Egge retiró ese informe ayer.

A Cato Isaksen se le formó una arruga entre las cejas.

La comisaria Ingeborg Myklebust entró en la habitación.

–Se nombrará un director interino de la Policía Judicial –dijo agitada–, parece que será el colaborador más cercano de Egge, Halvor Lydersen. De momento, serán diez los investigadores de aquí que se ocuparán del caso. También quiero que se una Marian, al fin y al cabo... Irmelin, debes actualizar los informes permanentemente y tomar nota de todas las llamadas de informantes que aporten pistas.

Cato Isaksen puso el recibo sobre la mesa, apoyó las palmas de las manos sobre la superficie y se inclinó hacia delante.

–No puede, ya lo he dicho.

–Irmelin Quist, ¿por qué no?

–Irmelin no, Marian. Le conocía, joder.

–Precisamente por eso, a lo mejor nos puede facilitar información importante.

Irmelin Quist tenía su propia opinión. Marian Dahle le había enmendado la plana en varias ocasiones. Entre otras cosas, se había dado cuenta de que no era muy buena en informática. Irmelin no quería que se supiera, y no quería de ninguna manera enemistarse con Marian, para que no se quejara de ella. Por eso, en un par de casos le había consignado informes a los que no debería haber tenido acceso. Ese tipo de préstamos debía pasar por Cato Isaksen, pero Marian le había ordenado que le diera los archivos directamente a ella. También había pedido que le diera la fotocopidora vieja. Era cierto que era vieja e iban a tirarla, pero Irmelin se arrepentía de haber dejado que se la llevara a casa. ¿Para qué la quería?

Cato Isaksen observaba la copia que le había dado Irmelin Quist. «*Gustav Bieler*» 1824/94 A, ponía.

–Randi, aquí tenemos otra vez el nombre John Gustav Bieler.

Se acercó a él.

–Sólo Gustav. ¿Qué puede significar?

Ingeborg Myklebust los miró.

–Tenemos que investigar ampliamente, de forma inmediata, aunque resulte que sólo ha sido un accidente. Esos chavales que le encontraron... no quiero ser responsable de que no hayamos estudiado cada detalle.

–No fue ningún accidente –dijo Cato Isaksen–. Un tal John Gustav Bieler, de Construcciones Pedagógicas, ha llamado a Egge y le ha mandado un mensaje interesante. También su nombre fue mencionado por la vecina más cercana de Egge en relación con un tal Arif, quien se puso en contacto con su hijo Finn en Nochebuena. Y ahora su nombre, me cago en todo, aparece también en el resguardo de retirada de ese informe.

Ingeborg Myklebust asintió desconcertada.

–El jefe de la Policía, Birger Maaum, ha convocado de forma inmediata una reunión aquí para coordinarnos. Se creará un grupo de investigación especial junto con la sección de Extranjería, el Servicio de Seguridad de la Policía y la jefa del Servicio de Inteligencia, Vivi Grode. Nos han llegado informaciones que indican que pueden estar involucrados ciudadanos de origen extranjero. Para quitarle dramatismo, creo que esto no tiene nada que ver con una acción terrorista, pero el director de la Policía quiere involucrar al Servicio de Inteligencia, por si acaso. Me ha encargado que, de forma urgente, forme un equipo sólido. Por supuesto que la sección de Crimen Organizado de la Dirección General de la Policía intervendrá también.

Roger Høibakk entró en la habitación. La taza llena de café que llevaba en la mano dejaba escapar una nube de vapor.

Ingeborg Myklebust le miró. Se hizo un momento de silencio.

–Tú estabas allí, Roger –dijo.

Asintió con la cabeza y miró a Irmelin Quist, que estaba junto a Cato Isaksen.

–Simplemente se murió –dijo Roger Høibakk–. Tony y yo estábamos en el puesto de guardia cuando una enfermera llegó corriendo, gritando que había dejado de respirar.

Tony tomó el relevo:

–Se organizó un caos total, los médicos y enfermeras de la UCI corrían por todas partes.

Roger dirigió la vista a Cato Isaksen:

–Como te conté por teléfono, Cato, Egge ha tomado personalmente contacto con la División de Extranjería sobre un ex abogado llamado Marek Sitek. El polaco parece haber estado involucrado en varios casos dudosos. Ha desaparecido sin dejar rastro. Parece que se ha pasado *al otro lado*. La División de Extranjería está con el asunto.

Cato Isaksen se giró hacia Ingeborg Myklebust.

–El tal John Gustav, de Construcciones Pedagógicas, parece interesante.

Ingeborg Myklebust cogió el resguardo que Cato Isaksen le ofrecía.

–Sólo es el resguardo de haber retirado el expediente del caso –dijo Irmelin Quist–. No ocurre todos los días que el director de la Policía Judicial en persona aparezca en mi despacho para retirar información.

–¿Cuándo vino a buscarlo? –Ingeborg Myklebust le echó un vistazo–, ¿hay copia del archivo? –preguntó.

–No, claro que no. Estuvo aquí ayer, hacia la una.

Cato Isaksen pensó en el viejo caballo de batalla de Marian: que los expedientes de casos antiguos debían archivarse en formato digital, para que estuvieran disponibles también cuando el original hubiera sido retirado. Se dio cuenta de que tenía razón cuando decía que facilitaría el trabajo.

–Por cierto, ¿dónde está Marian? –preguntó sin dirigirse a nadie en concreto.

Marian estaba en el coche, con la cabeza apoyada en el reposacabezas. El silencio era total en el garaje de la comisaría de policía.

Había conducido desde Bryn hacia el centro conmovida. La angustia le atravesaba el cuerpo de pies a cabeza. Martin estaba muerto. En el asiento trasero Birka daba vueltas intranquila. Martin la llamaba la reina de la oscuridad. Ahora volvía a estar en la oscuridad. Una oscuridad nueva, más allá de todo lo que conocía. Sintió una oleada de náuseas. El kebab quería salir. Abrió la puerta del coche, casi cayó al suelo, corrió hacia una papelera que colgaba de un poste de cemento y se inclinó sobre ella. Se vació una y otra vez. El sudor frío le brotaba de la frente formando gotas en el nacimiento del cabello. Se incorporó, le temblaban las piernas, se secó la boca y observó los coches aparcados unos junto a otros.

–Corren rumores de que Martin Egge tenía alguna relación personal con el proyecto Nieve Blanca –dijo Ingeborg Myklebust llevándose la mano a la garganta–. El proyecto ha sido suspendido.

–¿Halvor Lydersen cree que ahí puede haber algo? –preguntó Cato Isaksen–, viene de camino de su cabaña. Por cierto, ¿alguien ha visto a Marian?

–He intentado llamarla –dijo Asle Tengs–, le dejé un recado, pero no me ha contestado.

Roger Høibakk se metió un chicle en la boca.

–Voy a comprobar todo lo relacionado con el tal Marek Sitek.

Cato Isaksen se giró hacia Randi Johansen.

–¿Puedes conseguir gente del departamento técnico que pueda entrar de forma inmediata en la casa de Egge y buscar ese informe? Vi por la ventana que había papeles sobre el escritorio del salón. Tenemos que enviar a analizar los ordenadores de sobremesa y los portátiles que haya podido utilizar. El informe Bieler también puede estar en su despacho. Tenemos que encontrarlo.

–Comprendido, Cato. Por cierto, que he hecho una búsqueda rápida sobre el tal Bieler. No hay nada. Cincuenta y cinco años, sin antecedentes, casado, una hija.

–Encontradlo –dijo Cato Isaksen–, Hagemann puede llegar en cualquier momento. Roger, por favor, comprueba si Egge pudo haber cogido un taxi hasta Solveien ayer –miró a Asle Tengs–. ¿Había rastros de pintura en la ropa de Egge?

–Parece que unos fragmentos. El catedrático Wangen del Instituto Forense hará la autopsia. Hay indicios de que el coche era negro. El hecho de que casi todos los coches sean negros hoy en día no hace que el asunto sea más sencillo.

–Pues comprueba el color del coche de Finn Hagemann y el de Bieler. Y no podemos olvidar al adolescente rapado.

En ese momento sonó el móvil en las profundidades del bolsillo. Cato Isaksen lo cogió y reconoció el número de la portavoz de la policía. Salió al pasillo.

–¿Eres tú, Rita?

–Soy yo. ¿Doy salida a la noticia? –preguntó concisa la responsable de prensa.

–Esperamos –echó un vistazo por la ventana de la oficina que Randi compartía con Marian. Estaba vacía.

–¿Pero no son importantes las observaciones de posibles testigos? –dijo la portavoz con un eco metálico en la voz.

–Sí, pero la información sobre el atropello ya es pública. Haré un breve informe y te lo mando por correo electrónico cuanto antes, pero nada de conferencia de prensa por el momento. Lo hablaré con Myklebust, pero aquí hay un caos tremendo. Los técnicos van de camino a Bryn y a su domicilio particular. Halvor Lydersen opina que el asesinato puede tener algo que ver con la suspensión del proyecto Nieve Blanca, que Egge estaba buscando información por su cuenta, para compensar la suspensión de la investigación. Sería una catástrofe que se supiera.

El despacho de Cato Isaksen era un hervidero. Marian bajó la cabeza y cruzó con paso decidido por delante de la mampara acristalada camino del baño. En una de las pequeñas cabinas se dejó caer sobre el inodoro mientras el llanto se abría paso a través de su garganta con fuertes hipidos. Oyó voces en el pasillo, cerró los puños, se mordió los nudillos y pensó en la primera vez que fue a casa de Martin, sola y muerta de miedo, después de que la acompañara a urgencias. La habitación que le dieron era una estación de destino. Se había mirado en el espejo de luna, con la ropa ensangrentada, en el dormitorio helado y desconocido.

Asesinato. Apropiación indebida de pruebas, estaba dentro de su cabeza. Tenía que hacerle entrega a Cato Isaksen de los papeles que se había llevado, tanto de la casa de Solveien como del despacho de Bryn. Todo estaba en el coche. El certificado de defunción del niño muerto, ¿y si fuera importante para el caso?

La nieve que había junto a las bajantes de los canalones y entre los coches aparcados, estaba sucia. John Gustav Bieler apoyó el rostro sobre el escaparate y miró hacia el interior. Pasó una furgoneta dejando un rastro de carbonilla. Tenía que encontrar a Kari Helene. No estaba en Pascal. El móvil que utilizaba para enviar sms estaba en casa, en la cocina.

Golpeó la puerta cerrada. Greta había decorado con luces navideñas dos de las mesas de anticuario y puesto ángeles de plata con las velas. Una alacena blanca tenía las puertas abiertas de par en par. En las estanterías había duendes rojos de punto, a 175 coronas cada uno, y tazas de cerámica negras y turquesas con etiquetas de oferta color naranja en las asas.

Greta y él habían tenido una tremenda discusión en su oficina la noche anterior. Lo que había pasado entonces con el pequeño Gustav ya no se podía demostrar, pensó. El cuerpo se habría corrompido hacía mucho. Pero los cadáveres se pueden desenterrar. ¿Quedarían restos en el esqueleto?

Y ahora Greta conocía la existencia de Rosmarie, no sabía exactamente quién era, pero sí que había una mujer con la que mantenía una relación. Había pasado la noche en su piso. Greta no quería que volviera a casa. Hasta esa mañana no había sido capaz de asimilarlo todo.

Pasó por casa varias veces a lo largo del día, pero no había nadie.

–Greta, abre la puerta, coño –golpeó la puerta de cristal y miró la nota escrita a mano que estaba pegada por la parte de dentro. Cerrado hasta el 2 de enero. La tienda era propiedad de ella. La casa de la calle Inkognito estaba a nombre de él. Greta creía que estaban hipotecados hasta las orejas, pero no era cierto en absoluto. Y, salvo la finca de Mallorca, no tenía ni idea de cuántas propiedades tenía. Todo estaba camuflado en fundaciones y sociedades en el extranjero. Había conocido a Rosmarie en una reunión de planificación de Construcciones Pedagógicas. Resultó que valía su peso en oro cuando se trataba de realizar transacciones de propiedades y transferir cantidades de dinero de una cuenta a otra. Fueron a Mallorca para ver la casa que él se había comprado en Cap des Freu.

Estaba cansado de todo. No necesitaba más grandes sumas, pero ahora tenía que terminar el último plan y cumplir las promesas que había dado. No podía retirarse sin más. Podía resultar peligroso que las cosas no se hicieran en el orden correcto.

Unas semanas atrás, Rosmarie había hecho unas preguntas en tono crítico.

Compraventa de acciones, había zanjado él, y ahora Kari Helene había desencadenado una espiral de intranquilidad.

Contempló a unas chicas jóvenes que pasaban por la acera, sacó el móvil y marcó el pin. Le esperaban muchos mensajes.

Volvió a llamar a Greta, pero seguía sin contestar. Escuchó los mensajes. Uno de ellos era de una mujer policía que le pedía que la llamara a un número de móvil.

Cerró los ojos, dio la vuelta hacia el escaparate y apoyó la frente sobre el frío cristal.

Finn Hagemann tenía un rostro redondo y colorado, y el pelo ralo, casi blanco. Miró a su alrededor. La sala de interrogatorios era pequeña y alargada. Una ventana daba a un pasillo saturado de gente ocupada. El reloj que había sobre la mesa marcaba las 16:45. Vio a la mujer policía, seguramente la misma que había estado en casa de su madre y su hermana unas horas antes. Su corazón latía. Por puro nerviosismo empezó a silbar. El policía de rasgos marcados se presentó como Cato Isaksen. Puso la grabadora y le leyó su nombre, su número de identificación personal y la dirección, además de informarle de que, como parte de la rutina, le tomarían las huellas dactilares.

Finn Hagemann notó cómo la angustia presionaba desde el interior de su caja torácica. Tenía que tener cuidado. No sabía exactamente lo que les habría contado Jorunn, pero sí que su madre les había dicho que Arif fue a su casa en Nochebuena. John Gustav le había llamado para decirle que la policía había intentado localizarle a él también. ¿Sabía Finn de qué se trataba? Le había respondido que no. Le aseguró que no sabía qué quería preguntarle la policía, sólo que su madre les había hablado de lo que pasó en Nochebuena con Arif, que hubo un poco de lío y que luego Martin le había hecho unas preguntas. John Gustav se había puesto furioso y le había dicho que tuviera cuidado. Si hablaba demasiado, tendría consecuencias. Le prometió borrar toda la información sobre el trastero que alquilaba y decir que no sabía quién era Arif.

–Iremos directos al grano –dijo Cato Isaksen estresado–, ésta es Randi Johansen –señaló a la mujer policía con un gesto–. ¿Qué coche tienes?

–Un Citroën. ¿Necesito abogado?

–¿Abogado? –Cato Isaksen le miró–. Si has atropellado al director de la Policía Judicial, Martin Egge, necesitas un abogado.

–Por supuesto que no.

–Ésta es una toma de declaración de carácter general, Hagemann, no una serie americana de la tele. ¿De qué color es tu coche?

Randi lanzó a Cato una mirada incisiva.

–Es gris.

–Fuiste al instituto con Martin Egge, ¿verdad?

Asintió con la cabeza mirando el vaso de agua que la mujer policía había puesto sobre la mesa.

Randi Johansen le recorrió con la mirada. Se parecía a su madre, pero era más pálido. Tenía una barriga prominente y vestía con desaliño, una cazadora gastada y vaqueros viejos.

–John Gustav Bieler –dijo Cato Isaksen–, ¿qué clase de relación tienes con él?
Finn Hagemann tomó un sorbo de agua. Un investigador golpeó el cristal agitando una nota.

–Aquí están pasando demasiadas cosas a la vez –dijo Cato Isaksen y apagó la grabadora. Randi Johansen se acercó a la puerta, la abrió y cogió el papel.

–Gracias Roger –dijo mirándolo un momento antes de dárselo a Cato Isaksen, quien leyó: «Egge pidió un coche a Oslo Taxi para Solveien ayer. Le recogieron a las 14:36 y le llevaron al edificio de la Policía Judicial en Bryn». Se metió la nota en el bolsillo y volvió a encender la grabadora.

Finn Hagemann había cogido el vaso con las dos manos. La pausa le había dado la oportunidad de pensar cómo iba a expresarse.

–¿Qué clase de relación tienes con John Gustav Bieler? –repitió el investigador.

–Ninguna en especial –dijo.

–Ninguna en especial, ¿con eso qué quieres decir?

Finn Hagemann se encogió de hombros.

–Es un amigo nuestro.

–¿De quién?

–De Martin y mío. Fuimos al instituto de Tangen los tres.

Cato Isaksen echó un vistazo al pasillo. Marian pasó a toda velocidad.

–En Nochebuena se presentó en tu casa un tal Arif para que le dieras el código de una cerradura.

–¿Sí? –Finn Hagemann puso las rudas manos de trabajador sobre la mesa.

–Nada menos que en Nochebuena el tal Arif necesitaba el código de acceso al almacén.

–Esos tipos trabajan todo el tiempo. También los festivos. Pero en realidad sólo quería el código ese. Lo había perdido y John Gustav le había dicho que lo consiguiera.

–¿No podía simplemente haberte llamado para pedírtelo?

–Era Nochebuena, llevaba el móvil apagado.

–¿Cuál es su nombre completo? ¿Arif es nombre de pila o apellido?

–No tengo ni idea. No conozco a todos esos manitas.

Cato Isaksen se inclinó hacia delante.

–Pero él sabía dónde vivías, ¿serías tan amable de explicarme la conexión?

–No hay ninguna conexión que digamos. Arif trabaja para John Gustav, que es asesor de Construcciones Pedagógicas.

–¿Y? –insistió Cato Isaksen impaciente.

–Construcciones Pedagógicas me alquila trasteros de vez en cuando.

–¿Sabes a qué dedica Construcciones Pedagógicas los trasteros?

–Materiales de construcción –sus ojos adquirieron de pronto un aire

vigilante.

–¿Cosas de construcción? –Cato Isaksen le echó un vistazo al reloj. Vio fuera que un periodista había conseguido llegar hasta el interior del departamento–. Randi, sácale de aquí.

Randi Johansen se levantó y salió de la sala de interrogatorios.

–¿Qué clase de cosas de construcción, Hagemann? –repitió.

–Generadores, cables de fibra óptica, herramientas sofisticadas y cosas así. Cosas caras que no pueden dejarse en la obra. Vienen trabajadores de la construcción todo el rato a sacar cosas de los trasteros. El almacén no tiene personal en festivos ni por la noche. Pero John Gustav Bieler no tiene ningún trastero en este momento.

–¿Así que no os alquila ningún trastero ahora?

–No.

–¿En ese caso, por qué narices quería Arif el código?

–Tiene que preguntarle a John Gustav. Yo no tengo ni puñetera idea.

–Tu madre comentó que un chico joven con la cabeza rapada había visitado a Martin.

–No sé nada de eso.

–Y ¿conoces a Marian Dahle?

–¿Esa mujer policía inmigrante de la que Martin se ocupaba? No, sólo la he saludado.

–¿Se te ocurre alguien que haya podido querer hacer daño a Martin Egge?

Finn Hagemann negó con la cabeza.

–Nadie que yo conozca.

Randi Johansen volvió a entrar en la habitación.

–Ahora toca una pregunta formal que haremos a todos los que conocían a Egge –dijo Cato Isaksen–, ¿dónde estabas el 29 de diciembre entre las 18:00 y las 20:00 horas?

Finn Hagemann se giró.

–Pues estaría en casa, con mi madre. Tanto ella como mi hermana lo pueden confirmar.

–¿No es un poco raro que tanto tú como tu hermana todavía viváis en casa?

Dejó las manos en el regazo y las miró. Luego dijo despacio:

–Jorunn tiene los nervios delicados. Siempre ha sido así. No sé cuánto habrá de cierto en eso que dice de que Martin se había enamorado de ella: no le den demasiada importancia. Madre también es especial. Supongo que siente que somos unos fracasados, tanto Jorunn como yo. Jorunn se divorció y no tuvo hijos. Yo estoy soltero.

Kari Helene cruzó la calle Inkognito y se quedó mirando fijamente la entrada al portal. Se retiró el cabello graso de la frente. Había conseguido entrar en la tienda de al lado de Pascal sin que su padre la descubriera. Seguro que su padre había llamado a Martin y le había dicho que no podía encontrarse con ella en Pascal. Por eso no había venido. Su padre podía convencer a todo el mundo. No podía llamar a su madre, porque se había dejado el móvil en la mesa de la cocina.

Después dio varias vueltas por los alrededores del cine Saga, antes de quedarse un largo rato frente a la tienda de tabacos de Storting y comerse los dos pasteles de la bolsa. Iba con frecuencia a aquel estanco, y en el escaparate observaba el pájaro disecado dentro de una urna de cristal. Se sentía muy triste al verlo. Las plumas de las alas estaban cubiertas de una fina capa de polvo. El pájaro había estado vivo. Ya no vivía, pero aun así tendría exactamente ese aspecto para siempre. Le gustaría llevárselo a casa. Encontrar una caja con musgo verde donde tenerlo.

La mansión no se veía desde la calle. Tenía que atravesar el portal. ¿Debía entrar? Su padre no podía hacerle nada. ¿Qué podría hacerle? Era su padre. Lo pensó un rato, antes de cambiar de opinión, darse la vuelta y volver hacia la calle Henrik Ibsen, de donde venía.

Pensaba en el día siguiente a la muerte del pequeño Gustav. Sus padres estaban tumbados en el dormitorio, llorando y hablando. La cuna de barrotes estaba en medio de la habitación. Ella estaba en su cuarto, se había arreglado enfrentándose a todo. Se había puesto prendas de color rosa con encajes, los pendientes de su madre, pintura de labios y zapatos de tacón. Era difícil andar con esos zapatos. Creía que tal vez volvería, pero los cuerpos de los bebés no son como los juegos de piezas de construcción, no tienen arreglo. No pueden volver a montarse. Los que habían sido enterrados en la tierra, no podían ser desenterrados. Recordaba que le había cortado el pelo a su muñeca, y luego la tiró a la basura.

Los periodistas habían tomado gran parte de la recepción en la entrada de la Comisaría de Policía. Todo era un caos. Los fotógrafos esperaban con las cámaras listas. Los periodistas caminaban intranquilos arriba y abajo hablando por sus móviles. Marian consiguió abrirse camino entre ellos. Procuraba respirar con un ritmo normal. Había salido a fumar un cigarrillo.

Cogió el ascensor hasta su sección y pasó por delante de la sala en la que Cato Isaksen e Ingeborg Myklebust estaban reunidos con los jefes de departamento. Vio al colaborador más cercano de Martin en la Policía Judicial, Halvor Lydersen. Iba vestido con aire deportivo, era calvo y ancho de hombros. A Martin le caía bien.

Reconoció la silueta delgada y el cabello negro del jefe de la Policía, Birger Maaum, que charlaba con Vivi Grode, del Servicio de Inteligencia. Era una mujer de amplio busto y pelo rubio, en la cincuentena. Vivi Grode tenía experiencia como fiscal y había dirigido la Comisión para la Reapertura de Casos Criminales. Randi, Tony, Roger y Asle Tengs también estaban allí.

Marian entró en su despacho sin encender la luz. Fue junto a la ventana y apoyó la frente sobre el cristal. La angustia se alojaba en su estómago como una piedra oscura, pero al otro lado de la ventana todo seguía igual: la iglesia, las fachadas de las casas, el autobús rojo que paraba y dejaba salir el hollín como una gran bocanada de aliento gris.

Cuando Randi entró en la habitación, se giró hacia ella en la oscuridad.

—¿Estás aquí sola? —Randi apretó el interruptor de la luz. Los tubos fluorescentes parpadearon antes de encenderse.

Marian sostuvo la mirada de su colega. Cruzó los brazos, como para protegerse.

—Hemos tenido una reunión con los jefes de departamento —dijo Randi, se acercó a su escritorio y dejó un nuevo documento encima de un montón de papeles—. No estabas allí —afirmó—. Entiendo que estés triste, lo conocías bien.

—No *tan* bien —Marian forzó una tensa sonrisa.

Randi se apartó el cabello de la frente y se puso en jarras.

—Ya te oigo, ya.

—¿Tenéis algo?

—La tal Jorunn Hagemann. Seguro que sabes quién es.

—La hija de la anciana señora Hagemann.

—Se quedó bastante noqueada cuando se dio cuenta de que el director de la Policía Judicial había muerto. Parece que era la novia de Egge, si he entendido bien.

Marian notó cómo se tensaba la piel de su rostro.

—¿Tendría que saber yo algo de la vida sexual del director de la Policía Judicial? Sé quién es, pero no conozco a ninguno de sus vecinos. No puedo ayudarte.

¿Por qué Martin no le había contado que tenía una novia? Marian se volvió de nuevo hacia el cristal, vio cómo un policía tenía problemas para mantener el

equilibrio en la cuesta helada de acceso a la entrada principal de la comisaría. Cruzó los brazos en actitud tensa.

Randi continuó:

–Buscamos por todas partes ese archivo que Egge le pidió a Irmelin ayer. No conseguimos localizar a John Gustav Bieler ni a su mujer. Viven en la calle Inkognito. Parece que a Egge le atropelló un coche negro. El tal Bieler tiene un Volvo negro. Asle lo ha comprobado en el Registro. Un tal Gustav Bieler falleció en 1994. Un bebé de diez meses. El sobre no está ni en casa del director de la Policía Judicial ni en su oficina de Bryn. Y luego está el adolescente rapado. ¿Sabes algo de él?

Marian negó con la cabeza.

Randi contempló su espalda. Qué encogida estaba. El lema de Marian era *Si no puedes vencerlos, únete a ellos*.

–Por cierto, tienes toda la razón en que se debería crear una base de datos con todos los casos antiguos, Marian. Resulta extremadamente arduo trabajar con esas carpetas, y que no existan copias.

Marian asintió mirando al cristal.

–Eso tiene que cambiar –dijo bajito.

–Pero ya sabes que no ocurrirá. Conoces la situación económica de este departamento.

Randi salió del despacho. Marian oyó sus pasos alejándose por el pasillo.

La comisaria Ingeborg Myklebust asomó la cabeza por la puerta poco después.

–Ah, ¿estás aquí, Marian? Cato está planificando la rueda de prensa.

Marian se dio la vuelta. Cato Isaksen apareció de pronto junto a Ingeborg Myklebust en la puerta y dijo:

–La rueda de prensa será a las 19:00 –miró fijamente a Marian. Ingeborg Myklebust se marchó.

Marian bajó los brazos y escondió las manos en las mangas del jersey.

–¿Y? –dijo él.

–Éste ha sido un día terrible, pero puedo aportar más de lo que te imaginas.

Cato Isaksen vio que su dolor era infinito. Se acercó y puso la mano sobre su antebrazo.

–¿Piensas en algo en especial?

–No, exactamente.

Cato Isaksen se acercó a su escritorio y apoyó la mano derecha en un desordenado montón de documentos.

–Martin Egge recibió la visita de un chaval con la cabeza rapada el 26 de diciembre. ¿Sabes quién es? Me ha parecido entender que tú misma estuviste allí el 27.

Tragó saliva, le miró.

–No.

–Marian, es poco profesional para un policía llevarse una víctima a casa, como hizo Egge contigo aquella vez. Hay otros muchos casos en los que puedes trabajar si quieres. ¿Has comido hoy?

–Sólo un kebab, hace varias horas.

–Baja y cómprate algo.

Las comisuras de los labios de Marian empezaron a temblar.

–Hay otros casos, si tú quieres –repitió Cato.

«Si tú quieres», pensó ella, y sintió que tenía ganas de gritar. Parecía como si su existencia siempre hubiera girado en torno a *si tú quieres*. Dijo con voz serena:

–Quiero trabajar en el caso Egge.

El edificio de hormigón se inclinaba casi imperceptiblemente hacia la izquierda, la pintura estaba desconchada. Kari Helene Bieler agarró la puerta y la mantuvo abierta mientras salía un hombre joven de pelo largo y mal vestido. El portal era oscuro y poco acogedor, con un corcho lleno de mensajes al comienzo de la escalera. Puso la mano en la pared para apoyarse y subió despacio los escalones de uno en uno. Sudaba bajo el acolchado anorak largo. En cada piso había pasillos estrechos con puertas a ambos lados. Olía mal. De pronto oyó voces de enfado detrás de una puerta.

–¿Qué demonios haces aquí en este agujero de mierda? –gritó un hombre, y a continuación contestó otro gritando igual de fuerte.

Paró, tragó saliva y se apartó unos cuantos cabellos de los ojos.

–¡Te voy a...! –luego se oyó un follón tremendo, como si estuvieran volcando los muebles.

Se quedó inmóvil junto a la pared durante varios minutos.

Se hizo el silencio. Siguió subiendo la escalera. En el tercer piso se dirigió a una puerta lacada en negro sobre la que estaba escrito «Juha» en letras rojas. Se quedó parada delante de la puerta unos instantes, escuchando con la cabeza inclinada antes de levantar una mano y morderse los nudillos. Luego llamó con cuidado a la puerta.

Pasó mucho tiempo antes de que finalmente sonara la cerradura. El chico que asomó tras la puerta era más bajo que ella, de rostro pálido y con grandes granos en la barbilla. La miró asustado.

–Eres tú –murmuró pasándose deprisa la mano por la calva.

Kari Helene apretó los labios y sintió que se le humedecían los ojos. Miraba fijamente la funda de plata de uno de sus dientes de arriba y los aros negros que tenía en las orejas. Llevaba los pantalones caídos por debajo de la cadera y una sudadera con manchas de ketchup.

–¿Qué quieres? –preguntó él–, a lo mejor ahora me hago rico.

Kari Helene se sonrojó.

Él sacó la cabeza y miró arriba y abajo, luego abrió la puerta del todo.

–Pues pasa, entonces.

–Los tres móviles están apagados –dijo Asle Tengs–, dos están a nombre de Bieler y uno a nombre de su mujer, Greta. Ninguno contesta. Es bastante

extraño. Bieler trabaja en Construcciones Pedagógicas. Está domiciliado en la calle Inkognito.

Cato Isaksen se puso de pie y se acercó a la pizarra de la pared.

–Aleatoriamente voy a anotar todo lo que tenemos –escribió Martin Egge y dibujó flechas, anotó nombres y palabras clave a su alrededor como rayos solares: John Gustav Bieler. Europeos del Este. Marek Sitek. Nochebuena. ¡Arif! Agnes Nicoline Hagemann, Finn y Jorunn Hagemann, y la silueta de una cabeza rapada–. Todos, salvo Arif y el rapado, que no sabemos quién es, tienen coartada.

Debajo anotó: «¿Archivo retirado, con posible informe sobre niño fallecido?».

Roger Høibakk se inclinó hacia delante:

–Esto de que Egge se pusiera personalmente en contacto con la sección de Extranjería sobre Marek Sitek hace que parezca que Egge llevaba personalmente una investigación, mucho más allá de lo que un director de la Policía Judicial se puede permitir. Lydersen nos ha informado de que Sitek llevaba un caso en el que un albanés, de nombre Sako Zogu, estaba involucrado. Llegarán más datos concretos sobre esto, nos dice. Debemos centrarnos en averiguar quién es el tal Arif, y ver si podemos relacionarle con alguno de estos nombres. Los de Extranjería trabajan a tope.

Marian estaba comiendo una baguette. Ese nombre, Sitek, aparecía en el fax que se había llevado del despacho de Martin. Tendría que echarle un vistazo a todo esa misma noche.

Cato Isaksen la miró. Tony daba vueltas a su pendiente. Asle Tengs tenía las manos sobre la mesa.

–Sólo en el último medio año los robos denunciados han sido más de ochenta mil. En todos los veintisiete distritos policiales aumentan los problemas con albaneses, iraquíes, rumanos, búlgaros, lituanos y polacos. Sabemos que, en Oslo, el ochenta por ciento de los robos del pasado verano fueron cometidos por ciudadanos rumanos.

Roger se inclinó hacia Randi:

–Tenemos que ir a la calle Inkognito y hablar con el tal Bieler. ¿Nos dará tiempo antes de la conferencia de prensa?

–Sí –Randi se puso en pie.

La comisaria Ingeborg Myklebust apareció de pronto en la puerta.

–El grupo especial de investigación sobre criminalidad extranjera debe ponerse en marcha ya.

–No digas tonterías. No tenemos capacidad para eso. ¿En medio de todo esto?

–Pues sí –dijo Ingeborg Myklebust–, parece que es precisamente por eso. Me

limite a seguir instrucciones. He respondido que de aquí irán dos personas. Seréis tú, Marian, y tú, Tony –dirigió la mirada a Tony Hansen–. Se trata sólo de aportar más recursos y nuevas perspectivas. El grupo estará inactivo en un principio, es un gesto para demostrar a las autoridades que se están tomando medidas. Y se trata, sobre todo, del asesinato del director de la Policía Judicial. Pero los demás seguís dando prioridad al caso Egge.

–Voy a intentar llamar a John Gustav Bieler una vez más –dijo Randi levantándose–, si no contesta ahora, nos vamos a Construcciones Pedagógicas. Si no me equivoco, está cerca de Carl Berner. Si no está allí, iremos a la calle Inkognito.

John Gustav Bieler agarró el volante con ambas manos y apretó la mandíbula. Tenía sudores fríos. Acababa de hablar con la mujer policía que le había dejado el recado en el contestador. Dijo que habían estado en Construcciones Pedagógicas para hablar con él, y que ahora iban de camino a la calle Inkognito. Él dijo que iba hacia casa en ese momento, y que por supuesto estaría encantado de hablar con ellos. ¿Qué otra cosa podía decir?

La investigadora le había preguntado por qué había llamado a Martin Egge el día anterior. Le respondió que se conocían de siempre, pero la policía quería hablar con él acerca del sms, dijo ella.

Atravesó el estrecho portal, aparcó en el sitio habitual y esperó a que pasaran una vecina y su hija pequeña. Luego, salió, cerró el coche y fue hacia la puerta. Un gato escalaba por la valla de madera hasta el seto de espino cubierto de escarcha. Miró hacia las ventanas. Estaban oscuras. Dio una patada a medio ladrillo que había en el suelo.

¿Qué coño diría ese sms? El móvil de Kari Helene estaba a su nombre. Era *ella* la que había mandado ese mensaje. La policía no debía saber por nada del mundo que el mensaje venía de ella. En ese caso empezarían a interrogarla a ella también, y entonces todo podía darse por perdido. Tenía que localizar a Greta antes de que la policía consiguiera hablar con Kari Helene. ¿Pero dónde estaba?

Abrió la puerta, entró en el amplio recibidor y cerró tras de sí. Él no era un mal padre, las circunstancias y una pérdida le habían forzado a una situación muy incómoda. Encendió las luces y fue directamente a la pequeña biblioteca.

Kari Helene había husmeado como un perro de presa por la casa vacía cuando Greta y él estaban en el trabajo. Había encontrado documentos. Él sabía que ella hurgaba. Aunque había intentado ordenar las cosas, él se había dado cuenta de que extractos de las cuentas de Guernsey y Luxemburgo y escrituras de Mallorca y Suiza habían cambiado de sitio.

Fue rápidamente a la cocina. Allí, sobre la mesa alargada de cristal, estaba el móvil que usaba Kari Helene. Lo agarró y lo encendió. Tuvo que esperar unos segundos hasta que un sonido le indicó que estaba operativo. Presionó las teclas febrilmente para llegar al mensaje. Esperaba que no lo hubiera borrado.

No lo había hecho. Se le aceleró el pulso cuando vio lo que decía. *Tengo que hablar contigo, Martin. Te voy a contar lo peor de todo.*

–Joder –levantó la cabeza y miró hacia la encimera de la cocina, donde dos de las tazas buenas de porcelana, con flores grises, estaban colocadas una dentro de otra junto al cerro de platos sucios de la cena.

Greta debería saber en qué situación tan dramática le había puesto su hija, lo trascendente que era el suceso del día anterior, todo aquello podía unirlos o separarlos en unos segundos. El dolor no era algo con lo que quisiera vivir el resto de su vida. El dolor era algo que quería alejar, olvidar, y seguir como hasta ahora. Había llegado el momento de poner en práctica el plan de la carta. Había sido genial guardar esa nota de suicidio escrita por Kari Helene años atrás. No tenía fecha. Cuando llamaron a la puerta, sabía que era la policía. En ese mismo momento supo lo que les diría.

Un ascensor con reja de hierro la subió al cuarto piso. Greta Bieler observó los descansillos cubiertos de moqueta roja. El papel pintado era turquesa con un estampado dorado. El Continental se presentaba como un hotel respetable, pero el edificio era decadente.

Una vez en la habitación, tiró el bolso y se quitó los botines, se acercó al mini bar y sacó una botellita de vino. No tenía fuerzas para coger la copa, que estaba boca abajo en una pequeña bandeja redonda, junto a un bol con terrones de azúcar y otro con cacahuetes.

Cogió el mando a distancia, que estaba sobre la mesa, y quitó su nombre y el saludo de bienvenida que aparecía en la pantalla. Había llamado a Jorunn para pedirle que viniera, le dijo que había algo de lo que tenían que hablar. Jorunn contestó que no deseaba remover las cosas, que había dejado todo atrás y no podía más. Pero Greta se echó a llorar, y Jorunn dijo que cogería un taxi e iría en cuanto pudiera.

La habitación tenía papel pintado rosa y una colcha lila. Greta desenroscó el tapón de la botella y se la llevó a la boca. Fue tropezando hasta la ventana y contempló el tráfico de la calle Storting. Justo bajo la ventana del hotel había colgada una falsa guirnalda de abeto llena de lucecitas. Estaban en plenas Navidades, no había mucha gente en la calle, sólo el tranvía pasaba vibrando a intervalos regulares.

Había dado vueltas por las calles de la ciudad durante horas. Cogió un taxi hasta Ullevål, pero no la dejaron llegar hasta Martin. Volvió a Aker Brygge. Había entrado y salido de las tiendas, se tomó otros dos gin-tonics en Burns y acabó en Steen & Strøm, donde se había probado vestidos en tres tiendas distintas. A casa no pensaba ir.

Encendió un cigarrillo y lanzó un aro de humo al aire. Si Gustav viviera, cumpliría dieciséis años. Tal vez sería un consentido. Seguro que lo sería. Y seguro que sería guapísimo. Alto como su padre. Tomó otro trago de vino y dio una calada al cigarrillo. Pobre Kari Helene, nunca habían hablado de lo ocurrido. Entendía que ese distanciamiento no la había ayudado. ¿Y si no era

cierto, lo del cojín del sofá? ¿Y si lo ocurrido era algo completamente diferente? ¿Pero por qué había tardado tantos años? *Tus fantasías se han colapsado, no pienses en lo que sucedió, cariño. Hace tanto tiempo...*

Se instaló en la profunda butaca que había junto a la ventana, todavía llevaba puesto el abrigo. Kari Helene padecía un mutismo selectivo. La angustia que le producía hablar era total ante desconocidos. Era como si estuviera lacrada. John Gustav juró que no sabía que Hans se dedicaba a blanquear dinero y a estafar. Pobre, pobre Jorunn. Y ahora vivía en el sótano de la casa de su madre.

Una mujer obesa, vestida con un abultado anorak largo, abrió la puerta de la calle cuando salían. Era un bonito portal, con ventanas emplomadas y suelo de mosaico con un dibujo clásico en gris, negro y blanco. La mansión compartía la entrada con la elegante casa de pisos vecina. Randi Johansen miró un momento a la joven. Aquel tipo de abrigo en ese color tan feo le quedaba fatal. Roger Høibakk pasó a su lado y salió al patio.

–¿Vives aquí? –preguntó Randi Johansen levantando hacia ella su placa de policía. La mujer se dio la vuelta y subió oscilando despacio los primeros escalones–. ¡Hola! –dijo Randi Johansen siguiéndola con la mirada.

La mujer sacudió la cabeza de forma poco amistosa, se acercó a la pared y continuó subiendo.

Randi se quedó mirándola. El portal se cerró. La mujer pasó de largo frente a la placa de bronce que decía Bieler. Randi Johansen miró la hora y salió para reunirse con Roger.

–Vaya personaje –dijo Roger metiéndose un chicle en la boca–. Qué frío hace. Si nos damos prisa, nos dará tiempo a ver la rueda de prensa por televisión. ¿Qué opinas de Bieler? A mí me pareció que estaba nervioso, tenía la voz demasiado acelerada.

Randi echó un vistazo a la ventana cuando salían por el portal. El tráfico en la calle zumbaba.

–Se va a divorciar. A mí me pareció creíble. Egge era un amigo cercano. Quería hablar con él del divorcio.

–Tienes razón. Te voy a contar lo peor de todo, como decía el mensaje, yo también podría haber escrito eso si Ellen me dejara.

Al final del pasillo había un sofá y unas butacas de piel negra. Sentados en él, Randi, Asle y Marian miraban fijamente el televisor, que estaba sujeto por un soporte a una de las paredes. Marian entrelazó los dedos. Roger Høibakk estaba detrás de ella, apoyado en el respaldo. La oscuridad exterior embestía negra los cristales. Un radiador eléctrico crujía. La luz de los fluorescentes del techo teñía los rostros de los investigadores de un color enfermizo. Marian pensó en los documentos que tenía en el coche. ¿Cómo conseguiría dárselos a Cato? Esa noche no, pensó. Mañana.

Cato Isaksen aparecía sentado detrás de una mesa, sobre una tarima. En la esquina superior de la pantalla se veía a Martin de uniforme en una foto de cuando trabajaba como investigador.

Marian tragó saliva y se pasó la mano por la frente.

–¿Cómo era Bieler?

Randi tenía los ojos fijos en la pantalla.

–Parecía creíble. No tenía ni idea de quién era Arif. Dijo que tiene cientos de empleados que debe administrar –Randi se encogió de hombros–. No sé. Estaba solo en casa, su mujer había apagado el móvil porque no quería hablar con él. Dijo que el sms que le mandó a Egge trataba de que su mujer y él se van a divorciar.

Asle Tengs se incorporó y se cruzó de brazos.

–¿Tenía alguna idea de por qué Egge se llevó el informe sobre su hijo?

Randi negó con la cabeza.

–El hijo murió de muerte súbita en el noventa y cuatro. Bieler cree que debía de contener información sobre el archivo del caso. La conclusión fue que no había sospechas de criminalidad, tal y como se hace por pura formalidad en esos casos.

Marian miraba fijamente la pequeña foto cuadrada de Martin. Todo tenía un reflejo azul, como si las imágenes fueran destellos de un rayo. Sentía su cuerpo como un gran agujero negro. Cada movimiento era una maniobra. Apretó una mano contra otra y miró su rostro bondadoso. Rasgos marcados, afables y cuidados, el cabello gris plateado corto. Llevaba las gafas de cerca, de media luna, que se ponía cuando leía o escribía. No debería haber dicho que no a pasar la Nochebuena con él. Era una experta en evitar invitaciones. No importaba las veces que se hubiera puesto tozuda, Martin siempre le había dado nuevas oportunidades. Pero ahora todo se había terminado.

–Hemos destinado todos los recursos disponibles, tanto técnicos como

tácticos –decía Cato Isaksen en directo.

Marian veía que estaba nervioso.

–Debo recalcar que, por el momento, no hay ningún sospechoso y que no podemos dar más datos, al tratarse de una investigación en marcha cuyas diligencias se encuentran abiertas.

Roger se enderezó y se cruzó de brazos. Marian le sentía tras ella. Por favor, que no hiciera algún comentario humorístico fuera de lugar. Era como si ella esperase que algo ocurriera, una lenta humillación, un golpe repentino. Algo que le hiciera perder el equilibrio.

–*¿Pero le han matado?* –gritó uno de los periodistas.

–*Le han atropellado y matado* –recalcó Cato Isaksen.

Marian se levantó.

–Siento que debo irme a casa, ahora –dijo.

–Vete –Randi la contemplaba con expresión seria–, nosotros seguiremos trabajando.

Greta Bieler le dio a Jorunn Hagemann una copa de vino.

–He pedido que subieran otra botella de tinto, pero tal vez prefieras blanco – Jorunn Hagemann dejó su bolso en el suelo–. Siéntate –Greta indicó la butaca con un movimiento de cabeza–, cuelga tu abrigo, yo me sentaré en la cama. ¿Prefieres vino blanco? –repitió.

Jorunn Hagemann negó con la cabeza y aceptó la copa. Greta echó más vino en las copas. De pronto se vio en el espejo que había junto al televisor. *Era* cierto, se parecía a la mujer de John Cleese en una serie de humor. John Gustav solía tomarle el pelo con eso. Dejó la botella sobre la mesilla y se dejó caer sobre la colcha satinada que cubría la cama.

–Perdona que me deje el abrigo puesto, pero es que tengo mucho frío.

Jorunn Hagemann alisó la falda marrón y se sentó en la butaca. En el televisor, en las noticias de la primera cadena, emitían en directo imágenes de la rueda de prensa sobre el asesinato de Martin. Enfocaban a su foto.

–Dios mío –Greta se llevó la mano a la boca y se dio la vuelta, pensó en Kari Helene y sintió una oleada de náuseas. Era como si le fuera a estallar la cabeza. La presión sobre su frente era insoportable. John Gustav le había quitado el móvil a Kari Helene. Era suyo, todo era suyo. Presionó el control remoto y apagó el aparato. Los números iluminados de la parte inferior indicaban que eran las 19:12. John Gustav siempre había tenido un control absoluto. Siempre. Pero se había terminado. Vació la copa y la dejó sobre la mesilla de noche con un fuerte golpe. Siempre había tenido la impresión de que todo, antes o después, acabaría de una forma horrible. *Antes o después era ahora.*

Echó una mirada a Jorunn y negó con la cabeza.

–Me siento tan desconcertada. Son tantas cosas... ¿Por qué tendrían que atropellarlo precisamente ahora?

Jorunn sostenía la copa con las dos manos.

–¿Qué quieres decir?

–Son muchas cosas, como te dije por teléfono. Kari Helene dice que Hans estaba allí cuando Gustav murió...

Jorunn la miró.

–No estaba allí. Greta, cuando volví de nuestra cena de chicas, estaba en casa, en el piso de Frogner. Sabes que no tengo ningún contacto con él. Pedí la separación al día siguiente de su detención y un año después estábamos divorciados.

–Lo sé. ¿Le has visitado en la cárcel?

–¡Nunca!

–Pero... John Gustav.

De pronto Jorunn Hagemann se puso alerta. Dejó el vaso, sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz. Greta continuó:

–Sí, sé que nunca te ha gustado mucho John Gustav, pero Hans y él eran muy amigos. Perdiste todo. El piso, el dinero. Tu vida. En el fondo nunca he llegado a creerme que John Gustav dejara de traficar. Creo que tiene mucho dinero. Pero no dice nada. ¿Qué sabías tú en realidad de lo que Hans estaba haciendo antes de que lo detuvieran? Nunca hablamos de nada. ¡Qué tontas fuimos, Jorunn!

–Sí, inocentona es la palabra. Señoras de.

–Sí, lo sé... hicimos la vista gorda, pero yo no sabía... a qué escala era. Yo creí... dinero, ¿no es cierto? No sé si soy capaz de decir esto, pero lo voy a hacer de todas formas. Creo que John Gustav ha atropellado a Martin.

Jorunn Hagemann abrió mucho los ojos.

–No, ¡estás loca! ¿Por qué habría de hacerlo? Nunca haría eso. No tienes que pensar así.

–Yo creo que Martin... que él... Tal vez Kari Helene...

Jorunn Hagemann suspiró. Cerró la boca. Cuando volvió a abrirla su voz era insegura.

–La verdad es que hacia el final Martin y yo estábamos bastante unidos. Si hubiera algo, me lo habría dicho.

–¿Cómo de unidos? ¿Qué quieres decir?

Jorunn Hagemann cogió su copa.

–Unidos, no quiero decir mucho más por ahora, Greta. No puedo, estoy conmocionada. Es como si todo se hubiera vuelto a desplomar en mi vida. Ahora que había vuelto a vivir un poco. Desde octubre todo iba bien. Hasta había considerado la posibilidad de dejar de ir al psicólogo –unas lágrimas brillaban en sus pestañas–. No puedes sospechar de John Gustav por esto. No es él. Tiene que ser un loco. Entiendo que lo de Kari Helene... no ha sido fácil estar con ella, ¿verdad?

Greta tenía una mirada distante.

–Eran cerca de las 20:30 cuando John Gustav llegó ayer con un perro desconocido. Dijeron en las noticias que podrían haber atropellado a Martin sobre esa hora. John Gustav dijo que el perro era de un compañero.

–¿Sigue igual de...? –Jorunn Hagemann la contemplaba.

Greta sostuvo su mirada:

–Sí, está igual de gorda. Aún más obesa que antes. No aguanto mucho más. ¿Sabes?, tengo muchísimas ganas de irme, de estar sola. Estoy terriblemente cansada.

–Lo entiendo muy bien, Greta.

–Y Finn, ¿cómo...?

–Somos hermanos, y hablamos, claro, pero no nos comunicamos, por decirlo de alguna manera. Siempre me ha tenido envidia. Lo sabes bien. Mi madre me ha prestado dinero para comprar un coche. Te puedes imaginar que Finn intentó convencerla de que no lo hiciera. Así es él, siempre en contra de su propia hermana. Por cierto, hoy le han tomado declaración en la comisaría.

–¿Sí?

Jorunn Hagemann asintió.

–¿Por qué?

–Nos tomarán declaración a todos.

Greta se puso de pie, se acercó a ella y le cogió de la mano.

–Tengo miedo –dijo con los ojos llenos de lágrimas–. ¿No podemos volver a estar en contacto?

El catedrático Wangen, vestido con un delantal amarillo y gorro del mismo color, se giró hacia la puerta. Su ayudante hablaba con alguien que entraba. Era la policía oriental. La reconoció al momento. Era la lianta de quien la inspectora de escenarios de crimen, Ellen Grue, le había hablado. Marian Dahle. La había visto un par de veces, pero nunca habían hablado directamente.

Marian temblaba y denodadamente intentaba ocultarlo. Las piernas casi no la sostenían. Desde el techo tres largos tubos fluorescentes emitían una luz fría. En el vestuario se había puesto un pantalón de algodón verde y una bata sobre la ropa, se quedó un rato escuchando detrás de la puerta antes de bajar el picaporte y entrar. El especial olor de la muerte ya la había envuelto allí fuera.

–Marian Dahle –dijo secamente, adelantándose a Wangen–. Sé que no me esperaba, pero iba camino de casa –le informó mientras notaba cómo las náuseas llegaban en oleadas ante la visión del cadáver, que estaba sobre la mesa metálica. Había oído decir que Wangen era el más agradable de los forenses. Estaba en los cincuenta, pero era juvenil y deportista.

–No esperaba a nadie esta noche, no. Por favor, ¿puedes ponerte protección en la cabeza? –dijo secamente–. Mi ayudante te indicará dónde están.

La ayudante, una mujer joven con gafas de concha, la acompañó de vuelta al vestuario. No debería haber venido, pero no había podido evitarlo. Se había cruzado con varios policías de uniforme en la recepción y había bajado medio corriendo las escaleras de Medicina Legal, que estaba en el sótano.

Marian aplastó su cabello dentro del gorro y luego volvió a entrar. Martin estaba sobre la mesa, muerto, cerúleo, blanco y desconocido.

–Sólo quería verle –murmuró.

Wangen la contempló. Luego asintió con la cabeza de forma más amistosa.

–¿Te envía Isaksen? –no esperó respuesta.

Marian tragó saliva. El procedimiento a seguir en las autopsias era espantoso. Wangen acababa de abrir el pecho de Martin con un bisturí y una pequeña sierra, haciendo un corte desde la clavícula hasta la costilla inferior. Una sábana blanca cubría la parte inferior del cuerpo. Eso estaba bien. No tenía ningún deseo de ver a Martin desnudo. Marian posó la mirada en un banco de acero cubierto con un papel de estraza brillante. Había muchos instrumentos alineados: cuchillos, bisturíes, instrumental óptico y tijeras de puntas dobladas

además de pequeños botes con algodón, un carrete de hilo transparente y una caja con guantes de usar y tirar.

–Acabo de emitir un dictamen preliminar –dijo el forense–, luego escribiré un breve informe provisional de la autopsia. Pero no hay problema en que te cuente mis conclusiones, ya que estás aquí.

El sistema de ventilación zumbaba. Marian intentaba evitar mirar la herida abierta que había provocado el patólogo. Tener que verle *así*. Le había visto en el hospital, pero era diferente. La boca estaba cerrada, los labios azulados. Era el rostro de Martin, pero a la vez era otro. Había un halo de ausencia en su gesto. Tenía frío, le veía ante ella tal y como había sido. Su rostro bondadoso, de rasgos a la vez marcados y tiernos. Tenía ganas de poner la mano sobre su cabello gris plateado. *¿Cuánto le conocía, en verdad?*

El catedrático Wangen la miraba.

–Los médicos de Ullevål me indicaron que había muerto de un paro cardíaco, pero no es así. Tiene lesiones evidentes en el pecho y el rostro causados por el atropello, pero no eran mortales.

Ella no contestó. Oía las palabras de Wangen como una voz muy lejana.

–Estás muy pálida. ¿Va todo bien?

–Estoy bien.

–¿No quieres saber de qué murió?

Sostuvo su mirada gris.

–Claro que quiero saberlo. Tengo entendido que los técnicos han encontrado fragmentos de pintura de coche y huellas de neumático en el lugar de los hechos.

Wangen se sentó en un taburete de acero con ruedas.

–También hay restos de pintura en la herida de la frente. Tiene todas las lesiones propias de un atropello: fracturas en los brazos, contusiones en el pecho y en el rostro. Pero murió por falta de oxígeno.

Marian le miró fijamente. Un sudor frío corría por su espalda.

–¿Falta de oxígeno?

–No murió a causa del atropello –continuó Wangen–. Ahora iba a llamar a Cato Isaksen, así que no hacía falta que te hubiera mandado hasta aquí. El director de la Policía Judicial murió ahogado.

Marian le observaba:

–¿Asfixiado?

–Puede que este asunto resulte un escándalo. En un primer momento podría parecer que alguien hubiera cortado el suministro de oxígeno antes de tiempo. Un error médico, vamos. Pero no es así.

Su corazón iba acelerado.

–¿Quieres decir que alguien le ha estrangulado con las manos?

–No. Por los hallazgos que he hecho en su cuerpo, diría que alguien se ha colado en su habitación y lo ha asfixiado, tal vez con una almohada de la cama vecina.

Kari Helene Bieler se giró hacia la pared cuando su padre entró en la habitación. La sábana que tenía bajo el cuerpo estaba arrugada y olía a sudor rancio. La cama estaba en el mismo lugar que dieciséis años atrás. La luz del salón entraba como una raya por la puerta entreabierta, coloreaba el papel pintado y en una fina franja hacía resaltar el dibujo con una claridad terrible. Había estado tumbada, mirando una estrella por la ventana. Brillaba sobre la ciudad, a gran altura. Fuera, la calle estaba en silencio. No como en verano, cuando el aire estaba tan cargado que le picaba nariz y el ruido de los coches y de las pandillas que pasaban por la acera subía y bajaba ante su ventana despertándola de vez en cuando. Nunca más volvería a ser verano.

John Gustav Bieler miraba a su hija. Se le veía el cuero cabelludo entre el graso cabello rubio. Fue como si su ira pudiese compararse en intensidad con su miedo.

–Te he estado buscando. ¿De qué tienes miedo?

Kari Helene sintió que la voz grave de su padre entraba en sus terminaciones nerviosas como un veneno. Comprendió. En la ventana el cielo era como una boca inmensa en su negrura. En realidad, la estrella no existía. Lo había leído en alguna parte. Las estrellas están muertas. Sólo era su luz lo que aún podía atisbarse desde algún lugar del universo. Estaban tan lejos que la distancia sólo podía medirse en tiempo.

–Kari Helene, es una aberración que de pronto creas haber entendido lo que pasó cuando Gustav murió. He intentado protegerte todos estos años. Por tu bien, Kari Helene.

Oyó que se acercaba a la ventana y echaba las cortinas con un golpe seco.

Se acurrucó como un feto, nunca había conseguido ser sincera consigo misma, ni siquiera pensando durante la noche. Ni durante el día. Pero aunque su memoria fuese mala y tuviera miedo, no había olvidado. El tiempo era una trampa que quería cerrarse en torno a uno de sus tobillos. Veía la vida frente a ella, las horas, los días, las semanas. Vueltas y vueltas en círculos hasta llegar a su propia muerte.

Su padre se inclinó sobre ella. Kari Helene cerró un puño y lo apretó hasta introducirlo en su boca.

–Lo sabes muy bien, hija.

Respiraba entrecortadamente.

–Pusiste una almohada sobre su rostro. Así fue. Tu madre y yo hemos intentado protegerte. Fue una tragedia para todos. No tengo ninguna intención

de delatarte. Sólo tenías 8 años. Ese polvo sobre el que balbuceas con tu madre lo tiraste tú al suelo. Era azúcar. Recordarás que siempre tenías azúcar en el bol amarillo, que metías los dedos... pero no tiene nada que ver con el asunto. *Fue* esa almohada.

Ella lo entendía. Lo del azúcar y la almohada. Nada de eso era cierto. No había azúcar. Siempre lo supo. Lo soñaba. Pero los sueños no eran concretos, eran más un estado de ánimo.

—Le odiabas, tenías tantos celos que nos dolía verlo.

Se dobló sobre sí misma, negó con la cabeza, se tapó el rostro con las manos para protegerse, y lloró. Era cierto. Recordaba que le pellizcaba sus mofletes regordetes y dorados y él fruncía la boca pequeña antes de empezar a llorar. Recordaba los angostos ríos de regurgitado que le corrían por las comisuras de los labios. Lo peor era la alegría de su madre cuando lo sostenía en su regazo.

Su padre se enderezó. Oyó que empezaba a dar vueltas por la habitación.

—Habías sido hija única durante siete años... Lo entiendo, Kari Helene. No estás bien y, cuando se trata de algo que crees recordar de pronto, te equivocas.

Notó el peso de su enorme mano sobre su cabeza. Había encontrado papeles en el cajón de su padre. No sólo fue el azúcar glas de aquel pastel al caer. La imagen del azúcar en polvo fue como un rayo, una claridad repentina que atravesó su cerebro. No era azúcar lo que había en la alfombra, sino polvo. No había almohada alguna. Ninguna almohada. Su cerebro había conservado fragmentos de información durante mucho tiempo. Leía el diario *Aftenposten* todos los días, después de levantarse, cuando sus padres se habían marchado, y tenía la gran cocina y el salón para ella sola. Este otoño habían publicado varios artículos sobre la operación Nieve Blanca. Se había fijado en cómo su padre leía esos artículos cuando llegaba a casa por la noche, tarde. Había estado cerca de la verdad en otras ocasiones, pero su cerebro *no quería* saber. Lo sabía todo sobre las propiedades en el extranjero y el dinero que estaba escondido en diferentes cuentas de empresas fantasma. Su padre presumía y se le calentaba la boca hablando del futuro cuando, en contadas ocasiones, se ponía a hablar después de una buena cena y mucho vino. Entonces, hablaba de todas las cosas buenas que les esperaban a los tres. Pero no era cierto. La manera en que miraba a su madre, las frecuentes discusiones que empezaban en la mesa de la cocina por la noche cuando, a pesar de todo, no todo era como él *quería*. Tenía amantes.

—Necesitas ayuda, Kari Helene —dijo él—, por tu culpa la policía ha estado aquí. Entenderás que esto es serio.

No quería decir ayuda, sino castigo. Se le escapó un sollozo.

—El móvil que utilizas está a mi nombre, Kari Helene. Has utilizado mi teléfono. Y ahora la policía ha encontrado ese número en el teléfono de Martin —se inclinó, respirando en su oreja—. Voy a intentar ayudarte protegiéndote de ti

misma. Necesitas ayuda para todo. Tu talla, tu tristeza. La última vez que fuiste al médico pesabas ciento treinta y siete kilos. ¿No querrás matarte comiendo?

Se quitó las manos de la boca. El edredón era una capa de nieve sucia. El silencio caía del techo y la rodeaba.

—Le tapaste el rostro con una almohada. Así fue. Levántate —dijo con frialdad—. ¡Haz lo que te digo!

Se incorporó apoyándose despacio, se giró un poco pero seguía dándole la espalda. Sus pupilas se dilataron. Se le llenaron las mejillas de manchas rojas por los nervios. Percibía su propio olor. Un olor dulce e intenso. Era *así* como había perdido las palabras. Por las mentiras. Sólo tenía las estrellas del cielo para orientarse. En su ventana, por la noche. En verano las estrellas eran invisibles, como huellas de dedos blancos. Sólo insectos que se golpeaban contra el cristal. Moscas que restallaban. Polillas e insectos nocturnos que se daban silenciosos contra el cristal y que finalmente se rendían, transformándose en polvo sobre el alféizar de la ventana.

El olor a formol seguía en su ropa. Marian atravesó deprisa el vestíbulo principal y bajó en cinco saltos las escaleras hasta el aparcamiento. El aire de invierno era frío y cortante. Asfixiado, se repetía. Martin no murió a causa del atropello. Era una locura. *Por los hallazgos que he hecho en su cuerpo, diría que alguien se ha colado en su habitación y lo ha asfixiado, tal vez con una almohada de la cama vecina.*

Se lanzó hacia el coche, abrió la puerta y se tiró sobre el asiento delantero. Birka movía feliz la cola y husmeaba su cuello. No hizo caso de la presencia de la perra, miró su reflejo en el retrovisor y vio que parecía estar muerta de miedo. Birka gemía. Marian abrió la puerta, volvió a salir del coche y dejó bajar a la perra. Birka corrió hacia una pequeña mancha de nieve que se había formado debido a una rendija en la pared. Hizo pis un rato largo, luego volvió corriendo al coche. Marian la dejó subir al asiento trasero y le ordenó que se quedara tumbada.

Arrancó el coche y salió deprisa del aparcamiento. Cien ventanas de hospital iluminadas brillaron sobre ella cuando giró hacia la ciudad. En el cielo negro las estrellas estaban sembradas como perlas blancas. Estaban muy lejos, pero lucían como si estuviesen en el techo del hospital. Se sentía vulnerable, descarnada. Entró un sms en su móvil. Frenó al final de la cuesta y abrió el mensaje, que era de Tony. *Reunión del grupo de trabajo contra la delincuencia internacional mañana a las 12:00*, decía. Borró el mensaje y salió a la carretera. *Asfixiado con una almohada de la cama vecina.*

Tiró el móvil al asiento del copiloto, donde se amontonaban papeles y documentos, golpeó el volante con la palma de la mano una y otra vez y gritó, haciendo que la perra se levantara con un gemido y empezara a lamer su nuca.

Una hora más tarde estaba tumbada en la cama del frío dormitorio de su casa. No recordaba si había comido. Flashbacks del rostro muerto de Martin pasaban una y otra vez por su cabeza como una película. Su rostro, pero a la vez otro. La boca cerrada, los labios azules, los brazos escayolados.

Se dio la vuelta bruscamente y se encogió hasta formar una pelota, se pasó el edredón por encima de la cabeza, pero aun así tenía tanto frío que le castañeteaban los dientes. Algo completamente horrible tenía que haber ocurrido en el hospital. *Tal vez con una almohada*, había dicho el catedrático Wangen, pero ¿cómo? y ¿quién?

Ni siquiera recordaba dónde había aparcado el coche, si estaba en la calle Hesselberg o en uno de los callejones. Se había llevado todos los papeles a casa, los había metido a presión en una bolsa de plástico arrugada y había tirado la mitad sobre el escritorio, detrás de la puerta. Observó fijamente el techo oscuro, veía los setos de escaramujo que rodeaban el césped en Solveien. Hacia el terraplén. Hojas dentadas con flores de un rosa pálido que se marchitaban y dejaban frutos verdes y duros, que se pudrían y eran negros en invierno. La certeza de que probablemente retenía información de especial importancia le provocaba sudores fríos. ¿Cómo conseguiría entregarle la documentación a Cato Isaksen?

Entrecerró los ojos, pero sabía que no podría dormir, que ni el coñac ni el cansancio ayudarían. Se *había llevado* esos documentos. Sucedió por un impulso, como aquella vez que robó su propia historia clínica a un psiquiatra. Si el informe médico hubiera estado digitalizado y accesible, nunca habría ingresado en la Academia Superior de Policía. El psiquiatra había informado de que, en ciertas situaciones producía un exceso de hormona del estrés, de adrenalina y cortisol, y que esto, a su vez, producía un desequilibrio en su sistema inmunológico que llevaba a que paralizara acciones y pensamientos. Si le entregaba los documentos a Cato, él sabría que se los había llevado por su cuenta, sin autorización. Informaría a Myklebust, quien, de forma inmediata, la retiraría del puesto de investigadora en la sección de Delitos Violentos. No podía acudir a esa reunión del grupo especial mañana. *Diría que alguien se ha colado en su habitación.* Notó cómo los músculos del estómago se contraían como puños y se giró de golpe hacia el otro lado. Podía perder su licencia y, en el mejor de los casos, acabar siendo investigadora privada, como Olav Thiis.

Ahora subió el edredón hasta la barbilla, se incorporó pero volvió a tumbarse. Sentía como si alguien hubiera conectado un drenaje a su brazo hasta dejarla sin fuerzas.

Le resbalaban cálidas lágrimas, desde los ojos hacia las orejas, por ambos lados de su rostro. Reconoció el sabor infantil del llanto que le irritaba la nariz y el desolador sentimiento de estar perdida. El impacto de la muerte de Martin se mezclaba con la sensación de otra cosa, algo que se abría camino con una intensidad que había reprimido durante mucho tiempo. Se imponían los recuerdos del caos neblinoso en el que sus padres eran enemigos peligrosos que atacaban y contraatacaban. Recordaba el olor a sudor de su madre en la cocina de muebles amarillos. La sensación de volver corriendo sola del colegio en días fríos y neblinosos, abrir el portal y estar en el ascensor subiendo al séptimo piso. La angustia de qué se encontraría tras la puerta marrón, la mirilla suspendida como un ojo de cristal maligno allá arriba. Conocía cada nudo de la madera de la puerta. Eran lobos, brujas y monstruos. Y por la noche, cuando

su madre aterrorizaba a su padre, gritándole y acusándole de cosas, ella no soportaba estar en casa y corría mal abrigada por el aparcamiento hacia el paso subterráneo, donde sus pasos creaban un eco que rebotaba contra la superficie de las paredes, hasta llegar a la terminal de autobuses. Se quedaba sentada durante horas en el banco húmedo y helado de la última parada, columpiando sus piernas. En sus recuerdos siempre era otoño.

Se quedó dormida un instante y, ya antes de despertar, tuvo la certeza de que había ocurrido algo horrible. Como si una garra hurgase en su conciencia. Se acercaba cada vez más y, de repente, despertó. La atravesó como un dardo helado. Martin estaba muerto. Estaba muerto.

Su corazón latía como si tuviera un motor en el cuerpo. Entonces, de pronto, Birka estaba allí. La perra puso la cabeza sobre la cama, resopló con suavidad y le echó su caliente y mal aliento en la cara. Alargó la mano y la colocó sobre la suave cabeza de la perra.

Greta Bieler se levantó con mucho esfuerzo de la butaca y se tambaleó hasta la cama de matrimonio, con la colcha brillante. Cayó boca abajo y notó la fría tela en su mejilla. El abrigo se le había enrollado alrededor del cuerpo y se le arrebujaba bajo el estómago.

Jorunn se había marchado. Jorunn dijo que tenía que ser un loco quien atropelló a Martin. Había transcurrido un día desde el atropello. Levantó la cabeza y miró hacia el televisor. Ya eran las 22:05. Un día. Cerró los ojos. En la oscuridad, tras sus párpados, lo vio todo tal y como debía de haber ocurrido. Pobre Martin.

Y pobre Kari Helene. Dijo que el pequeño Gustav no estaba en su cuna, sino en el suelo. ¿Por qué dijo John Gustav que estaba en la cuna?

Tarde o temprano todo se sabría, eso había creído siempre. *Tarde o temprano* era ahora. Tenía que ser John Gustav quien había atropellado a Martin en ese polígono industrial.

Greta se apoyó sobre los brazos e hizo fuerza para incorporarse. Se dio la vuelta, hasta quedar sentada al borde de la cama, las piernas oscilantes. Lo sabía. A veces se entienden cosas sin saberlo. Una certeza física velaba en lo más profundo de su conciencia. Echó un vistazo al bolso, donde tenía el móvil apagado. John Gustav haría cualquier cosa para que no le descubrieran. Si fuese así, habría grandes titulares en los periódicos y en los informativos. ¿Por qué Hans no le delató cuando lo detuvieron? Eran dos *para todo*. ¿Por qué estaba Hans dispuesto a asumir el castigo en solitario? Jorunn no entendía nada. Era, en el mejor de los casos, crédula.

Sus pies desnudos sonaban en el suelo helado. Marian agarró el móvil apagado, que estaba encima de la mesa de la cocina, y miró el reloj del horno. Eran las 02:25. Birka la seguía, arrastrando las patas.

–Ésta es una noche muy muy rara Birka –la idea de la almohada sobre el rostro de Martin era insoportable.

Salió del baño y se puso a toda prisa un pantalón de chándal, calcetines gruesos y una bata. Luego entró en el salón. Recortes de prensa, documentos y archivadores estaban diseminados por el escritorio, detrás de la puerta. La fotocopidora que le había dado Irmelin Quist sobresalía en medio de todo. Encendió la lámpara del escritorio, conectó el móvil e introdujo el pin. Luego se sentó mientras leía un correo electrónico impreso.

16.07.2008

De: bieler@construccionespedagogicas.no

Para: egge@policiajudicial.no

Martin:

Tan sólo un rápido saludo desde Mallorca. Es un proyecto en el que llevo tiempo trabajando. Espero que todo te vaya bien. Gracias por haberte ocupado del alquiler de la vieja tienda cerrada que está cerca de tu cabaña. Greta necesita un almacén para sus muebles que no resulte demasiado caro. Hablamos a mi vuelta.

John Gustav

Apenas cesó la sintonía de encendido, sonó el teléfono. Era Cato Isaksen.

–Marian, ¿estás despierta?

–Claro que estoy despierta –dijo ella–, si no, no hubiera contestado al teléfono –se quedó mirando el círculo de luz que caía sobre el montón de documentos, ¿por qué los habría impreso Martin?

–¿Por qué no has contestado a mis mensajes, Marian? Te he mandado sms y te he dejado recados en el contestador. Hemos recibido un mensaje provisional de Extranjería que nos informa de que el tal Arif que buscamos probablemente sea iraquí. Por aquí estamos todos a tope. Sólo he pasado un momento por casa para comer algo después de la rueda de prensa. Georg estaba acostado, Vetle ha salido y Bente está de mal humor. Sabe que estoy fuera días y días cuando hay casos graves como éste.

–¿Por qué me cuentas esto?

Él tomó aire:

–No tienes nada que hacer en la sala de autopsias sin mi permiso, Marian. Wangen ha sido amonestado por informarte a ti antes que a nosotros.

Ella se llevó la mano a la nariz y la boca.

–¿Sabes qué hora es?

–Sé que son las dos y media de la madrugada y sé que sabes que Martin Egge no murió a causa del atropello, sino asfixiado. Parece que Egge ha tenido visita en el hospital. ¿Dónde estabas cuando fue atropellado?

Marian bajó su mano y se quedó mirando fijamente al frente.

–¿Qué quieres decir?

–La recepcionista de Bryn dice que pasaste por la oficina del director de la Policía Judicial ayer, para buscar unos manuales, según dijiste. Fue muy poco después del asesinato, Marian. Los manuales no estaban allí, ¿a que no? Eran sólo una excusa, ¿verdad?

Los ojos le escocían por las lágrimas.

–Vi esos manuales por la ventana en Solveien, Marian. Estaban en una butaca. Dijiste a la recepcionista que no tuviste fuerzas para pasar la Nochebuena con él. ¿Por qué no, Marian?

Ella tragó saliva.

–Ya me conoces, Cato, me encuentro mejor sola. Supongo que alguien se ha colado en su habitación del hospital y lo ha asfixiado.

–¿Dónde estabas cuando lo atropellaron? –repitió él.

–Estuve corriendo con Birka antes de ayer, entre las seis y media y las ocho –mintió. No era cierto. Había ido a correr mucho antes.

–¿En dónde?

–En la playa de Huk –notaba la espalda helada. Las palabras se le escapaban como serpientes escurridizas.

–Tan tarde... ¿No correrás en la oscuridad?

–Corro en la oscuridad –se levantó y se acercó a la ventana para mirar el patio trasero.

–¿Qué hacías *realmente* en su despacho, Marian?

–Iba a buscar los manuales de gimnasia para cambiarlos –echó un vistazo al tejado del bloque vecino. Las estalactitas de hielo colgaban del tejadillo como gruesas espadas–, quería cambiarlos para que los tuviera cuando volviese del hospital. Eran demasiado duros para él. En realidad Martin era un debilucho. No tengo fuerzas para hablar contigo ahora, Cato.

Con la mano izquierda acercó el sobre marrón con el certificado de defunción. Lo levantó con la apertura hacia abajo y se quedó mirando la pequeña esquela gris que salió volando de un lado a otro antes de posarse sobre el borde de la fotocopidora. Se había desprendido del folio al que estaba pegada. El papel celo amarillento se estaba deteriorando. Cogió la esquela y se quedó con ella en la mano.



Nuestro querido hijo, mi hermano pequeño

Gustav Bieler

nacido el 3 de enero de 1994
murió de forma repentina e inesperada
el 8 de noviembre de 1994

Greta John Gustav
Kari Helene

*No queremos flores.
El entierro ha tenido lugar en
la intimidad.*

Greta Bieler pagó el taxi y se quedó parada en la acera sobre un montículo de hielo hasta que lo vio alejarse. Eran las 02:40. El frío aire de la ciudad estaba cargado de contaminación. Cruzó la puerta de acceso y entró en el patio trasero. Miró un momento hacia las ventanas oscuras antes de abrir el portal con la llave y subir pesadamente los siete escalones. Se quedó de pie sobre el felpudo escuchando un par de segundos mientras observaba la placa de bronce. Luego abrió la puerta, entró en el amplio recibidor y cerró tras ella sin hacer ruido. El silencio parecía excesivo. Encendió la lámpara del recibidor y descubrió que estaba en medio de un montón de ropa de Kari Helene. Estaba tirada de cualquier manera por el suelo. Lanzó el bolso y se sacó los botines de un puntapié. Las medias tenían carreras, se las quitó, recogió el montón de ropa de su hija y lo sostuvo contra su abdomen con una mano mientras cruzaba descalza el salón oscuro. Los grandes muebles parecían sombras de peligrosos animales. John Gustav Bieler esperaba en la oscuridad. No le vio hasta pasados unos segundos, dio un respingo y paró en seco. Él se limitaba a mirarla fijamente con los ojos brillantes y los labios apretados.

–Creí que dormías –dejó escapar ella.

Él la contemplaba. Llevaba el abrigo de piel marrón puesto a medias. El cabello aplastado y despeinado hacia un lado. Una mejilla manchada de carmín. Vio a Kari Helene en su rostro, tras las mejillas abotagadas la hija era idéntica a la madre.

–¿Dónde coño has estado? La policía ha estado aquí –susurró ronco.

Ella sintió la ansiedad como una garra en el estómago.

–Has bebido. ¿Por qué está la ropa de Kari Helene tirada en el recibidor?

–Le he quitado a Kari Helene su móvil –dijo él con frialdad.

–Pero si no es su móvil, está a tu nombre –dijo ella–, *todo* está a tu nombre en esta casa.

Fue hacia el dormitorio con la ropa de su hija apelotonada contra su estómago. Sobre el sofá, la pared abría sus fauces vacías. Se detuvo. La ropa cayó al suelo.

–¿Por qué has quitado el cuadro de Inger Sitter?

–¿Dónde has estado, Greta? Tú también has bebido.

–¿Kari Helene está durmiendo?

–¿Se puede saber qué estás haciendo, Greta?

–¿Qué hago *yo*? –dijo ella apartando la ropa de una patada.

–¿No oyes que te digo que la policía ha estado aquí? ¿Has hablado con ellos?

–¿De qué iba a hablar con ellos? –el abrigo se escurrió hasta el suelo. Anduvo tambaleante hacia la cocina, encendió la luz, que desbordó los prismas de la lámpara para caer sobre la mesa de cristal. Se dejó caer en una silla, empujó un plato sucio y una taza sobre la superficie brillante–. ¿Abres una botella de vino?

Quería creer que las acciones de su marido, sus estratagemas, los engaños, estaban basados en buenas intenciones. Tenía que pensar que era así. Pero, muy a menudo, había tenido la sensación de caminar por un suelo de arcilla que cedía, de estar a punto de caer en un abismo negro. Si sólo pudiera entender la lógica de todo aquello...

Él se quedó contemplándola desde el quicio de la puerta. Miraba sus pies descalzos. Greta no era la mujer con la que se había casado. Por un momento sintió una punzada de compasión, antes de que la furia y la angustia volvieran a dominarle.

–¿Dónde has estado? ¿Has hablado con Jorunn?

–¿Por qué has quitado el cuadro de la pared? –repitió ella con serenidad.

Él fue hacia el fregadero de la cocina, abrió el grifo al máximo y dejó correr el agua, cogió un vaso del armario y lo llenó. Se lo bebió en tres largos tragos y dejó el vaso en la encimera junto al montón de platos, apartando las dos tazas de porcelana un poco a un lado. Se giró hacia ella y apoyó las manos sobre la mesa.

–El cuadro está en nuestro dormitorio. Volveré a colgarlo. No quería que la policía lo viera –tosió tapándose la boca con la mano–, ya sabes que he hecho algunas inversiones.

Ella se puso de pie.

–No he hablado con la policía, aún.

–Kari Helene no está aquí –dijo él.

Ella abrió mucho los ojos.

–¿Qué quieres decir?

–Necesita ayuda, ya lo hemos hablado muchas veces, Greta. He encontrado un lugar para ella.

–¿Un lugar? ¿Qué clase de lugar?

–La he llevado a una clínica privada. Tuvo un ataque de ansiedad.

–Mientes –aulló, pensando que todo lo que había intuido era cierto. Era frío y peligroso, duro como el pedernal.

–Tuvo un ataque, gritaba y gritaba.

–¡Mientes!

Él avanzó los pocos pasos que le separaban de ella, levantó la mano y le pegó en la mejilla. Greta Bieler cayó hacia atrás, pero consiguió agarrarse al borde de la encimera. Notó que el canto se le clavaba y se dejó caer. Se quedó sentada con

la espalda apoyada en los cajones de cocina, alzó la mano y sintió que sangraba por la nariz.

–La has matado, ¿verdad? –susurró–, a ella *también* –añadió.

Marian se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el escritorio. Volvió a mirar fijamente el correo electrónico impreso. Lo estudiaba una y otra vez. ¡Martin no tenía ninguna cabaña!

Gracias por haberte ocupado del alquiler de la vieja tienda cerrada que está cerca de tu cabaña.

Recogió el documento siguiente, un folio escrito a mano. Estaba gastado, se veía claramente que lo habían desdoblado y vuelto a guardar muchas veces, y no tenía fecha.

¿Qué es lo que diferencia un delito de una infracción grave, Martin? Te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que no sigas adelante con esto, y te prometo que aclararé esta confusa situación y te explicaré cómo pudo ocurrir. H.

Marian fue a la cocina y buscó una botella de vino en el armario. La abrió y sacó un vaso de agua. Puso la radio bajita. Le tranquilizaba la voz del locutor británico de *NRK siempre noticias*. Volvió al salón, echó vino en el grueso vaso, dejó la botella junto a la fotocopidora y dio dos profundos tragos.

Cogió un recorte de prensa que estaba doblado en cuatro y lo sacudió hasta abrirlo. Era un breve artículo ilustrado con la foto de un hombre rubio y delgado vestido con un ajustado traje gris. Tenía un rostro estrecho, de rasgos marcados, y ojos azules y despiertos. El pie de foto decía: «El abogado Marek Sitek saliendo del juzgado». Ése era el nombre que había mencionado Roger.

El abogado Sitek está acusado de haber ayudado a delincuentes.

Las amonestaciones anteriores no parecen haber influido en el comportamiento del denunciado, y se considera grave que como abogado, una vez más, no actúe respetando las leyes vigentes.

LA POLICÍA JUDICIAL TEME FILTRACIONES

El abogado Marek Sitek, que llevará la defensa de los acusados, dice que por parte de la Policía Judicial se ha llevado a cabo un amplio control de las comunicaciones, pero a Sitek no le será entregado ese material. La Policía Judicial alega que, en este caso concreto, no pueden atender la petición de documentación, ya que tienen la responsabilidad de respetar la ley de protección de datos de carácter personal.

06.06.2005

De: egge@policiajudicial.no

Para: bieler@construccionespedagogicas.no

Sí, estoy de acuerdo en que ésta es una situación complicada para muchos, pero especialmente para mí en mi posición. Estamos hablando de introducción de drogas, delitos económicos y robo. No veo que tenga ninguna posibilidad de proteger a Hans. Tienes que comprenderlo.
M.

Marian bebió distraída del vaso y levantó el fax que se había llevado de la oficina de Martin. Lo habían enviado desde un número de los Países Bajos. No daba más información salvo que había carga sospechosa a bordo de un carguero, cuyo nombre no se especificaba, que iba de camino a Rotterdam desde Perú. Allí esperaban camiones especialmente adaptados. *AA, MT y SZ lo recogerán en la frontera. Sitek está de vuelta en Oslo. El Sr. B está implicado. Corona.*

La frontera, ¿podría ser la frontera con Suecia y el Sr. B, Bieler? Roger había mencionado a un albanés de nombre Sako Zogu que parecía estar relacionado con Sitek. Eso podría coincidir con las iniciales SZ. Afortunadamente, Cato y el equipo seguían la pista correcta. En vista de que el barco tenía que hacer todo el recorrido desde Perú, no parecía probable que hubiera una intervención mañana. Tenía unos pocos días para encontrar la manera de hacer llegar los documentos a Cato. Tomó un trago del vaso de vino. Notó cómo el alcohol le hacía relajar los hombros.

Una fotografía asomaba entre el montón de papeles. Era la foto de colegio. Distinguió a Martin inmediatamente. Sonreía de pie en la última fila. Su rostro era más delgado, las cejas más oscuras. Era raro verle con cabello castaño oscuro. Dio la vuelta a la foto: Instituto de Tangen, 1978.

De pronto se quebró en un ataque de llanto, echó más vino en el vaso, puso los papeles en la mesa del salón, se sentó en el sofá y cogió una agenda. Estaba tan vieja que no se podía cerrar. La piel negra del lomo estaba seca y gastada. Birka subió de un salto y se tumbó muy cerca de ella. Notó el intenso olor de su pelo, y le pasó la mano distraídamente por la nuca mientras pasaba las páginas al azar.

21.05.2005. Me llamó Angelina, sobre Hans. Nos encontramos en la estación Sur de Oslo. Me contó todo a cerca de las cosas en las que está involucrado.

28.05.2005. Hans, JG y yo. Ellos creían que íbamos de excursión de amigos a Hyggeli para pescar y pasarlo bien, pero tuve que hacer algunas preguntas incómodas. No tenía otro remedio.

01.06.2005. He recibido una breve carta de Hans, pero mañana, sintiéndolo mucho, tendré que pasar la información a mi jefe y pedirle que informe a la brigada de Delitos Económicos.

Birka se desperezó, se arrastró despacio hasta el suelo y se tumbó a sus pies.

Marian dejó la pequeña agenda junto a ella en el sofá y se echó hacia atrás. Cerró los ojos. Eran demasiadas cosas. Había sido una idiota llevándose esos documentos. Había vuelto a romper todas las reglas. Pensó en el vestido que se había llevado a casa y probado delante del espejo. Rojo, con la costura rota. Pruebas. Cato le dijo en una ocasión que estaba loca, pero no lo *sabía*, sólo lo creía. Cuando le diera esos papeles, tendría la certeza. Suspiró profundamente y agarró otra página del periódico.

Greta Bieler se secó la sangre de la nariz con la mano.

–¿Dónde está Kari Helene? –sollozó corriendo hacia la puerta del dormitorio. La abrió de golpe. El aire húmedo y frío la golpeó. La habitación estaba vacía. La cama vacía, la sábana arrugada y el edredón tirado a un lado. Las cortinas estaban echadas. Kari Helene nunca las cerraba para dormir.

–¿Dónde está? –gritó, y se llevó la mano a la boca.

Todo explotó en su interior. John Gustav Bieler sintió que el alcohol cubría su mente como una capa gris. La jodida Greta ya podía largarse de su vida y dejarle en paz. Tenía su propia pena, pero no quedaba espacio para ella. Nunca lo hubo. Sintió que el dolor se transformaba en una ira ciega.

–¡Maldito! –gritó ella.

Se acercó, y tirando de su pelo la levantó. Por un momento se quedaron así, pegados, respirando pesadamente. Sintió un repentino deseo de besarla, pero ella se zafó y fue corriendo al salón. La alcanzó cuando se estaba poniendo el abrigo.

–Llamaré a la policía –gritó ella–, dime qué has hecho con Kari Helene.

Él bajó la cabeza respirando con dificultad. Greta se secó los ojos y le miró serena.

–¿Cómo has podido manipularme así? Y a ella. ¡Tienes que ser un psicópata!

La atrajo hacia él. Ella notó que olía a sudor bajo la camisa de rayas azules. Le golpeó el pecho con los puños. Él la movió violentamente. Solía enfadarse, pero no *tanto*. Era su culpa, era ella la que se había lanzado contra su cara.

–Sólo dime dónde está –rogó con voz queda, y bajó la cabeza.

–En una clínica privada de Maridalen –dijo él con dureza.

Ella levantó la cabeza.

–¡No hay ninguna clínica privada en Maridalen! –gritó ella–. Martin está muerto. Lo atropellaste ayer antes de volver al trabajo. Fuiste tú, y ¡ahora también has matado a nuestra hija!

–Creo que estás loca. Completamente loca.

Bajó la mirada hacia su rostro. La sangre de la nariz se había extendido por su mejilla.

Levantó la mano. Le dio un golpe en la laringe. El inesperado dolor le atravesó el cuerpo. La agarró por los hombros y le dobló los brazos contra la espalda. Ella empezó a gritar. Él le tapó la boca con una mano. Cuando la soltó, boqueaba para coger aire. Luego, levantó el rostro y dijo con los labios apretados:

–He tenido suficiente. Se acabó, no quiero más, John Gustav. Voy a llamar a la policía.

La arrastró hacia él y, con un movimiento rápido, volvió a taparle boca.

–Cállate, coño –gruñó.

Ella se zafó y fue corriendo hacia el recibidor. Se lanzó tras ella y consiguió agarrarla.

–Greta –respiró–, vamos a dejarlo. Te llevaré a ver a Kari Helene mañana, te lo prometo.

–Suéltame –respondió ella fríamente.

–Por favor, Greta.

–¡Kari Helene no ahogó a Gustav con una almohada! –gritó abriendo la puerta de la calle de un tirón. Su grito rebotó en las paredes de hormigón del descansillo. *No ahogó a Gustav, no ahogó a Gustav.*

Se lanzó hacia las escaleras. Él corrió tras ella y la empujó con todas sus fuerzas. Perdió el equilibrio y cayó hacia delante. De lado, se escurrió sobre la barandilla, pero su cuerpo se giró hacia atrás. Un llavero se salió del bolsillo de su abrigo y tintineó en la escalera. Eran las llaves de la tienda. Volvió a empujarla y bajó rodando como una muñeca de trapo por los escalones de piedra. El abrigo se le levantó, como un animal marrón. Y Greta se estrelló contra el suelo de baldosas. El abrigo quedó sobre ella, con las dos mangas desplegadas sobre el suelo, como dos alas de piel.

Él se tapó la boca con las manos y escuchó, esperaba que las puertas de los pisos de arriba se abrieran, que le atronaran voces y pasos. Esperó, pero no ocurrió nada. Sólo silencio. Ella estaba en una postura antinatural y sangraba por una herida de la frente. Las piernas desnudas formaban un ángulo extraño. Los brazos abiertos, perpendiculares al cuerpo. Las palmas de las manos, embadurnadas de sangre seca de la nariz.

Miró hacia las vidrieras emplomadas que había en lo alto de la pared, y el reflejo de la lámpara en ellas. El sonido de la caída descendía por su conciencia una y otra vez, como un eco suave que duraba y duraba. Notó que las náuseas le quemaban la garganta, bajó despacio por las escaleras, se agachó para coger las llaves y se las metió en el bolsillo del pantalón.

Estaba muerta. Consultó su reloj. Eran las 02:45.

Marian desplegó la página de periódico en la mesa del salón. Eran las 02:55. Un coche hizo rugir el motor en la silenciosa calle y unos jóvenes se llamaban a gritos. Se oyeron sonoras risotadas antes de que el coche desapareciese y volviera el silencio. Se inclinó hacia delante y miró fijamente el artículo.

Aftenposten, miércoles 11 de octubre de 2005

VIVEN OCULTOS Creían que estaban seguros. Nosotros los encontramos

«¿Cómo me habéis encontrado?», pregunta la mujer rusa cuando *Aftenposten* llama. «Creía que estaba a salvo.» Le preguntamos si acepta reunirse con nosotros para contarnos su historia: cómo se vive con una identidad falsa. Dice que lo pensará.

La policía reacciona

Esa noche recibimos una llamada de la comisaría de Oslo. La mujer había llamado a su persona de contacto para contarle que habíamos obtenido fácilmente su nombre y dirección. Ahora la policía quiere saber cómo lo hicimos.

Les informamos de que hemos utilizado métodos legales, pero no les contamos cuáles. La policía afirma que es imposible localizar a la mujer. Pero reconocen que el sistema tiene puntos débiles. Nos piden que no volvamos a ponernos en contacto con ella.

Muy grave

La Policía Judicial no está sorprendida por nuestros descubrimientos. «Los procedimientos de bloqueo de direcciones y cambios de nombre tienen serias deficiencias», reconoce Halvor Lydersen. Está al frente del departamento de investigación estratégica de la Policía Judicial.

«Esto es muy serio», dice la directora de la secretaría general de Centros de Acogida de Oslo, Sonja Pettersen, que ha asistido a la mujer. «Las lagunas del sistema deben repararse inmediatamente. Esto puede poner vidas en peligro.»

Marian dejó la hoja de periódico en el suelo. Birka la olisqueó. Volvió a coger la agenda. Sus ojos volaban por las páginas. En algunos lugares la letra de Martin era difícil de entender. Tenía que concentrarse. Entornó los ojos.

Enero 2006

Tengo que aclarar esto, por Juha. ¿Y si Angelina no se puso esa sobredosis ella misma? ¿Con quién trabajaba Hans? Los dos asuntos no tienen ningún punto en común si aplicamos la lógica, pero aun así se cruzan, y espero de verdad que no coincidan con la idea que está tomando cuerpo en mi mente. Angelina dio una pista a la policía, luego la localizaron. Me enteré del caso por la prensa. Debía de saber demasiado. No tenía ni idea de que tuviera un hijo. Supe de su existencia por casualidad. Fui a buscarlo a la estación Sur de Oslo. Quedamos en el Burger King. No podía dejar que siguiera su camino solo. Todo era desgarrador. Si voy a hacer algo bueno en

la vida, será ayudarlo. Pienso en Marian. Le gustará Juha y él confiará en ella. Aunque sea lo último que haga, en algún momento y de alguna manera, tengo que reunirlos.

Se asustó. ¿Qué demonios quería decir aquello? ¿Quién era Juha y por qué quería Martin que *ella* le conociera? ¿Qué había estado haciendo en realidad? ¿*Con quién trabajaba Hans?* ¿Quién era el tal Hans?

Los documentos y los recortes de prensa estaban revueltos. Tenía que intentar colocarlos en el orden correcto, tenía que ordenar, entender y analizar. Marian siguió pasando las páginas de la agenda.

Noviembre 2009

Me ha llevado años llegar a las conclusiones que ahora se van materializando. Aquella vez, Hans no actuó solo. He quedado en encontrarme con Finn en el almacén.

Se levantó, se acercó a la ventana, apartó las cortinas y sintió el calor que desprendía el radiador eléctrico. Apoyó la frente en el cristal. Abajo, junto al marco, la ventana estaba cubierta de grandes rosas de hielo. Miró fijamente hacia la calle vacía, negra y nocturna.

John Gustav Bieler se inclinó sobre su esposa muerta. Su cara estaba gris, los labios ya azules. Respiraba con la boca abierta mientras apretaba con los dedos en el cuello pálido buscando el pulso. No tenía. Su rostro mostraba un gesto infantil, asexuado. La sangre de la herida de la frente había teñido el nacimiento del cabello de un rojo negruzco. Miró sus dedos. Las uñas estaban pintadas de rojo oscuro. Le quitó los anillos. La luz de la puerta se reflejaba en sus pendientes. La agarró por debajo de los brazos, la arrastró por el suelo y la dejó sobre el felpudo mientras giraba el picaporte del portal y abría con el pie. Dio un respingo cuando un gato maulló afuera, y otro, más lejos, le contestó oscuramente.

Se apoyó de espaldas en la puerta para mantenerla abierta. Arrastró por encima del umbral, hacia el frío, el cuerpo de quien unos minutos antes había sido su esposa. El felpudo se enganchó en el vestido. Con el pie, lo colocó de nuevo en el portal para impedir que la puerta se cerrara.

Marian observaba un nuevo documento. Martin había dibujado un gráfico con flechas y letras que apuntaban en todos los sentidos. Arriba ponía SZ, MT y S con flechas que apuntaban a H. En el margen de la derecha había anotado el nombre de Angelina seguido de una gran interrogación.

El siguiente documento era una especie de mapa o descripción de una ruta. Se apartó el cabello de la frente. Otra vez esa cabaña. En algún lugar de Enebakk. Nunca había oído hablar de un sitio así en Enebakk.

Hyggeli, a las afueras de Enebakk

A unos 50 minutos del centro. Desvíate en sentido Lillestrøm, conduce hacia Fjerdingsby. Sigue la nacional 120, pasa Tomter y Flateby. Coge el camino de Kullebunn. Pasa la tienda cerrada y sigue hasta el final del camino. Hay un cartel junto al cambio de sentido. Sigue el sendero unos cincuenta metros. Hyggeli está justo detrás de una hilera de altos abetos, junto a un pequeño lago. Si no estamos, la llave está sobre la viga de la puerta, arriba a la derecha.

Bienvenidos,
Marit y Martin

Marian lo empujó todo hacia el centro de la mesa. De pronto sintió una punzada en el estómago. El sudor frío le resbalaba por la frente y las axilas. El dolor se transformó en una oleada de náuseas. Se levantó, se lanzó hacia el baño

y vomitó. Miraba el vómito en el interior de la taza, pálido y amarillo. Tiró de la cadena, abrió el grifo, se mojó la cara con agua fría y volvió al salón.

Birka la miró, se estiró y se arrastró para salir de debajo de la mesa del salón.

–Vino, pastillas para dormir o café, Birka –dijo en voz alta, agachándose para pasar la mano por el lomo de la perra–. Sí, gracias, lo tomaré todo –murmuró mientras se tambaleaba camino de la cocina seguida por la mirada perruna y marrón de Birka.

John Gustav Bieler miraba por la ventana los coches aparcados en el patio trasero. Tenía frío. Eran las 03:20. Apretó con las manos el vaso de whisky. En el maletero del Volvo estaba el cadáver de Greta. El farol de fuera brillaba como una luna sobre la pintura del coche. Pronto la escarcha volvería a cubrir las superficies pulidas. En el suelo del recibidor estaba su abrigo de piel hecho un ovillo. El Volvo estaba aparcado junto al coche eléctrico. Vendería el maldito coche de mierda que le había comprado a Kari Helene. «Mierda, joder, puta mierda», pensó mirándose las manos. Ni un rasguño. Se las había lavado para eliminar la sangre. Bebió un gran trago del vaso. El alcohol bajaba quemando por su garganta. Sobre uno de los cubos de basura estaba el maldito gato limpiándose las patas con movimientos rápidos. Junto al cubo estaba la alfombrilla. El cerco de adoquines rodeaba la tapa. Aquel invierno la cuna de Gustav estuvo allí varias semanas. No habían tenido ánimo para moverla. No habían tenido fuerzas para nada. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

La valla de madera dividía el pequeño jardín con su seto de espino. Echó un rápido vistazo a la fachada de la casa vecina. ¿Había visto un movimiento en una de las ventanas?

Ahora tenía que calmarse.

Greta estaba muerta. Pero nadie había visto nada. La había puesto sobre una lona en el maletero. Era extraño que una mujer tan pequeña pudiera transformarse en un cadáver tan pesado. La había doblado, porque sabía que se quedaría rígida.

Las náuseas subían en oleadas desde el estómago hasta la garganta.

Había limpiado el portal, pasando la fregona arriba y abajo, con movimientos bruscos y rápidos. Las escaleras, la barandilla, lo había limpiado todo. Finalmente sacudió el felpudo y lo puso en su sitio.

Se tomó de golpe el último trago de whisky y rechinó los dientes hasta hacer crujir las mandíbulas.

Fue al baño, dejó el vaso vacío en la estantería y rebuscó en el armarito hasta dar con las pastillas para dormir. Tenía que tranquilizarse. Intentar dormir un poco. De todas formas era imposible retroceder en el tiempo. Tenía que

mantener la sangre fría. Apretó el blíster hasta sacar tres comprimidos de Imovane de 7,5 gramos, abrió el grifo y llenó el vaso de agua fría. Lo primero que tendría que hacer al día siguiente era ir a la tienda de Greta, entrar y cambiar la nota de la puerta. Lo arreglaría añadiendo un dos, pondría que la tienda volvía a abrir el 22, no el 2 de enero. Así ganaría tiempo. Si conseguía salir de ésta, es que tenía más suerte de la que se merecía.

Miró su torso desnudo en el espejo colgado sobre el lavabo de color melocotón. Las clavículas sobresalían, tenía buenos abdominales. Tensó los brazos, los músculos eran grandes bultos bajo la piel. De pronto, creyó oír sus pies desnudos sobre el suelo. En el momento de caer por la escalera, le había mirado. Tenía que intentar olvidar esa mirada. El abrigo se había quedado cubriendo su cuerpo. Aún estaba en el suelo del oscuro recibidor. Salió del baño, se agachó y lo recogió. Pesaba. Una franja de la fría luz del baño brillaba sobre los cortos pelos, haciendo que pareciera un animal vivo.

El ministro de Justicia, Knut Storedrange, había convocado una reunión extraordinaria y urgente en la sede del Gobierno. Eran las 10:00 del penúltimo día del año. La noticia de que el director de la Policía Judicial no sólo había sido atropellado, sino también asfixiado en el hospital el día anterior, había puesto a todos los estamentos en máxima alerta.

El ministro se sentó rápidamente a la cabeza de la pulida mesa y se puso unas gafas montadas al aire. Era una habitación bonita y luminosa, con cuadros abstractos en las paredes. Cato Isaksen llevaba puesto un jersey gris. Olía a sudor y tenía frío. Se había tumbado en el sofá del pasillo a las cinco de la madrugada y dormido hasta las siete. Nada más. Bente le había dejado varios mensajes en el móvil. Seguían sin responder.

Halvor Lydersen, Birger Maaum y Jan Jansen vestían traje y camisa blanca. El primero había encontrado una nota en su despacho. Era de Martin Egge. Tenía que haberla dejado allí el mismo día que lo atropellaron. Le pedía a Lydersen que intentara averiguar algo sobre Arif. Lo que les había dicho Jorunn Hagemann era cierto, que a Martin Egge le pareció sospechoso que Arif se presentara en su casa en Nochebuena para pedir el código de la cerradura del almacén. La sección de Extranjería había averiguado que su nombre completo era Adnan Arif, tenía 42 años y era originario de Iraq. Tenía permiso de residencia en Noruega, aunque no figuraba en el Registro Civil.

Ingeborg Myklebust y la jefa del Servicio de Inteligencia, Vivi Grode, se sentaron juntas.

—Halvor Lydersen es el director de la Policía Judicial en funciones —dijo el ministro de Justicia—. Esta reunión tiene como objetivo fijar la estrategia para localizar al asesino o asesinos del director de la Policía Judicial. Tenemos que hacer todo lo que sea necesario para esclarecer este caso rápidamente.

Cato Isaksen sólo había visto a Knut Storedrange en persona una sola vez, en una reunión convocada para toda la plantilla durante el serio conflicto que el ministro había tenido con el Sindicato de la Policía. Se zanjó con la promesa de que se formarían varios miles de policías más en los años sucesivos.

Knut Storedrange puso las manos en la mesa.

—Como sabéis, iba a mantener una reunión con Egge, Maaum y Jansen el 3 de enero sobre el proyecto Nieve Blanca.

Maaum se incorporó. El director de la Policía, Jan Jansen, parecía incómodo. Se pasó la mano por el negrísimo cabello. El ministro de Justicia continuó.

—No he tenido noticia de su cancelación hasta hace muy poco, y la

información que tengo me ha llegado a través de la prensa. He hablado del asunto con el Presidente del Gobierno y estoy tan conmocionado que en la víspera de Nochebuena te envié a ti, Jansen, una carta en la que pedía una respuesta para antes del 3 de enero. Al más alto nivel la idea es que el proyecto se reabra. Es extremadamente importante que seamos capaces de desenmascarar las redes del narcotráfico, y también a la clase alta y los testaferros.

Ingeborg Myklebust tomó la palabra.

–Nieve Blanca fue suspendido porque nuestro personal ya no puede trabajar horas extra. El cuerpo está sobrecargado, y no veo que exista ninguna posibilidad de retomar este proyecto. Se nos imponen demasiadas tareas adicionales. Resolvamos este asesinato primero, y luego podremos...

–Quiero recibir esa información por los canales oficiales –interrumpió el ministro de Justicia.

La jefa del Servicio de Inteligencia de la Policía tomó el relevo:

–Hemos recibido una advertencia en forma de amenazas. Parece que alguien de Europa del Este ha amenazado a Egge.

Jan Jansen tamborileó sobre la mesa con un bolígrafo.

–No es cierto que el proyecto Nieve Blanca se haya suspendido. Lo único que ocurre es que ha sido reestructurado.

Halvor Lydersen negó irritado con la cabeza.

–En la Policía Judicial tenemos la certeza de que el conflicto policial se llevó por delante tantos recursos que era imposible seguir como estaba previsto. Además, los delincuentes han visto reforzada su posición con mayores derechos, acceso a información, posibilidad de interponer recursos y asesoramiento legal... En este país pronto los delincuentes tendrán más derechos que los ciudadanos de a pie. Hay indicios de que Egge investigaba de forma privada. Es una pena que algo así sea necesario. En cuanto a Nieve Blanca, él quería mantener una reunión cuanto antes. Nunca sabremos si tenía nuevos datos que aportar.

El ministro de Justicia se quitó las gafas y las sostuvo distraídamente antes de volvérselas a poner.

–Me temo que los delincuentes están al tanto. No podemos tener una política antidroga que hace distinción de clases, una política que centra su atención en los consumidores. No estamos dispuestos a aceptar que los ambientes de gran poder adquisitivo y los círculos cerrados de los testaferros queden impunes. Si el asesinato de Egge ha sido cometido por delincuentes extranjeros, tienen que tener ramificaciones en este país que lo hayan hecho posible.

Vivi Grode habló con tono grave.

–El Servicio Secreto de la Policía se implicará hasta que pueda descartarse que se haya tratado de un acto terrorista.

El ministro de Justicia arrugó el entrecejo. Halvor Lydersen tenía el rostro congestionado.

–Con todos mis respetos, no hay voluntad política para tomar las decisiones necesarias y establecer prioridades. Nosotros estamos destinando grandes investigadores al traslado de presos.

Era evidente que el ministro de Justicia se sentía incómodo.

–Repito que esta reunión tiene como principal objetivo establecer una estrategia para encontrar al asesino o asesinos del director de la Policía Judicial.

–El problema es que éstas son aguas en las que debemos navegar con prudencia –dijo Vivi Grode–. Un iraquí ha sido expulsado del Colegio Mayor de la Defensa en relación con un curso de tecnología de misiles. El gabinete del Presidente del Gobierno está informado.

–Tengo que pedirlos que os centréis en el asesinato de Egge. Quiero que la investigación se realice al nivel más bajo posible –dijo el ministro de Justicia.

Vivi Grode levantó una ceja.

–Es así como suelen obtenerse los mejores resultados –continuó el ministro–, lo confirma un informe interno de los propios archivos de la policía –agitó una delgada carpeta.

Cato Isaksen e Ingeborg Myklebust intercambiaron una mirada. Ingeborg Myklebust jugueteaba con su collar.

–Ya hemos establecido un grupo de trabajo en colaboración con la sección de Extranjería y los otros estamentos. De hecho ya tenemos algunos nombres.

El ministro Knut Storedrange asintió con un gesto de la cabeza.

–¿Puede haber sido un accidente normal, un atropello casual? –se quitó las gafas.

–Podría ser –dijo Cato Isaksen–, pero hay indicios de que personas relacionadas con el mundo de las drogas... entre otros un abogado, un tal Sitek, puedan estar implicadas. Estamos trabajando para ver si podemos relacionar su nombre con otras personas del entorno de Egge.

El ministro de Justicia miró sucesivamente a Vivi Grode, al director de la Policía y a Jan Jansen.

–Hay que reactivar Nieve Blanca cuanto antes.

–En los escritos que nos manda Jansen siempre se nos indica a qué tareas hay que dar prioridad, pero nunca cuáles son las que deben postergarse –dijo Halvor Lydersen.

El ministro volvió a ponerse las gafas.

–Hemos batido un récord en el número de licenciados de la Academia de Policía. El Gobierno y yo exigimos resultados.

–En ese caso tengo que recalcar que tenemos que concentrarnos en la

investigación y no en los interminables informes, revisiones y reuniones que nos imponéis –dijo Ingeborg Myklebust.

El ministro de Justicia la miró muy serio.

–Tal vez el director de la Policía, Jan Jansen, debería enviar un escrito, si sirve de ayuda.

–No servirá –dijo Ingeborg Myklebust precipitadamente–. No necesitamos más directivas. Tenemos pendiente de solución el asesinato de un alto funcionario.

Randi Johansen se metió entre el Volvo y la pared del edificio. Una fina capa de escarcha cubría el coche.

–Nadie ha movido este coche en un buen rato –dijo observando los otros dos que había aparcados. Miró hacia Roger Høibakk–. Por lo menos éste no tiene ni un rasguño. ¿Subimos a charlar con John Gustav Bieler?

Un gato escapó de un coche y fue corriendo a meterse debajo de otro. Roger Høibakk echó un vistazo a las ventanas de la mansión.

–Ahora no nos da tiempo. Bonito sitio este, por cierto.

Randi Johansen puso la mano sobre el maletero e intentó abrirlo. Estaba cerrado con llave.

John Gustav Bieler observaba a los policías a través de la estrecha abertura de las cortinas. El corazón latía en su pecho. ¡Dios, qué locura! Estaba preparado para reconocerlo todo, pero se marcharon. Si volvían, les daría las llaves del coche. Si no, llevaría el cadáver a Maridalen. Sabía de un lugar. Podía decir que Greta le había abandonado. Era lo que ya le había dicho a la policía, que se iban a divorciar.

Cuando iban en el coche de vuelta a la comisaría, Ingeborg Myklebust dijo:

–Lo hiciste bien, Cato, pero al final se creó un ambiente un poco desagradable. Supongo que entiendes que necesitamos a Marian. Todos los mejores, dijo el ministro de Justicia. Tal vez Marian sepa algo de Egge, algo que resulte ser importante.

Cato Isaksen asió con fuerza el volante.

–¿Por qué dijo el ministro eso del «nivel más bajo posible»?

–Pues precisamente porque nosotros estamos en un nivel más bajo –respondió Ingeborg Myklebust–. Supongo que entenderías que nos estaban echando un piropo y dando una coz a Vivi Grode. Sólo nos queda ponernos manos a la obra. Luego hablaré con Marian.

–Los técnicos están peinando la habitación de Ullevål en busca de pistas, pero han limpiado la habitación, claro. Como al principio creyeron que había muerto de un paro cardíaco o algo así... Maldita sea.

Sonó su móvil. Cato Isaksen puso el teléfono en el soporte y activó el manos libres. La voz entusiasta de Randi Johansen inundó el vehículo.

–¿Ha terminado ya la reunión con el ministro de Justicia?

–Sí.

–Asle acaba de llamar. Ha intentado comunicar contigo. Adnan Arif ha trabajado en varias ocasiones en obras por cuenta de Construcciones Pedagógicas. Ha estado involucrado en varios delitos. Finn Hagemann dijo que Arif trabaja para John Gustav Bieler, que es consultor sénior de Construcciones Pedagógicas, pero Bieler niega saber quién es Arif.

–Hay cientos de personas vinculadas con los proyectos de Construcciones Pedagógicas, pero que un alto cargo haya alquilado personalmente un trastero a Hagemann para guardar materiales de construcción, es excepcionalmente raro –dijo Cato Isaksen.

Sonaban los teléfonos móviles y los policías, con y sin uniforme, se apresuraban por los pasillos. Los investigadores se reunieron en una estrecha sala. Cuando todos estuvieron sentados, Cato Isaksen tomó la palabra:

–Haremos un corto resumen. El director de la Policía Judicial ha sido atropellado y posteriormente asfixiado en el hospital de Ullevål. No sabemos si es la misma persona la que ha llevado a cabo el intento de asesinato y el asesinato. Pero supondremos que ha sido así. Se han encontrado restos de pintura negra del coche en la ropa y en el cuerpo de Egge, y los hemos enviado a Alemania para ser analizados.

Marian evitaba la mirada de Cato Isaksen. Pensaba en la llamada de la noche anterior.

–Hemos recibido de Extranjería una descripción del tal Arif –informó Roger Høibakk–, no tiene ningún rasgo distintivo. Mide un metro ochenta centímetros, delgado. Hace un par de años fue interrogado a raíz del hallazgo de armas de gran calibre en un estudio de Grünnerløkka, entre otras cosas un arma automática Scorpion, y once kilos de cocaína, 790.000 coronas en efectivo y un cuadro de Inger Sitter. El estudio estaba a nombre del albano Sako Zogu, original de Tirana, que salió de la cárcel con un tal Monsur Timur el año pasado. La última vez que se tuvo noticia de su paradero fue en los Países Bajos, en concreto en Rotterdam, junto a Marek Sitek.

Tony se inclinó hacia delante. La nuez se dibujaba claramente en su garganta.

–Sitek fue condenado a 45 días de cárcel el año pasado por posesión de marihuana y consumo de cocaína. No tuvo que cumplir la condena, pero está dos años bajo vigilancia. La sección de Extranjería trabaja a presión para aclarar dónde se encuentran, y si tienen alguna conexión con Arif.

Roger Høibakk tomó el relevo.

–Hay un coche registrado a nombre de Arif, un BMW negro de matrícula

DL 83675, y también un teléfono móvil. Pero el móvil está apagado. Seguro que utiliza uno de prepago.

Cato Isaksen bebió un trago largo de una taza de café negro.

–Randi, por favor, comprueba con los peajes de acceso a Oslo si el BMW pudo haber pasado por ellos en los momentos relevantes.

–Ya lo he hecho, Cato, pero como mañana es Nochevieja, tendremos que esperar un poco para recibir respuesta. ¿Debemos poner a Arif en búsqueda?

–Sí –dijo Ingeborg Myklebust–, el director de la Policía Judicial ha sido atropellado y después asfixiado. Ponlo en búsqueda a través de la Interpol.

–En el hospital nadie ha confirmado la presencia de alguien con aspecto de Europa del Este –dijo Randi–. Roger y yo hemos ido hasta el trabajo de Finn Hagemann para ver el almacén. John Gustav Bieler y Construcciones Pedagógicas no tienen ningún trastero alquilado ahora. Al menos no estaba registrado en el sistema informático.

Marian no dijo nada, pero se sintió aliviada. El equipo disponía, casi, de la misma información que ella. Los nombres aparecían en la lista de la nota que Martin había escrito. Al igual que las iniciales AA y SZ en relación con el carguero procedente de Perú y con destino Rotterdam. Tenía que tratarse de Adnan Arif y Sako Zogu. El Sr. B podía ser John Gustav Bieler. El único a quien no habían nombrado hasta ese momento era Hans Saltaker, el promotor encarcelado. No podía ser muy *importante. Aquella vez, Hans no actuó solo. He quedado en encontrarme con Finn en el almacén.*

Tanto Sako como Timur estaban relacionados con Marek Sitek y Adnan Arif. Seguramente Arif había sido el *eslabón perdido* de Martin. Cuando, de pronto, se presentó en casa de los Hagemann en Nochebuena, avanzó inesperadamente un paso más, pero ¿qué podían tener que ver Bieler y Finn Hagemann con el asunto? Marian puso las manos delante de ella, sobre la mesa.

–Pero ¿por qué Egge retiró ese archivo sobre el pequeño Gustav Bieler?

–Tiene que haber una relación –dijo Cato Isaksen desesperado–, Arif se presenta en casa de los Hagemann en Nochebuena y dice que viene a buscar un código por encargo de John Gustav Bieler. Egge retira el archivo sobre el hijo de éste. Lo asesinan. Arif está relacionado con criminales de Europa del Este, sobre los que Egge ha estado investigando por su cuenta.

–Complicado –comentó Randi Johansen.

–Según publica un informe –dijo Tony–, cada año mueren en Noruega, de forma inexplicable, entre quince y veinte niños. Los forenses indican que existe un patrón macabro: puede que hasta un veinte por ciento de las muertes inesperadas de bebés se deban a asesinatos, y no a una muerte súbita.

–Bieler dice que, a pesar de todo, es posible que Arif haya estado vinculado como obrero a la reforma de colegios –dijo Randi–. Cree que ha ido a ver a

Finn Hagemann en Nochebuena para intentar conseguir el acceso al almacén y robar herramientas caras.

–Creo que deberíamos comprobar el coche de John Gustav Bieler –dijo Marian.

–Acabamos de hacerlo –respondió Randi–. Roger y yo pasamos por la calle Inkognito después de haber visitado a Finn Hagemann en su almacén por la mañana. Su Volvo estaba aparcado en el patio trasero. Le echamos un vistazo rápido y no tenía ni un solo arañazo.

Asle Tengs asomó la cabeza por la puerta.

–Arif vive en la calle Valdres, 3.

Cato Isaksen se levantó.

–Roger y Asle, nos vamos inmediatamente a esa dirección a ver si podemos detenerle. Randi, ¿pones en marcha la orden de búsqueda? Incluye fotos de Sako Zogu, Monsur Timur y Marek Sitek.

–Habla con la abogada de la policía Marie Sagen –indicó Ingeborg Myklebust–. Que te proporcionen una orden de arresto. Marian, ¿vienes a mi despacho un momento?

–Llamo a la abogada de la policía –dijo Asle Tengs–, y nos vamos.

La comisaria Ingeborg Myklebust ajustó la cortinilla para que los blancos rayos de sol no dieran en la cara de Marian.

–Quiero que participes en la investigación al más alto nivel, Marian, pero... ¿por qué fuiste al despacho de Martin Egge? –tomó asiento en la silla giratoria negra.

–Es lo que le conté a Cato –mintió–. Iba a buscar unos manuales que le había regalado por Navidad.

Ingeborg Myklebust se inclinó hacia delante.

–Lo siento –suspiró Marian–, sólo quería cambiarlos para que pudiera empezar a utilizarlos en cuanto le dieran el alta.

–Pero si se había roto los brazos.

–Entonces yo no lo sabía.

–Voy a asignar al asesinato otros seis investigadores de la Policía Judicial. Creo que es importante que estés en el equipo, Marian, pero tienes que ser honesta y explicar por qué, por propia iniciativa y sin la autorización de Cato, fuiste a la sala de autopsias del Hospital Riks a ver al catedrático Wangen.

–Cato me llamó anoche y le dije que lo sentía.

–Sí, pero ¿por qué?

–Quería mucho a Martin.

–¿También pasaste por el hospital?

–No –mintió, mirando a Ingeborg Myklebust fijamente a los ojos.

–La recepción de Bryn afirma que no llevabas papeles cuando salías, así que creo lo que dices, pero fue innecesario, Marian. Cato opina que no debes ser asignada, pero yo no estoy de acuerdo. Puedes darnos información sobre la vida privada de Martin Egge, cosas que, tal vez, de otra manera no llegaríamos a saber.

Marian inclinó la cabeza.

–Ya no hay ningún conflicto entre Cato y yo. Contaré todo lo que sé, pero no sé si podré aportar algo de interés.

Ingeborg Myklebust la contempló pensativa.

–Lo entiendo. Mañana es Nochevieja y la situación es excepcional –dijo levantándose–: necesitamos gente, pero no entorpecer el trabajo de Cato. ¿Podrías mantener un perfil bajo, ser un poco hábil?

–¿Me estás pidiendo que te informe sólo a ti?

Ingeborg Myklebust parecía insegura.

–No. Podrías trabajar colaborando muy de cerca con el resto del equipo. Quédate con Randi y Roger e informa a Cato.

–Lo haré –aseguró Marian aliviada.

–¿Era muy cercana tu relación con Martin Egge?..., quiero decir, ¿estás de luto?

–No, no –dijo deprisa–, en absoluto –mintió.

Ingeborg Myklebust la observaba.

–Bien, pero quiero, por una cuestión de principios, solicitar que Asle Tengs te tome declaración, y que nos cuentes todo lo que sepas de Egge –Marian asintió con un movimiento de cabeza–. Y luego está el grupo de trabajo sobre crimen organizado extranjero, si es que te sientes capaz. Avisaré de que participarás de forma algo intermitente y, mientras tanto, puedes ir contestando a esa encuesta sobre el ambiente laboral.

Marian asintió de la forma más despreocupada de la que fue capaz. Tal vez fuera una buena manera de desviar la atención: trabajar en esa investigación y acudir al grupo cada vez que notara que su comportamiento ponía de manifiesto quién era *en realidad*. Sabía que tenía que tener cuidado. La muerte de Martin podía hacer que enfermara psíquica y físicamente. Su cuerpo estaba en máxima alerta, un pequeño desequilibrio y éste recordaría todos los peligros a los que había estado expuesto con anterioridad. Se tenía miedo a sí misma, por lo que podría ocurrírsele hacer, por lo que ya había hecho.

El coche camuflado de la policía giró a la derecha, a la altura del cine Soria Moria. Frenó cien metros más allá. Era Cato Isaksen quien iba al volante. Dio marcha atrás a gran velocidad hasta aparcar en un hueco que había libre. Asle Tengs y Roger Høibakk bajaron del coche. Cato Isaksen apagó el motor, comprobó que llevaba la orden de detención en el bolsillo interior de la chaqueta, abrió la puerta y los siguió por la acera helada.

Cuando entraron en el portal, oyeron el eco de varias voces infantiles que provenía del patio, y una pelota que rebotaba contra la pared. Alguien había prendido fuego a un neumático usado. Desprendía un intenso olor a goma quemada. Los investigadores entraron por la puerta de la derecha. Olía a comida. Estaban asando pavo o algo parecido. Al fin y al cabo, al día siguiente era fin de año. El portal era viejo. Una de las ventanas estaba rota y el primer escalón cubierto de hielo. El nombre de Arif no aparecía en ninguno de los buzones.

En el bajo, dos puertas tenían una placa con el nombre del inquilino. Junto a una de ellas había zapatos de niño y un cochecito plegado, en la otra, una guirnalda de abeto con un angelito. En el tercer piso aparecía el nombre de uno de los vecinos y un bonito felpudo en un lado; en el otro, no había nombre alguno ni tampoco felpudo. Roger Høibakk subió corriendo al cuarto, pero volvió a bajar. Indicó con un gesto una puerta sin placa.

Los investigadores se miraron. Roger Høibakk subió unos cuantos escalones. Cato Isaksen llamó al timbre. Su sonido atravesó el silencio como un cuchillo. Retrocedió un paso. Del piso de abajo llegaba el llanto de un niño. Volvió a llamar. Nadie abrió.

Les llevó tres minutos abrir la puerta con una ganzúa. De pronto, se oyó un pequeño clic y se abrió. Asle Tengs entró. El suelo crujía bajo sus pies. Cato Isaksen le siguió mientras Roger Høibakk se quedaba fuera. Echó un vistazo escalera abajo.

La luz del techo estaba encendida, una fea pantalla de plástico con estampado rojo. En un rincón habían colocado una encimera de cocina. Estaba llena de vajilla sin lavar y montones de platos de papel manchados de ketchup reseco.

—Está claro que no vive aquí —dijo Cato Isaksen, recogiendo con cuidado un vaso sucio para meterlo en una bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo.

—Empezaremos a buscar —dijo Asle Tengs, mirando hacia la cama sin hacer. Se acercó y levantó el colchón.

Cato Isaksen observaba un caro televisor de pantalla plana colocado junto a la

ventana, y un mueble para el equipo de música con muchos cajones. Los fue abriendo por orden. Nada, todos estaban vacíos. Asle Tengs se agachó para mirar debajo de la cama.

–Aquí hay algo –gritó, sacando una bolsa de patatas fritas vacía y algo más–. Un mapa –dijo, se puso de pie y lo desplegó.

John Gustav dio marcha atrás despacio para salir del patio. Era Nochevieja, el último día del año. Eran las 17:35. Le dolía la cabeza y tenía una contractura tan intensa en el cuello que casi no podía girar la cabeza. Desde el accidente, las horas habían pasado con una lentitud insoportable. Porque se trataba de un accidente. No estaba en sus planes matarla. Casi no había comido, no había hecho nada, sólo beber cerveza y varias botellas de vino. Por su mente pasaba, como una película, la imagen de los policías que habían dado vueltas alrededor de su coche el día anterior. Cuando la policía rubia puso la mano sobre el maletero, sintió que le iba a estallar la cabeza. Como si fuera a sufrir un ictus y caerse redondo.

Cuando llegó a la calle, metió segunda y pisó el acelerador con mucho cuidado. Intentó no pensar en lo que llevaba en el maletero. Frenó para dejar pasar a un peatón. Un coche gris pasó a su lado cuando giraba para salir a la calle Park. Por un momento le pareció reconocer a la mujer policía de pelo claro. Le dio un vuelco el corazón, pero no era ella. La ansiedad dio paso a un desagradable hormigueo en la columna vertebral. Observó tanto tiempo el coche gris por el retrovisor que colisionó con el coche que tenía delante. Se oyó un estrépito, breve y duro.

–¡Mierda! –golpeó la mano contra el volante.

El Subaru al que había embestido pasó el cruce y aparcó frente a la Casa de la Literatura. Él hizo lo mismo y notó cómo el dolor de cabeza se propagaba en descargas eléctricas hacia su nuca. Si no se espabilaba ahora mismo, todo habría terminado.

La mujer que bajó del coche estaba irritada y enfadada. Echó su cabello rubio hacia atrás y fue hacia él con los brazos abiertos. Él se disculpó, dijo que lo sentía y asumió toda la responsabilidad. Las manos le temblaban ligeramente mientras rellenaba el parte a la luz de una farola. La mujer se fijaba en todos los detalles. «Que le den», pensó mientras intentaba ponerla de mejor humor. Para terminar, le hizo un comentario sobre lo elegante que iba. Entonces, de pronto, ella sonrió.

Quince minutos más tarde iba conduciendo hacia Maridalen. Conocía bien la zona. Había corrido por allí muchas veces. Había un sitio, justo antes de la cochera de los autobuses, donde el camino hacía una curva. Podía aparcar bajo los grandes cedros. La máquina quitanieves dejaba allí una especie de calle sin salida en la nieve, porque la pista de los esquidores de fondo empezaba muy cerca. A veinte o tal vez a treinta metros existía un precipicio, y abajo un río.

Había corrido por allí unas cuantas veces en verano, siguiendo el estrecho sendero que rodeaba un sembrado. Podía ver el paisaje ante sí, la amplia pradera de hierba y la maleza salvaje, arriba, junto a las grandes rocas. Faltaban meses para el deshielo. El cadáver de Greta flotaría muy lejos, tal vez habría desaparecido para cuando llegara la primavera.

El mapa que habían encontrado debajo de la cama en la calle Valdres mostraba grandes zonas rurales junto a Mysen, Hobøl y Enebakk. No llevaba ninguna marca, ninguna anotación que pudiera, de alguna forma, servirles de guía. Ahora descansaba bien doblado sobre la mesa de la sala de reuniones.

–Se suspende la fiesta de Nochevieja –dijo Cato Isaksen mirando a su equipo–. Supongo que mi mujer y mis hijos no son los únicos que están hartos, y nuestra querida comisaria se ha ido a casa.

Marian pasaba las páginas del último diario VG del año. Habían publicado una gran foto de Adnan Arif en la portada. SE LE BUSCA POR EL CASO DEL ASESINATO DE LA POLICÍA JUDICIAL. En el interior había pequeños retratos de Sitek, Timur y Sako Zogu. Sitek tenía un rostro alargado, con rasgos marcados; Timur y Sako se parecían bastante, grandotes y de cabello oscuro.

Roger Høibakk sacó un peine del bolsillo trasero del pantalón y se lo pasó por su oscura melena.

–Asle y yo hemos estado en el hospital de Ullevål. Hemos interrogado a todos los médicos, enfermeras, personal de limpieza y policías que se encontraban allí, salvo una enfermera que está de baja. Nadie ha notado la presencia de desconocidos en esa zona cuando Egge fue asesinado.

Tony se pasó la mano, con sus dedos gruesos y cortos, por el pelo pincho, casi blanco.

–¿Podría haber entrado alguien con un uniforme de la policía o de la empresa de seguridad para así colarse en cuidados intensivos? Allí la situación era muy caótica.

–Los del departamento técnico trabajan a tope para clasificar las huellas dactilares. Entre otras, las de la puerta –dijo Roger Høibakk.

Sonó el móvil de Cato Isaksen. Era Bente. Prometió devolverle la llamada pasados diez minutos.

–Ellen quiere divorciarse –bromeó Roger Høibakk–, dice que es mucho peor estar en casa con un bebé llorón que estar en cuclillas, a veinte bajo cero, en un sangriento escenario del crimen. ¿No podríamos al menos pedir una pizza?

–Yo haré el pedido. Haced balance del caso mientras tanto –Asle Tengs se

inclinó hacia Marian y dijo en voz baja—: Supongo que Ingeborg ha hablado ya contigo, ¿te parece que hagamos ese interrogatorio después de comer?

Ella asintió.

Asle Tengs salió de la sala.

—Concentrémonos en John Gustav Bieler —dijo Cato Isaksen—, hemos encontrado varias cosas en el teléfono móvil del director de la Policía Judicial, pero ocupémonos de lo que resulta interesante. John Gustav Bieler le envió un mensaje, supuestamente porque va a divorciarse y necesita el consuelo de su buen amigo, de quien fue compañero de clase. El mismo día que fue atropellado, Martin retiró un informe del archivo de Irmelin. En ese informe hay un certificado de defunción. El hijo de Bieler falleció por muerte súbita a los diez meses. ¿Por qué retiró Egge ese informe precisamente ahora?

Cato Isaksen puso una orla sobre la mesa. Pequeñas fotos cuadradas de los alumnos con el nombre debajo. Había señalado tres retratos.

—Encontramos esto en casa de Egge. Unos días antes, en Nochebuena, Martin está en casa de la familia Hagemann. Lllaman a la puerta y Finn Hagemann, que también fue a clase con Egge y Bieler en el instituto de Tangen, sale al recibidor y habla con Arif, que trabaja o ha trabajado para el mismísimo John Gustav Bieler en Construcciones Pedagógicas. Pide el código de acceso al almacén en el que trabaja Finn Hagemann. Luego, Egge deja una nota en la mesa de su compañero Halvor Lydersen pidiendo que investigue sobre el tal Arif. ¿Por qué lo hace? ¿Sospecha que sus dos compañeros de clase están haciendo algo dudoso?

Marian permanecía cruzada de brazos.

Cato Isaksen la miró un instante antes de continuar.

—El departamento técnico, de momento, no ha encontrado nada interesante en la casa del director de la Policía Judicial en Solveien. Una inspección de su ordenador de mesa y del portátil tampoco ha dado ningún resultado por ahora, puede llevar un tiempo. Sus cuentas, tarjetas de crédito y otras tarjetas se han revisado sin encontrar nada sospechoso, de momento. Tampoco nada interesante en el piso que está a nombre de Arif. Lo único que encontramos allí fue un mapa de la zona de Enebakk y Mysen —Cato Isaksen volvió a pasarse la mano por la barbilla y tomó asiento—. Bueno, ¿qué opináis?

Marian había estado perdida en sus propios pensamientos por un momento. Ahora se echó hacia atrás en la silla.

—¿Cómo era el tal Bieler? —preguntó.

—Bieler parece agradable —dijo Randi—, su ropa era elegante sin ser llamativa. Como testigo diría que es alguien acostumbrado a tomar decisiones, pero a la vez alguien acostumbrado a meditar sobre las cosas.

Cato Isaksen la miró.

—¿No es un poco extraño que llamara a Egge desde dos móviles distintos y un teléfono fijo para hablarle de la ruptura con su esposa?

Abrió el maletero con los dedos agarrotados. Tenía que echar un vistazo rápido. El rostro de Greta tenía un color gris ceniza, los labios azul oscuro. Los ojos entreabiertos. Veía una media circunferencia negra, el iris se había apagado. Junto al nacimiento del cabello, bordeando su frente, la sangre oscura se había transformado en una dura costra. El cuerpo se había quedado rígido, en forma de arco. El estampado azul celeste del vestido satinado le recordó por un momento unas cortinas de cocina que tuvieron cuando era pequeño. Por un instante le pareció notar un olor, pero estaba congelada. Cerró el capó de golpe y se quedó escuchando los latidos de su corazón acelerado. Hoy, Arif y los demás habían ocupado las portadas de los periódicos. Había hablado con Arif, que tenía claro que había que llevar a cabo el plan previsto, y que sería la última vez en Noruega. Abrió la puerta del copiloto y sacó un par de guantes y una linterna.

Se quedó mirando a su alrededor y escuchando. El cielo estaba despejado, brillaba la luna, y no había tráfico en la carretera. El paisaje blanco se extendía unos cuantos metros a cada lado, hacia los abetos. Un poco antes había adelantado a unos niños que caminaban sobre los montones de nieve que bordeaban el camino. Se veía la luz de una casita en un alto, un poco más allá. Contempló la casa un momento con la convicción de que en ella vivían unos ancianos.

Se puso los guantes y fue a reconocer el terreno. Bajó por el sendero nevado, iluminándose con la linterna. La nieve helaba sus pantorrillas y se deslizaba dentro de sus zapatos de invierno. En verano el sendero estaba rodeado de flores silvestres, los campos se sucedían como el dibujo de una colcha, llenos de espinos, trigo y, en la cuesta que bajaba hacia el río, ortigas. La idea de que pudiera volver a ser verano le era extraña.

Se escurrió, pero pudo agarrarse a la rama más baja de un árbol. Iluminó la pared de nieve con la linterna, mirando hacia el abismo. Se oía, allá abajo, el rugido descarnado del río.

La anciana observaba el haz de luz de la linterna que danzaba de un lado a otro sobre la nieve. Se cubrió los hombros con el chal de lana gris y dejó el hacha apoyada en la pared. Veía la silueta de un coche y de un hombre. ¿Qué hacía aquí, en este lugar perdido, en Nochevieja? Tendría que bajar, con mucho esfuerzo, para ver si podía ayudarle en algo. Luego tendría que seguir partiendo leña. Se puso los guantes. Parecía que el hombre había llegado hasta el borde del precipicio. Ay, que no tuviera intención de tirarse, por favor. Entrecerró los ojos y se esforzó al máximo para ver. Ahora se abría camino hacia arriba. Vio que iba hacia el coche. Esperaba que no fuera uno de esos tipos que venían a deshacerse de unos gatitos. Si era así, le echaría una buena bronca. Podía ofrecerse a regalar los gatitos por él. Tal vez podría quedarse uno ella. Hacía tiempo que tenía ganas de tener otro gato. Podría dejarle probar el pequeño asado que había preparado. Necesitaba un gato que le hiciera compañía.

El paisaje se contrajo y se cerró a su alrededor como una manta asfixiante. Era como si estuviera en un planeta lejano, a millones de kilómetros de la Tierra. John Gustav Bieler apagó la linterna al llegar al coche. Si no fuera por la luna, no vería nada. Tenía los dedos entumecidos y helados, a pesar de que llevaba guantes. Puso la linterna en el suelo, se agachó y abrió el maletero. De pronto, la visión de Greta allí doblada le produjo arcadas. Pasó las manos bajo ella e intentó sacarla. Al tacto estaba dura como una piedra, pesada como el plomo e imposible de manejar. Por el espacio que quedaba entre los guantes y la manga notó su cabello tieso y frío, como una cuerda contra la piel de su muñeca.

La atrajo hacia sí de un tirón, consiguió sacarla a medias, pero se le escapó y volvió a deslizarse dentro del maletero. Al tercer intento consiguió dejarla por fin en el suelo. Se le escurrió de las manos y quedó apoyada contra una de las ruedas traseras. Se agachó y agarró su vestido. Enrolló la tela del vestido hasta convertirla en dos asas, consiguió sujetarla entre sus brazos, la apoyó contra su estómago y fue tambaleándose por la nieve con las rodillas flexionadas. Cada medio metro era una lucha. Intentaba volver a pisar sus propias huellas, pero le costaba mantener el equilibrio. Consiguió respirar de forma acompasada. Anduvo despacio y concentrado. No tenía que pensar. Sólo tenía que conseguir llegar al borde del precipicio.

Cuando por fin consiguió llegar hasta el pequeño risco, la dejó caer en la

nieve y tomó aire. El corazón le golpeaba locamente en el pecho. Giró la cabeza y escuchó. Contuvo la respiración. ¿Era una voz muy débil?

No, nada. Se agachó y empujó el cadáver hacia la ladera. El agua hacía un ruido atronador contra las paredes de hielo, allá abajo. Dio un fuerte empujón al cuerpo, que descendió unos cuantos metros, pero, de pronto, se quedó enganchado en una rama que sobresalía de la nieve. Perjuró, cayó de rodillas y se deslizó tras ella, con mucho cuidado, metió los dedos en la nieve y la empujó con la otra mano. No se movió. Tenía que tener cuidado para no resbalarse con el cadáver y precipitarse al caudal de agua helada.

Cambió de postura, se sentó y empujó con los pies. Después de la cuarta patada el vestido se desprendió de la rama y el cuerpo cayó lentamente hacia abajo hasta alcanzar el agua espumosa con un chapoteo. Por un momento quedó flotando junto a la ribera helada, hasta que el cuerpo, de pronto, fue arrastrado por la corriente. Greta se deslizó bajo el hielo y desapareció.

John Gustav Bieler volvió al sendero helado caminando pesadamente. Golpeó los pies contra el suelo para quitarse la nieve. Se acercó al coche, puso los brazos en el techo y apoyó la frente en ellos un rato antes de incorporarse, sacar las llaves del bolsillo, agacharse y coger la linterna. Justo cuando abría la cerradura, vio tras los abetos un solitario cohete de año nuevo volar por el cielo como un espermatozoide. Un segundo después, vio a la anciana.

El frío hacía crujir la ventana de la cocina. Marian acababa de volver de la comisaría. En el patio había papeles quemados y palos, restos de los cohetes que habían tirado un par de horas antes, cuando el año viejo pasó a ser nuevo. Hacía un frío helador en el apartamento. Había empezado a nevar. Grandes copos secos caían despacio desde el cielo negro. Tiró del jersey de lana para cubrirse las piernas, abrió la nevera, sacó un paquete de jamón cocido, un cartón de huevos y una botella de litro de Pepsi Max. Oía voces y música que llegaban del piso de arriba. El sobrecogimiento y la pena por la muerte de Martin habían desaparecido durante un par de horas en el caos de la comisaría. Un periodista había logrado llegar hasta el interior del departamento. Marian le pidió que se marchara. Todavía no era público que Martin había sido asfixiado, pero pronto se sabría. Su imagen sobre la mesa de autopsias la atravesó como un hielo. La boca cerrada, los labios azulados. Ese gesto ausente en su rostro, su bonito cabello gris.

Salió al recibidor y abrió el último cajón de la cómoda, sacó un par de calcetines de lana y se los puso. La bolsa de plástico con los documentos estaba en el suelo. Su intención había sido entregarlos, pero no lo había conseguido. Afortunadamente, el equipo estaba casi a su nivel con las investigaciones, así que ¿era tan importante que se los diera a Cato? Al instante siguiente, la ansiedad recorrió su cuerpo. Claro que importaba. Era imperdonable y terrible. ¿Cómo había conseguido complicar las cosas de esta manera?

Birka ahora estaba tumbada debajo de la mesa del salón. Cuando habían empezado los fuegos artificiales, la perra estaba dentro de la furgoneta, en el aparcamiento de la comisaría. Allí abajo afortunadamente reinaba un silencio de ultratumba, como en un refugio antiaéreo. Marian había bajado para estar con ella mientras el resto de los investigadores brindaba junto a la ventana con agua con gas y refresco de manzana. Birka odiaba el sonido de los cohetes. Se alteraba y era imposible controlarla en medio del ruido y las luces zigzagueando por el cielo. Poco antes de medianoche apagó el móvil. Nadie iba a mandarle un mensaje para felicitarle el año nuevo.

A Asle le había contado la historia de cuando Martin la ayudó a escapar de la violencia de su madre, pero también le dijo que no conocía a muchas de sus amistades. Casi nunca le hablaba de ellas. Por un momento pensó en hablarle de los documentos, pero no fue capaz.

Batió los huevos en un bol de plástico y los echó en la sartén caliente. Luego cortó el jamón en tiras, picó cebolla, partió un tomate y lo vertió por encima.

La tortilla estuvo lista en cinco minutos. Lo pasó todo a un plato y fue al cuarto de estar.

Birka se había tumbado en la butaca. La tortilla echaba humo. La perra levantó la cabeza y olisqueó el aire cuando Marian entró con la comida. Dejó el plato sobre el escritorio, buscó la bolsa con los papeles, la vació sobre el tablero de la mesa y se sentó.

Se chupó los dedos, bebió de la botella de Pepsi Max y empezó a comer mientras observaba la nota en la que Martin había escrito las iniciales SZ, MT y S con flechas que bajaban hacia la H y el nombre Angelina, destacado. ¿No figuraba en ningún sitio el apellido de esa mujer?

Dio un empujón a la botella de Pepsi Max y se levantó tan rápido que sus muslos golpearon contra el borde de la mesa. De pronto sintió esa ira ciega. Todo se volvió *negro*, reconoció en un momento el sentimiento de pérdida, soledad y endemoniada angustia. Recordó repentinamente el estruendo de las olas contra una orilla y un hombre viejo, delgado. Había soñado con ese hombre, que lloraba cuando se la quitaban... Era una niebla que se desintegraba. Y ahora también Martin estaba muerto.

Buscó un cubo y un trapo, secó el refresco, tiró el trapo dentro del cubo y volvió a sentarse. Acabó de comer, empujó el plato vacío a un lado y encendió el portátil. Entró en la red e hizo una búsqueda de Marek Sitek. Un enlace llevaba a unos titulares de un caso de corrupción que se vio en el juzgado cuatro años antes. Leyó los artículos por encima.

CONSTRUCTOR IMPLICADO EN UNA RED DE NARCOTRÁFICO

«Éste es uno de los casos más complejos en los que ha trabajado la Policía Judicial en mucho tiempo», declaró Halvor Lydersen a VG. La correo de origen ruso que la policía ha estado buscando ha aparecido muerta por sobredosis en la estación Sur de Oslo. La mujer ha sido identificada como la anterior secretaria del constructor acusado de corrupción Hans Saltaker.

La policía busca a dos iraquíes, Adnan Arif y Monsur Timur, en relación con este caso. También a un pandillero albanés de nombre Sako Zogu. El constructor, de 51 años, se declara inocente de las acusaciones tal y como se han formulado hoy, informa su abogado Marek Sitek.

Marian levantó la vista. Ahí estaba otra vez el tal Hans, ese que Martin nombraba en varias de sus anotaciones. Rebuscó hasta dar con el fax que se había llevado y lo desenrolló. *AA, MT y SZ lo recogerán en la frontera. Sitek está de vuelta en Oslo. El Sr. B está implicado.*

Siguió rebuscando en el montón de documentos.

¿Qué es lo que diferencia un delito de una infracción grave, Martin? Te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que no sigas adelante con esto, y te prometo que aclararé esta confusa situación y te explicaré cómo pudo ocurrir.

Lo firmaba H. En la agenda hablaba de la excursión a la cabaña, y el 1 de junio de 2005 Martin anotaba que informaría a la brigada de Delitos Económicos. ¿Había denunciado Martin a ese constructor, Hans Saltaker? Siguió leyendo. Al final de otro artículo se nombraba a John Gustav Bieler de pasada. Se sintió conmovida. Sólo decía que era la persona de contacto en Construcciones Pedagógicas para la reforma de los viejos colegios del interior de la zona este de Oslo, en la que participaba, entre otras, la empresa de Saltaker. Bieler no quería pronunciarse sobre el asunto. Marian levantó la vista y se quedó un momento observando la pared. Luego, se inclinó hacia la pantalla y continuó leyendo. Otro enlace llevaba automáticamente a una noticia breve publicada en *Aftenposten* en agosto de 2005.

CONSTRUCTOR CONDENADO

El constructor, que fue detenido bajo sospecha de haber cometido graves delitos relacionados con el narcotráfico y el blanqueo de dinero, ha sido condenado a nueve años de cárcel. La fiscalía está muy satisfecha con esta condena. No habrá apelación.

Había una foto pequeña y poco nítida del constructor en compañía del abogado Marek Sitek. Saltaker era un hombre bastante alto y delgado de cabello castaño y con gafas.

En un trozo de papel arrancado de un cuaderno rayado estaba apuntado el teléfono de Olav Thiis. Debajo, Martin también había escrito la palabra *Nieve*. Se desprendió un pequeño recorte de periódico.

Olav Thiis, actualmente al frente de la Asociación Noruega para la Investigación y la Seguridad, ha intentado durante mucho tiempo que se creara una licencia para investigadores privados. La asociación tiene a día de hoy 35 miembros en Noruega, y están adscritos a la Internationale Kommission der Detektiv-Verbände (IKD), que también es un organismo de referencia en la UE.

El ministro de Justicia Knut Storebrande declara: «No consideramos adecuado regular por ley la actividad de los investigadores privados en Noruega. La razón principal es que esta actividad es escasa y no tiene relevancia».

Cuando Martin estuvo en el programa de televisión con Olav Thiis, éste declaró que las instituciones públicas no cumplían con su misión. Marian recordaba exactamente lo que Martin le había dicho cuando le llamó después de la emisión. *Deberías haber estado tú en ese debate, Marian.* ¿Había tenido Martin algo que ver con Thiis? Cogió el móvil, tecleó el número y pulsó Guardar.

John Gustav Bieler desayunaba en la cama de Rosmarie Harde. Comía deprisa mientras echaba rápidas miradas a la habitación luminosa. Bajó la vista hacia sus manos, pensó en Greta. Masticaba y tragaba sin percibir el sabor de la comida. Rosmarie estaba en la ducha. Tenía 37 años, el pelo oscuro, era esbelta y bella. El caniche gigante de color marrón claro le observaba sentado en la suave moqueta. Miró un rato al perro antes de darse la vuelta. Era él quien se lo había regalado a Rosmarie. Brownie tenía año y medio y era uno de los cachorros que había tenido la perra de Finn, Cookie. Se tumbó en la cama y se subió hasta la barbilla el edredón, con una funda de estampado marrón. Veía frente a él la máscara mortuoria de Greta, el rostro rígido y los labios azules. ¿Por qué sucedía todo ahora, y en esta secuencia absurda? Notó que tenía que vomitar. La angustia le pinchaba en el pecho como una aguja. Desde ahora todo sería insoportable, una inquietud permanente, hacer equilibrios por el filo de un cuchillo. Una forma de terror psicológico que sólo una cabeza fría con mucha fuerza de voluntad podría sobrellevar.

Esa noche había nevado. No podía haber tenido más suerte, las marcas de los neumáticos del coche y sus huellas estarían ocultas, si es que no habían desaparecido ya del todo.

Anoche volvió directamente a la calle Inkognito. Estaba en casa sobre las once. Por si acaso, se quitó los gruesos zapatos de invierno en el coche y los llevó en la mano. Cruzó el patio y subió la escalera en calcetines. Ya en casa, se arrancó las prendas mojadas y lo metió todo en una bolsa de basura, junto con el abrigo de piel, sus botas, unos vestidos y algo de ropa interior que cogió en su armario. Había apagado el móvil y lo metió también en la bolsa. Luego llamó a Rosmarie y le dijo que él y Greta habían discutido, que no podía más, que se acabó, que Greta había dicho que se marchaba una temporada. Había una feria de mobiliario en no sabía dónde, mintió. Rosmarie se alegró.

Le mandó un sms desde el móvil de Kari Helene. Sabía que la policía, en algún momento, lo comprobaría. *Feliz año. Estoy aquí con una esposa medio borracha. Voy en media hora. Te echo de menos. John Gustav.* Luego se dio una ducha hirviendo, se vistió y fue en el coche hasta su casa de Kirkeveien. Ella había estado con un par de amigas, pero después se había ido a casa. Él paró para tirar la bolsa de basura en un contenedor de la calle Bogstad.

Rosmarie entró en albornoz. Le sonrió. Por un momento se sintió invadido

por el dolor. Pensó en todo aquello y volvió a tener náuseas.

No había sido capaz de asimilar la pena y el shock cuando Gustav murió. Sintió con más intensidad la ira contra la imbécil de la au-pair a la que pagaban para que cuidara del niño y, por supuesto, contra Hans, que había provocado todo. Greta había empezado a beber a escondidas y Kari Helene estaba cada vez más y más callada, más y más gorda.

Él tenía que presentarse de traje y corbata en el trabajo todos los días y ganar dinero. Todo se había hecho más difícil. Angelina, la maldita correo que tenía que traer la bolsa con la mercancía desde Ámsterdam, fue detenida al bajar del tren en la estación Sur de Oslo. Cuando cogieron a Hans todo estuvo en juego, pero Hans era un hombre decente y tranquilo. Entendió lo que era razonable hacer, y lo que no. Llegaron a un acuerdo. Lo último que sabía era que Corona había cambiado de bando y se había convertido en un confidente. No tenía ni idea de quién era Corona, sólo que era un coordinador en los Países Bajos. Así era este juego. Personas en los márgenes en las que había que confiar, pero que por razones de seguridad no desvelaban su identidad.

Estaba profundamente ensimismado en sus pensamientos y dio un respingo cuando Rosmarie le habló.

–Me voy a vestir y salgo a toda prisa para dar un paseo a Brownie.

–Hazlo, querida –dijo cansado, y encendió la televisión con el mando a distancia. Retransmitían el concierto de Año Nuevo desde Viena. Los músicos estaban sentados en una plataforma. Su perímetro estaba decorado con flores doradas.

Rosmarie le contemplaba desde la puerta.

–Pareces deprimido –dijo. Volvió a entrar y se sentó en el borde de la cama.

–En realidad estoy aliviado –dijo–, ahora somos nosotros dos –le dio un beso en la mejilla. Luego sonrió. Era una agente inmobiliaria competente. Lista, y con muy buena presencia–. Cogeré vacaciones en Semana Santa y podremos irnos a Cap des Freu.

Ella se levantó.

–¿Y qué pasa con tu hija?

–Va a estar ingresada mucho tiempo. Ahora somos tú y yo –repitió.

–Por fin –dijo ella enganchando la correa de Brownie–. Vamos, Brownie.

La puerta sonó tras ella. Tal vez pudiera dejarla embarazada. Un niño, un hijo podría salvarle de la debacle, pero primero tenía que sobrevivir a los primeros días, las primeras semanas. Sólo si conseguía conservar la calma, porque era innegable que las cosas se estaban precipitando. Si fueran padres de un niño pequeño, podría sugerir el marcharse a vivir a Cap des Freu.

Sonó el móvil. Lo cogió. Era la policía, querían venir a recoger los móviles. Sólo tenía el que había usado Kari Helene, dijo que había perdido el otro, pero

sabía que podían comprobar el servidor de Telenor y saber a quién había llamado. No era muy peligroso. Tenía un tercer teléfono, de tarjeta. Ése era el que había utilizado para hablar con Arif, Timur, Sako y Sitek.

Juha Sakkonen se pasó la mano por la pulida cabeza. No podía llamar hogar a la habitación del albergue, pero aun así se había asentado temporalmente, a pesar de no saber nunca cuándo lo echarían. Tenía una cama, una butaca, una encimera con un fregadero, cocina con un horno que no funcionaba y una mesa de cocina delante de una de las ventanas que dejaban pasar corrientes de aire. El cuarto de baño estaba en el pasillo.

Caminaba adelante y atrás entre la ventana y la mesa. ¿Por qué Kari Helene no contestaba al móvil? Cogió un cuchillo afiladísimo, partió un panecillo en dos, le untó una gruesa capa de mantequilla, se chupó los dedos y se dijo en voz alta:

—¡Qué mierda!

Cada vez que encendía la radio y oía hablar de la muerte de Martin, pensaba en el dinero. Nadie podía cambiar lo que había pasado. Ahora tenía mala conciencia por desear que fuera cierto. No iría al entierro de Martin, fuera cuando fuera. No soportaba ni iglesias ni capillas.

Salía todos los días, aunque hiciera frío. Se enrollaba una bufanda al cuello y metía las manos en los bolsillos. Daba vueltas, para airear sus ideas, salía del centro comercial Oslo City en pequeñas y atrevidas excursiones hacia la zona de Karl Johan. Cuando veía su cabeza rapada reflejada en los grandes escaparates, siempre se daba la vuelta y cruzaba hacia el otro lado. Los paseos ayudaban a calmar su ansiedad. Sólo habían pasado doce días desde el solsticio de invierno: el día más oscuro del año y la noche más larga. Cuando Juha llegó a casa de Martin sobre las tres de la tarde, dos días después de Nochebuena, había un asado preparado en la cocina. Martin le había servido un licor fuerte en un vaso grueso y Juha puso la mesa con unos platos muy bonitos. La porcelana antigua no le iba bien a la mesa de madera. Las sillas con la tapicería tejida de color mostaza tampoco ayudaban. Los platos con diseños vegetales en color azul cobalto le irían bien a una señorial casa blanca. El árbol de Navidad tampoco quedaba bien del todo, los adornos no colgaban con uniformidad. Había recordado un par de ratos agradables de su infancia, pero los dejó pasar, no se detuvo en ellos. Quizá ni siquiera habían sucedido en la realidad, y tan sólo eran fruto de sus deseos.

Martin le había dicho que le dejaría su herencia. Ya se lo había adelantado el año anterior. Para consolarlo y darle una esperanza, una vez que casi había vuelto a rendirse. *En algún momento*, había dicho Martin. Pero había condiciones. Una jodida mujer policía administraría el dinero con él. Era

Marian, a la que Martin había dicho que conocería cuando llegase el momento. No sabía muy bien qué quería decir con que ella lo administraría, sólo que era negativo. Y ahora, en todo caso, el tiempo se había *acabado*.

El 3 de enero el caso volvió a explotar en la prensa. El diario VG publicó en grandes titulares que el director de la Policía Judicial había sido asfixiado mientras estaba ingresado en el hospital de Ullevål. Había fotos del hospital, de médicos y personal sanitario. Uno de ellos declaró a la prensa que era un suceso desagradable y horrible. Cato Isaksen tiró el periódico. El equipo había sido ampliado a trece investigadores estratégicos de las secciones de Delitos Violentos y Extranjería. Además estaban los investigadores técnicos. Se mantenían en contacto permanente con el servicio de Seguridad de la Policía y con el gabinete del ministro de Justicia, mientras que el director de la Policía había indicado la conveniencia de que hubiese una mayor distancia con Halvor Lydersen y la Policía Judicial por ser éstos parte interesada.

El estrés atravesaba el cuerpo de Cato Isaksen. Casi no había visto a su familia en los últimos días. Bente estaba desanimada. Le había hecho una tarta para que se la llevara a sus compañeros del departamento. Su móvil sonaba constantemente. Tenían que dar otra conferencia de prensa. Todo el asunto era un infierno, todo. Marian le había mostrado unos enlaces en Internet que llevaban a artículos de prensa con aún más nombres. Entre otros, un constructor, Hans Saltaker, y una rusa, correo de droga. Pero eran casos antiguos que probablemente no tendrían nada que ver con el asesinato de Egge. Marian había salido otra vez a dar un paseo a su perra. Comprendía su temor al entierro del director de la Policía Judicial, dentro de tres días. El Volvo de Bieler estaba registrado en un peaje de acceso a la ciudad, pero no a la hora ni en el sitio adecuados. La abogada policial había aceptado la petición de comprobar las conversaciones de los teléfonos de la familia Bieler y Hagemann, pero de momento no habían encontrado nada interesante. Por si acaso, habían mandado el móvil de Bieler al departamento técnico. Casi todos aquellos que habían tenido algo que ver con el director de la Policía Judicial, Martin Egge, habían prestado declaración. Eran secretarias, vecinos o gente que alquilaba locales en el lugar donde tuvo lugar el atropello. También médicos y enfermeras de Ullevål. Miró la hora. En treinta minutos llegaría Jorunn Hagemann. Randi y Roger habían tomado declaración a John Gustav Bieler. Había dado el nombre de una tal Rosmarie Harde como persona que podía confirmar su coartada. Finn Hagemann había pasado un nuevo interrogatorio de dos horas con Asle y Tony.

Había en él algo indefinido, algo escurridizo y desagradable. Cato Isaksen tenía su declaración en la pantalla. Hagemann había explicado que Martin Egge

era un amigo, y al mismo tiempo no lo era. *La distancia entre nosotros era demasiado grande, tanto por nuestra profesión como por nuestro carácter. Martin era ante todo un empeño de mi madre*, había declarado. Cuando le presionaron comentó que había sido una tontería segregar la parcela de la propiedad de Solveien en aquella ocasión. *Nuestra madre no pensó en nosotros, en Jorunn y en mí.*

En los escaparates de las tiendas los maniquíes vestían saris. Marian echó un vistazo a su reflejo en el cristal y sintió una soledad heladora. Halvor Lydersen iba a organizar el entierro junto con Irmelin Quist. Como se trataba de la víctima de un asesinato y los asesinos no habían sido encontrados, sería enterrado, no incinerado.

Era desagradable, Irmelin Quist, esa bruja del archivo. Lydersen dijo que había muchos temas que solucionar: esquila, necrológica, flores, salmos, papeles, locales, *catering* e invitaciones para los políticos pertinentes.

Birka olisqueaba unos restos de comida que había en la cuneta. Se detuvo y dejó que la perra terminara de oler. Junto a la mezquita de Tøyenbekken cruzó la calle y pasó frente a una tienda de ultramarinos que tenía cestas llenas de mangos, curry, chiles y ristras de ajo en el escaparate.

Pensó en Halvor Lydersen. Tal vez pudiera hacerle llegar toda la documentación de forma anónima, pero sus huellas dactilares estaban por todas partes.

Se detuvo un momento frente a una joyería con exóticos diseños sobre terciopelo rojo para piercings, luego tiró de la correa de Birka para entrar en una pequeña peluquería.

La envolvió un suave olor a vainilla y perfume. La peluquera era una mujer de color con el pelo teñido de blanco, enorme trasero y largas piernas, en contraste con las mujeres inmigrantes que pasaban por la calle vestidas con hiyabs y saris.

–Siéntate –dijo la peluquera–. ¿Qué quieres que te haga? ¿Te lo lavo, te lo tiño?

Marian se encontró con su propia mirada cansada en el espejo.

–¿Teñirlo? Pero si es completamente negro.

–Sí, pero tendrá más brillo.

–Y será más caro –dijo Marian–. Córtamelo –soltó decidida–, completamente corto.

En ese momento sonó su móvil. Se lo llevó a la oreja.

–¿Sí? –dijo.

–Martin me habló de ti –dijo una voz de chico con acento finés.

Marian no tuvo tiempo de contestar antes de que se cortara la conversación.

Jorunn Hagemann miraba a Cato Isaksen con sus ojos castaños.

–No creo que sepa nada que pueda tener interés –dijo.

Estaban en el despacho de Cato Isaksen. Había pedido no tener que estar *en una habitación pequeña y claustrofóbica*.

–Yo no tengo ni idea de si Martin ha tenido amistades poco recomendables. No fue hasta octubre cuando se puso en contacto conmigo y empezamos a cenar juntos. Antes de eso, nos limitábamos a saludarnos.

–¿Por qué? –preguntó Cato Isaksen.

Se encogió de hombros. Estuvo a punto de contar lo de Hans, pero no tuvo fuerzas. Ya se enteraría la policía por su cuenta. Seguro que sabían que había estado casada con un fantasma. El psicólogo le había enseñado que debía tener consideración consigo misma, no asumir las culpas de otros; que no se escondiera, que fuera como una domadora de leones, *sin miedo*.

–¿Qué clase de relación tenías con Martin Egge, era de tipo sexual?

Ella bajó la mirada.

–Lo lamento, pero tengo que preguntarlo.

Ella tomó aire y levantó la vista.

–No, nunca fue así. Era un poco raro. Su lenguaje corporal era totalmente anómalo.

–¿Anómalo?

–Era tímido. Podíamos estar muy cerca el uno del otro, con los brazos entrelazados, pero era como si no quisiera mirarme. Pensé que necesitaría algo más de tiempo.

–Estás divorciada, ¿verdad?

Asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa.

–Mi ex marido tiene coartada. No es él quien ha matado a Martin, si es eso lo que estás insinuando. Está cumpliendo condena.

–¿Condena? ¿Por qué?

–Nueve años por blanqueo, delitos económicos y drogas –dijo con los labios apretados.

Cato Isaksen notó que se le aceleraba el pulso. Tendrían que haber descubierto eso hace mucho.

–¿Cómo se llama?

Llamaron a la puerta. Randi Johansen se asomó.

–Perdona –dijo él.

–Te lo puedo contar luego, aunque...

–¿Es importante?

Ella asintió.

Cato Isaksen sacudió la cabeza, se levantó y salió del despacho. Cerró la puerta de un portazo.

Randi puso los brazos en jarras.

–Sí, ya sé que no hay que molestar durante una toma de declaración, pero he dado otra vuelta al Volvo de Bieler. Ahora, de pronto, tiene un feo golpe delante. He pedido a los técnicos que lo traigan para una revisión en profundidad.

Cato Isaksen notaba cómo la irritación le hervía en el pecho.

–Mierda, Randi, dijiste que habías comprobado su coche y que no tenía ni un rasguño.

–Sí, lo sé. Bieler dice que chocó con un Subaru, en Nochevieja.

–Pero, por Dios, Randi, lo puede haber hecho a propósito, para ocultar los daños anteriores.

–Pero es que estoy completamente segura de que hace unos días no tenía ninguna marca. Bieler dice que tuvo mala suerte cerca de la Casa de la Literatura. Sólo había salido a comprar algo al Seven Eleven. He llamado a la compañía de seguros. Todavía no han recibido ningún parte, pero he hablado con la mujer del Subaru con el que chocó. Y dice que fue así.

–Vale. Ahora no vuelvas a molestarme. Me interrumpiste en un momento muy... El marido de Jorunn Hagemann está en la cárcel.

Cato Isaksen volvió a entrar.

–Lo siento –dijo sonriendo brevemente a Jorunn Hagemann–. ¿Cómo dijiste que se llama tu marido?

Jorunn Hagemann respiró profundamente.

–Hans Saltaker, pero ya no tengo ninguna relación con él.

Cato Isaksen tomó nota en un pequeño cuaderno. El nombre no le decía nada.

–Tu hermano conoce a John Gustav Bieler, ¿no?

–Sí, yo también lo conozco, claro.

–¿Sabías que iba a divorciarse de su mujer?

–¿John Gustav? ¿De Greta?

–Sí.

–No –dijo sorprendida–. Pero la verdad es que no me extraña.

–¿Puedes explicar eso un poco más...?

–Ya no tenemos trato alguno, pero hablé con Greta hace unos días, y entonces dijo que quería irse lejos, que estaba cansada.

Cato Isaksen la contemplaba.

–¿Por qué ya no sois amigos? ¿Y por qué crees que te contó que estaba

cansada?

Jorunn Hagemann sonrió sin ganas.

–No dije que ya no fuéramos amigos, dije que ya no nos tratamos. Algunas amistades simplemente se diluyen. John Gustav no es precisamente del tipo fiel, si es que puedo decirlo así.

Rosmarie Harde tenía la mano debajo de la mesa y se rascaba el muslo. Su sitio estaba tras un pequeño tabique de cristal, justo detrás de la puerta. Los policías se presentaron como Asle Tengs y Randi Johansen.

Intentó apartar de su mente la idea de que John Gustav tenía que tener algo que ver con el asesinato del director de la Policía Judicial. Era un amigo suyo. John Gustav le había avisado de que le preguntarían por el día 28.

–Tienes un nombre muy especial –dijo Randi Johansen contemplando a la bella agente inmobiliaria y su media melena castaña.

–Me lo dicen a menudo –respondió Rosmarie Harde sonriendo con sus dientes perfectamente blancos.

–Tenemos unas cuantas preguntas relativas a John Gustav Bieler –dijo el policía–. Entendemos que le has asesorado en unos cuantos proyectos relacionados con propiedades, tanto públicas como privadas. ¿Es así?

Rosmarie Hage se puso de pie.

–Es correcto –dijo con voz firme–, la inmobiliaria ha asesorado principalmente a Construcciones Pedagógicas en un par de ocasiones –puso sus cuidadas manos sobre la mesa–. Fue así como nos conocimos.

Si se ponía nerviosa, se darían cuenta y podrían llevar el caso a instancias superiores. Eso sería muy incómodo. En el peor de los casos podría quedarse sin trabajo. No era nada nuevo en el sector que, en estos tiempos de crisis, algunos quisieran invertir efectivo en proyectos de viviendas en el extranjero, pero era algo de lo que no se hablaba. La palabra blanqueo nunca se mencionaba. Más bien se decía que facilitaban los pagos, tal y como lo había organizado para John Gustav.

Asle Tengs se fijó en el cartelito que llevaba en la solapa, con su nombre y el logo de la inmobiliaria.

–¿Con qué clase de proyectos privados le has ayudado?

–Sólo una casa en Mallorca.

–¿Sólo eso?

–Sí.

El malestar la invadía. No era cierto. Últimamente se había preguntado si John Gustav habría iniciado su relación con ella para obtener ventajas.

–Y mantenéis una relación sentimental, ¿no es así?

–Se van a divorciar.

–Sí, eso hemos oído –Asle Tengs y Randi Johansen intercambiaron una mirada.

–¿Es habitual mezclar asuntos profesionales y privados? –Randi Johansen se metió las manos en los bolsillos y cambió el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

–En absoluto –dijo ella–, y yo no lo he hecho. En realidad, las cosas ocurrieron en el orden inverso. Todo ha sido muy profesional –lanzó una mirada a su jefe, que pasaba por el pasillo.

Saludó a los investigadores con una inclinación de cabeza y se puso la gabardina.

–Voy a enseñar unas propiedades –dijo–, ¿podemos charlar tú y yo luego?

Rosmarie Harde asintió. John Gustav le había pedido que dijera que también habían estado juntos en Nochevieja. No tenía ningún problema con eso, al fin y al cabo el asesinato del director de la Policía Judicial tuvo lugar el 29. Lo habían asfixiado. Era desagradable y daba miedo.

–¿Sabes dónde estuvo el 28 por la noche?

–Tuvo unas reuniones por la tarde, luego vino a mi casa y cenamos hacia las siete. Un poco antes de las ocho y media volvió al trabajo, para terminar un informe de las reuniones de la mañana. Se llevó mi perro y volvió a mi casa más tarde, y se quedó a pasar la noche.

Asle Tengs la miraba. El catedrático Wangen no había podido establecer con exactitud la hora del atropello así que, en realidad, la coartada de Rosmarie Harde no tenía ningún valor.

–¿Tienes coche?

Ella asintió.

–¿De qué color es?

–Es gris claro, un BMW.

–¿Y qué hay de la Nochevieja?

Miró directamente a los ojos del inspector.

–Tiene graves problemas con su esposa. Se van a divorciar. Me envió un sms poco antes de medianoche. Al rato, vino a mi casa.

Levantó el móvil: *Estoy aquí con una esposa medio borracha. Voy en media hora. Te echo de menos. John Gustav.*

–¿Qué coño le has hecho a tu pelo, Marian? –Cato Isaksen la miraba fijamente mientras aplastaba una lata de Coca-Cola con las manos. Marian le devolvió la mirada.

–Por lo menos puedo decidir sobre mi propio peinado.

No podía apartar de sus pensamientos al chaval que la había llamado cuando estaba en la peluquería. Su voz era insegura, como si quisiera decirle algo pero no se atreviera.

Cato Isaksen se echó a reír. Observó el pelo negro, como el ala de un cuervo, cortado de forma precisa y geométrica, recto en la nuca, sobre las orejas y la frente.

–Tienes una pinta horrible. Por cierto, el ex marido de Jorunn Hagemann está en la cárcel.

Marian le miró.

–Estoy de acuerdo, Cato. Quiero tener una pinta infame. Es un viejo truco, así desaparece algo del dolor –se dio una palmada en el muslo–: Ven aquí Birka, mi niña –se puso en cuclillas, y acarició a la perra.

Cato Isaksen dejó caer la lata aplastada en la papelera.

–Lo siento, Marian, no era ésa mi intención.

–Lo sé, Cato. ¿Por qué está preso?

Sonó el móvil de Cato Isaksen. Era Bente.

–Casi no te hemos visto desde Nochevieja... –empezó. Él se puso de pie.

–Aquí hay una presión tremenda, Bente. Como no les demos algo pronto, la prensa y el ministro de Justicia van a desbarrar.

–Acabo de enterarme de que Vetle anduvo por la calle con unos colegas en Nochevieja. Nos dijo que iba a casa de un amigo. ¿No podrías hablar con él?

–Los diecisiete son una edad horrible, pero ya no es ningún crío. Hablaré con él.

–¿No podrías venir a casa ahora, Cato?

Ingeborg Myklebust entró en el despacho. Birka meneó el rabo y se acercó a ella. Se agachó y acarició a la perra.

–Un peinado muy chulo, Marian.

–Iré a casa a cenar, Bente –dijo Cato Isaksen mirando a Ingeborg Myklebust.

–Vale –dijo Bente y colgó.

–¿Has averiguado algo del tal Saltaker? –preguntó Ingeborg Myklebust.

Birka se tumbó en el suelo y empezó a lamerse las patas.

–Estoy en ello. Es interesante –dejó el móvil sobre su mesa de trabajo.

Marian le miraba. Menos mal que también había aparecido el nombre de Saltaker. Sólo había un nombre que nadie había mencionado: Angelina.

Ingeborg suspiró de pronto sonoramente.

–Ha llegado información sobre un nuevo asesinato. Nos viene muy bien, ahora que tenemos tiempo de sobra y mucha plantilla disponible.

–Mierda –dijo Cato Isaksen.

–Una anciana que vivía en una casita de Maridalen ha sido asesinada con un hacha. La han encontrado detrás de la casa, con un golpe en la frente. Parece que puede haber estado allí unos cuantos días. Ha nevado, así que los técnicos van a tener mucho trabajo buscando pistas.

Cato Isaksen se pasó la mano por el cabello.

–¿Quién la encontró?

–Alguien que pasaba por allí por casualidad, un esquiador que cruzó la parcela con su perro. Designaré un nuevo equipo para el caso. Pondré a Billington como responsable de la investigación. Me gustaría que compartieras esa tarea con él, Marian.

–Pero –dijo Marian– ¿yo no iba a...?

–Estaría bien que te pasaras a este nuevo caso –afirmó Cato Isaksen.

–Sí, pero ese grupo de trabajo contra el crimen organizado extranjero...

–Tony me dijo que no fuiste a la reunión –dijo Ingeborg Myklebust mirándola–, y Cato también opina que...

–Pero es que yo quisiera...

–Lo sé, Marian, pero prefiero que te pongas en marcha con este nuevo caso. Será lo mejor, tal y como está la situación.

–Supongo que no puedo negarme a obedecer órdenes –Marian tiró de las mangas de su jersey, y miró a la comisaria con gesto severo.

–No, eso es precisamente lo que no puedes hacer –Ingeborg Myklebust miró a Cato Isaksen–: Ven a verme cuando hayas averiguado algo más de Hans Saltaker.

La pequeña casa de madera estaba pintada de rojo, con dibujos tallados en la barandilla, como en un cuento infantil de Astrid Lindgren. Estaba en un alto, al final de una pequeña y empinada cuesta que subía desde la carretera. Marian aparcó detrás de un coche patrulla. Que Jorunn Hagemann hubiera estado casada con Hans Saltaker tenía que significar algo. ¿Por qué tenía Martin información de ese caso entre sus papeles? De pronto se sintió cansada. Se bajó del coche y caminó con desgana hacia Stein Billington.

—Sólo somos cuatro en el equipo —informó malhumorado—, como todos están con el crimen judicial...

Marian lo observaba. Tenía escarcha en su cabello rojo y las mejillas redondeadas presentaban rojeces a causa del frío.

Los técnicos se desplazaban al pie de la cuesta y subían hacia la casa. Caminaban con cuidado, para no estropear las huellas que pudiese haber bajo la nieve recién caída.

—Se llama Helga Hansen —dijo Stein Billington—, 78 años. Vivía sola. Ven a ver. Tenemos que ir por la izquierda, para no estropear ningún indicio.

Un policía de Orden Público recién licenciado los miraba. Marian le saludó distraídamente con una inclinación de cabeza, se metió las manos en los bolsillos y subió detrás de Billington por la breve cuesta.

La anciana era pequeña y delgada. Yacía de espaldas sobre la minúscula terraza de cemento, sobre el felpudo metálico, frente a la puerta. Tenía la frente partida, la cara cubierta de sangre coagulada procedente de la herida abierta. La sangre había salpicado toda la puerta y humedecido la chaqueta de punto gris y los botones de cobre rojo. Llevaba pantalones de tergal y, en los pies, botas de piel de foca. La sangre también había humedecido la terraza hasta oscurecerla y caído en hilos sobre la nieve, donde una nueva nevada la había aclarado. Los inspectores de escenarios del crimen estaban fundiendo la nieve alrededor del cadáver para destapar huellas y otras pruebas, antes de pasarlo a una camilla y llevarlo al anatómico forense.

Marian caminó cabizbaja hacia su coche. Vio unas hondonadas en una especie de sendero que se adentraba en el paisaje, detrás del aparcamiento. De una rama colgaba un mechón de pelo rubio, un técnico lo introdujo en una bolsa.

En el camino de vuelta a la comisaría Marian se detuvo en una gasolinera y compró una baguette de pollo y una botella de agua con gas. En los documentos que tenía en casa aparecía el nombre de John Gustav Bieler mencionado en relación con el caso de Saltaker. ¿O se estaba equivocando?

Pagó y volvió con prisa hacia el coche. Birka lanzó unos profundos ladridos, que se originaban en su estómago.

–Túmbate, Birka. Mira, te voy a dar un trocito de pollo.

Tiró de la bolsa de papel y dio un par de mordiscos. La baguette estaba blanda y húmeda, llena de lechuga y cebolla cruda. Dejó el resto sobre el asiento del copiloto, desenroscó el tapón de la botella de agua y bebió a grandes tragos antes de arrancar el coche. Si se daba prisa, podría pasar por Construcciones Pedagógicas y ver si podía charlar con John Gustav Bieler.

En la recepción le informaron de que Bieler había salido para alquilar un coche, pero que pronto estaría de vuelta.

–Lo esperaré fuera –dijo Marian–, ¿cómo es?

–Es un hombre alto y bastante apuesto, lleva una gabardina larga –sonrió la recepcionista.

Marian asintió, metió las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero y volvió a salir por las puertas de cristal.

Aparcó junto a la entrada del aparcamiento y se sentó a esperar, manoseó el resto de la baguette, tomó un trozo, volvió a dejarlo en el asiento del copiloto, hizo un par de llamadas, delegó tareas relacionadas con el asesinato de Hansen y dijo que estaría de vuelta en la comisaría dentro de un rato.

Tomó el último pedazo de la baguette, arrugó la bolsa y la dejó en el suelo. Luego apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos un momento, antes de volver a abrirlos y observar fijamente su nuevo peinado en el retrovisor. La furgoneta blanca se quedó helada en muy poco tiempo. Dentro de dos días sería el entierro de Martin. De pronto la tristeza se había asentado en su estómago. Bajó la mirada hacia sus manos, y separó los dedos. Llevaba las uñas cortas. Cerró los puños y los golpeó despacio y rítmicamente contra el volante. Tal vez debería empezar a boxear. O eso o todo lo contrario, quizá dejarse las uñas largas y pintárselas de rojo fuego o de negro.

Echó un vistazo al retrovisor y de pronto estaba allí: *un hombre alto y bastante apuesto, lleva una gabardina larga*. Se incorporó. Tenía que ser John Gustav Bieler. Llevaba una camisa azul claro y una corbata oscura bajo la gabardina. Su teléfono sonó cuando pasaba a la altura del coche de Marian. Se detuvo y se llevó el móvil a la oreja. Parecía ajado y cansado. Tras una breve conversación, se dio la vuelta y volvió con prisa hacia un coche oscuro. Ella giró la cabeza para verle.

Marian arrancó, metió una marcha, giró y fue tras él cuando salía en un Lexus

negro. En la ventana trasera ponía AVIS. Las luces traseras se pusieron en rojo cuando paró para dejar pasar a un peatón. Ella lo siguió tan cerca como pudo.

John Gustav Bieler masticaba enérgicamente un caramelo de regaliz y tomó a la derecha en el cruce. Si no conseguía eliminar de su mente el sonido del hacha impactando en la frente de la anciana y la visión de los chorros de sangre cayendo sobre la puerta, todo se habría acabado. Tenía que tranquilizarse. Sólo podría sobrevivir a todo esto con fuerza de voluntad y manteniendo la cabeza fría. Tenía que centrarse. Finn le había llamado para contarle que había vuelto a ir a la comisaría para ser interrogado. Finn también había tenido que entregarles su teléfono móvil. Echó un vistazo rápido al retrovisor. La policía se había llevado el Volvo, su móvil y el ordenador. No tenía nada que temer en cuanto al móvil y el ordenador, pero, por el contrario, el coche... Podía entender cuáles serían sus conclusiones: creerían que había provocado un accidente con el Subaru para esconder un golpe anterior. No había sido así, pero si empezaban a inspeccionar el maletero, podrían descubrirle. Aunque había puesto una lona de plástico debajo del cadáver de Greta. Por supuesto, la había retirado, así que no había sangre ni otras huellas visibles allí. Pero si dejaban que un perro entrenado para buscar cadáveres husmeara, le descubrirían en un instante. Pero ¿por qué demonios iban a dejar que un perro entrenado para buscar cadáveres husmeara en el maletero? No sabían nada de Greta. Además, había leído en alguna parte que el frío reduce la intensidad de los olores.

Marian tenía que concentrarse para ser capaz de seguir las luces traseras del Lexus. El tráfico de la tarde iba disminuyendo. Empezaba a oscurecer. Bieler se dirigía hacia el centro, salió a la E-18, pasó los almacenes del puerto y cogió el túnel. Hizo zigzag entre los tres carriles de coches, pasó Sandvika y dejó la carretera junto al Ikea de Slependsen, fue a la derecha en la rotonda y a la izquierda en la siguiente, pasó el edificio de Budstikka y el concesionario Auto E-18 y siguió por la explanada de Billingstad.

Marian se inclinó sobre el volante. Seguro que iba al almacén de City que mencionaron Randi y Cato. Tenía que estar por aquí. El coche de alquiler puso el intermitente a la derecha en la rotonda del final de la explanada, cerca del almacén de Ikea. Marian frenó, giró despacio tras él y entró en una especie de polígono industrial que reconoció. Era aquí donde había recogido la silla y el escritorio que compró el otoño pasado. La central de control de tráfico estaba en un edificio sin luz, a la izquierda. Citroën y Honda tenían concesionarios en los edificios de atrás. Había unos cuantos coches aparcados frente al edificio de

Citroën. Bieler entró hasta el final de una explanada frente a un edificio de ladrillos rojos con un luminoso blanco en el que, efectivamente, se leía «Su almacén City». Aparcó el coche de alquiler y apagó el motor. Marian dio rápidamente marcha atrás y dejó el coche en una plaza libre frente al concesionario de coches. Apagó el motor y esperó un poco, antes de bajarse. Unos viejos contenedores se alineaban frente a una fila de abetos pelados que separaban el polígono industrial de la urbanización de chalets adosados que había al otro lado. Varios remolques grandes estaban estacionados uno al lado de otro en el aparcamiento, además de tres furgonetas negras con matrícula extranjera.

Bieler hablaba por el móvil. Ella se escondió detrás de un remolque y permaneció sentada en silencio unos instantes antes de asomarse y observar que él llevaba en una mano una bolsa blanca de papel. En una puerta ponía «Oficina de alquiler», al lado había una ancha puerta de garaje de estaño. Bieler cortó la conversación y marcó un código en un dispositivo digital. La puerta se abrió con un zumbido mientras una luz parpadeaba en rojo en un lateral. Bieler se agachó y entró rápidamente, antes de que la puerta se abriera del todo. La puerta del garaje se quedó abierta un momento, antes de deslizarse hacia abajo. Marian echó un vistazo rápido a su alrededor antes de cruzar corriendo la explanada y colarse por debajo de la puerta.

Estaba en la gran entrada iluminada de la recepción de un almacén, donde también se podían aparcar coches. El suelo de cemento era áspero y tenía manchas de aceite.

No veía a John Gustav Bieler. Un pequeño altavoz del techo reproducía la música de una emisora de radio. Un pasillo con puertas de un rojo intenso llevaba hacia el interior desde la recepción. Por una ventana de cristal vio una oficina vacía. Junto a una de las paredes había un sofá. Un caniche gigante blanco se levantó y la miró con curiosidad. Lo reconoció. Era de Finn Hagemann.

Kari Helene Bieler abrió los ojos y miró fijamente al techo. Alguien empujaba un carro detrás de su puerta. El sonido le hacía daño. Giró la cabeza y observó la puerta cerrada. Tenía que ser uno de esos con pequeñas ruedas metálicas. Salía, como si nadara desde las profundidades, de un mundo neblinoso entre el olvido y la conciencia. El ruido del carro se hizo más débil. Levantó la cabeza e intentó fijar la vista, pero no lo consiguió. Aunque hubiera una ventana en la habitación, fuera estaba oscuro. Sólo había una pequeña lámpara de noche fijada en la pared, sobre el lavabo. De pronto la atravesó el recuerdo de que había llegado allí en el asiento trasero del coche de su padre. Recordó, como si lo hiciera a través de un velo, el zumbido de la calefacción del coche y que iba sentada observando la ancha nuca de su padre mientras conducía por el desolado paisaje invernal. *Pusiste una almohada sobre su rostro. Así fue. Tu madre y yo hemos intentado protegerte. Fue una tragedia para todos. No tengo ninguna intención de delatarte. Sólo tenías 8 años.*

Cuando llegaron, tuvieron que sacarla del coche a la fuerza. Bajo la fría luz del pasillo, la obligaron a sentarse en una silla. Forzaron su cabeza hacia atrás. La obligaron a tomar unas pastillas azules y alguien sostuvo un vaso de agua contra sus labios.

Marian avanzó con precaución por el pasillo. Era un lugar limpio e inodoro. El suelo de cemento gris claro estaba cubierto de un barniz brillante. Contra una de las paredes se alineaban unas carretillas y una silla solitaria. Se mantuvo pegada a la pared derecha y se detuvo junto a la puerta de un ascensor. El número 2 estaba iluminado, así que Bieler había cogido el ascensor hasta el segundo piso. Miró a su alrededor y presionó el botón del ascensor.

Un suave zumbido indicaba que el ascensor bajaba, pero un poco más allá había una puerta con una señal en zigzag. Tenía que ser una escalera. Cambió de idea. Era más fácil huir por una escalera que en un ascensor. Antes de desaparecer por la puerta, se inclinó hacia atrás, miró en ambos sentidos y echó un vistazo a una cámara de vigilancia que colgaba del techo.

Finn Hagemann la contemplaba en el pequeño cuarto. El sistema de control remoto tenía la responsabilidad de vigilar todas las plantas. Por las tardes y las noches las cámaras se conectaban directamente con la central de Securitas.

Se inclinó hacia delante y miró la pantalla. Marian Dahle miró directamente a la cámara un instante, antes de darse la vuelta y seguir por el pasillo.

Marian dio unos pasos vacilante y se quedó parada escuchando. En la segunda planta había pasillos en todas las direcciones con puertas de trasteros. No se veía un alma. Cuando se acabó la canción que salía por el altavoz, una voz radiofónica tomó el relevo. El repentino chirrido de unas ruedas hizo que se encogiera. Un matrimonio anciano dio la vuelta a la esquina con una cómoda sobre una carretilla. Los saludó con un gesto y siguió por el pasillo.

De pronto, vio a un hombre al final del pasillo. Era John Gustav Bieler. Se dio la vuelta de prisa, bajó la cabeza, volvió presurosa sobre sus pasos y giró a la derecha por un pasillo. Allí se puso con la espalda contra la pared y escuchó, con el corazón acelerado. Asomó la cabeza y vio que él estaba cerrando un candado. Había completado su misión. Agarró con fuerza el móvil que llevaba en el bolsillo, probablemente ni siquiera hubiera cobertura allí adentro. Sus pasos se acercaban. Bieler pasó a su lado camino del ascensor, apretó el botón y se abrió la puerta, que se cerró despacio tras él.

Marian caminó rápidamente por el pasillo, hacia el trastero del final del todo. En un pequeño cartel de la puerta ponía N.º 260. La sangre golpeaba sus sienes. Miró hacia el ascensor, no quería arriesgarse a que Bieler volviera. Bajó el picaporte. El candado, que estaba cerrado en torno a un pequeño saliente de acero, era sólido. Era imposible abrir una mínima rendija en la puerta. Se inclinó hacia la fría superficie metálica y escuchó. Un repentino chasquido junto al ascensor la sobrecogió.

Cato Isaksen estaba sentado frente a la pantalla del ordenador. Había pasado por casa para cenar y darse una ducha. Bente le había pedido que volviera a casa a pasar la noche. Se lo prometió. Eran las 18:10. Irmelin Quist acababa de asomar la cabeza para contarle que había encargado una corona de parte del departamento para el entierro de Egge. Ahora escuchaba cómo el repiqueteo de sus tacones se perdía pasillo abajo. Volvía a estar solo. Había mandado a los demás a casa, para que pudieran descansar un poco.

Llamó a la cárcel de Ila y concertó cita para interrogar a Hans Saltaker a las 9:00 del día siguiente. Roger iría con él. Podía resultar interesante.

Se inclinó sobre la pantalla. La luz lo deslumbraba. Tenía el presentimiento de que se les había pasado algo por alto. Así era con frecuencia. Los pequeños, nimios detalles, los que eran tan simples que uno no reparaba en ellos.

Leyó por encima las declaraciones de John Gustav Bieler y de Jorunn Hagemann, se fijó un momento en lo que ésta había dicho de Greta Bieler, que quería marcharse. Randi había escrito en una nota que tomaría declaración a Greta Bieler en cuanto la localizaran.

Cato Isaksen fijó la vista en un punto de la pared, por encima de la pantalla. Habían intentado hallar alguna señal en el mapa que encontraron en el estudio de Adnan Arif, pero no había nada. Esperaba recibir más información de la sección de Extranjería. Todo daba vueltas en su cabeza. El cansancio le hacía sentirse mareado.

Se levantó y bajó por el pasillo a sacar un café de la máquina. Stein Billington venía hacia él.

—Otro que trabaja hasta tarde —dijo, y se quitó las gafas—. ¿No habrás visto a Marian Dahle?

—Hace muchas horas que no —dijo Cato Isaksen. En ese momento sonó su móvil. Era Vetle—. Mi hijo —dijo haciendo un gesto desanimado a Stein Billington; cogió la taza de café con una mano y se llevó el móvil a la oreja con la otra.

—¿Te importa pasar a recogerme por la casa de un amigo cuando vayas hacia casa? Mamá dijo que vendrías pronto.

—Sí, lo intentaré. ¿Cuándo?

—Dentro de un par de horas.

—De acuerdo, Vetle. Te llamo cuando salga.

Marian perjuró. La puerta del almacén estaba cerrada. Para salir había que volver a introducir el código en el dispositivo. Miró por la ventana de la oficina. Estaba vacía. El perro había desaparecido. Era imposible abrir la puerta del garaje. Sacó el teléfono móvil y marcó el número que figuraba en un letrero de la pared. Una voz grabada le informó de que el almacén estaba atendido de 8:00 a 16:00 y que, en caso de necesitar ayuda, se podía llamar a un teléfono de guardia. Marian volvió a meterse el móvil en el bolsillo. Cuando estaba a punto de rendirse, volvió a sonar el zumbido del mecanismo de la puerta. Se levantaba despacio. Marian se preparó para escabullirse. De pronto apareció un hombre. Lo empujó en un acto reflejo, pero era fuerte y la agarró por los antebrazos.

Cato Isaksen leyó rápidamente las entrevistas con los colaboradores de Martin Egge, secretarias y recepcionistas. Juntó los dedos hasta formar un círculo con las manos. Cuando llegó a los comentarios sobre la visita de Marian al despacho del director de la Policía Judicial, según decía para recoger un par de manuales, se formó una profunda arruga en su entrecejo. La había provocado un poco cuando la llamó aquella noche, pero no había segundas intenciones. Ahora leía lo que la recepcionista había dicho de ella: *Parecía alterada. Dijo que venía a buscar unos manuales. Pero no llevaba nada cuando bajó.*

Dio un trago al café y leyó por encima la toma de declaración que Asle había hecho a Marian, en relación con su vinculación tan cercana al director de la Policía Judicial, sin encontrar nada de interés. De pronto se le ocurrió pensar en la tarjeta de identificación de Martin Egge. ¿Estaba registrada en algún sitio?

Sobre la mesa de reuniones ovalada tenía los listados del hospital y de los departamentos técnico y táctico, tanto de su oficina de Bryn como de Solveien. Se acercó y les echó un vistazo rápido. Levantó el rostro y se vio reflejado en la ventana. La imagen del cristal se diluyó hasta formar una masa borrosa con dos agujeros negros por ojos. La tarjeta de identificación de Egge no se mencionaba en ninguna parte.

Marian daba patadas y golpes para soltarse. Tras ella, la puerta del garaje se cerraba con un zumbido constante.

–¿Qué coño estás haciendo? –gritó, levantando la vista para ver la cara colorada de Finn Hagemann. Llevaba el caniche gigante blanco sujeto con una correa.

–Hago mi trabajo –gritó él, contemplándola con frialdad.

–¡Yo también! –aulló Marian, reconociendo una sensación desagradable.

Finn Hagemann había perdido mucho pelo. Una vez, cuando paseaba a

Birka en Solveien, apareció de pronto detrás de ella. Sintió la angustia escarbando en su cuerpo.

Finn Hagemann respiraba pesadamente.

—¿Estás aquí sola?

—No —mintió, echó un vistazo a los negros abetos delante de los chalets adosados y se cerró la cazadora de cuero. El corazón le golpeaba en el pecho. Hizo un gesto con la cabeza—. Hay varios agentes en coches aparcados un poco más abajo. Si montas un follón y nos estropeas el trabajo ahora, te denuncio. Ni una palabra de esto a nadie, ¿comprendido?

La miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es una orden. Puedes estropearnos toda la operación. Está penado interferir en la labor de la policía.

Él levantó las manos en un gesto conciliador.

Marian se dio cuenta de que el coche de John Gustav Bieler ya no estaba. Finn Hagemann la observaba. El caniche gigante blanco tenía la cabeza levantada.

—No hay otros policías —dijo de pronto bajito—, acabo de dar una vuelta con Cookie.

Marian cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad. La perra se sentó.

—Estás completamente sola —constató.

Marian tragó saliva. Aparte de la luz de la puerta del garaje, la oscuridad era total.

—Conocías a Hans Saltaker. ¿Cuál era la relación con...?

Finn Hagemann la miraba con frialdad.

—Si quieres interrogarme, tendrá que ser en la comisaría. Mi contacto es Cato Isaksen. Creo que te tomas la muerte de Martin como algo personal, Marian Dahle. Quieres encontrar al asesino, ¿verdad? Cueste lo que cueste. Pero a lo mejor no conocías a Martin tanto como crees.

Marian miró a la perra. Tenía la boca cerrada. A lo lejos se oía el zumbido de la carretera principal. Sintió una repentina necesidad de echar a correr, pero en lugar de eso le hizo otra pregunta.

—¿Cuánto cuesta alquilar un trastero aquí?

—Mil quinientas coronas al mes —dijo despacio, y se acercó a un coche cubierto con una funda azul que empezó a quitar.

—Cato Isaksen está esperando que le llame —dijo Marian—, dijiste que John Gustav Bieler no alquila ningún trastero, pero acaba de estar aquí.

Finn Hagemann se puso alerta.

—No lo tenía, pero ahora ha alquilado uno.

–¿Me lo puedes abrir?

Negó con la cabeza.

–¿Tienes una orden para eso? Necesitas una orden escrita.

–La tendrás, maldita sea –le miró iracunda, se dio la vuelta y se alejó.

–Sólo quiero decir que ¡está muy bien que la policía contrate inmigrantes! –
gritó tras ella mientras lanzaba la funda azul en el maletero.

–No soy una inmigrante –gritó ella caminando hacia su furgoneta blanca–,
¡soy jodidamente noruega!

Cato Isaksen se inclinó hacia delante. La luz de la pantalla incidía intensa sobre sus ojos. Debía buscar la tarjeta de identificación del director de la Policía Judicial en todas las instancias, tanto técnicas como tácticas, y entre todos aquellos con los que tenía trato.

Hacia el final de la declaración de Finn Hagemann, Asle había anotado que había *algo raro en él*. Cincuenta y cinco años y aún vivía con su madre. De pronto recordó, palabra por palabra, lo que dijo Agnes Nicoline Hagemann: *Conozco a Martin desde que empezó en el instituto con mi hijo, aunque Finn lo dejó a mitad de curso. Mi marido era abogado, pero Finn nunca ha llegado a nada.*

Temblaba cuando se sentó en el coche. Birka se puso de pie en el asiento trasero y le lamió la nuca. Cerró la puerta con el seguro y llamó al móvil de Cato Isaksen. Contestó al momento.

–Cato, he seguido a John Gustav Bieler hasta el almacén City en Billingstad.

–¿Que has hecho qué? ¿Por qué? Si tú ibas a... ¿qué demonios iba a hacer Bieler allí?

–¿Todavía estás en la oficina?

–Sí.

–He hablado con Finn Hagemann. En realidad, ese sitio no tiene personal a estas horas. Hay cosas a las que no quieren contestar.

–¿Qué clase de cosas? –preguntó Cato.

Marian miró por el retrovisor y vio que Finn Hagemann pasaba en su coche.

–No debes interrogar a Finn Hagemann de esa manera, Marian.

–Dice que Bieler ha alquilado un nuevo trastero. Tenemos que comprobar el trastero número 260 inmediatamente –puso la mano sobre el volante frío–. Acaba de pasarme en su coche. Supongo que irá a casa. ¿Te espero aquí?

Oyó cómo se lo pensaba.

–Marian, entiendo que esto de Egge es para ti un asunto personal, pero te prohíbo que investigues por tu cuenta.

Miró por la ventanilla. No había nadie por ninguna parte, sólo remolques aparcados y coches frente al edificio de ladrillo. No quería, pero de pronto lloró. Pensó en cómo la habían llamado los chicos cuando empezó en la sección de Delitos Violentos, *una bomba de hormonas premenstrual*.

La voz de Cato Isaksen se transformó, se hizo más cálida.

–Comprobaré el almacén a primera hora de la mañana, Marian.

La prisión de Ila estaba junto al bosque, retirada tras un gran campo de golf nevado. Cato Isaksen conducía. Roger Høibakk iba en el asiento del copiloto. Giraron en la calle Grini y tomaron a la derecha. Cuando el coche camuflado pasó junto a las viviendas de los funcionarios, Cato Isaksen echó un vistazo al vivero, que pertenecía a las instalaciones, antes de detenerse ante la cancela de alambre que había frente al edificio alargado y gris. Bajó la ventanilla y llamó al timbre. Los altavoces crepitaron y una voz le pidió que se identificara. Dijo quiénes eran y la puerta se abrió. Entró en la esclusa, paró y esperó a que la puerta se hubiera cerrado tras ellos. Otra puerta se abrió. Roger Høibakk le miró y esbozó una sonrisa. Cato Isaksen había pasado por el almacén City antes de recoger a Roger en la comisaría. El trastero número 260 estaba vacío. No tenía ningún candado y la puerta estaba medio abierta. O Marian se equivocaba, o alguien había vaciado el trastero durante la noche.

Cato Isaksen aparcó el coche camuflado en el aparcamiento recién pintado y puso una acreditación de la policía en el salpicadero. Los investigadores fueron hacia la puerta. Roger llamó a otro timbre y Cato Isaksen dijo quiénes eran. Roger lanzó una mirada a la cámara de seguridad mientras la puerta se abría con un zumbido.

En el mostrador, enseñaron sus tarjetas de identificación y luego un funcionario de prisiones uniformado los llevó hasta un pequeño cuarto para visitas con paredes pintadas de gris y una estrecha ventana con rejas.

–Iré a buscar a Saltaker ahora –les informó el funcionario pidiéndoles que tomaran asiento.

Cato Isaksen tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Roger le miró hasta que dejó de hacerlo.

Hans Saltaker era un hombre alto y delgado que mediaba la cincuentena. Llevaba gafas con montura de acero y las sienes de su cabello castaño eran plateadas. Los saludó y tomó asiento al otro lado de la mesa. Cato Isaksen se inclinó, hizo las presentaciones, explicó brevemente por qué habían venido y empezó a hacer preguntas.

–Nos interesa tu relación con personas del entorno de Martin Egge.

Hans Saltaker asintió. Luego dijo:

–Iba a la clase de Martin Egge en el instituto.

Cato Isaksen y Roger Høibakk intercambiaron miradas. Cato Isaksen aclaró la voz.

–Entonces, conoces también a John Gustav Bieler. Finn Hagemann es tu

cuñado, ¿verdad?

—Así es, conocí a Jorunn a través de Finn, pero si creéis que puedo aportar datos sobre el asesinato del director de la Policía Judicial, me temo que no podré confirmar nada. No mantengo ningún contacto con mis antiguos amigos. No he vuelto a cruzar una palabra con mi ex mujer desde que me arrestaron —dijo secamente.

Roger Høibakk relajó los hombros.

—En su día, ¿trabajaste como constructor con John Gustav Bieler?

—Sí, lo hice. Pero, desde que se supo mi caso, ninguno de mis antiguos amigos ha querido tener nada que ver conmigo. No he tenido contacto con ni uno solo de ellos. Todos me dieron de lado —dijo con amargura—. Llevo aquí cuatro años y ninguno me ha visitado. Tampoco he hablado con ninguno por teléfono.

Cato Isaksen frunció el entrecejo.

—Marek Sitek, tu abogado...

—Marek era tan ladrón como yo, podéis averiguar todo esto por vuestra cuenta. Ahora no sé nada de ese hombre.

—¿Cómo es estar aquí?

Se encogió de hombros.

—Ésa es una pregunta tonta. Trabajo en el vivero —dijo con voz monótona—. Todavía faltan muchos años para que salga. Si habláis con John Gustav, podéis saludarlo de mi parte y decirle que me decepciona que no se ponga en contacto conmigo. Y lo mismo pasa con Finn, aunque es más comprensible. ¿Cómo está Jorunn, por cierto?

—Jorunn Hagemann parece estar bien. ¿Sabías que ella y Martin Egge tenían una especie de relación?

—¿Qué? No, lo siento, eso no puede ser así.

—Parece que empezó en octubre.

Hans Saltaker esbozó una sonrisa.

—Lo dudo —repitió—. Martin no era el tipo de Jorunn.

—¿Por qué no?

—Martin Egge era un virtuoso, aburrido, limpio y sensiblero soplón.

—Era policía. Supongo que sabes que los policías tienen que hacer su trabajo —dijo Roger Høibakk sarcástico.

Hans Saltaker se dio media vuelta.

—Puede que el director de la Policía Judicial sí fuese el tipo de Jorunn, ahora que lo pienso. Ella también ha sido sensiblera y aburrida.

Cato Isaksen se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Si Egge era un soplón, ¿a lo mejor era alguien de quien te gustaría vengarte?

Hans Saltaker se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

–Tendrás contactos...

–¿Crees que habría sido muy inteligente por mi parte? He cumplido casi la mitad de la condena. Voy a salir. Voy a irme a algún lugar donde pueda trabajar con flores. Un sitio donde pueda vivir por poco, tal vez Gran Canaria.

–¿Los nombres Arif, Sako y Timur te dicen algo? –preguntó Roger.

Hans Saltaker le miró fijamente.

–Yo tuve que ver con Marek Sitek. Sé quiénes son Sako y Timur. Todo esto lo tenéis en vuestros archivos.

–¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ellos?

–Ya he dicho que no he tenido contacto con nadie.

–¿Crees que John Gustav Bieler ha estado involucrado en el tráfico de drogas?

–¿Perdón?

–Contesta a la pregunta.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

–No –dijo en voz alta.

Cato Isaksen continuó.

–¿Hay algún rumor, el que sea, aquí dentro, sobre quién puede estar detrás del asesinato?

Saltaker se cruzó de brazos.

–No, que yo haya oído. Tengo que decir una cosa: en realidad yo era un hombre decente al que se le torcieron las cosas. Era constructor, tenía una buena empresa, venía de una buena familia. Y tenía una mujer agradable. Voy a salir. Me quedan unos años de condena, pero espero salir antes por buen comportamiento.

–Una última pregunta –dijo Cato Isaksen con frialdad–, John Gustav Bieler perdió a su hijo cuando tenía diez meses...

–Fue una tragedia –Hans Saltaker pareció inseguro por un momento, antes de decir–: fue muerte súbita.

Cato Isaksen contemplaba a Ingeborg Myklebust y notó que lo que le estaba contando le provocaba un oscuro escalofrío en la columna vertebral. Estaban en el pasillo. Roger y él acababan de volver de la cárcel de Ila.

–Marian hereda al director de la Policía Judicial Martin Egge –repitió Ingeborg Myklebust, entrando delante de él en su oficina. La siguió. Ella tomó asiento enfrente de la mesa de Cato. Él se pasó la mano por el pelo.

–¡No puede ser cierto!, joder.

–Ella aún no lo sabe –dijo la comisaria.

–Tal vez lo sepa –dijo él en tono grave–, puede que sea precisamente *eso*.

–¿Qué quieres decir?

–No lo sé –Cato Isaksen, estresado, volvió a pasarse la mano por el pelo. Había una gran presión. Iba a transmitir al equipo el encuentro con Hans Saltaker y tenían que planificar cómo iban a seguir con la investigación. Acababan de informarles de que no se habían encontrado restos de ADN de interés en la habitación del hospital, sólo huellas en las puertas del ascensor y de la habitación que estaban siendo comprobadas detenidamente.

Su cerebro trabajaba intensamente para relacionar detalles. Se sentía como un mono, uno de esos que tiene seis brazos con los que se tapa oídos, ojos y boca.

Ingeborg Myklebust pasó intranquila las manos por la cintura de su falda.

–A causa de lo extraordinario de la situación, el abogado Henry Bugge hablará con nosotros antes de que el testamento sea dado a conocer a los herederos. Le he pedido que espere hasta después del entierro, pero es pasado mañana. El resto del equipo no sabe nada del testamento. Y no debe saberlo.

–Traslada a Marian de vuelta a la sección de Orden Público, Ingeborg. ¿Cuánto hereda?

Ingeborg Myklebust le miró fijamente.

–Ni hablar de trasladarla de vuelta a Orden Público. No tengo ni idea de qué hereda. Ya ha sido asignada al caso de Helga Hansen, está claro que no puede trabajar con el caso Egge después de esto, pero me doy cuenta de que quieres utilizar esta situación. Un consejo: no lo hagas, Cato.

–No se trata de dificultades para trabajar juntos. Está trabajando en el caso Egge, Ingeborg. Me llamó anoche, tarde, y estaba en el almacén de Billingstad.

–Tiene instrucciones de limitarse al caso Hansen... Ahora vámonos a ver al abogado. Iremos en tu coche.

Cato Isaksen se puso de pie y agarró la cazadora de cuero, que estaba en el

respaldo de la silla. Se quedó un instante con la mirada perdida y luego se la puso.

Caminaron deprisa por el pasillo. Cato Isaksen sintió una repentina punzada en el pecho. El delito contra el director de la Policía Judicial podía tener otras dimensiones completamente distintas, conexiones que no tuvieran nada que ver con los ambientes que, de forma inmediata, habían localizado y empezado a vigilar.

–Hay algo en Marian que no cuadra, Ingeborg. Estoy preocupado. Preocupado de verdad. Dice que estaba corriendo a la hora en que el director fue atropellado, pero ¿y si no fuera cierto? Imagínate si fue ella quien... en ese polígono industrial.

Ingeborg Myklebust se cubrió las muñecas con las mangas de su abrigo beige.

–Déjalo ya, Cato. Ella no tiene la culpa de haber heredado. La secretaria del abogado Bugge me lo aseguró... Marian no lo sabe. Lo único que dijo fue que parece que es un testamento extraño. Egge no tenía herederos, pero parece que ha beneficiado a un par de personas más.

Entraron en el ascensor. La luz mortecina era desagradable. Cato Isaksen pulsó el botón y se quedó mirando fijamente al frente. El ascensor dio un tirón.

Ingeborg Myklebust metió las manos en los bolsillos del abrigo.

–Esto es una locura Cato, no debes...

Cato Isaksen no conseguía estarse quieto.

–Debes mantenerte concentrado.

–Estoy concentrado.

–Las enfermeras dijeron que justo antes de que asfixiaran a Egge allí sólo había policías con tarjeta de identificación.

–Hombres y *mujeres* policía, dijeron.

El ascensor se detuvo y salieron al garaje.

–Si hubiera habido alguien de aspecto asiático, lo recordarían –dijo Ingeborg Myklebust.

–¿Y alguien les ha preguntado eso directamente? –contraatacó él.

–No –dijo ella seria.

Cato Isaksen entornó los ojos.

–Marian es la heredera de Martin Egge. ¿Por qué iba a cortarse el pelo, precisamente ahora, si no pretendiera modificar su aspecto? En septiembre, después del final tan extremo del caso Buberger en el bosque, estaba paranoica perdida y me contó un montón de cosas raras.

Abrió el coche.

–¿Qué clase de cosas?

Se sentaron en el coche y él lo arrancó.

–Desbarraba sobre diferentes tipos de armas, pistolas, lanzallamas, bombas y granadas.

Dio marcha atrás para salir de la plaza de garaje.

–Sería dentro de un contexto... Supongo que estaríais manteniendo una conversación, ¿no? –Ingeborg Myklebust se apartó un mechón de la frente.

–No era una charla normal, Ingeborg. También habló de cuchillos y espadas. Su psicólogo le había preguntado qué arma elegiría si tuviera que defenderse.

–¿Qué quieres decir? ¿Va al psicólogo?

–No sé si va ahora, ¿pero sabes lo que contestó?

–¿Qué respondió?

Él miró a la izquierda y a la derecha y salió por la puerta del garaje.

–Un lanzallamas. Dijo que le gustaba la idea de eliminar las cosas quemándolas.

Ingeborg Myklebust le miró seria.

–¿Por qué no me has contado esto antes?

–Me lo contó en confianza. Reconozco las señales.

–¿En confianza? ¿Acaso es eso más importante que...? ¿Qué clase de señales Cato?

–Egge llegó al lugar de los hechos, la casa familiar en Stovner. La madre había intentado acuchillarla. Egge se llevó a Marian a casa. Ella me contó que luego a él lo amonestaron por eso, porque no había respetado las normas. Él entonces trabaja en la sección de Delitos Violentos. También dijo que no siempre se pueden seguir las reglas, que el mayor arte en la guerra consiste en someter al enemigo sin luchar.

Cato Isaksen observó por un momento el zócalo de la puerta, gastado y astillado por todos los pies que habían entrado y salido. En esta oficina se habían desvelado muchos destinos. En el techo había rosetones de escayola. Un gran óleo de un bosque en otoño, en un pesado marco dorado, colgaba detrás de un escritorio. Olía intensamente a papel. El sudor corría por su cuello. Todo lo que tenía que ver con Marian le asustaba. Era un híbrido, un conglomerado de aspectos débiles y fuertes entrettejidos.

El abogado Henry Bugge parecía cansado, pero sereno. Saludó muy educado a los dos policías y les rogó que tomaran asiento en las dos sillas que había delante del gran escritorio de roble. Bugge tendría unos 65 años, estaba pálido y lleno de arrugas. Llevaba gafas con montura de acero, una camisa azul claro y una bonita corbata azul.

–Debo reconocer que esto me ha afectado mucho –empezó–, Egge era un hombre de bien. Era una persona a la que respetaba y a la que consideraba un amigo. Incluso estuve una vez en su casa, con mi mujer, antes de la muerte de Marit. Marit y Martin Egge insistieron mucho en que tuviéramos mucho cuidado con cómo informábamos a los dos herederos iniciales.

Ingeborg Myklebust miró a Cato Isaksen. Pensó en lo que Marian le había dicho, que no siempre se pueden seguir las reglas, que el mayor arte en la guerra era someter al enemigo sin luchar.

–¿Qué quieres decir con los dos herederos iniciales?

Cato Isaksen se pasó la mano por la barbilla.

–Egge hizo un cambio hace un par de años, un chico joven.

–¿Qué chico? –Ingeborg Myklebust estaba pálida. Cruzó las piernas y entrelazó los dedos en torno a la rodilla.

–Volveré a eso –dijo el abogado–. Egge tenía muy claro que la herencia podía hacer mucho daño si se hacía cualquier filtración de su contenido. En consideración a su buen nombre y al futuro de los herederos, era muy consciente de la conmoción que se podría producir si se dieran titulares sensacionalistas en los medios. Éste es un aspecto muy importante: que no llegue a oídos de la prensa.

Cato Isaksen se movió incómodo.

–No podemos...

–La situación es –continuó serio el abogado– que Martin había previsto llegar a viejo. Desgraciadamente no ha sido así, por lo que los herederos lo van a recibir todo mucho antes de tiempo. Este testamento no debería haberse

ejecutado hasta dentro de treinta años. Entonces no sería yo quien estaría aquí contándoles esto –una sonrisa ingenua cruzó su rostro–, para entonces los herederos ya serían maduros.

Cato Isaksen se inclinó hacia delante.

–Hay aspectos de este asesinato que tenemos que investigar, por decirlo así, para que podamos descartar que los herederos estén involucrados.

–Sé que uno de los herederos trabaja en la policía –dijo el abogado–. Ésa es la razón por la que tenemos esta reunión. Déjenme que exponga esto en el orden correcto. Marian Dahle hereda la mayor parte –empezó a leer–: Marian Dahle, 12 del 4 de 1977. Primer nombre: Ho Kwon, que no está registrado como nombre, sino como apodo. Quiere decir «Puño de tigre». Probablemente nacida en Kansong, provincia de Kangwon, en Corea, cerca de la frontera con Corea del Norte; fecha exacta de nacimiento y padres, desconocidos.

Cato Isaksen se incorporó.

–Puño de tigre, suena a nombre de indio.

Ingeborg Myklebust esbozó una sonrisa.

–¿Tienes más información sobre Marian?, quiero decir, ¿vivía en un orfanato?

–No veo que tenga que ver con el caso, pero Martin Egge anotó que fue encontrada en un chamizo, en una playa, con una edad aproximada de tres años, una pierna rota y en compañía de un anciano. Es toda la información que existe sobre ella. Estuvo muy poco tiempo en un orfanato antes de ser adoptada por Elsa y Reidar Dahle, que vivían en Stovner y se convirtieron en sus nuevos padres.

Ingeborg Myklebust miró muy seria a Cato Isaksen.

–En ese caso debe recordar algo.

El abogado continuó.

–Hay un chico joven, Juha Sakkonen, que ha sido añadido al testamento original. Juha Sakkonen nació el 1 del 12 de 1990 en Riga, de padre finlandés y madre rusa. Su madre fue víctima de una sobredosis, y Egge estaba en contacto con ella en relación con un caso. Parece que Sakkonen no tiene dirección fija.

–No informe a los herederos aún –dijo Ingeborg Myklebust con firmeza.

–Mi secretaria localizó a Sakkonen hace una hora, a través de un trabajador social de la protección de menores. Entiendo que la policía debe ser informada primero y aprobar que se liquide la herencia, dadas las circunstancias, pero Juha Sakkonen dijo que sabía que iba a heredar.

Ingeborg Myklebust y Cato Isaksen se miraron.

–Egge mismo le había informado en algún momento. Juha Sakkonen no figuraba en el primer testamento. Egge tenía recursos propios, dinero que él había ahorrado y con el que puede que Marit no tuviera nada que ver.

Cato Isaksen se inclinó hacia delante.

–¿De cuánto se trata?

–En el caso de Sakkonen unas ochocientas mil coronas –el abogado continuó–. Martin Egge ha querido poner una limitación, una cláusula en la que dice que Marian Dahle será su tutora en lo que respecta a ese dinero, independientemente de en qué momento de su vida se encuentre Sakkonen.

Cato Isaksen tenía una arruga en la frente. El abogado se dirigió a él.

–Martin Egge pensaría que Sakkonen tal vez podría dilapidar el dinero y quería que gastara su parte, sobre todo, en vivienda. Supongo que Marian Dahle tiene las características necesarias para ayudarle. Ella hereda la casa de Solveien, una cabaña en Enebakk y una buena cantidad de dinero. Hemos acordado encontrarnos con Juha Sakkonen aquí mañana, justo después del entierro. El tercer heredero es una tal Kari Helene Bieler, pero sólo hereda unas joyas. No hemos conseguido localizarla.

Kari Helene Bieler oyó la voz de su padre detrás de la puerta. Era baja y grave. Hablaba con una psiquiatra, con Tove Kvamme.

Un carrito con comida pasó haciendo ruido y ahogó sus palabras. Cada vez que oía el sonido de las pequeñas ruedas metálicas, se quedaba helada, como si ese sonido la perforara hasta hacer emerger todos los pensamientos horribles. Era terrible oír su voz. Éste era un lugar para gente que necesitaba tranquilidad, pero a pesar de eso venían familiares de visita constantemente, en coches que aparcaban junto al murete que daba al bosque. Ya llevaba muchas noches y muchos días en esa habitación. Éste era un sitio para *gente como ella*. Había arrancado las cortinas. La ventana no se podía abrir. Fuera había un gran roble. Las hojas habían caído al suelo y se habían podrido antes de que llegara la nieve. Se habían convertido en polvo. Los árboles morían cada otoño, pero volvían a la vida en primavera. Las personas, no.

Cerró los ojos y se tapó la cara con el edredón, pero volvió a asomarse. Este lugar estaba cerca de un bosque, apartado. Entre el armario y la puerta había un lavabo exento. El grifo goteaba. Pequeñas gotas que interrumpían rítmicamente el silencio. Junto al lavabo estaba el armario gris, metálico y estrecho, con un respiradero en la parte inferior.

Podría contarle todo a Tove Kvamme, pero no tenía voz. Tenía voz, pero no conseguía que saliera. Su corazón estaba muerto. El cerebro, blanco por la escarcha. Braceó hasta incorporarse, giró las piernas pesadamente hacia el suelo, respirando con la boca abierta. Bajó los pies con cuidado y oyó el sonido vacío de sus gemidos mientras se tambaleaba hacia la puerta y pegaba la oreja al marco.

–Nunca ha querido colaborar.

–Está tumbada en la cama casi todo el tiempo, sólo se ha levantado para ver la televisión un par de veces. Por supuesto que intentaremos que se levante.

–Deje que esté tumbada. No sé cómo tratan a los pacientes, pero ella fantasea sobre pasteles y azúcar glas, azúcar en el suelo y cosas así. Esto es horrible para mi mujer y para mí, especialmente pensando en lo que realmente ocurrió. También quería hablar con la policía. Está desquiciada. Tiene que quedarse aquí una temporada.

Kari Helene se dio la vuelta y miró por la ventana, su vista chocaba con el tronco rugoso de un árbol y, detrás, el bosque de abetos se extendía interminable hacia el interior. Nunca sería verano. Oía la voz de Tove Kvamme, podía verla frente a ella. Tenía el pelo corto y gris, cejas oscuras y nariz afilada.

–Probablemente haya tenido un brote psicótico –oyó que decía–, nos ocuparemos de que de ninguna manera tenga acceso a un teléfono. Por cierto, aquí los pacientes no tienen móvil: es una de las formas que tenemos de protegerlos.

Martin estaba muerto, lo había visto en la televisión. ¿Por qué no venía su madre a visitarla?

No conocía a nadie, sólo a Juha, le había conocido en casa de Martin. Se sabía su número de móvil de memoria. Era fácil: noventa y siete, veintidós, noventa y siete, veintidós.

–Anotaré la información que me ha dado –dijo Tove Kvamme–. Por lo demás, esa carta lo dice todo.

¿Carta? Kari Helene se apartó de la puerta y subió pesadamente a la cama otra vez. Los muelles del somier gemían. Se tumbó, se tapó con el edredón, volvió el rostro hacia la ventana y miró fijamente hacia los árboles. El viento sacudía las ramas bajas de arriba abajo, haciendo que cayesen al suelo las grandes planchas de nieve. La puerta se abrió despacio. El radiador emitía chasquidos. Los pasos que cruzaban el suelo eran pesados.

Cato Isaksen agarró con firmeza el volante y salió del aparcamiento Ibsen.

–Esto es tan condenadamente desconcertante y absurdo que no tengo palabras –sintió un fuerte dolor en la zona abdominal.

–Ponte el cinturón, Cato. Kari Helene Bieler es hija del amigo de Egge –dijo Ingeborg Myklebust–. Egge no tenía hijos.

Cato Isaksen se puso el cinturón y sacó la tarjeta Visa del bolsillo, bajó la ventanilla y la introdujo en la máquina de cobro automático.

–Pero Marian y este otro chico... –volvió a meterse la Visa en el bolsillo y arrancó cuando se levantó la barrera–. Juha Sakkonen parece un alma dudosa... ¡Joder! Tenemos que dar con él cuanto antes.

–Sí, sabía que iba a heredar –añadió Ingeborg Myklebust.

–Quiero que preste declaración hoy mismo.

–No puede ser tan tonto como para matar al mismísimo director de la Policía Judicial para conseguir ese dinero. Eso parece demasiado rebuscado.

–No lo sé. Tenemos que ponernos en contacto con Asuntos Internos. Marian también hereda del director de la Policía Judicial. Puede haber estado en el hospital –continuó él–. Puede haberle atropellado en el aparcamiento.

–En el caso de Marian, te pido que en todo caso esperes hasta después del entierro. Exageras. Estás siempre enfadado con ella. Pienso que debemos tener mucho cuidado, Cato, y ser profesionales.

–Exactamente. Debemos ponernos en contacto con Asuntos Internos.

–Lo primero será interrogar a la hija de John Gustav Bieler y encontrar al tal Juha Sakkonen.

–Y contactar con el hospital de Ullevål y preguntar si alguien ha visto a una mujer policía de rasgos orientales allí a la hora en que Egge fue asfixiado –dijo Cato Isaksen tozudo, y salió del garaje.

–Tenemos que averiguar absolutamente todo lo relativo a la madre de Sakkonen, que al parecer murió de una sobredosis –dijo pensativa Ingeborg Myklebust.

El climatizador del coche zumbaba. Cato Isaksen se sintió de pronto helado de frío. Subió la temperatura de la calefacción. Había algo que dijo el abogado... Se volvió despacio hacia Ingeborg Myklebust.

–¿Qué pasa, Cato, por qué me miras así?

–Ese mapa de la zona del bosque de Mysen y Enebakk, el que encontramos en el estudio de Adnan Arif... El abogado Bugge dijo, maldita sea, que Egge tenía una cabaña en Enebakk.

Stein Billington asomó su cabeza pelirroja por la puerta. Marian tenía una manta sobre las rodillas. Debajo del escritorio estaba Birka.

Billington se enderezó las gafas.

–Los técnicos dicen que tienen ADN. Entre otras cosas, un par de cabellos que han encontrado en el cadáver.

–¿Qué cadáver?

–El de Helga Hansen, está claro, ése es el caso que estamos investigando.

–Sí, claro –dijo Marian rápidamente.

–Puede parecer que se ha encontrado con el asesino en el camino, que la ha seguido o que la ha arrastrado hasta la casa después.

Birka se levantó y fue hacia Billington. Él ignoró a la perra.

–He dicho al equipo que habrá una reunión en mi despacho dentro de media hora. El informe provisional de la autopsia ya ha llegado.

–Vale –dijo Marian observando la silla vacía de Randi–. Pero mira: hay una especie de aparcamiento, justo debajo de su casa, donde suelen aparcar los esquiadores y luego caminan un poco hasta llegar a la pista iluminada. También hay un terraplén bajando un poco, un terreno escarpado que acaba en el río que hay más abajo. Alguien podría haber tirado una persona allí.

Stein Billington la contemplaba.

–¿Qué persona? ¿De qué estás hablando?

–No lo sé. Sólo estoy pensando en esas huellas en el sendero detrás del aparcamiento... los técnicos han encontrado ese mechón en una rama.

La miró.

–El cabello no da ninguna coincidencia en nuestros registros de ADN y no es de Helga Hansen. Puede ser de un niño que haya estado esquiando, puesto que colgaba tan bajo. Los del departamento técnico han comprobado todas las huellas en la nieve por los alrededores de la casa –Stein Billington concluyó con un movimiento de cabeza–. Nos vemos en media hora, ¿de acuerdo?

Marian se quitó la manta, se levantó y se acercó a la ventana. Miró fijamente hacia los árboles desnudos. Las ramas estaban blancas de escarcha. Mañana enterrarían a Martin. El almacén City de Billingstad probablemente era un almacén de droga, pero Cato no la quería escuchar. Era sabido que muchos de esos almacenes estaban en la zona oeste de la ciudad, no en la este, y que los iban cambiando de sitio.

–Un paseo rápido, Birka –dijo cogiendo la correa, que estaba enrollada en el suelo.

Marian salía por la puerta principal con Birka atada cuando la jefa del Servicio de Inteligencia llegó junto a su secretario.

Vivi Grode miró a la bóxer y sonrió. Marian le devolvió la sonrisa y se metió el móvil en el bolsillo. Había descargado una sintonía nueva, la banda sonora de las películas de James Bond.

Marian alargó la mano.

–Hola, hola. Seguramente viene a vernos a nosotros. Trabajo en el caso Egge.

La directora del Servicio de Inteligencia echó un vistazo a la tarjeta de identificación que llevaba colgada alrededor del cuello, y estrechó su mano.

–Lamentablemente no puedo asistir a la reunión –dijo Marian.

–¡Qué perro tan hermoso! –Vivi Grode dejó el bolso en el suelo y se agachó hacia la perra, que se frotaba feliz y daba vueltas alrededor de sus brillantes botines.

Marian sonrió, y tensó la correa.

–No, no, no le tengo miedo –Vivi Grode sonrió–. Los bóxer nunca se hacen mayores. Cuando me jubile, tendré uno como éste.

–Por cierto, enhorabuena por la cobertura de la seguridad de Obama durante la entrega del Premio Nobel de la Paz.

Vivi Grode sonrió.

–Los del Secret Service nos dijeron que habíamos estado *rozando la perfección*. Pero me alegro de que se haya terminado. En estos tiempos tenemos más que suficiente con ocuparnos de la seguridad del reino de Noruega. Y mañana es el entierro de Egge.

Marian sintió que un escalofrío helado recorría su columna vertebral. El secretario vino hacia ellas y desaparecieron en el interior del edificio. Tiró de Birka, bajó al aparcamiento y dejó a la perra en la furgoneta. Al entrar en el ascensor, se encontró con Cato Isaksen e Ingeborg Myklebust. Ninguno dijo ni una palabra. Sintió de inmediato un cierto malestar. Había algo en la manera en que la miraban. ¿Qué pasaba? ¿Sabían que tenía esos papeles? Lo que era seguro es que *algo* había cambiado a peor.

–Siento el retraso –dijo Cato Isaksen, y dirigió la mirada hacia Vivi Grode y los demás. Ingeborg Myklebust se quitó el abrigo y dio la mano a la jefa del Servicio de Inteligencia. Cato Isaksen saludó con una inclinación de cabeza a Roger, Tony y Asle–. Están pasando muchas cosas a la vez –se quitó la chaqueta con movimientos bruscos y la lanzó sobre su silla–. Iremos a Enebakk nada más terminar esta reunión.

Randi Johansen estaba inclinada sobre una bandeja con tazas de café y otra con tortas envueltas en plástico.

–Randi, por favor, pide a Irmelin que consiga los datos registrales y la dirección correcta de la propiedad que Egge tenía en Enebakk. ¿Podrías hacerlo ahora mismo? –Cato Isaksen se subió las mangas de la camisa.

–Sí –dijo tendiéndole una taza de café a Vivi Grode.

–Y tienes que concertar un encuentro con la hija de Bieler.

–¿Sí? –Randi le miraba interrogante–, hablé con Bieler ayer, cuando intentaba localizar a Greta Bieler para poder tomarle declaración. Dijo que su hija se había marchado con su madre y que habían apagado los móviles. No quieren hablar con él. Por lo de la amante y el asunto del divorcio.

Cato Isaksen torció la boca en un gesto desanimado.

–Vale, entonces haz lo de la cabaña primero. Y luego te llevas a Tony y vas a Construcciones Pedagógicas y hablas con Bieler sobre el tal Hans Saltaker.

La jefa del Servicio de Inteligencia, Vivi Grode, cogió la taza de café que Randi le había ofrecido.

–¿Puedes de paso conseguir que uno de los abogados de la policía emita una orden de registro? Diles que corre prisa. Puede haber cosas en esa cabaña.

–Roger puede ocuparse de servir el café –dijo Ingeborg Myklebust.

Al otro lado del tabique de cristal esperaba, de espaldas, el secretario de la jefa del Servicio de Inteligencia. Randi salió deprisa de la sala.

–Está muy bien esto de que tengáis los almacenes de droga en lo más alto de la agenda –dijo Vivi Grode tomando un sorbo de café–. Creo que allí empiezan muchas ramificaciones.

–Por supuesto que tenemos en cuenta los depósitos de droga –dijo Cato Isaksen. Roger se levantó y sirvió café.

Tony y Asle tenían la vista puesta en Cato Isaksen, que por un momento parecía distante.

Pensaba en Marian. En el ascensor estaba pálida como una muerta. «Mala conciencia», pensó. *El mayor arte en la guerra consiste en someter al enemigo*

sin luchar. Tendrían que buscar a Juha Sakkonen en los albergues. El problema era que debería hacerlo él mismo, pues, de momento, nadie más debía saber quiénes eran los herederos del director de la Policía Judicial.

–¿Nos sigues, Cato? –Roger Høibakk se inclinó y le tocó el brazo.

–Sí, sí –afirmó apresurado.

Vivi Grode miró a Ingeborg Myklebust.

–Voy directa al grano: el albanés Sako Zogu y los iraquíes Adnan Arif y Mosur Timur no tienen ninguna vinculación con redes terroristas, por lo que sabemos. La sección de Extranjería nos informa de que hay orden de expulsión en vigor para ellos, exceptuando a Arif, que tiene permiso de residencia. Están trabajando intensamente para intentar averiguar si se encuentran en Oslo. ¿Habéis encontrado su coche?

Asle Tengs negó con la cabeza.

–El BMW no ha quedado registrado en ningún peaje desde el día de Navidad. Tampoco está aparcado en ninguno de los aparcamientos del aeropuerto de Gardermoen. Tenemos base suficiente para pedir que se nos entreguen los datos de los trayectos y las listas de pasajeros de las compañías aéreas. Si no figura en ellas, también buscaremos en Suecia, Dinamarca y el resto de Europa.

–Por supuesto que todos los coches patrulla están pendientes del BMW de Arif –dijo Roger Høibakk.

–Tenemos que intentar mantener alejada a la prensa –dijo Ingeborg Myklebust pensando en la herencia de Marian.

Vivi Grode asintió.

–Creo que vuestro enfoque es inteligente. Todo indica que Egge estaba haciendo averiguaciones en el mundo del narcotráfico que no tendría que haber iniciado. Tenemos que encontrar más cerebros en la sombra que estén a cargo de almacenes. La venta está bajo el control de grupos de distinta procedencia étnica que operan en varios puntos a pie de calle. La estación Sur de Oslo, la parte baja de Grünerløkka, Grønland-Vaterland y donde finaliza la calle Karl Johan. Son grupos criminales ya establecidos, con origen en Marruecos, Iraq, Albania y Paquistán, que introducen la droga a través del Báltico y de los Países Bajos. La heroína llega vía países del Báltico, desde ambientes kurdos y albanokosovares; la cocaína, desde América del Sur a través del oeste de África. Normalmente las redes están compuestas por ciudadanos del mismo país, pero en este caso está claro que están involucradas varias nacionalidades. Y eso lo complica mucho todo.

Marian había extendido sobre su mesa unas cuantas fotos del sangriento escenario del crimen de Helga Hansen. La menuda anciana había estado totalmente indefensa. Randi entró en el despacho, y Marian levantó la vista.

–¿Qué tal ha ido la reunión con la jefa del Servicio de Inteligencia?

–Todavía están reunidos. Me he ocupado de otras cosas. Cato y los chicos van a comprobar sobre una cabaña que el director de la Policía Judicial tenía en Enebakk. ¿Tal vez has ido por allí?

–No –dijo Marian cortante.

–¿Y qué hay de la familia de Helga Hansen? –dijo Randi Johansen distraídamente mientras encendía su portátil.

–Acabamos de tener una reunión para hacer balance. Sólo tiene una hermana. Acaba de llegar el informe provisional de la autopsia. Determinan que el asesinato pudo ocurrir sobre las 19:30 del día 31. Tendrías que haber visto cómo estaba aquello, la puerta entera salpicada de sangre. ¡Pobre anciana!

–Está claro que alguien le ha deseado a la señora Hansen un feliz año nuevo.

–El catedrático Wangen está convencido de que el asesino es un hombre. La fuerza de los hachazos y las huellas de los zapatos en el lugar de los hechos indican que es una persona bastante corpulenta. A causa de las recientes nevadas, los investigadores de escenas del crimen han tenido que retirar parte de la capa de nieve para buscar huellas, por eso se ha perdido el dibujo de la suela del zapato, pero estiman que el tamaño del zapato era un 46, aunque de momento no hay ninguna coincidencia con nuestros registros. No parece que el asesino haya entrado en la casa, aunque la puerta estaba abierta. En la encimera de la cocina había un asado y la radio estaba puesta a todo volumen en el salón.

–No hay ningún delincuente habitual que se pasee por el bosque en Nochevieja –dijo Randi con aire ausente mientras tomaba asiento. Se retiró un mechón de la frente.

Marian se tapó las piernas con la manta que tenía en el regazo.

–¿Qué otras novedades hay en el caso Egge?

Randi se inclinó sobre el ordenador.

–¿Qué hay de nuevo? –repitió.

–Estamos trabajando en varias direcciones, claro, tenemos que investigar ampliamente –dijo Randi con aire distraído–. Cato y Roger han hablado con Saltaker en la prisión de Ila. Greta Bieler y su hija se han ido de viaje. Y luego está lo de la cabaña en Enebakk.

Marian bajó la cabeza.

—¿Tú qué tal estás? Como... es mañana el entierro.

Marian levantó la cabeza, y apartó el rostro. Notaba la presión del llanto en la comisura de sus labios.

—¿Estás triste?...

Negó con la cabeza. No estaba triste, estaba destrozada. Parecía que la muerte de Martin era algo que casi había estado esperando. Cuando volvía la vista atrás, era demasiado bueno para ser verdad. Siempre tuvo miedo de que desapareciera. Ahora sólo quería acabar con el entierro y seguir adelante.

Marian hizo un esfuerzo.

—Saltaker era constructor, ¿verdad?

Randi Johansen la miró.

—Sí, llevaba una empresa con varios empleados. A la vez era pieza clave de una red de narcotráfico. La Policía Judicial le pilló, en colaboración con investigadores de la brigada de Delitos Económicos. Zogu y Timur fueron detenidos en posesión de varios cientos de miles de coronas en una habitación de hotel, en la calle Skipper. Trabajaban ilegalmente en una obra que Saltaker gestionaba para Construcciones Pedagógicas. Han cumplido su condena y parece que han sido deportados.

—¿Así que Saltaker no se limitaba a ser corrupto e inflar facturas?

—También vendía droga.

—Creo que Bieler...

—No hay pruebas de que Bieler esté o estuviera involucrado de algún modo, pero el caso es que, en estos momentos, Tony va de camino para hablar con Bieler acerca de Saltaker.

—Me mantendrás informada, ¿verdad?

—No, Marian. En realidad, no —Randi la miraba con sus ojos azules.

—No seas tan modesta y débil, Randi. Toma tus propias decisiones. Tienes que dejar de servir siempre el café en las reuniones. Vi a través del tabique de cristal que parecías una auténtica camarera allí dentro —Marian levantó la voz—. ¿Por qué eres siempre tú quien sirve el café?

Randi se incorporó. Hacía apenas un momento Marian parecía destrozada, ahora estaba otra vez en plena batalla.

—Tengo mucho con lo que contribuir en el caso Egge, Randi —se contuvo un instante—. No creí que fuese a contarte esto, Randi, pero antes, en el ascensor... Cato siempre consigue que me sienta despreciable y pequeña, y ¿sabes qué?, no estoy dispuesta a consentirlo.

—Eres durísima con los que te rodean, Marian —dijo Randi—, pero normalmente te libras de que te respondan con la misma moneda —su boca

temblaba—. Me han dicho que debes limitarte al caso Hansen, y quiero que sepas que no me importa servir el café.

Unas cuantas casas aisladas y senderos que se abrían en distintas direcciones. Pronto sería de noche. Se habían desviado en Lillestrøm y seguido por la carretera hacia Tomter. Cuanto más avanzaban, más empeoraba la carretera y más se estrechaba. Había viejas señales indicando distintas direcciones. Cato Isaksen consultó el GPS, frenó y miró el paisaje cubierto de grandes abetos pegados unos a otros. Roger Høibakk iba de copiloto; Asle Tengs, detrás.

–Enebakk no es precisamente Hollywood –dijo Cato Isaksen, notando cómo la desagradable sensación de que Marian de alguna manera pudiese estar involucrada recorría su cuerpo–. No me siento a gusto por aquí. Toda esta parte interior de Mysen y Hobøl... pesada y oscura como una tumba.

–Por allí –dijo Roger Høibakk indicando a la derecha–, por lo menos han apartado la nieve de los caminos, y la nieve da claridad.

–El GPS no servirá de nada aquí –dijo Asle Tengs–, no tenemos *ninguna* dirección.

A la derecha, en una casa solitaria, brillaba agresivamente una guirnalda de luces de colores enrollada en la barandilla.

–Tierra de macarras –dijo Roger Høibakk.

Cato Isaksen redujo la velocidad al pasar por delante de una vieja tienda. Una precaria construcción pintada de marrón, con las ventanas tapadas con papel de estraza. Parte de la pared estaba cubierta por paneles de estaño.

–Ahí hace unos cuantos años que no venden pescado fresco... –comentó Roger Høibakk.

–Tiene que estar por aquí –Cato Isaksen se inclinó sobre el volante. Según el mapa, la cabaña no estaba muy lejos del camino. Tal vez a unos cincuenta metros, detrás de una fila de abetos grandes, junto a una laguna. Por lo menos eso parecía en el plano que habían impreso de Internet. El mapa encontrado en el piso de Arif lo tenían los técnicos para investigar las huellas dactilares.

–¿Habrán utilizado la cabaña para esconder la droga? –preguntó Asle Tengs desde el asiento trasero.

–No lo sé –dijo Cato Isaksen frenando.

Habían llegado al final del camino. En un cartel de madera ponía «Hyggeli». Cato Isaksen detuvo el coche en mitad de la curva, donde la máquina quitanieves había dejado una especie de rotonda, y apagó el motor. Cuando se apagaron los faros del coche se hizo una oscuridad total.

–Vale, chicos. ¿Tenéis preparadas las linternas para llevar en la cabeza?

La superficie de la nieve era compacta, así que podían caminar sobre ella. No

se veía huella alguna.

–Hace mucho que no viene nadie por aquí –dijo Cato Isaksen.

El haz de luz de las linternas se movía sobre los gruesos troncos de abeto y la maleza. La nieve había combado las ramas hacia el suelo. Después de un par de minutos, llegaron a una pequeña cabaña hecha de tablones de madera. Roger Høibakk se quitó la linterna de la cabeza e iluminó la puerta, pintada de azul. Cato Isaksen abrió la cerradura con una ganzúa. Le llevó un par de minutos. En la minúscula entrada había una alfombrilla de plástico. El salón olía a frío y a cerrado. Pasó el haz de luz por la habitación. Las paredes estaban forradas de tablas de pino, oscurecidas por el tiempo. Una encimera de cocina, que evidentemente también cumplía las funciones de lavabo, cubría una de las paredes.

Cato Isaksen fue palpando por una de las paredes hasta que dio con el cuadro eléctrico. Estaba sobre la encimera, junto a una ventana dividida en pequeños cristales. Se acercó y presionó el interruptor que debía de ser el general. Se encendió una luz mortecina en la lámpara del techo, era de hierro forjado y con dos lamparitas con pantallas verde claro. Un sofá y dos sillas con asientos forrados de lana estampada en rayas marrones y naranjas estaban frente a la gran chimenea. Sobre la mesa de pino, un libro de firmas.

Asle Tengs miró rápidamente a su alrededor. Abrió los cajones de la cocina y los armarios.

–No muy acogedor, que digamos –comentó Asle Tengs, y abrió la puerta que daba al único dormitorio. Una cama de matrimonio con sábanas de rayas marrones, dos mesillas, una cómoda y una ventana con la cortina echada era todo lo que había allí adentro. Se acercó a la cómoda.

Cato Isaksen se sentó en el sofá. La tela picaba a través de las perneras del pantalón. Acercó el libro de firmas y pasó las hojas rápidamente. Sus ojos volaban sobre páginas con relatos de excursiones por el bosque, de pesca y salidas en esquíes en invierno. En una página aparecía el retrato de una niña rubia sobre un tocón en el bosque. En otra hoja había una poesía enigmática: *Hay un lugar incomprensible, que existía antes que la Tierra... No sé cuál es su nombre, pero lo llamo Muerte.*

La leyó y pasó deprisa el resto de las páginas sin encontrar nada de interés.

Asle Tengs se acercó a la chimenea, donde descansaban, entre unas figuritas y un pequeño troll con el pelo revuelto, algunas fotografías combadas por la humedad.

–Mirad, aquí hay una foto de Egge y Bieler.

Cato Isaksen cerró el libro de firmas y se puso de pie. El aliento salía de su boca como una nube helada.

–Nada en el dormitorio –dijo Roger Høibakk, echando vaho en el interior

de sus manos ateridas de frío—. No parece que haya nada aquí, absolutamente nada.

Asle Tengs le tendió la foto a Cato Isaksen. Mostraba a siete personas alrededor de una mesa en verano. Seis adultos y una niña rubia. Debía de estar tomada en la casa de Egge en Solveien. En un extremo estaba Finn Hagemann, con el rostro medio girado. Tras él había un parterre lleno de carnosas petunias rojas y, un poco más allá, un seto de escaramujo silvestre. Reconoció inmediatamente a Jorunn Hagemann entre una mujer rubia con el pelo corto y un hombre con gafas y el pelo castaño. Cato Isaksen miró fijamente al hombre de pelo castaño. Era un Hans Saltaker joven y sonriente. Por unas décimas de segundo su cerebro intentó relacionar *algo*, pero se le esfumó. John Gustav Bieler pasaba el brazo por los hombros de una mujer de rizos despeinados y brindaba con los demás.

—Seguro que es su mujer, Greta —dijo Cato Isaksen—, espero que se ponga en contacto con nosotros pronto. Y la niña seguramente es su hija. Tenemos que hablar con ella también.

Roger agitó otra foto.

—Aquí está Marian, joder. Es ella con una mujer.

Roger Høibakk le pasó a Cato una foto. La cogió. La mujer rubia llevaba una pamelita blanca de verano. Marian y ella estaban cogidas del brazo.

—La mujer de Egge —murmuró Cato Isaksen, sintiendo que estaba mirando algo desagradablemente privado.

En el recibidor del Crematorio-Este habían dispuesto un libro de condolencias y una foto conmemorativa del director de la Policía Judicial con uniforme. Junto al retrato, un ramo de rosas blancas. En la antesala había una larga fila de policías, algunos con uniforme de gala, además de funcionarios y políticos con gabardinas oscuras. Ingeborg Myklebust estaba casi la primera. Todos querían dejar un último saludo en ese libro de condolencias. Una discreta música de órgano escapaba por la puerta de la capilla. Con las manos enterradas en lo más profundo de los bolsillos de su cazadora de piel y la cabeza gacha, Marian se apresuró a pasar de largo y entrar en la capilla, sin coger el recordatorio con la foto de Martin que repartía un empleado de la funeraria, vestido con un traje negro. Estaba tan cansada que tenía náuseas. Llevaba los auriculares del iPod puestos. La música golpeaba sus canales auditivos y rebajaba el sonido del órgano. Era Melody Gardot. Su voz frágil cantaba *Tu corazón es tan negro como la noche*. En el interior de la capilla echó un rápido vistazo al ataúd, que estaba lejos, al fondo. Era negro y estaba cubierto de flores blancas y lilas. ¿Quién había elegido un ataúd negro? Una fila de policías uniformados hacía guardia en el pasillo central. En torno al ataúd, el suelo estaba cubierto de velas. Los bancos cercanos estaban desbordados de flores y coronas con largas cintas blancas. La pared del ábside estaba cubierta por un Cristo realizado en colores tierra y plata.

Marian se dirigió hacia uno de los últimos bancos y se sentó tan lejos del pasillo central como le fue posible. Los bancos de madera tenían almohadillas azules. Las paredes eran de ladrillo amarillo. Subió el volumen del iPod y en ese momento vio a la anciana señora Hagemann. Se apoyaba en su hija y en su hijo. Junto a ellos estaba un hombre alto y apuesto con gabardina. Era John Gustav Bieler.

Policías, con y sin uniforme, llenaban las primeras filas. Periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión estaban listos para inmortalizar la desaparición de Martin. Por la noche la gente estaría en su cuarto de estar viendo este reportaje en las noticias. Pensarían que era una pena, y les parecería terrible que la policía aún no hubiera resuelto el caso. Porque ¿quién había atropellado al director de la Policía Judicial noruega y quién lo había asesinado en el hospital?

A través de las coloridas vidrieras emplomadas, podía ver cómo la nieve caía del tejado impulsada por la ventisca. Típico de Martin, morir en invierno. Siempre lo hacía todo bien, nada de marzo o junio, no cuando había flores

afuera y los cortacéspedes hacían ruido en urbanizaciones silenciosas al atardecer, sino cuando todo era hielo y frío. Tenía frío en los pies. Sus pensamientos estaban alcanzando algo más profundo, algo oscuro y destructivo, de donde tal vez no fuera capaz de salir. Se arrancó los auriculares de las orejas, apagó el iPod y se lo metió en el bolsillo. Vivi Grode, Jan Jansen y Birger Maaum avanzaron juntos por el pasillo central. Marian estaba al final del todo, comprimida entre mujeres con gruesos abrigos y hombres con gabardina y chaqueta. Él la había llamado reina de la oscuridad. Trabajaba con la muerte, ganaba dinero con ella. Se beneficiaba de ella. Tenía comida que poner sobre la mesa gracias a ella. Pensó en lo que la gente decía con frecuencia sobre la muerte, que era irreal. Y sin embargo, era todo lo contrario, era lo más real que había.

Había dicho que no a pasar juntos la Nochebuena. Y ahora estaba *aquí* y sólo distinguía un trocito del féretro allí delante, a lo lejos. Nada *se terminaba* tan deprisa como una vida. No *quería*, pero de pronto estaba llorando. Después se iría directamente a casa y se acostaría. Subiría a Birka a su cama y se pegaría al cuerpo de ella.

De repente, un hombre de pelo cano y gabardina oscura llegó por un lateral del banco. Se inclinó y preguntó si podía hacerle un sitio. Marian asintió sin levantar la vista. Se desplazó un poco hacia la derecha. El hombre se sentó pegado a ella. Su gabardina olía a frío.

–¿Eres Marian Dahle? –preguntó de pronto.

Marian dio un respingo y asintió. Le miró; era un caballero de cierta edad. Metió los dedos en el bolsillo tan sólo para notar el tacto de la esquila que había arrancado del diario *Aftenposten* unos días antes. Estaba con el iPod y las llaves del coche.

–Mi nombre es Henry Bugge –continuó el hombre en voz baja.

Marian asintió brevemente, se secó deprisa la nariz con la manga de la chaqueta y se apartó unos milímetros. La gente había ocupado ya su lugar. El sacerdote entró con una casulla blanca. Se acercó al féretro y se inclinó ante él un instante, antes de mirar hacia los presentes. Sonó el órgano y cantaron el primer salmo. *Padre nuestro, ven a nosotros. Ayúdanos tú que diste a tu hijo para que se sacrificara por nosotros y muriera.*

Luego, el sacerdote se puso de pie y se colocó junto al féretro. Empezó a hablar. Su voz sonaba metálica y fría a través del pequeño micrófono que llevaba sujeto a la casulla. En las manos llevaba abierta la Biblia.

La cercanía de Henry Bugge era incómoda. Le lanzaba constantes miradas. Ella miraba fijamente al frente. ¿Qué le ocurría?

La voz monótona del sacerdote le cansaba. Hubo montones de discursos conmemorativos. Marian dejó de contarlos. Maaum, Jansen y hasta el ministro

de Justicia estaban de pronto frente al micrófono, vestidos con trajes oscuros. Luego, hubo otro salmo. Y otro sermón del sacerdote, y una mujer que cantó un aria. Marian pensó de pronto en cómo se había mirado a sí misma en el espejo de luna, en el dormitorio helado, la primera noche en casa de Martin.

Cuando hubo terminado la ceremonia y las campanas resonaban graves, el hombre mayor se inclinó hacia ella. Notó el aroma de una loción muy cara para después del afeitado.

–Me gustaría que esta tarde pasaras por mi oficina. Está en la plaza de Hombro. Si tienes fuerzas –añadió, y le tendió una tarjeta de visita.

–Va a ser difícil que pueda ir hoy –susurró escondiendo la tarjeta en su mano sin mirarla.

–Es importante –dijo el hombre de la gabardina oscura–. Soy el abogado de Martin Egge.

Se levantó cuando iban a sacar el féretro, se abrió paso entre asistentes con pesadas gabardinas que no habían encontrado sitio, braceó hacia la salida y medio corrió por la escalera de piedra hacia el aparcamiento, sobre el suelo resbaladizo. De pronto, Cato Isaksen estaba a su lado.

–Marian, ¿te marchas antes de que el féretro esté bajo tierra?

Ella siguió caminando, mientras rebuscaba el paquete de cigarrillos en su bolsillo y luchaba contra las lágrimas. No quería que Cato la viera así.

–Quisiera charlar contigo, lo antes posible. Vas a ir a...

–No, no quiero café ni sándwiches. Sólo quiero estar en paz. ¿Por qué no vas de uniforme?

Le costaba mantener su paso.

–No he tenido tiempo..., tenemos que hablar. Me gustaría que vinieras a mi despacho hacia las tres.

–Hoy no, Cato –apretó la mano sobre el paquete de tabaco y miró hacia el aparcamiento. Las comisuras de sus labios temblaban. No debía llorar.

–Lo siento, Marian –dijo Cato Isaksen precipitadamente, y sintió en su interior la gravedad del momento de forma inquietante–. ¿No sabrás dónde está la tarjeta de identidad del director de la Policía Judicial?

Ella se detuvo junto a su coche.

–No, ¿cómo iba a saberlo?

–No la encontramos.

–¿Qué iba yo a hacer con su tarjeta de identificación?

–Y a Juha Sakkonen y a Kari Helene Bieler, ¿los conoces?

–No, pero Kari Helene Bieler tiene que ser la hija de John Gustav –recordaba el nombre porque aparecía en la escuela.

—¿Te has encontrado con él?

Se volvió sorprendida hacia Cato.

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Y nunca he oído hablar de un Sakkonen.

El abogado miró a Marian por encima de las gafas. Martin le contó que la vida había sido injusta con Marian Dahle, pero no tenía aspecto de eso. Irradiaba fuerza allí sentada con una cazadora negra, pelo corto y expresión contenida. Pero se recordó a sí mismo que había llorado por la mañana, en el funeral.

–Queremos darte a conocer el testamento de Martin Egge, en el que eres tú su principal heredera.

Marian sintió un repentino golpe de frío helador. Se sintió culpable de pronto: que hubiera muerto era por su culpa. Había dicho no a estar con él en Nochebuena. Eso había alterado los tiempos, desplazado las horas en la dirección equivocada. Tal vez, si hubiera pasado la Nochebuena con él, estaría vivo. No se habría encontrado con Adnan Arif. Ni tampoco habría puesto en marcha las investigaciones que lo desencadenaron todo.

–El aire aquí está muy viciado. Tengo que confesar que le he dado una calada a mi pipa –el abogado se levantó y abrió un poco la ventana.

Ella miraba fijamente al frente. El ruido de los neumáticos de los coches en la calle sonaba pegajoso sobre los adoquines cubiertos de sal. De pronto lo vio con una claridad absoluta: cabía la posibilidad de que todo hubiera empezado en Nochebuena.

El abogado tomó asiento y continuó.

–Hay dos herederos más, Juha Sakkonen y Kari Helene Bieler. Tengo una cita con Juha dentro de media hora. A quien no hemos conseguido localizar es a Kari Helene.

Marian miraba sin ver a través de la rendija de la ventana abierta. De pronto recordó el olor del mar podrido, algas y sogas viejas.

–¿Sabes quiénes son?

Un tranvía atronó la calle. Se volvió hacia él.

–¿Debería?

–Juha Sakkonen y Kari Helene Bieler heredan ochocientas mil coronas y joyas, respectivamente.

Marian se reclinó y soltó aire, como si acabara de correr una larga distancia.

–No los conozco –repitió pensando en el archivo sobre el bebé que falleció de muerte súbita. Decía algo de una hermana. Tenía que ser ella.

–Kari Helene es la hija de un amigo de Egge. De momento no hemos conseguido localizarla –repitió–, no está informada. Supongo que quieres aceptar la herencia, que consiste en su propiedad en Solveien, una cabaña,

Hyggeli, en la periferia de Enebakk, con todo el inventario de ambos lugares y una cantidad de dinero. La herencia lleva implícita una responsabilidad –el abogado se inclinó sobre el escritorio.

–¿Qué clase de responsabilidad? –no se había enterado muy bien de lo otro que había dicho. La ventana dejaba pasar una corriente de aire. El abogado se levantó y la cerró.

–Egge deseaba que fueras una especie de tutora para Juha Sakkonen, que su herencia se invirtiera según tus consejos –dijo volviendo a sentarse–, es una condición para que recibas tu parte.

Marian le miraba fijamente.

–¿Por qué?

–Era el deseo de Egge.

–Esa cabaña en Enebakk...

–Una construcción muy modesta que el padre de Egge levantó en 1954 –el abogado empujó la escritura hacia ella.

Marian sentía el escozor del sudor en las axilas. Tenía la boca seca. Cogió el papel pero no lo miró. Se limitó a doblarlo y metérselo en el bolsillo. *¿Por qué nadie le había hablado de ese lugar?* Tampoco Marit.

El abogado la miró, sonrió cansado.

–Me hago cargo de lo abrumador que es todo esto y de lo triste que estás, pero supongo que querrás recibir la herencia. Probablemente Juha Sakkonen esté esperando en la sala, si quieres hablar con él...

Ella se puso de pie.

–Gracias –dijo secamente–, tengo una perra esperando en el coche, tengo que irme. Llamaré mañana.

El abogado bajó la cabeza y la miró por encima de sus gafas.

–Como quieras, Marian –dijo amablemente.

En la sala de espera, la secretaria se levantó. Un chico joven estaba apoyado contra pared, junto a la alta ventana con cortinas doradas. La observó curioso. Marian echó un vistazo por la ventana y agarró la copia de la escritura de la cabaña, que llevaba en el bolsillo, antes de volver a mirar al chico. Llevaba la cabeza afeitada y vestía un jersey largo y un fular palestino. Las piernas, enfundadas en unos vaqueros, eran delgadas, como bastones de esquí, y terminaban en un par de botas gastadas. Llevaba un aro negro en cada oreja y podía tener entre dieciséis y veintidós años.

–Puedo... –empezó la secretaria.

Marian negó con la cabeza.

–Volveré otro día –fue hacia la alta puerta, puso la mano sobre el pomo de

cobre tallado y la abrió.

En la calle, enderezó la espalda y cerró la cremallera de la cazadora de piel antes de bajar corriendo la ancha escalera de piedra, pasar el juzgado y dirigirse al aparcamiento.

Kari Helene Bieler se levantó de la cama, se acercó a la puerta y miró afuera con mucho cuidado. La limpiadora escurrió la bayeta mojada y la dejó caer en el suelo, colocó un palo sobre el trapo y lo pasó arriba y abajo. Se parecía a Mayla, la au-pair que tuvo de niña. Seguramente la limpiadora también fuera de Filipinas. Su padre pidió a Mayla que se marchara la misma noche en que murió el pequeño Gustav. Cuando salía por la puerta con su gran maleta en la mano, sus ojos se encontraron. Había angustia en la mirada de Mayla, pero también otra cosa, ira. Volvió a entrar y estrechó a Kari Helene contra su cuerpo, luego desapareció.

Kari Helene fue hasta el lavabo y se miró en el espejo. Su rostro era una masa rosada. Había vuelto a ver las fotos de Martin en la televisión del cuarto de estar. La habían encerrado aquí porque Martin estaba muerto. El responsable tenía que ser su padre. Todo había ocurrido porque ella llamó a Martin el día 28. Pero, en realidad, había empezado en octubre, cuando *recordó*.

La gente moría todo el tiempo, en todas partes. Había muertes pequeñas y muertes grandes. Martin había tenido una muerte grande, porque salía en televisión. Gustav había tenido una muerte pequeña. Lloró, pero su llanto no era gran cosa. Sólo un poco de agua bajo los ojos y en el labio superior. Fue hacia la puerta y la volvió a abrir. Se secó bajo la nariz con el dorso de la mano y salió de la habitación. Sus calcetines estaban húmedos, pero no tenía importancia.

En el cuarto de estar, el hombre de la chaqueta de punto estaba como siempre, sumergido en un periódico. Una mujer joven sentada en el sofá tejía un jersey beige con remate marrón. Su cabello colgaba hacia delante, como una cortina.

Sobre una mesa había un jarrón con flores. ¿Por qué se decoraba con flores? Eran manchas de colores inquietas, chillonas, que desordenaban la habitación.

Una mujer encorvada, con un vestido azul, levantó la mirada y le dijo:

–Mira, te voy a prestar mi Biblia, tienes que leer la Biblia. Lo entenderás todo. Me han dejado aquí. Éste es el tipo de sitio donde pueden dejar a la gente, te habrás dado cuenta, ¿no?

Kari Helene aceptó la Biblia y fue hacia la ventana. Tenía vistas a un amplio valle. Apretó el libro de piel negra contra el pecho y pensó en el pequeño Gustav sobre la alfombra persa. Gateaba. De verdad, ella no le odiaba. En realidad, le había amado.

En su habitación se sentó en la cama y pasó salvajemente las páginas de la Biblia. Adelante y atrás, de un lado a otro. De pronto sus ojos cayeron sobre un texto. Tenía que tratarse de una señal. Era una señal. Una señal iluminadora.

Evangelio según San Mateo 10, 26-28: Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados. Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena.

Kari Helene cerró el libro de golpe y levantó la vista. A *ella*, su padre le dijo que *ella* había tirado el azúcar por el suelo. Nunca entendió por qué el azúcar era tan peligroso. Lo había comido y comido para matarse. Pero no funcionaba. Vivía y vivía. A su madre también le había dicho que ella había matado al pequeño Gustav, pero le había dado otra versión, le dijo que Kari Helene había apretado un cojín contra el rostro de su hermano. Así se aseguraba. *Nunca debían hablar de ello*. Eso les dijo a las dos. Dos versiones, para mantener alejada la verdad. Esclusas impermeables contra la verdad viniera de donde viniera. Y Martin creyó que Gustav murió en su cuna, boca abajo. Pero nada de eso era cierto. El polvo que el tío Hans tenía en el pequeño espejo sobre la mesa y que tiró al suelo, fue lo que le mató.

Puso el libro sobre la colcha y se llevó las manos a la frente. Todo le daba vueltas. Si Martin hubiera ido a Pascal y sabido cómo había muerto Gustav realmente, habría comprendido que Hans y su padre eran igual de culpables. Habría puesto en marcha investigaciones que hubieran podido demostrar que su padre aún ganaba mucho dinero ilegalmente. Su padre también debería estar en la cárcel.

Se levantó y salió al pasillo, hasta la puerta de la cocina. El pinche estaba inclinado en la encimera sobre algo. Se dio la vuelta y la miró. Tenía el pelo rizado y abundante, los ojos muy azules y un minúsculo bigote, casi infantil.

—¿Quieres ayudarme? —le preguntó.

Kari Helene cerró los ojos un instante, luego asintió. La nevera emitía un sonido vibrante. Sobre las grandes placas eléctricas colgaban pulidos cazos y cuchillos alineados. Las patatas hervían en una cazuela, y en el fregadero había un bol de plástico metido hasta la mitad en agua templada. Contenía una masa de pan que sobresalía un poco por el borde.

Arrastró los pies por el suelo ajedrezado. Había tan pocos pacientes que era suficiente con ese único aprendiz de cocinero. Llegaba a las diez todos los días y preparaba el almuerzo y la cena. Del desayuno se encargaban ellos mismos. Había pan integral y blanco en la panera de la encimera, hechos allí. El chico

horneaba el pan y preparaba la cena a conciencia. Subía y bajaba constantemente al sótano para coger harina, azúcar y verduras del almacén. La puerta del sótano estaba a la derecha de la puerta de entrada, de vidrio, que permanecía cerrada. Era distinta de las puertas que daban a las habitaciones, sin pintar, con un picaporte de hierro suelto y gastado. Una vez la puerta se cerró de golpe porque había corriente. Tenía que haber una puerta en el sótano. Una puerta que llevara al exterior.

–Lávate las manos y podrás amasar los panecillos.

Hizo lo que le decía. Él le dio un cuchillo y una tabla para amasar.

–Voy a bajar un momento a coger un paquete de harina –dijo–. Si se te hace muy largo esperar hasta la cena, te puedo dar un poco de té y una rebanada de pan.

Rió. Ella estiró los labios en un intento de devolverle la sonrisa.

El cocinero sacó la llave del bolsillo del delantal. El delantal era de cuadros azules, exactamente igual que las cortinas de volantes que daban al aparcamiento. Oyó que abría la puerta del sótano.

Kari Helene clavó el cuchillo en la masa. Se hundió con un cálido soplo. Volvió a sacar el cuchillo y salió al pasillo. Un viento helado y húmedo subía por la puerta abierta.

Cato Isaksen se paró frente al albergue y miró hacia arriba la fachada, antes de bajar por la acera resbaladiza y volver a sentarse en el coche camuflado. Sentía un dolor en el pecho que subía hasta la garganta. Era estrés. Era 8 de enero. Dentro de escasos días llegarían de Alemania los resultados del análisis de la pintura del coche. Entonces sabrían el modelo del coche que había atropellado a Martin Egge.

Juha Sakkonen no estaba en su maldita habitación tampoco esta vez. Uno de los empleados le había abierto la puerta. Echó un vistazo, pero no encontró nada especial. Sus antecedentes familiares eran tristes. Era cierto que su madre había muerto de una sobredosis. Estaba claro que Egge había querido hacer una buena acción al dejarlos como herederos. Marian y Juha Sakkonen venían de familias difíciles, mientras que Kari Helene Bieler sólo heredaba joyas. Sería que ella no tenía problemas en casa.

La tarjeta de identidad del director de la Policía Judicial aún no estaba registrada en ningún lado. El vaso que Cato Isaksen se llevó del piso de Arif tenía huellas dactilares muy claras, que habían quedado registradas ya. El departamento técnico trabajaba ahora para identificar las del picaporte en la puerta de la habitación del hospital de Ullevål. El Volvo de John Gustav Bieler estaba descartado en el caso. No había ninguna huella bajo las marcas de la colisión con el Subaru. El coche de Bieler no estaba involucrado en el intento de asesinato de Martin, y se lo habían devuelto. En cuanto a su relación con Hans Saltaker, le había dicho a Randi que no quería volver a verlo nunca más.

Cato Isaksen abrió el coche y se sentó. Ya se había hecho de noche. Fue hacia el paso elevado junto al Hotel Ópera y siguió en dirección a Drammen. El tráfico de la tarde era denso. Iba a Asker, a su casa, a cenar.

Había mucha información desconcertante, y su malestar con respecto a Marian se hacía cada vez mayor. Se había puesto en contacto con la sección de huellas dactilares de la Policía Judicial y les había pedido que mandasen las huellas de Marian, de su ficha como empleada, a la sección técnica. En algún lugar había un punto común para todo aquello, algo que se le escapaba y que no conseguía identificar. Todo lo que tenía que ver con Marian tenía que salir a la superficie. Él y Myklebust habían acordado una reunión para el día siguiente, en la que discutirían la situación y si había base para ponerse en contacto con Asuntos Internos. Myklebust estaba en contra, pensaba que él tenía motivos personales, que aún se sentía desafiado por la actitud chulesca de Marian. No era cierto.

Había vuelto a interrogar a Finn Hagemann. El almacén City tenía unos cuantos coches negros. Los técnicos habían estado en Billingstad para comprobarlos. Habían preguntado a enfermeras, médicos y otros empleados si una mujer de origen asiático había estado en el hospital el 29 de diciembre, con resultado negativo. La prensa publicaba constantemente especulaciones en uno y otro sentido. Hoy el diario *Dagbladet* había insinuado que la investigación no estaba a la altura de las circunstancias.

Bente esperaba con una sonrisa a la puerta del adosado de Asker. Cato Isaksen la apretó con fuerza contra él. No tenía ninguna duda de que las expresiones faciales se contagian. Había leído en alguna parte que los músculos reaccionan de forma inmediata a una sonrisa o a un gesto osco del interlocutor.

–Pobre Cato –dijo apartándole con cuidado–. Al menos tomarás albóndigas caseras: te lo creas o no, Vetle ha preparado la cena.

Era agradable mantener una conversación normal, sobre deberes, qué tienda vendía la mejor carne picada y si tal vez deberían pintar su chalet esa primavera. Además, las albóndigas estaban buenas y Vetle se sentía orgulloso. Georg estaba con su madre en Oslo.

Después de cenar, Bente se fue a trabajar a la residencia de ancianos. Él metió los platos en el lavavajillas y lavó las cazuelas en el fregadero. Vetle se marchó a casa de un amigo.

Cato Isaksen consultó su reloj. Podía descansar media hora, luego tendría que volver a la comisaría.

Se tumbó en el sofá y cerró los ojos. Notó de pronto lo cansado que estaba. Visualizó el rostro de Marian y sintió una intranquilidad creciente. No tenía por qué ser una organización criminal la que estuviera detrás del asesinato del director de la Policía Judicial, como estaba dando por supuesto todo el departamento. Podría ser mucho, mucho peor, pensó antes de quedarse dormido. Se despertó sobresaltado cuarenta minutos después.

Cato Isaksen se asomó al despacho de Randi y Marian. Sólo estaba Randi. Hablaba por teléfono, y le echó una mirada de desánimo. Frente a ella, sobre el escritorio, había tres dossieres abiertos.

Le miró y cortó la conversación.

–¿Has visto a Marian? –preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

–He pasado por casa para cenar.

–Stein Billington ha preguntado por ella dos veces sólo en la última hora, pero nadie la ha visto hoy. Marian y Billington tienen que entregarle un informe actualizado a Ingeborg Myklebust sobre el asesinato de Helga Hansen mañana. Dice que él tiene que hacerlo todo. Parece que el mechón de pelo que encontraron colgando de una rama cerca del aparcamiento, un poco más abajo

de la casa, y los dos cabellos hallados en la víctima no pertenecen a la misma persona.

–No tengo fuerzas para oír hablar del caso Helga Hansen, Randi. Tengo más que suficiente con el asesinato del director de la Policía Judicial.

Su móvil volvió a sonar. Randi hizo un gesto resignado con la mano, movió la cabeza de un lado a otro y contestó.

Cato Isaksen fue hacia su despacho, en la esquina, y tomó asiento en la silla, detrás del escritorio. El montón de documentos que tenía delante medía medio metro de alto. Marian apareció de pronto en la puerta.

–Así que estás ahí. Billington te busca.

Se apoyó en el marco de la puerta con ambas manos y puso la mejilla sobre ellas.

–He heredado la casa de Martin Egge –dijo.

Cato Isaksen la contempló. Tenía que ser prudente. Debía hacer las cosas en el orden correcto.

–Lo sabemos.

Marian abrió mucho los ojos y bajó las manos.

–¿Lo *sabéis*? ¿Lo sabe todo el departamento?

Cato Isaksen le pidió que cerrara la puerta. La cerró y le lanzó una tortuosa mirada.

–Ahora podrás comprarte un par de radiadores extra. Te lo puedes permitir. Como tienes siempre tanto frío...

Marian se puso en jarras, notó que el llanto quemaba tras sus párpados, pero consiguió detenerlo. Cato Isaksen quiso cortarse la lengua.

–Lo siento Marian, no debí decir esto. De momento sólo lo sabemos yo e Ingeborg. Supongo que entiendes que todo será algo más complicado a partir de ahora.

–¿A qué te refieres?

–Eso puedes entenderlo tú sola, Marian. Tenemos que ser profesionales. La herencia de Egge no se ejecutará hasta que no se haya aclarado su asesinato. Es una situación peculiar. Tenemos que tomar declaración tanto al tal Juha Sakkonen como a Kari Helene Bieler.

–Pero si yo trabajo con el asesinato de Helga Hansen. Entiendo que no puedo...

–Eso es precisamente lo que Stein Billington dice que *no* haces, Marian. No trabajas en el asesinato Hansen, sino que le dejas todo a él.

Inclinó la cabeza. Volvió a levantar la vista.

–Trabajo en el caso Helga Hansen –repitió, se dio la vuelta, abrió la puerta y salió.

Kari Helene estaba en el cuarto de estar, siguiendo con la mirada las luces rojas en el maletero del coche de su padre. Se abría camino cuesta abajo por el estrecho camino que cruzaba los interminables campos blancos. ¿Por qué no venía su madre?

Tras el valle estaba la ciudad, porque, cuando oscurecía, se podía ver a lo lejos un resplandor anaranjado, como una niebla de estrellas sobre las afiladas copas de los abetos.

Kari Helene salió al pasillo. Miró la silla en la que la sentaron la primera noche, cuando la habían obligado a tragar esas pastillas azules. Fue hacia la cocina. Olía bien.

Había tenido consulta con la psiquiatra por la mañana. Tove Kvamme había puesto la nota de su suicidio frente a ella, sobre el escritorio, pero Kari Helene no quería mirarla. Habían pasado nueve años desde que la escribió. Tove Kvamme dijo que sabía que no contestaba nunca a las preguntas en clase, pues había llamado a su antigua profesora. Esa carta sólo había sido una petición de auxilio, una forma de castigarlos. Tenía 15 años cuando la escribió. Nunca tuvo intención de saltar desde el muelle del Puerto del Ayuntamiento, sólo quería que comprendieran que estaba muy triste. ¡Tenía tantas ganas de contárselo todo a Tove Kvamme!, pero su padre se le había adelantado. La psiquiatra nunca creería su versión. Las palabras descansaban en su interior en forma de pensamientos, pero cuando llegaban a su boca tomaban forma de afilados dientes de dragón.

Se quedó en el quicio de la puerta observando al joven cocinero. Cocía patatas. El chico quitó la tapa de la cacerola y pinchó una patata con un tenedor. El vapor cubrió las ventanas de la cocina y sus cortinas de volantes de cuadros azules. El cristal quedó velado por un vaho blanco.

El chico se volvió hacia ella. Kari Helene llenaba todo el hueco de la puerta. Tenía la cara roja por el vapor.

–Pasa, pasa. Hoy tenemos carne asada. Te gusta, ¿a que sí? Salsa casera de nata y eneldo, con espárragos y col lombarda de guarnición.

La boca se le hacía agua.

–Lávate las manos, y podrás ayudarme a cortar la carne –dijo secándose las suyas en el pantalón a cuadros de cocinero.

Kari Helene arrastró los pies por el suelo ajedrezado, se aclaró las manos bajo el grifo, luego cogió el afilado cuchillo que el chico le tendía y empezó a cortar.

El vaho estaba desapareciendo de las ventanas, sólo quedaban unas manchas

dispersas. A la luz del farol, vio que había empezado a nevar grandes copos que caían despacio. Tenía que conseguir que Tove Kvamme llamara a su madre. El chico levantó la tapa y volvió a comprobar el punto de las patatas. Kari Helene cerró los dedos alrededor del cuchillo y lo hundió en la carne.

Marian paró junto a una tienda de comida para llevar, un Deli de Luca, y compró una ración de pasta con verduras. Tenía frío, estaba deprimida y muerta de hambre. Era demasiado, todo era demasiado. Cuando llegó a casa echó la pasta en una fuente para horno y la puso a calentar, luego fue al cuarto de baño, se desnudó y estuvo de pie en la ducha durante cinco minutos. Un día de éstos iría a Solveien a darse un baño caliente.

En el dormitorio se puso dos pares de leotardos, un pantalón de chándal, gruesos calcetines de lana y una camiseta interior de lana, un jersey de cuello alto y, por encima, otro jersey de punto.

Sacó la comida del horno, la puso sobre un salvamanteles en la mesa de la cocina, buscó un tenedor y comió directamente de la fuente. Cuando terminó, puso la fuente a remojo en el fregadero, sacó una lata de cerveza de la nevera, echó agua en el bebedero de la perra y fue al salón, abrió la lata de cerveza, se enrolló en una manta y se subió al sofá, donde Birka ya dormía hecha un ovillo. Vio un documental británico sobre el sistema solar, antes de apagar el móvil e irse a dormir, completamente vestida, a las diez y media. A las doce aún no se había dormido, se volvió a levantar, se hizo una taza de té con canela, fue al salón y se aproximó a una de las ventanas. Las rosas de hielo que cruzaban el centro del cristal formaban un hermoso dibujo.

Martin se lo había dado casi todo. Era difícil de comprender, demasiado arrollador. No sabía nada de la cabaña esa en Enebakk. Se preguntaba cómo sería, si sería acogedora, como las casas de los cuentos de Astrid Lindgren y la de la pobre Helga Hansen.

Vio ante sí a Helga Hansen en la nieve teñida de sangre. La herida provocada por el hacha en su frente era una incisión de cinco o seis centímetros de ancho desde la nariz hasta el nacimiento del cabello. Desde la escalera de la entrada había una buena perspectiva de la carretera y del paisaje de más abajo. Estaba claro que un coche había aparcado en la pequeña superficie que había dejado la máquina quitanieves. Las huellas cubiertas de nieve en la ladera que daba al precipicio, eran las mismas que había junto a la casa de Helga Hansen. Los técnicos habían fundido la nieve y comparado las huellas. El cabello del asesino no daba ninguna coincidencia en el registro de ADN. El mechón de la rama, junto al aparcamiento, era de otra persona. Podía haber estado allí desde antes. Pero ¿por qué el asesino se había acercado a la ladera?

Se sentó en el sofá con el portátil sobre las rodillas y buscó en Google un artículo sobre Construcciones Pedagógicas. Birka abrió un momento los ojos y

dejó escapar un profundo bufido. Marian miró a la perra y apagó el portátil. ¿Por qué no le habían hablado de la cabaña de Enebakk? Podría ser que Martin y Marit hubieran querido tener un lugar para el descanso. Un lugar al que poder retirarse y estar a salvo de ella. Recordaba que algunos fines de semana se marchaban y la dejaban sola en la casa. No pasaba a menudo, tal vez un par de veces o tres al año.

No se metió en la cama hasta las dos, pero a las ocho despertó sobresaltada de un sueño sin pesadillas. Se incorporó. Los pensamientos se precipitaron. Martin le había dejado la casa, dinero y una cabaña. Era rica. Tenía piel de gallina en los brazos. Era *demasiado*.

Fue a la cocina y abrió la nevera. Sacó un cartón de zumo y bebió a morro. Luego, encendió el móvil y fue al baño. Sonó el móvil. Contestó.

–Quizá no sepas quién soy. Soy Juha Sakkonen –dijo una voz con acento sueco finés.

Marian subía la estrecha escalera de desgastados peldaños pintados de negro. El olor era desagradable, como si la pobreza no sólo fuera falta de dinero sino también una experiencia sensorial. Birka caminaba con la cabeza muy levantada. Marian tiró de la correa y contuvo la respiración un instante, como si el olor le pudiera dañar.

Detrás de cada puerta vivían personas que habían ido a parar demasiado lejos, que habían claudicado y que habían sido dejadas por imposible. Durmiendo en un estrecho camastro, descansando en una gastada butaca de mercadillo, mirando fijamente la pantalla de un televisor o sentados en una silla de madera ante una pequeña mesa.

Marian subió hasta el tercero y golpeó la puerta en la que estaba escrito «Juha» en letras rojas. Poco después abrieron la puerta. El chico la dejó entrar sin decir nada. De cerca tenía un aspecto poco saludable, la cara pálida y abultados granos en la barbilla. Tenía un diente de plata en el maxilar superior. Llevaba los pantalones caídos por debajo de la cadera y la sudadera azul tenía algo en el pecho que debían de ser manchas secas de ketchup.

–Te vi en el despacho del abogado –dijo ella–, fuiste tú quien me llamó hace un par de días y luego colgó. ¿Por qué hiciste eso?

Juha Sakkonen no contestó. Dio un par de pasos atrás. Marian cerró la puerta. Era una habitación alargada, no muy grande, de paredes verde claro con la pintura desconchada. Juha seguía andando hacia atrás, hasta que estuvo completamente pegado al radiador. De él colgaban un par de calcetines mojados. El calor salía a vaharadas. Un tranvía pasó ruidoso por la calle.

–También hace frío donde vivo yo –dijo Marian observando las ventanas empañadas y las cortinas estampadas con hojas de otoño color naranja. Una de ellas tenía un gran roto. Al fondo de la habitación había una cama sin hacer.

–La policía quiere hablar conmigo –dijo Juha Sakkonen–, me han estado buscando, tengo que ir a prestar declaración, pero quiero hablar contigo antes. Tú también has heredado.

–Quería ayudarnos –dijo Marian con voz queda–, Martin significaba mucho para mí.

–Martin me ha hablado de ti.

–A mí no me habló de ti –dijo Marian tirando de la correa–. Siéntate, Birka.

–Me gustan los perros. ¿Es un perro de pelea?

–No seas bobo, es un bóxer.

Birka se sentó.

–¿Un bóxer corriente?

–Sí, un bóxer corriente.

–¿Dónde vives?

–En la calle Hesselberg.

–Nunca he estado en Nueva York, ni en España.

Marian tiró instintivamente de Birka hacia ella cuando él se agachó y alargó su delgada mano para acariciar a la perra.

–Pero ahora tal vez te lo puedas permitir.

–Hay condiciones, entiendo –acarició la cabeza de la perra–. Es ahí donde entras tú.

Un nuevo tranvía pasó tintineando por la calle.

–Viví en casa de Martin durante dos años, entre los 16 y los 18 años –dijo ella.

Juha se incorporó.

–¿Por qué?

Marian sostuvo su mirada.

–Tal vez te lo cuente en otra ocasión. No estoy segura de que pueda llevar a cabo lo que dice en su testamento. Supongo que sabrás que no harán efectiva la herencia de Martin hasta que se aclare su asesinato –juntó los labios hasta formar una delgada línea.

–Lo sé.

–¿Conoces a Kari Helene Bieler?

–Un poco. Vino aquí hace unos días.

Marian se frotó las manos frías. La certeza de que *ellos dos* se conocían le dolía.

–Tendría que haber pasado la Nochebuena con él, pero elegí estar sola en casa. Con Birka –añadió–. En su lugar, fui el día 27.

Juha se despegó del radiador.

Marian soltó un poco la correa de la perra. Martin no había sido sólo suyo.

–¿Cómo es Kari Helene Bieler, entonces?

Juha se mordió el labio inferior.

–Callada y gorda –dijo con una leve sonrisa.

–¿Tienes su número de móvil? No la encuentro en la guía.

–Te lo daré, pero no contesta al teléfono.

Marian le miró y sintió varias cosas a la vez: tristeza, desesperación e intranquilidad, pero también un atisbo de emoción, como si Juha fuera un hermano reencontrado, o algo así.

–¿Cuántos años tienes en realidad? –Marian le observó con más detenimiento–. No eres muy mayor.

–Tengo 19.

–¿Cómo conociste a Martin?

–Me lo encontré en la estación Sur de Oslo.

–¿Qué hacía Martin en la estación Sur de Oslo?

–Solía pasar allí el día con mi madre, pero la mataron. Murió junto a la máquina expendedora de billetes de alta velocidad para el aeropuerto. Hace cuatro años, tres días antes de que yo cumpliera 15 años.

Se acercó a la encimera de la cocina y agarró una botella de Coca-Cola. Marian le miró, y rebuscó en su bolsillo el paquete de tabaco. Birka se hizo un ovillo en el suelo y apoyó la cabeza sobre una de sus patas delanteras.

–Martin trabajaba en la Policía Judicial. No se dedicaba a investigar crímenes normales.

–No fue un crimen normal –Juha dejó la botella en la encimera de la cocina con un golpe seco, y aceptó el cigarrillo que ella le tendía.

–Yo también fumaré uno. ¿Podemos sentarnos? –Marian indicó con un gesto de la cabeza las dos sillas de madera que había junto a la mesa.

Se sentaron. Juha sacó un mechero y dio fuego a Marian. Ella dio una calada, giró la cabeza y echó el humo a un lado. En el estrecho trozo de pared que quedaba entre las dos ventanas, colgaba un pequeño espejo enmarcado en plástico naranja, en su parte inferior tenía metida una fotografía de un niño, en verano. Era Juha. Iba a lanzarse a un lago. El pequeño cuerpo infantil era extremadamente pálido y sus delgadas clavículas parecían alas puntiagudas.

Juha la miró con indiferencia y encendió su cigarrillo con el mechero.

–¿Sabes lo que ponía en el pasaporte de mamá?

Marian negó con la cabeza, y empezó a tamborilear los dedos sobre la mesa. Las clavículas de la foto le recordaban las alas de un pequeño pingüino helado.

–¿Tu nombre es finlandés?

–Mi padre era finlandés. Murió cuando yo era pequeño. Mi madre era rusa. Vivimos en Letonia hasta que cumplí 8 años, luego vinimos aquí. En su pasaporte decía *ailien*, que quiere decir «desconocido», puesto que en Letonia era rusa. No pertenecía a ninguna parte. No tengo pasaporte, no tengo permiso de residencia. Pero creo que Martin arregló algo, no lo sé.

El humo gris flotaba sobre sus cabezas.

–Dicen que mi madre murió de sobredosis. Pero fue un asesinato. Martin creía que alguien le había puesto la sobredosis en otro lugar y que luego la había llevado hasta allí.

–¿Quién la mató?

–No lo sé –Juha la miró–. Martin dijo que conocía al tipo para el que mi madre había estado trabajando.

–¿Quién era?

–No lo sé. Estuvo trabajando para un constructor durante una temporada,

antes de que todo se estropeará. Era una especie de secretaria, o algo así.

Marian dio una profunda calada al cigarrillo y echó la ceniza en un vaso de leche ya vacío. Birka se levantó y fue hacia Juha, que extendió la mano hacia la perra.

–Increíble, aquí estoy contándole mi vida a *una poli*.

–¿Qué pasó después de su muerte?

Juha apartó la mano, se incorporó y aspiró con fuerza el humo del cigarrillo.

–Fui zona catastrófica. La gente me tenía miedo –por un momento pareció orgulloso–. Protección de menores me recogió en la estación Sur y me llevó al hospital de Oslo. Luego me llevaron a un hogar de acogida, pero me escapé. Y después llamé a Martin.

–Y él acudió, por supuesto –dijo Marian.

–Nunca tardaba mucho en venir a buscarme. Ocurrió diez veces. Le ponía a prueba, no creía que fuera a ayudarme. No hasta la última vez. Entonces tuvo que marcharse de una reunión importante, pero vino. Dimos un paseo y hablamos, hasta que me llevó a su casa y me hizo la cena.

Marian sonrió tensa. Juha continuó.

–Luego pensé en denunciarle a la protección de menores por abusar de mí, para que me dieran una indemnización. Imagínate los titulares: el director de la Policía Judicial abusa de un menor en acogida.

Pegó otra calada al cigarrillo formando un arco con su brazo.

–Vaya mierda –dijo Marian.

–No lo hice –dijo Juha. La miró fijamente y dio un trago a la botella–. No pareces un poli normal. Me vas a ayudar a administrar mi herencia. Qué palabras tan pomposas.

Marian le miró malhumorada.

–Martin dejó escrito que lo invertirías en un lugar para vivir.

Juha Sakkonen se encogió de hombros.

–Un lugar donde pueda estar en paz, tal vez adoptar un perro que nadie quiera.

–Ochocientas mil coronas tal vez no sean suficientes para comprarte un piso. ¿Cómo se llamaba tu madre?

–Mi mamá se llamaba Angelina Sakkonen.

–Maldita sea, Ingeborg –gritó Cato Isaksen dando un golpe a la mesa–. Resulta que al preguntar directamente a una de las enfermeras de Ullevål, sí recuerda haber visto a una mujer policía de rasgos orientales en el hospital poco antes de que asfixiaran a Egge. ¿Qué me dices ahora? ¿Entiendes lo que esto quiere decir? –Cato Isaksen la miraba fijamente–. Tenemos que tomar medidas inmediatamente.

Ingeborg Myklebust se sentó despacio.

–¿Por qué iba Marian a mentir y a negarlo todo? A no ser que...

Cato Isaksen la hizo callar con un gesto.

–Ésa es la cuestión. ¿Por qué? Es especialmente grave que Egge, desde su cargo de director de la Policía Judicial haya estado investigando por su cuenta. Y ahora resulta que Marian hereda casa, cabaña y dinero. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que hay algo que no cuadra.

–Sí –dijo ella seria.

–Quiero saber, esta misma tarde, si se le dan atribuciones extraordinarias a Asuntos Internos para actuar. Sabemos que hay corrupción en la policía. No somos más que un reflejo de la sociedad. Sólo el año pasado fueron detenidos treinta y cuatro policías por incumplir la ley. El cuerpo está infestado de elementos inseguros. Traficantes de drogas que reciben un aviso, pasaportes que acaban en manos de criminales, presos que salen de las cárceles.

–No exageres, Cato. La retiraré del servicio con efecto inmediato, pero intentemos no involucrar a todo el equipo. Asuntos Internos, sí, pero no el resto.

–Marian es como una central nuclear, uno acaba radiado por estar cerca de ella –dijo Cato Isaksen.

–No hables así.

–Dice que estaba corriendo la noche en que atropellaron a Egge. ¿Quién corre en la oscuridad a veinte bajo cero?

–No había veinte bajo cero.

Ingeborg Myklebust se pasó la mano por el antebrazo.

–Y su coche es blanco, no negro.

–¡Por Dios, Ingeborg! Como si Marian no hubiera podido ingeniárselas para conseguir un coche negro. Y, puesto que Egge no murió a consecuencia del atropello, se coló en el hospital y le asfixió. Ha entregado la llave de Solveien, pero seguro que tiene una copia más. Puede haber entrado a llevarse el expediente de Bieler y otras pruebas desde el primer día.

–Has insistido en esto desde el primer momento –comentó seria la comisaria.

–Asle dice que la llamó a la hora en que Martin Egge fue asfixiado en el hospital, pero que ella no contestó. Y estuvo en el almacén City de Billingstad para hablar con Finn Hagemann sin mi permiso. Además se ha cortado el pelo. ¿Por qué? Pues sí, tal vez para modificar su aspecto.

Ingeborg Myklebust estaba pálida.

–Tienes razón, son demasiados indicios.

Cato Isaksen continuó.

–Manipuló a Irmelin Quist para retirar los expedientes de otros casos el pasado otoño, y se los llevó a casa. Amenazó a Irmelin con contarte a ti lo poco que sabe de informática. Dice que iba a buscar unos manuales en el despacho del director de la Policía Judicial, pero estaban en su casa de Solveien. Como si no lo supiera. Hereda la casa del director de la Policía Judicial, con piscina. La cabaña de Enebakk y un montón de dinero.

Myklebust asintió.

–¿Y Kari Helene y Juha Sakkonen?

–Randi intenta permanentemente entrar en contacto con la mujer y la hija de Bieler. Por fin hemos localizado a Juha Sakkonen por teléfono. Vendrá a prestar declaración.

Ingeborg Myklebust volvió a asentir.

–Tenemos que ser prudentes con respecto a Marian, Cato. Tal vez sea una buena idea no retirarla del servicio inmediatamente.

Cato Isaksen entornó los ojos.

–Tienes razón, lo mejor es que no sepa que... pero le he insinuado mis sospechas un par de veces. Está desequilibrada a causa de toda esta situación. Ni siquiera sé si se ha dado cuenta de qué le he estado diciendo.

–Informaré a Asuntos Internos para que investiguen a Marian cuanto antes, pero dejaremos que siga trabajando en el asesinato de Hansen –dijo Ingeborg Myklebust bajito.

Marian subió a la carrera las escaleras con Birka, que iba feliz delante de ella. Agarró el collar y tiró de la perra para que entrara por la puerta. Todo el tiempo pensaba en Juha, y se sentía feliz. Una especie de alivio, como si estuviera en la luna y de pronto se hubiera encontrado con otro astronauta.

Se quitó la chaqueta en el recibidor y la dejó caer al suelo. Se apresuró a ir a la cocina, sacó un vaso del armario, abrió el grifo, lo llenó y se lo llevó a la boca. El agua estaba blancuzca y templada. Cerró el grifo y fue deprisa al salón, y cogió el montón de papeles que tenía en el escritorio. Los llevó a la mesa de la

cocina y los ojeó. Era en la pequeña agenda donde lo había visto. Encontró lo que buscaba.

Me llamó Angelina, sobre Hans. Nos encontramos en la estación Sur de Oslo. Me contó todo a cerca de las cosas en las que está involucrado.

He recibido una breve carta de Hans, pero mañana, sintiéndolo mucho, tendré que hacer llegar la información a mi jefe y pedirle que informe a Delitos Económicos.

Pasó más páginas.

Enero 2006

Tengo que aclarar esto, por Juha. ¿Y si Angelina no se puso esa sobredosis ella misma? ¿Con quién trabajaba Hans? Los dos asuntos no tienen ningún punto en común si aplicamos la lógica, pero aun así se cruzan, y espero de verdad que no coincidan con la idea que está tomando cuerpo en mi mente. Angelina dio una pista a la policía, luego la localizaron. Me enteré del caso por la prensa. Debía de saber demasiado. No tenía ni idea de que tuviera un hijo. Supe de su existencia por casualidad. Fui a buscarlo a la estación Sur de Oslo. Quedamos en el Burger King. No podía dejar que siguiera su camino solo. Todo era desgarrador. Si voy a hacer algo bueno en la vida, será ayudarlo. Pienso en Marian. Le gustará Juha y él confiará en ella. Aunque sea lo último que haga, en algún momento y de alguna manera, tengo que reunirlos.

Se llevó la mano a la garganta. La madre de Juha Sakkonen había trabajado para Hans Saltaker. Recordó lo que le había dicho. *Estuvo trabajando para un constructor durante una temporada, antes de que todo se estropeará.*

Iba a comprobarlo todo sobre esa muerte por sobredosis hacía cuatro años. Había hilos que tiraban en todas las direcciones, pero tenía que haber un nexo, algo que los vinculara a todos.

Eran las cosas pequeñas, nimias, las que finalmente hacían que un caso se resolviera. Pero aún faltaban muchas piezas. Iba a buscarlas y a alinear unas al lado de las otras como fichas de dominó. Al final todo encajaría. Pero, antes, las piezas tenían que caer en el orden correcto.

Miró por la ventana de la cocina. Volvía a nevar, pero la temperatura era más suave. Birka se frotaba contra sus corvas. Marian se puso en cuclillas, suspiró y puso la mejilla sobre el cuello de la perra.

—Esta noche daremos un largo paseo, pero ahora vamos a Construcciones Pedagógicas, para ver a John Gustav Bieler.

El despacho de Bieler parecía recién sacado de una revista de decoración. Las paredes exhibían arte moderno, los muebles eran exclusivos y modernos con un cierto toque británico. En la pared colgaba una foto enmarcada en la que daba la mano al ministro de Economía.

Bieler contempló a Marian Dahle con profundo malestar.

–Toma asiento –dijo–, pero ya he dicho que no recuerdo al tal Arif. Es una casualidad que trabajara para Construcciones Pedagógicas. Y no tengo nada que ver con lo que haya podido hacer Hans Saltaker. Me han devuelto mi coche, esto empieza a parecer una persecución.

–No voy a preguntar por eso –dijo Marian tomando asiento en la silla que había delante del gran escritorio–. No sé si sabes que tu hija es una de las herederas de Martin Egge.

–He sido informado, sí.

–¿Y qué piensas al respecto?

John Gustav Bieler se levantó de pronto y se situó detrás de la silla de Marian.

–Martin Egge era uno de mis amigos más cercanos. Siempre le fascinó Kari Helene. Mi familia ha pasado muchos momentos y muy buenos ratos con él, así es que en realidad no estoy muy sorprendido. No tenía hijos.

Marian se dio cuenta de pronto de que había un cabello sobre uno de los apoyabrazos, parecía de Bieler. Lo cogió discretamente y lo escondió en su mano izquierda.

Se volvió hacia atrás.

–¿Aún no has sabido nada de tu mujer ni de tu hija?

John Gustav Bieler volvió a sentarse.

–Parece que hay una feria de mobiliario en Alemania –dijo en tono cansado–, seguramente Greta esté allí. Kari Helene tiene necesidades especiales. Dejó el colegio en el décimo curso. Hemos intentado por todos los medios darle otras opciones. Ha sido agotador.

Marian lo observaba.

–¿Cómo sabes lo de la feria de mobiliario, si no has hablado con tu esposa?

–Lo mencionó poco antes de Navidad –dijo secamente.

–¿Conocías a Angelina Sakkonen?

John Gustav Bieler la miró. Hans y él se habían encontrado a Angelina Sakkonen en el Broadway. Fue tambaleándose hacia ellos, con una chaqueta demasiado ligera, vaqueros ceñidos y botas altas. Al hombro llevaba un bolso

de charol verde. Parecía cansada. Entendió al momento que era uno de esos pájaros silvestres de Oslo.

–He oído el nombre.

–¿Y?

–Trabajaba para Hans Saltaker, él...

Hans la había contratado como una especie de secretaria. Decía que sería perfecta como correo. Era profesional y conocía las reglas y esas cosas, siempre que le dieran dinero para droga. Pero se enganchó demasiado, estaba demasiado ida, era peligrosa. Después pensó que era raro que ella no se hubiera dado cuenta de lo peligrosos que eran Hans y él.

–Hans Saltaker... –repitió él.

–...está en la cárcel –concluyó Marian–. De hecho ésa era mi siguiente pregunta. En un correo dirigido a ti el 6 del 6 de 2005 Martin te dice que tienes que comprender que no puede proteger a Hans.

–Sí –contestó secamente–. Fue un desastre que utilizara su empresa para blanquear dinero, traficar con drogas y cometer delitos económicos. Al principio supongo que intenté ayudarle, pero no tenía ni idea de lo grave que era el asunto.

–Has estado en la cabaña de Martin junto con Hans Saltaker. Además, Martin ha hecho una anotación señalando que no sólo fue Hans, aquella vez. ¿Qué puede significar?

John Gustav Bieler la miró.

–¿Qué clase de papeles son los que tienes, en realidad?

–Contesta a la pregunta –dijo Marian serena.

–Se descubrieron condiciones de trabajo lamentables en grandes proyectos de reformas. En cuanto a construcción y reforma de colegios, horarios inhumanos, jefes sádicos y una presión insoportable.

–¿Quiénes eran los jefes sádicos?

John Gustav Bieler esbozó una sonrisa.

–No tengo más datos que aportar.

–Mi pregunta era por qué Martin anotó que, aquella vez, no fue sólo Hans.

–Era a eso a lo que intentaba contestar. Alguien puede haberse sentido tentado por ganar dinero fácil, pero no sé ni a qué ni a quién se refería Martin.

–¿Y Angelina Sakkonen?

–Que yo sepa, murió de una sobredosis –dijo John Gustav Bieler mirándola con frialdad.

–¿La conociste?

–No.

–¿Es muy frecuente que un consultor sénior se ocupe personalmente de

alquilar un almacén para herramientas mecánicas, taladros eléctricos y equipo de medición digitalizado?

–No entiendo la pregunta. ¿Qué tiene eso que ver con el asesinato de Martin?

–Alquilabas el trastero número 260 del almacén City de Billingstad.

–Tú, que eres policía, sabrás que hay bandas de Europa del Este que roban en las obras, y que es importante preservar los materiales.

Marian le miró.

–El trastero estaba cerrado la noche del 3 de enero, pero a la mañana siguiente hacia las ocho lo habían vaciado.

–Querida Marian Dahle. Los trabajadores de una obra empiezan muy a menudo su trabajo a las 7:00 de la mañana. Supongo que alguien se habría llevado sus cosas. Por supuesto que no es habitual que un alto cargo se ocupe de esos temas, pero no me ha quedado más remedio que tomar cartas en el asunto últimamente a causa de un descontrol extremo. Trabajo activamente para mejorar la situación de esta empresa. Y hay una cosa más.

Marian respiró profundamente.

–Como sabes, Finn Hagemann trabaja aquí, en el almacén. Le compré un cachorro hace un tiempo y se lo regalé a mi amiga, a Rosmarie. Me resulta agradable charlar con él de vez en cuando.

Marian le miró.

–Avísanos en cuanto tengas noticias de tu esposa y de tu hija.

–Mi esposa ha cerrado su tienda –dijo John Gustav Bieler–, así que puede tardar.

–¿Definitivamente?

–No, hasta el 22 de enero. La tienda no va muy bien. Prácticamente es un entretenimiento, ya sabes, estas «señoras de...».

Marian se inclinó sobre la mesa, apoyó las manos en ella y le miró fijamente.

–¿Qué quieres decir? Supongo que las «señoras de» también tienen derecho a la vida...

Marian condujo hasta la comisaría y dejó que Birka corriera cinco minutos por la zona acotada para perros que había detrás del edificio. Luego, dejó a la perra en la furgoneta y cogió el ascensor hasta su sección. Había metido el pelo que había recogido en la oficina de Bieler en un sobre que llevaba en el coche, lo entregó para que lo analizaran en el departamento técnico y les preguntó si tenían noticia de que hubiese ADN registrado en relación con la muerte por sobredosis de Angelina Sakkonen hacía cuatro años. Dijeron que le pondrían un correo sobre el asunto en cuanto pudieran comprobarlo, pero si era una muerte por sobredosis no se habría investigado como un asesinato. Por supuesto, Marian ya lo sabía.

La sección estaba silenciosa. Pasó por delante del despacho vacío de Cato Isaksen. ¿Dónde estaban todos? Seguro que en alguna reunión. Afortunadamente, Billington tampoco estaba por allí.

Marian se sentó en su mesa, entró en el ordenador y buscó el sistema de informes sobre particulares. Lo encontró enseguida. La información sobre la muerte de Angelina Sakkonen no ocupaba muchas líneas. Era sólo un breve informe. Tenía 33 años cuando murió. Familia: un hijo, Juha Sakkonen, nacido en diciembre de 1990. En resumen, decía que fue encontrada en el interior de la estación, tumbada de espaldas con una aguja clavada en el brazo. Se intentó reanimarla sin éxito. Toda la información policial disponible indicaba que Angelina Sakkonen murió de una sobredosis el 15 de diciembre de 2005. Había pocos detalles personales, sólo el certificado de defunción y el informe del servicio de urgencias. Fue su hijo quien pidió una ambulancia a las 17:03. Marian decidió hablar con Juha. ¿Por qué sospechaba Martin que había algo extraño detrás de aquello?

Envío un correo con la información al departamento técnico, se conectó a la web de la Policía Judicial y leyó rápidamente la información disponible con ayuda del botón rojo. *Presione el botón rojo, decía, y conectará directamente con la web de la Policía Judicial: www.tips.policiajudicial.no. Recibimos información.*

De alguna manera tenía que desprenderse de todos los papeles de Martin. Se había enredado en una espiral de mentiras. No es que supiera más que el resto de los investigadores de la sección. En la investigación no había interferido, pero... Cato lo utilizaría en su contra.

Tenía que encontrar algún lugar con equipo informático donde pudiera abrir una nueva cuenta de correo electrónico y hacer llegar de forma anónima a la

Policía Judicial la información de la que disponía. Luego podría quemar todos los documentos originales, y de esa manera evitar tener que asumir la responsabilidad de que se le hubiera pasado algo. Detalles importantes que Cato y los otros necesitaran para seguir adelante.

Cerró la web y descargó el nuevo programa Google Maps. Los periódicos le habían dedicado páginas y páginas. ¿Tal vez fuera posible echar un vistazo a esa cabaña de Enebakk? Abrió la escritura que le había entregado el abogado Bugge y, en ese momento, recordó que había dicho que le llamaría. El globo terráqueo apareció en pantalla. Introdujo los datos registrales de la propiedad y la dirección de la calle Kullebunn. La cabaña no tenía número. El programa enfocó Europa, Alemania, Dinamarca, antes de centrarse en Noruega y Oslo y mostrar las zonas de bosque despoblado a las afueras de la capital. Aquí la imagen era menos clara y más neblinosa. Sólo había unas construcciones dispersas y varios ríos, lagunas y pozas profundas. Al menos, se hizo una idea de cómo eran esas oscuras tierras de interior.

Pasaba algo raro con esa cabaña. ¿Por qué iba Martin a querer mantenerla en secreto?

Tecleó Solveien 83, Norway. El buscador se acercó. Era verano, la hierba era verde y los árboles tenían hojas. Pulsó *Street View*. El ángulo de la cámara cambió. De pronto estaba a pie de calle *en* Solveien. Coches altos con trípodes y cámaras en el techo habían recorrido la zona y filmado todo a su alrededor. Había algo inquietante en los coches de Google que van despacio por las calles fotografiando sistemáticamente las casas, los jardines, la gente. La Agencia de Protección de Datos había protestado duramente en contra de esas imágenes. Vio el jardín con los arbustos que daban a la cuesta, las jardineras, la piscina color turquesa. Sintió una repentina alegría. Se mudaría a Solveien. Pondría una puerta a la cerca para que Birka pudiese correr libremente por el jardín. ¡Qué felicidad para la perra! En verano llenaría la piscina y se tiraría en una tumbona con un libro. Ahora era *su* casa, casi todo lo que había sido de Martin, era suyo.

Siguió hacia la casa de los Hagemann, observó la casa desde arriba, vio el coche que estaba aparcado en la entrada, con un punto blanco al lado.

Se acercó con el zoom, podía controlar el ángulo que deseaba, casi podía *espiar*. El punto blanco era el caniche gigante de Finn Hagemann y, al lado, medio inclinado hacia el coche, estaba el propio Finn Hagemann. Parecía que estaba ayudando a una anciana a bajar del coche. Debía de ser su madre. Marian no podía verle la cara, pero se sintió mal de pronto. Había algo que no le gustaba de Finn Hagemann.

En cuanto Tove Kvamme hubo salido de la habitación, Kari Helene braceó hasta salir de la cama. Eran más de las once.

Fue hasta la silla en la que estaba su ropa, se pasó el camisón por la cabeza y se puso sus grandes prendas. El leotardo, el pantalón de chándal, una camiseta de lana y el jersey de punto, que tenía un agujero en la manga. Las botas de nieve y el anorak largo estaban en el armario. Las bisagras chirriaron cuando lo abrió. Se quedó un momento con el abrigo colgado del brazo, antes de ponérselo despacio.

No había nadie en el pasillo cuando asomó la cabeza y echó un vistazo. Los tubos fluorescentes del techo chisporroteaban. El pulso latía en su garganta. Miró el bosque a través de la hilera de ventanas. Todo se reflejaba en el cristal, las puertas de la pared opuesta y la litografía que colgaba entre dos puertas cerradas. Anduvo silenciosa por el pasillo. El cuarto de guardia estaba muy cerca de la cocina. La puerta del sótano estaba abierta cuando la comprobó después de cenar. Iba despacio, con las piernas muy separadas para que no se oyera el sonido del roce. Miró hacia el cuarto de la tele, vacío y oscuro. Tras la ventana, la noche era negra y sin luna, sólo muy a lo lejos distinguía a duras penas la luz anaranjada de la ciudad en el cielo nocturno. Dentro del cuarto estaba la persona que hacía la guardia esa noche. Era la misma Tove Kvamme. La mujer de mediana edad se entretenía leyendo noticias en Internet.

Se deslizó frente a ella y fue sin hacer ruido hasta la puerta del sótano, puso la mano sobre el picaporte y lo bajó despacio. Las bisagras chirriaron cuando tiró de la puerta hacia ella. Su pulso se aceleró. Se quedó como helada, escuchando, pero no ocurrió nada. Se abrió paso por la estrecha abertura. Se quedó en el primer peldaño, sujetando la puerta para que no se cerrara de golpe. Estaba completamente oscuro. Un olor a moho y cerrado subía del sótano. No encontró ningún interruptor y se agarró a la inestable barandilla y puso los pies con mucho cuidado sobre los escalones, uno a uno. El séptimo peldaño crujió horriblemente al pisarlo. Oía el latido de su corazón bajo el anorak y sintió cómo el sudor brotaba de la nuca y le recorría la espalda bajo la camiseta de lana.

La escalera giraba ligeramente hacia la derecha. Después del duodécimo escalón pisó el suelo de cemento. Puso las dos manos sobre el muro rugoso y dio la vuelta a la esquina. El pasillo del sótano era estrecho.

Un golpe procedente de arriba la sobresaltó. Se quedó escuchando unos segundos mientras el corazón volvía a latir en su garganta. Volvió el silencio. Se

abrió camino a tientas, despacio. De pronto, sus rodillas chocaron con algo y estuvo a punto de caer sobre lo que parecía un cajón alargado. Se reincorporó y estiró los brazos. Era un cajón de patatas. Consiguió rodearlo y continuó caminando, oyó agua que caía por una tubería. Se detuvo otra vez un momento, pasó la mano por la pared y rozó un interruptor. Encendió la luz. Una bombilla blanca y desnuda colgaba del techo iluminando el estrecho pasillo del sótano y las paredes de cemento con desconchones de pintura. Estaba a unos pocos metros de la puerta metálica que daba a la calle.

La puerta era pesada, pero estaba abierta. La luz del pasillo que tenía detrás proyectaba un cuadrado de luz blanca sobre el suelo. Puso una de las botas sobre la nieve polvo y arrastró la otra pierna. El frío helaba su cabeza, que no iba cubierta. Se abrió paso por la nieve, donde sólo había algunas huellas desdibujadas. Debían de estar a ocho o diez grados bajo cero. Llegó hasta la esquina de la alargada casa de hormigón y echó un vistazo a la derecha, al aparcamiento, en el que sólo había dos coches. Acababan de quitar la nieve de la zona de recepción. La luz del cuarto de guardia caía sobre el suelo blanco. Metió las manos en los bolsillos y sacó un par de guantes de piel.

Sus ojos se acostumbraron poco a poco a la oscuridad. La luz de la luna iluminaba el paisaje. Los abetos eran sombras negras, estaban muy juntos, alineados a lo largo del camino. Sólo había una dirección que seguir. Lejos, muy lejos estaba la ciudad. Se dio la vuelta hacia los campos, pero el viento soplaba en fuertes rachas y le escocían las mejillas y las orejas.

Marian pensaba en Juha Sakkonen mientras recogía los informes y los documentos. Una patrulla pasó con las sirenas a tope. Se acercó a la ventana y echó un vistazo rápido a la calle Hessel.

Randi dijo que no se había presentado a la toma de declaración que Cato había acordado con él, pero había prometido volver al día siguiente. Seguramente tenía miedo. «Se parecían», pensó. Para protegerse se habían aislado, habían reprimido sus sentimientos, tenían poca autoestima y se habían vuelto críticos. Nunca utilizaban palabras como justicia o felicidad.

Fue a la mesa de trabajo, que estaba detrás de la puerta, y escaneó uno a uno todos los documentos, notas y folios con anotaciones a mano. Le llevó media hora. Luego lo copió todo en un *pen drive*, dejó el pequeño dispositivo blanco sobre la cómoda del recibidor y metió todos los documentos en una bolsa. Abrió una lata de carne guisada y la calentó. Cogió una lata de cerveza de la nevera, la abrió y se la llevó a la boca. Puso la comida en el salón y encendió la televisión. Vio el final de las noticias de la noche mientras comía directamente de la cazuela. Vio la previsión del tiempo, bebió el resto de la cerveza, apagó la

televisión y dejó todo sobre la mesa del salón. A toda prisa escribió un informe sobre el asesinato de Helga Hansen y metió la solitaria hoja dentro de una funda de plástico. Por primera vez en mucho tiempo tenía algo de tranquilidad en el cuerpo. Se durmió nada más acostarse.

Kari Helene arrastraba los pies por el centro de la carretera. No se veían ni coches ni personas. Ni casas tampoco. Encogió los hombros cuando la ventisca azotó su rostro y su cuello. El viento rugía a su alrededor en agudos remolinos blancos. En un punto vio unas huellas de animal que cruzaban la carretera.

El llanto se abría paso por la garganta emitiendo breves sollozos. Su padre había matado a Martin. Tenía mucho dinero que colocar. Por eso había invertido en esa casa en Mallorca. Y había más. Los había visto juntos en un coche una vez que iba camino de Pascal, una mujer de pelo castaño recogido en un moño. Era mucho más joven que su madre, treinta y tantos, tal vez.

Debajo de la fina capa de nieve había hielo. El grueso abrigo resbalaba de un lado a otro sobre sus caderas, y el frío se abría paso por sus guantes. Las gruesas botas dejaban largas huellas en la nieve. Después de un rato estaba tan falta de aliento que tuvo que descansar. Un vaho blanco salía por su boca.

Empezó a caminar otra vez. La carretera era demasiado estrecha para tener farolas.

¿Cuánto podría alejarse antes de que Tove Kvamme descubriera que no estaba?

Se lamentó, oyó sus propios sonidos y pensó que debía de haberse vuelto loca. Todo fluía a través de su mente. El dolor de sus rodillas cuando impactaron contra el suelo. Estaba tumbado boca arriba, con la boca azul entreabierta. No le odiaba. Le amaba.

Muy lejos vio las luces de un coche. De pronto se resbaló y cayó pesadamente sobre un costado.

Cuando por fin volvió a levantarse, la luz había desaparecido. No debía olvidar el número de Juha, se lo repetía a sí misma en voz alta una y otra vez.

El camino hizo una curva y, tras un grupo de abetos muy altos, apareció una luz redonda a lo lejos. Tenía que ser la luz del porche de una casa.

Entrecerró los ojos y se esforzó por mantenerse concentrada en la luz redonda. Dio patadas con la punta de las botas en los helados cúmulos de nieve mientras el viento tiraba de su ropa. Le asaltó la idea de que podía morir en ese camino solitario. Podía morir de frío.

Tras la primera e impactante certeza, John Gustav Bieler se vistió a toda prisa y agarró las llaves del coche, que estaban sobre la mesa de la cocina. Su teléfono móvil había sonado cuando por fin había conseguido quedarse dormido. El timbre atravesó su cuerpo como una cuchillada. Pensó que podía tratarse de la policía, quizás habrían descubierto que había asesinado a Greta, pero, claro, la policía no habría llamado, se habrían presentado directamente en su puerta. Era Tove Kvamme. Kari Helene había conseguido escapar. Por el sótano, dijo. No podía dejar solos al resto de los pacientes, él tendría que ir hasta allí. Sudó más en diez segundos que en media hora de duro entrenamiento en un gimnasio.

Su cerebro necesitó un par de segundos para asimilar que era cierto. ¿Cuánto podría haberse alejado? Se puso los zapatos y la chaqueta y se lanzó hacia la puerta.

Saltó dentro del coche, arrancó, metió la marcha atrás y salió del patio a tanta velocidad que uno de los retrovisores raspó contra el muro del portal. Tove Kvamme no sabía cuánto tiempo llevaba huida, pero no podía haber llegado muy lejos con lo pesado que era su cuerpo. Y tampoco tenía dinero.

Pasó frente a la Casa de la Literatura, giró delante de Lorrys con el semáforo en rojo y subió por la calle Bogstad a setenta por hora. Todo se había transformado en una pesadilla. ¿Cómo iba a salir de ésta? Marian Dahle había aludido a todo lo que tenía que ver con Hans de una manera muy incómoda. Desconocía cuánto sabía la policía. Se imaginaba a Kari Helene caminando sola en la oscuridad. ¡Mierda! Kari Helene era una decepción, una pesadilla. Él había deseado un hijo, y lo tuvo, pero entonces ocurrió la catástrofe. Nunca podría perdonar a Hans, pero si contaba lo que realmente había ocurrido, se estaría inculcando él también.

El anciano matrimonio estaba en la puerta, desconcertado, observando a la mujer obesa con el cabello helado y las manos enormes. Parecía perdida, emitía unos sonidos extraños y lloraba tanto que las lágrimas saltaban de sus ojos.

—Cierra la puerta —dijo la mujer mayor asustada, tirando de la manga del pijama de su marido—. Es de ese sitio del final de la carretera, puede ser peligrosa. Llamaremos y les pediremos que vengán a buscarla.

La puerta se cerró en su cara. Kari Helene la miró un momento y escuchó el

portazo como un eco en su cabeza. Estaba perdida. Se dio la vuelta despacio y observó el blanco paisaje envuelto en oscuridad. El viento balanceaba arriba y abajo las ramas más bajas de los abetos que flanqueaban la breve cuesta. El número de Juha. Lo recitó para sí: noventa y siete, veintidós, noventa y siete, veintidós. Noventa y siete, veintidós, noventa y siete, veintidós.

Estaba en permanente contacto con Tove Kvamme por el móvil. Un matrimonio mayor que vivía en una casa carretera abajo había telefoneado para alertar de que Kari Helene había llamado a su puerta. De eso hacía un cuarto de hora. No podía haber ido muy lejos. ¿Qué iba a hacer ahora con Kari Helene? Apretó los dientes, se aferró al volante con más fuerza, pisó el acelerador y cruzó la ciudad a toda velocidad.

Al final de la cuesta se resbaló, cayó de lado y bajó deslizándose hasta la carretera. Se levantó con mucho esfuerzo y echó un vistazo hacia la casa. Los rostros de los dos ancianos se veían blancos contra la ventana. Siguió arrastrando los pies mientras emitía un sonido alto y agudo, notando que su respiración movía el pecho como un fuelle. No tenía ni la más mínima noción de cuánto tiempo llevaba caminando. El viento era una mano invisible que tiraba de ella y la arrastraba. El camino se bifurcaba de pronto, un camino forestal subía hacia la derecha. Un poco más adelante vio un paso elevado que cruzaba la carretera.

John Gustav Bieler había subido a un paso elevado cerca de la cochera de los autobuses. De su boca salía un vaho helado. Sacó un par de guantes de piel negra del bolsillo de su gabardina y se los puso mientras se apoyaba sobre la barandilla de tablas de madera pintadas de marrón. La luna había asomado tras las densas nubes y teñía de un blanco azulado el paisaje helado.

De pronto la vio. Sus manos se deslizaron por la barandilla rugosa. Venía arrastrando los pies por mitad de la carretera. Oscilando dentro del enorme abrigo. Los muslos eran tan gruesos que se rozaban cuando caminaba. Esa visión se quedó congelada en su interior. No podía dejar que contara a la policía lo que sabía. Cerró los ojos por un instante, sabía lo que tenía que hacer.

Kari Helene aguzó la mirada. Un coche estaba aparcado con el motor en marcha y las luces encendidas. El coche estaba en el lugar de giro de los autobuses, junto a la última parada. Empezó a agitar los brazos para indicar que necesitaba ayuda. Entonces vio al hombre de pie sobre el paso elevado, a gran altura sobre la carretera. Bajó los brazos. Las escaleras colgaban como alas a ambos extremos del puente. Habían quitado la nieve de los estrechos accesos peatonales. Un lado, llevaba a una urbanización de chalets adosados, el otro, a un edificio alargado con pinta de almacén y un aparcamiento para autobuses. El coche, que tenía las luces encendidas, era el de su padre.

John Gustav Bieler corrió todo lo rápido que pudo por las escaleras de madera helada. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero se agarró a la barandilla con las dos manos y bajó los tres últimos escalones de un salto. El corazón golpeaba como un martillo en su pecho. Cuando llegó al aparcamiento, oyó que subía la cuesta un camión grande. Se dio la vuelta para verlo. Se acercaba. Podía ver claramente la cabina del conductor. Las luces de los faros delanteros se deslizaron sobre él, antes de pasar a toda velocidad por su lado. Cuando llegó a su altura, vislumbró un rostro pálido tras los cristales oscuros. De pronto, el camión frenó y la luz roja trasera brilló sobre la carretera y los montones de nieve acumulados en los arcones. John Gustav Bieler vio lo que estaba a punto de pasar.

Estaba en medio de la carretera, con los brazos abiertos, en pleno haz de luz de uno de los faros delanteros. Una mujer monstruosa vestida con un enorme abrigo acolchado de color mostaza. Frenó, se inclinó sobre el volante y la miró irritado. Las piernas eran tan gruesas que tenía que mantenerlas abiertas. Sacudía los brazos pidiendo ayuda. La visión le produjo escalofríos. No tenía muy buen aspecto, seguramente venía del sitio ese del final del camino. Ahora que casi había llegado a casa... Un centenar de metros adelante habría girado a la izquierda, hacia su pequeña granja.

Kari Helene golpeaba la puerta del lado del copiloto. El tirador estaba tan alto que tenía que estirarse para conseguir alcanzarlo. Vio que su padre abría la puerta del Volvo y apagaba el motor. El conductor se quitó el cinturón de seguridad, se inclinó hacia el lado del pasajero y abrió la puerta, pero volvió a tirar de ella, instintivamente, cuando la mujer monstruosa empezó a gritar con voz grave, un gemido oscuro que terminaba en agudos sollozos. Pero no dejaba de dar golpes. Empujó otra vez hasta abrirla. El aire helado de la noche tomó la cabina.

–¿Qué pasa? –gritó.

La luz del interior la iluminaba, tenía carámbanos de hielo en el pelo y mocos bajo la nariz. Sollozaba, intentaba elevarse, rascaba el asiento con sus gruesos dedos.

–¡Pero tranquilízate! –gritó–. ¿Te has escapado de la institución? Supongo que te da miedo el hombre del Volvo. No se atreverá a hacerte nada mientras yo esté aquí.

Ella produjo un agudo gemido.

–Levanta la pierna y siéntate en el escalón, pero cállate, coño. Si te has escapado del sitio ese, tienes que *decirlo* –se esforzaba para mantener el pie sobre el embrague–. Vienes de Hagelia, te llevaré de vuelta allí.

–¡Nooo! –bramó ella, y lanzó su puño hacia la mano que él le tendía. Pesaba tanto que creyó que iba a sacarle del camión. Al final consiguió tirar despacio hasta subirla. En el momento en que se dejaba caer en el asiento, apareció el hombre detrás de ella.

–¡Es mi hija, no está bien! –gritó.

–¡No! –gritó la mujer, se agachó, agarró la puerta y la cerró.

Por un momento él dudó si debía sacarla del camión, cerrar la puerta y seguir su camino. Pero no le soltaba la mano, apretaba y apretaba su palma callosa de obrero con su mano izquierda. La nieve que tenía en el pelo se deshacía y le caía a chorros por el cuello. En ese mismo instante vio la cara del hombre que estaba en el exterior. Se había subido al estribo. Tenía un gesto amenazante. El

camionero levantó el móvil y se lo mostró intencionadamente, antes de meter la marcha atrás. Fue hasta la explanada que había frente a la cochera.

–Nos va a seguir –dijo–. ¿Adónde vas?

–Lléveme al albergue de Oslo –lloriqueó.

La secretaria acompañó a los policías hasta el despacho. John Gustav Bieler notaba que su corazón daba latidos dobles en su pecho. Se levantó y vio el calendario de mesa. Era 9 de enero. Pensó que todo había terminado.

Cato Isaksen y Randi Johansen se sentaron cada uno en una silla.

Dijo que traería café, y cuando estaba saliendo por la puerta, dijeron que no querían. Se dio la vuelta y volvió a su silla con pasos apesadumbrados. Kari Helene se había librado anoche. Había seguido al tráiler camino de la ciudad, los siguió durante mucho tiempo. Pero cuando el chófer frenó y tomó a la derecha para aparcar en una parada de autobús cerca de Tåsen, no tuvo más remedio que continuar. Por el retrovisor vio que el conductor del camión estaba de pie sobre el estribo y le amenazaba con el puño. Había estado dando vueltas por la ciudad toda la noche buscándola. Pensó que se escondería en algún lugar cercano. Estaba en Pascal cuando abrieron a las nueve, pero no la vio. Pidió un desayuno y esperó, pero ella no apareció. Estaba seguro de que intentaría ir a casa para buscar a Greta. La esperó en el piso, sabía que no tenía dinero. Su tarjeta de crédito estaba en la mesa del salón. No conocía a nadie. Había ido a la policía.

Cato Isaksen llamó el ascensor.

–Tengo la impresión de que está nervioso, fuera de sí –dijo mirando a Randi. Le habían presionado para que dijera dónde estaba su hija, le preguntaron si había hablado con ella sobre la herencia de Egge.

–¿Te has fijado en su comportamiento?

–Parecía cansado, descuidado y algo alterado, pero tal vez no sea tan raro –dijo Randi entrando en el ascensor–, su reacción me pareció natural.

Cato Isaksen entró tras ella y la puerta se cerró. En el ambiente flotaba un olor a colonia.

El ascensor paró en el primer piso y salieron.

–Bueno –dijo Randi–, tanto en su casa como en el despacho le hemos presionado con preguntas sobre su esposa, y hemos hecho comprobaciones de sus coartadas a todos los niveles –saludó a la recepcionista con un gesto de la cabeza.

–Creo que ha llegado el momento de poner en búsqueda a Kari Helene y a Greta –dijo Cato Isaksen.

–Tenemos que esperar al 22 –las puertas de cristal se abrieron y salieron al

exterior.

Él le dedicó un esbozo de sonrisa.

–Por cierto, ¿quién de nosotros estuvo en contacto con Bieler ayer? Dice que ayer también lo interrogaron.

Randi se pasó una mano por su cabello claro.

–No lo sé –dijo precipitadamente–, tendrás que comprobarlo cuando llegues a la comisaría.

Cato Isaksen empujó la llave y la cerradura emitió un pitido.

–No he recibido notificación de que ninguno de los nuestros hablara con él ayer. Es Marian, otra vez –apretó los labios.

Randi Johansen se quitó los guantes con los dientes y abrió la puerta del copiloto. Esa mañana se había filtrado la noticia de que Marian era la heredera del director de la Policía Judicial.

–¿Paramos a comer algo camino de la comisaría?

–Sí, supongo que nos da tiempo –Cato Isaksen echó un vistazo rápido al reloj.

–Juha Sakkonen viene a las once. Si no se presenta esta vez, iremos a buscarle.

Juha Sakkonen fue hasta la mesa, apoyó las palmas sobre el tablero y se inclinó hacia el pequeño espejo con el marco naranja de plástico. Miró un instante su foto de niño, antes de volver al espejo. Tenía el careto blanco, como un fantasma, y estaba a punto de estallar por sentimientos que se concentraban en una sola necesidad, librarse... o, mejor dicho, escapar. Kari Helene había llamado a las dos de la madrugada, desde el móvil del conductor de un tráiler. Consiguió decir que iba de camino, y que tenía que abrirle la puerta.

Puso recta la espalda, tomó aire y pensó que era un idiota. Esto era demasiado para él. ¿Cómo iba a poder ayudar a esa montaña de grasa? Le había dejado su cama. Él había dormido en la butaca tapado con una manta. Ella acababa de ir a la estación Sur de Oslo para comprar comida. Él preparó café, se sentó al borde de la cama y chupó un terrón de azúcar. El frigorífico zumbaba. El tranvía pasaba por la calle. Había tenido que prestarle dinero. *Él*, que apenas tenía nada para sí mismo. Todo era absurdo. Tal vez debería mandar la herencia a la mierda, largarse y volver a juntarse con gente que dormía a la intemperie.

Marian estaba en bata y zapatillas, mirando fijamente su rostro en el espejo colgado sobre la cómoda del recibidor, cuando sonó el móvil. Era Juha. Hablaba y hablaba, le contó que Kari Helene Bieler había ido a su casa por la noche. Su padre la había ingresado en contra de su voluntad en un lugar

llamado Hagelia, en lo más profundo de Maridalen, pero había conseguido escaparse.

–¡Hostia! –dijo Marian decidiendo saltarse la ducha. ¿Por qué había mentido John Gustav Bieler sobre dónde estaba su hija? Había asegurado que estaba con su madre.

–No habla mucho.

–Tengo que hablar con ella, Juha.

–No creo que quiera.

–Me visto y voy inmediatamente. Debería haber llegado al trabajo hace una hora, pero esto es importante.

–Vale, pero ahora está en la estación Sur de Oslo. Voy a buscarla y nos vemos allí.

–Llegaré dentro de veinte minutos.

Marian dejó el móvil. John Gustav Bieler *estaba* implicado. Su hija no se había marchado con Greta Bieler. Su hija sabía algo.

Fue a la cocina y engulló de un bocado lo que quedaba del sándwich de queso, se bebió el café templado a grandes tragos y fue al salón, donde su ropa estaba tirada por el suelo en un montón. Se la puso de cualquier manera. Sobre la mesa del salón estaban la cazuela sucia y la lata de cerveza de la noche anterior. Birka, con la cabeza gacha y las patas separadas, esperaba emocionada a que ocurriera algo.

–Tienes que quedarte en casa, Birka. Puede que no tenga espacio en la furgoneta. Túmbate bien, en la butaca. La perra fue despacio hasta el dormitorio y saltó sobre la cama sin hacer.

Marian se puso la cazadora de piel, metió los pies en los botines y se colocó el cabello con las manos. Luego cogió la bolsa con los papeles, se metió el *pen drive* en el bolsillo y bajó corriendo por las escaleras, cruzó el portal hasta la calle, pero de pronto no recordaba dónde había aparcado. Después de buscar unos minutos encontró la furgoneta en una bocacalle. Abrió el maletero y tiró la bolsa dentro. Casi no quedaba gasolina en el depósito.

En el desvío hacia la estación Sur de Oslo giró a la derecha y entró en el aparcamiento subterráneo. No podía entender por qué Martin nunca le había mencionado a Kari Helene y a Juha. ¿Le contaría Kari Helene algo importante? ¿Era John Gustav Bieler tan siniestro como a ella le había parecido? Los padres pueden ser un auténtico infierno. De pronto, surgido de la nada, tuvo un buen recuerdo de su madre adoptiva. Tenía que escribir una redacción para la clase de Lengua. Ella dijo que no tenía nada sobre lo que poder escribir. Su madre negó con la cabeza: *Alguien como tú puede escribir sobre cualquier cosa. ¿Alguien como yo? La profesora ha presumido de ti* –dijo su madre–, *ha dicho que alguien con tu fantasía llegará muy lejos*. Recordó de repente la intensa alegría

que ese halago le había producido. Luego se puso a escribir la historia de una niña que podía volar entre riscos. Pero *llegar muy lejos*, ¿había, de alguna manera, llegado lejos? *Demasiado* lejos, sería la expresión adecuada tal vez.

La estación estaba llena de gente. Le vio inmediatamente. Juha venía hacia ella con las manos en los bolsillos. Marian fue a su encuentro. Él señaló hacia una persona muy grande con un abrigo acolchado que estaba sentada en un banco comiendo una hamburguesa y bebiendo un refresco de cola. Chupaba el ketchup de sus dedos y bebía de la botella. Marian la miraba fijamente. Tenía los ojos muy hundidos en las gruesas mejillas, el pelo apelmazado caía grasiento a un lado de su rostro, lleno de rojeces. Comía, masticaba y bebía, comía, masticaba y bebía mientras fijaba la mirada inerte en el vacío y se secaba la mano en el pantalón negro de chándal.

Kari Helene Bieler a duras penas cabía en el asiento del copiloto. Juha se sentó detrás. Marian los miraba alternativamente por el retrovisor. Kari Helene tenía la mirada fija en el parabrisas delantero. Marian sujetaba el volante con fuerza. La palma de las manos le picaba por el sudor. No se atrevía a preguntar nada, se limitó a entrar en una gasolinera para llenar el depósito; después, volvió a sentarse en el coche y siguió con los dos pasajeros en dirección a la calle Hesselberg.

Kari Helene Bieler se quitó el abrigo y lo colgó de un pequeño perchero en el estrecho recibidor. Birka se frotaba contra su pierna mientras movía el rabo. Marian y Juha ya estaban en la cocina. Kari Helene apoyó una mano en la pared, se quitó las botas de nieve y las empujó con el pie hacia la cómoda, luego entró en el pequeño salón.

Miró a su alrededor. Estaba sobrecargado y desordenado. Detrás de la puerta había una mesa de trabajo estrecha pegada a la pared. Un ordenador, un fax y una fotocopidora se alineaban sobre el tablero de pino cubierto de periódicos viejos, libros y bolígrafos. Del respaldo de la silla de oficina colgaba sin la funda un edredón con rotos. El desgastado sofá era desproporcionado para esa habitación. Una manta de lana de color claro llena de minúsculos pelos de perro cubría los asientos. Sobre la mesa había una cazuela sucia con un tenedor dentro y una lata de cerveza.

–Voy a preparar café –gritó Marian desde la cocina.

Kari Helene vio su cara reflejada en la pantalla entre marrón y gris del televisor. Parecía como si el cuerpo le doliera por todas partes. Tenía frío, náuseas. La perra la miraba desde el quicio de la puerta. Sus ojos eran claros. La oía respirar. Se oían los golpes que daba con el rabo en el marco de la puerta. Se dio la vuelta.

–Llévale este café –le pidió Marian a Juha tendiéndole una humeante taza verde con una rosa estampada.

Él hizo lo que le pedía, luego volvió, metió nervioso las manos en los bolsillos del pantalón y la miró.

–Tiene miedo. No vas a llamar a su padre, ¿verdad?

Marian le observaba. Le gustaba su acento finés. Negó con la cabeza.

–Aquí tienes, toma una taza tú también.

Juha aceptó el café.

–Tengo que ir a prestar declaración con un idiota que se llama Cato Isaksen. Tengo que estar en la comisaría a las 11:00.

–Lo sé. Sólo es parte de los procedimientos habituales. Por la herencia. Te acercaré, tengo que entregar un informe sobre el asesinato de una anciana –indicó con un gesto la funda de plástico que había sobre la mesa.

Sólo era un folio, algo que había improvisado a toda velocidad.

–¿Crees que Kari Helene puede quedarse aquí sola mientras tanto?

Él la miró, luego se encogió de hombros con indiferencia.

–Tienes que hablarle a Cato Isaksen de tu madre, Juha.

–No, no pienso decir ni una palabra de mamá.

Juha miró a su alrededor en la gran recepción. Había montones de policías que iban de un lado para otro a toda velocidad. El techo era muy alto. Grandes superficies de vidrio permitían pasar la luz. Arriba del todo colgaba una retorcida obra de arte en acero.

Había muchas ventanillas alineadas. La gente esperaba su turno, de pie y sentada.

–¿Quieres que te acompañe al departamento? Está en la sexta planta –dijo Marian–, de todas formas tengo que pasar a dejar este informe y luego tengo que ir a Sandvika a solucionar un asunto.

–Esperaré un poco aquí abajo –dijo Juha tragando saliva.

–¿Por qué? Es sólo rutina, Juha. Si no subes, vendrán a buscarte. Es mejor dejarlo hecho –gesticuló agitando la carpeta.

–Vale, vale, ahora subo.

–¿Volverás a la calle Hesselberg por tu cuenta? Voy a preparar algo de comida.

Él abrió mucho los ojos.

–¿Vamos a comer juntos?

Marian asintió.

Él esbozó una sonrisa, se pasó la mano por la cabeza pelada y volvió a sonreír.

–A Kari Helene le gusta comer –dijo.

Marian movió la cabeza.

–¿Hice mal en dejarla sola con la perra?

–No lo sé.

–Pensé que no se sentiría sola con Birka estando allí.

Cuando se marcharon, Kari Helene estaba sentada en el centro del sofá con las manos en el regazo. Birka estaba tumbada a sus pies y la miraba con curiosidad.

–Será mejor que no le digas a Cato Isaksen que Kari Helene está conmigo, Juha. Quiero decir que... me gustaría hablar con ella antes de que... de que se la lleve para interrogarla. Sería bueno esperar un poco, ¿no crees?

Juha la miró. Luego asintió con un gesto.

Cato Isaksen estaba allí cuando ella salió del ascensor.

–¿Hablaste con John Gustav Bieler ayer, Marian?
Se quedó helada, antes de girar y pasar a su lado tranquilamente.
–Tengo que entregarle algo a Billington –dijo agitando la funda de plástico con el folio solitario.
Él la siguió con la mirada.
–No has contestado a mi pregunta.
Se paró, dio la vuelta y retrocedió un par de pasos.
–Creo que John Gustav Bieler miente, Cato.
–¿Eso crees? ¿En qué sentido? ¿Tienes algún fundamento para decir eso?
–No, en realidad no.
–¿Otra vez tu intuición? Randi opina que no es...
–Creo que es listo. Es complicado.
Empezó a caminar otra vez. Cato Isaksen la siguió.
–Ejerce influencias en la clase política y en la administración pública, y sólo busca ganar dinero.
–¿Sabes algo que yo no sepa, Marian? ¿En qué te basas para llegar a esas conclusiones?
Marian no podía contarle que Kari Helene estaba en su casa.
–¿Qué es lo que quieres decir en realidad? –repitió Cato Isaksen.
–Puede tener contactos políticos a alto nivel a través de su trabajo en Construcciones Pedagógicas. Creo que utilizaba a Martin. Vas a interrogar a Juha Sakkonen ahora, ¿verdad?
–Sí.
–Está abajo en recepción. Está muerto de miedo, no se atreve a subir.

Después de dejar el escuálido informe sobre el asesinato de Helga Hansen en la mesa de Stein Billington, afortunadamente sin verle el pelo, volvió a su despacho y hojeó deprisa las páginas de la documentación de la Policía Judicial sobre el caso Egge que le habían dado antes de apartarla de la investigación. Puso la foto que Jorunn Hagemann había enviado al móvil de Martin en el ordenador y la observó ampliada un momento. Jorunn Hagemann con su madre delante del abeto de Navidad. Tenía buen aspecto, la bella Jorunn. Las bolas rojas, las cestitas y las tiras doradas de espumillón colgaban perfectas de las ramas.

Marian levantó la vista hacia Irmelin Quist, que pasaba por la puerta y se asomó un momento:

–Enhorabuena..., por lo de la herencia y eso.

Marian sonrió forzosamente y apagó el ordenador.

Irmelin Quist desapareció y Marian echó un vistazo a la puerta cerrada de la

sala de interrogatorios, antes de bajar en el ascensor y meterse en el coche.

Salió de prisa del aparcamiento, aceleró y abandonó el centro. Tomó la E-18, cogió el carril que indicaba Drammen y fue en dirección a Sandvika.

Juha Sakkonen estaba en la sala de interrogatorios. Cerró los ojos. La fría luz de la lámpara del techo traspasaba la fina piel de sus párpados. Abrió los ojos de nuevo y miró a Cato Isaksen. La habitación parecía un aula, una de esas pequeñas donde te dan clases de apoyo. Le sirvieron un vaso de agua con gas. No le gustaba el agua con gas.

Tuvo que dejar sus huellas dactilares en un papelito. El investigador le cogió el dedo índice y lo apretó contra una cinta negra. Había decidido contestar que no a todas las preguntas que le hicieran, por si acaso.

El investigador encendió la grabadora y leyó su nombre y su número de identificación personal. Juha Sakkonen estaba delgado y presentaba indicios de envejecimiento prematuro, típico de los casos de malnutrición continuada.

—¿Por qué crees que vas a heredar tanto dinero de Martin Egge? —empezó.

Juha Sakkonen estaba sentado de lado sobre la silla. Encogió los hombros con indiferencia.

—No es *tanto* si quieres comprarte un sitio para vivir. Quiero decir, hay condiciones. Lo va a controlar una poli. Trabaja aquí.

Cato Isaksen esbozó una sonrisa.

—Esto es, sobre todo, una toma de declaración a un testigo, pero también una comprobación de tu coartada, Juha. No eres sospechoso. Sólo tenemos que tener claro dónde estaban todos los que, de una manera o de otra, tenían algo que ver con Egge. ¿Dónde estabas tú cuando atropellaron al director de la Policía Judicial?

Juha le miró. Ésa era una pregunta trampa.

—No lo sé —contestó despacio—, supongo que en el albergue.

Tuvo mala conciencia. Esa sensación que siempre tenía, hubiera o no hecho algo malo.

—¿Qué quiere decir con toma de declaración como testigo? Yo no he visto nada. No sé nada. Estuve en casa de Martin el día 26, eso es todo.

—¿Tienes algún testigo de que estabas en el albergue la noche del 28?

—No, estaba en solitario.

—¿En solitario?

—Sí, solo.

—¿Conduces?

—No.

—Y la mañana del día 29...

—No he matado a Martin.

–Puedes contarnos algo de tu pasado. Hemos visto que tu madre...

–No quiero hablar de mamá.

–¿Martin Egge la conocía?

Juha Sakkonen miraba las burbujas del vaso de agua con gas, luego giró la cabeza y miró hacia el pasillo a través del cerramiento de cristal. Se quedó callado como una tumba.

Marian dejó el coche en una de las plazas de aparcamiento del puente, cerca del blanco ayuntamiento; puso dinero en el parquímetro y se apresuró hacia la biblioteca. Era un edificio moderno y colosal, de hormigón, y estaba junto a la nueva Casa de la Cultura, de vidrio y acero.

La biblioteca estaba en silencio. Eran las 11:20. Una bibliotecaria vestida con un jersey rojo y una ceñida falda negra le sonrió empujando un carrito con libros entre dos estanterías. Marian echó un vistazo de reconocimiento al interior. Los ordenadores estaban aislados y alineados junto a los grandes ventanales que daban a la calle peatonal. Si tenía suerte, tardaría poco. Por un instante pensó en Birka, en cómo estaría la perra.

Un chico de unos 12 años estaba sentado frente a uno de los ordenadores, jugando. Marian le ignoró y se sentó tan lejos de él como pudo. ¿Por qué no estaba ese crío en el colegio?

Se conectó deprisa y creó una nueva dirección de correo electrónico, pt@yahoo.no y la dio de alta. Las letras pt correspondían a Puño de Tigre. Una tontería, pero nadie conocía su antiguo nombre y tampoco estaba registrado en parte alguna. Ella tenía el documento original, estaba junto con los papeles de la adopción. Sólo se lo había enseñado a Martin, y él estaba jodidamente muerto. Metió la mano en el bolsillo y sacó el pendrive, adjuntó los documentos al mensaje con la información y lo envió todo a halvordersen@policijudicial.no, con copia al buzón general de la Policía Judicial, que encontró en Internet siguiendo el enlace «botón rojo». Encabezó el texto con unas breves frases informativas que decían:

Información relevante sobre el asesinato del director de la Policía Judicial. Angelina Sakkonen, madre de Juha Sakkonen, pudo no haberse puesto la sobredosis ella misma. Véase la nota manuscrita en la que Egge la relaciona con el resto de los nombres. La hija de Bieler, Kari Helene, ha estado ingresada en contra de su voluntad en una clínica psiquiátrica. Ha conseguido huir. Tiene miedo de su padre.

John Gustav Bieler estaba en el salón de su casa señorial. Se hurgaba los dientes con un palillo y bebía a morro de una botella de whisky. Miraba

fijamente el dibujo de la alfombra persa. Se había ido a casa en cuanto los policías abandonaron su oficina.

Se puso de pie y cerró las cortinas de un tirón. Si aparecía Kari Helene, no sabría qué hacer con ella. Los policías no habían dicho una palabra de que se hubiera escapado. Parecía que no lo sabían. Eso quería decir que no le había denunciado. ¿Qué estaba pasando?

Tenía el original de la nota de suicidio que ella había escrito, a Tove Kvamme le dio una copia. Si la policía hacía una prueba grafológica de la carta, verían que era auténtica. Tenía que sacarle todo el partido. Tal vez nunca encontrarán a Greta. Rastreaba las noticias en los periódicos y en Internet. No había nada que relacionara a la vieja pájara de Helga Hansen con él. Había leído que la policía se había asegurado muestras de ADN en el lugar de los hechos, pero mientras él no tuviera que dar muestras de sangre o cabello por alguna otra razón, el caso quedaría sin resolver. Tenía que evitar como fuese llegar a esa situación, evitar conducir bajo los efectos del alcohol e impedir que lo detuvieran por cualquier tontería. Ansiaba desesperadamente liberarse de la red que se estaba tejiendo a su alrededor.

Marian paró en el centro comercial de Høvik para comprar comida gourmet. Estaba deseando llegar a casa para tratar de sacarle algo, por fin, a Kari Helene Bieler. Pero había que hacerlo de manera adecuada, eso lo había comprendido.

Donde se encontraban los productos frescos, cogió empanada de tomate, calabacín, setas, jamón y cebolla. Pensó que la comida podría servir para romper el hielo con Juha y con Kari Helene. Al chico de la carnicería le pidió que cortara unas lonchas finas de ternera asada y que llenara de albóndigas un recipiente grande. Compró ensaladilla de patata con puerro y maíz, salsa especial y patatas fritas aderezadas con pimienta de Jamaica, hierbas y alcaparras.

En la pescadería escogió una bandeja grande de sushi. Compró cerveza y refrescos, una buena mantequilla, una lata de melocotones, un bote de nata y, para terminar, tres tipos diferentes de queso, pan fresco y una tarta de mousse de chocolate blanco y negro con una hermosa decoración. En casa tenía vino.

Desde el coche hizo tres llamadas breves. Una al despacho del abogado, pidiendo disculpas por no haberse puesto antes en contacto con ellos, y otra a Stein Billington.

–No me encuentro muy bien, pero mañana estaré allí.

Después llamó al departamento de admisión de pacientes de la clínica privada Hagelia de Maridalen, y acordó un encuentro con el director para esa misma tarde. Esperaba que la información que había enviado a la Policía Judicial no posibilitara que otros pudieran llegar antes que ella.

Juha y Kari Helene la esperaban en el piso. Birka iba de uno a otro moviendo el rabo. Kari Helene había recogido y fregado. Marian notó que olía mucho a sudor.

–Es la primera vez que alguien me ha recogido la casa, Kari Helene. ¡Qué bien!

Kari Helene se sonrojó, bajó la mirada y se colocó el graso cabello detrás de las orejas.

Marian notaba el enorme alivio que le suponía el que la Policía Judicial hubiese recibido todas las anotaciones de Martin. Juha la ayudó con las bolsas. Le preguntó cómo había ido la declaración. Él no quería hablar de eso. Puso las bolsas sobre la mesa de la cocina y fue sacando las cosas cuidadosamente, una a una. Kari Helene las iba cogiendo y colocando en línea sobre la encimera recogida. Marian fue al dormitorio y se cambió. Se quitó el jersey y se puso una

túnica negra y turquesa. Luego fue al baño y se lavó la cara, se peinó y se puso brillo en los labios.

De vuelta a la cocina, abrió una botella de Sancerre La Terre des Anges 2008 y lo sirvió en unos vasos altos sin preguntarles si querían, se limitó a dárselos. Kari Helene y Juha los aceptaron.

–Brindemos –dijo Marian levantando su copa–. Bueno, ¡por Martin! –dijo con voz serena.

Con las mejillas encendidas, Kari Helene levantó la copa y dio un pequeño sorbo. Juha tomó un trago largo, tragó y volvió a beber al instante. Su nuez parecía un yoyó que subía y bajaba por su garganta.

–¡Por Martin, claro! –corroboró Juha.

Marian sólo se mojó los labios. Tenía que ir a Maridalen más tarde, pero no dijo nada de eso. Apartó a Birka con la pierna.

–A ti te daré de comer luego.

Juha tenía agujeros en los calcetines. Su dedo gordo asomaba.

–Voy a buscarte un par de calcetines de lana gorda, Juha, el suelo está helado.

Juha dejó la copa sobre la encimera y se puso los calcetines a toda prisa. Kari Helene era inmensa a su lado. No decía ni una palabra.

Marian abrió un armario de cocina y sacó tres platos de cerámica verde intenso.

–Encontrarás un mantel en la cómoda del recibidor, Kari Helene. Luego puedes poner la mesa de la cocina con estos platos. No sé si tengo servilletas, pero encontrarás cubiertos en el cajón de arriba, Juha.

–Podemos usar papel higiénico –rió Juha, sirviéndose otra copa de vino de la botella.

–Puedes coger los dos candelabros de la ventana del salón, Juha. Hay velas aquí –y dio una patada con el pie al cajón de debajo de la cocina.

Marian colocó con esmero en la encimera la comida en fuentes, y la empanada y las patatas las puso en recipientes para el horno, que puso a calentar. Pronto la cocina se llenó de un agradable olor a comida.

Mientras Kari Helene ponía la mesa y Juha encendía las velas, cortó rebanadas de pan gruesas y las puso en una cesta; luego, vació el contenido de su copa en el fregadero y la llenó de zumo de manzana. Puso la tarta en un plato con pie alto y la lata de melocotones en un bol. Marian sacó las fuentes del horno y las dejó sobre la placa eléctrica. Se acoplaron alrededor de la pequeña mesa de la cocina.

–Estamos estrechos, pero donde caben dos, caben tres.

Juha quería cerveza. Marian le dijo que cogiera una de la nevera. Ella bebió un poco de zumo de manzana, sintiendo una gran inquietud, que al instante se convirtió en profunda calma. Era como si, de pronto, alguna fuerza interior le

hubiera proporcionado una nueva forma de conciencia. Como si ahora tuviera amigos y hubiera una esperanza de futuro para los tres.

Juha se dejó caer sobre la silla de nuevo, dio un trago a la lata de cerveza y la dejó con un golpe sobre la mesa.

–Todo te irá bien, Juha –soltó Marian.

Él la miró sorprendido. Por un momento se sintió inseguro. ¿Qué quería decir con eso? La felicidad era algo por lo que había que pagar; si llegaba en grandes dosis, podía resultar muy cara.

Comieron en silencio durante unos minutos, antes de que Marian se dirigiera a Kari Helene.

–Entonces, ¿fue tu padre quien te llevó a esa clínica?

Kari Helene masticaba. Miraba fijamente la pared frente a la mesa de la cocina, después miró a Marian a los ojos durante un par de segundos. Tomó otro pedazo de empanada y lo tragó con un sorbo de vino.

Marian observaba sus ojos verdosos. Algunas personas tienen ojos así, brillantes, como si la luz proviniera de su interior. Por un instante vio lo bonita que era Kari Helene en realidad, lo guapa que podría llegar a ser si toda la grasa desapareciera.

–Te odias a ti misma –dijo repentinamente–, puedes volver a una vida normal si te atreves a ser vista. No tiene ningún misterio, Kari Helene. Yo he hecho lo mismo durante años. Parece como si Martin nos hubiera elegido con mucho cuidado.

Juha rió.

–Háblanos de tus padres, Marian.

Marian se quedó callada, luego contó:

–Soy adoptada, eso hace mucho que lo habréis deducido, por supuesto. Mi madre tiene Alzheimer, vive en una residencia en Stovner. He cortado todo contacto con ella.

–¿Por qué?

–Cuando tenía 16 años intentó matarme. Mi madre arruinó mi vida, pero ella nunca ha sentido que hiciera nada malo. Muchas veces he tenido ganas de coger el coche, ir a la residencia y decirle que la he perdonado.

Kari Helene se reclinó en su silla.

–Pero no lo he hecho –continuó Marian–. ¿Sabéis por qué? Porque decir que perdonas a alguien que no cree haber hecho nada malo es una especie de técnica de dominación.

Juha tragó.

–¿Y tu papá?

–Vive en el piso en el que me crié. O al menos eso creo.

–¿Qué opina de que Martin te haya nombrado su heredera?

–No dice nada, no lo sabe. No le he visto desde hace muchos años.

–¿Por qué? ¿Te ha hecho algo?

–Nunca me ha hecho nada. Ése es el problema.

Juha pinchó una albóndiga con el tenedor y la mojó en la mayonesa.

–No creo que Martin esperara que estuviéramos aquí sentados los tres hasta que yo tuviera sesenta años y vosotros cincuenta –dijo Marian–, pero sabía que nos entenderíamos.

–Es una locura –dijo Juha masticando.

Se levantaron y volvieron a servirse. Kari Helene comía en silencio, con el rostro inclinado sobre el plato.

Juha sacó un cigarrillo y lo encendió. Notaba cómo se sentía más seguro de sí mismo cuanto más bebía.

–He pasado tanto tiempo solo... –miró a Marian–. ¿Y tú qué recuerdas de Corea?

–Nada –dijo ella.

Juha la contemplaba.

–¿No te recuerdas nada de antes de llegar a Noruega?

–Voy a ser honesta: estoy muerta de miedo ante la posibilidad de recordar –probó la ensaladilla de patata.

Juha dio una profunda calada al cigarrillo.

–Creo que recuerdas algo.

–Sólo el sonido del mar, que estaba sucia y tenía arena en las piernas, que los granos de arena me picaban en la nariz y hacía frío. Y a un anciano desdentado, que no conseguía darme comida suficiente y que lloró cuando me llevaron.

–Entonces recuerdas algo.

Marian notó que de pronto tenía el llanto en la garganta.

–Está claro que me gustan los viejos –intentó sonreír–, recuerdo que hacía frío en el avión camino de Noruega y que me dieron un oso de peluche marrón cuando aterricé en el aeropuerto de Fornebu. Mi madre adoptiva me lo quitó cuando tenía cuatro años y medio. Lo metió en la trituradora de basura.

Kari Helene la miraba fijamente. De pronto dijo:

–Yo recordé algo.

Marian y Juha la miraron.

Marian sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral.

–¿Qué recordaste?

Kari Helene levantó un poco la cabeza, pero no miró a los ojos de ninguno de ellos.

–No fui yo. Iba a hablar con Martin.

Marian se inclinó hacia delante y puso una mano sobre su brazo.

–Yo, desgraciadamente, recuerdo todo lo que tiene que ver con mi madre –

dijo Juha apagando el cigarrillo en el plato.

Marian, irritada, le lanzó una mirada.

–¿Hablaste con Martin, Kari Helene?

Ella negó con la cabeza.

–Ojalá no estuviera muerta –dijo Juha.

Marian quitó unas migas del mantel con la mano.

–No olvides que los muertos no añoran volver, Juha. Tu madre no da pena, tú eres quien da pena.

Los ojos de Juha se humedecieron.

Marian volvió a girarse hacia Kari Helene. De pronto tuvo la corazonada de que *ella tampoco* tenía madre.

–¿Por qué crees que tendrás las joyas de Marit, Kari Helene?

Kari Helene Bieler la miraba fijamente.

–No lo sabes, pero las tendrás. Las tendrás porque eres hermosa.

–No sabe nada de esas joyas –afirmó Juha.

–Pero ahora lo sabe –dijo Marian–, no creo que debas volver a casa, Kari Helene. ¿Quieres quedarte aquí esta noche? Puedes dormir en el sofá. ¿Puedes contarme lo que pasó con tu hermano pequeño?

–No fui yo –susurró con voz ronca.

–Si no se va a ir a casa, propongo dejarle mi habitación en el albergue –dijo Juha bajito–, así podré quedarme yo aquí esta noche.

Marian redujo la velocidad al aproximarse al lugar donde había vivido Helga Hansen. Empezaba a oscurecer. Agarró con fuerza el volante, relajó la presión sobre el acelerador y echó un vistazo a la derecha, hacia el lugar donde los técnicos opinaban que había habido un coche aparcado en Nochevieja. A duras penas vislumbraba la cinta del cordón policial junto a la casa. Se extendía entre la terraza y un árbol.

Kari Helene decía que ella no había sido. ¿Qué ocurrió realmente cuando murió su hermano pequeño? Ahora no debía presionarla, sino intentar que se sintiera segura.

Siguió adelante, dejando atrás una cochera de autobuses y un paso elevado, en dirección a Hageli. Diez minutos más tarde había llegado. Un edificio bajo, con aire de nave industrial, estaba bella y aisladamente situado en un montículo, junto a la linde del bosque. Había dos coches aparcados junto a un murete parcialmente cubierto de nieve que hacía de límite con el bosque. Marian aparcó junto a los otros coches, apagó el motor y salió. La pesada puerta de arce estaba cerrada. Llamó al telefonillo pero no ocurrió nada. Sólo la tercera vez que llamó se oyó un leve chisporroteo antes de que una voz femenina contestara.

–Soy de la policía –dijo Marian.

Le indicaron que pasara por un largo pasillo al que daban algunas puertas de las habitaciones. La directora, con el cabello gris muy corto y que se presentó como Tove Kvamme, preguntó si John Gustav Bieler los había denunciado.

–Sólo me ha pedido que tenga una charla con usted –mintió Marian.

–He intentado hablar con él por teléfono, pero no me contesta.

–Ella está a salvo.

–Gracias a Dios –dijo Tove Kvamme.

A través de las ventanas se podía ver un cuarto de estar que estaba al otro lado del pasillo. Unas cuantas personas de diferentes edades se encontraban reunidas allí. Una de ellas hacía punto y miraba la televisión al mismo tiempo. «Esto es un lugar de gestión privada para gente con dinero», pensó Marian.

–Se trata de una situación muy incómoda para nosotros –continuó Tove Kvamme y le mostró a Marian el camino hacia su despacho–, me preocupa que la prensa se entere.

–¿Qué impresión tiene de John Gustav Bieler?

Tove Kvamme tomó asiento tras el escritorio.

–Siéntese en esa silla, si le parece.

Marian se sentó.

–Mi impresión es que John Gustav Bieler es muy buen padre. Quería proteger a su hija de sí misma. No puedo perdonarme que haya podido escaparse, es una suicida en potencia. Debería haber sido imposible, pero tenemos un chico joven trabajando en la cocina... Olvidó cerrar la puerta del sótano.

–¿Qué quiere decir con que es una suicida en potencia?

–Ha escrito una nota de despedida. John Gustav Bieler me dio una copia.

Tove Kvamme se levantó y abrió un cajón del escritorio, sacó la carta y se la entregó.

Marian la leyó:

No soporto seguir viviendo. Para vosotros será mejor si muero yo también.
Siempre habéis deseado que Gustav viviese. Le querías mucho más que a mí.
Kari Helene

Marian levantó la vista.

–No está fechada.

–No. No sé cuándo fue escrita.

–¿Y la madre de Kari Helene? –dejó la copia sobre la mesa.

–Es con el padre con quien hemos tenido contacto. La trajo el día antes de Nochevieja. Había sufrido un ataque y tenía un brote psicótico. Parece que la madre, completamente agotada de cuidar de su hija, se ha marchado para descansar. Kari Helene padece mutismo selectivo y disociación. ¿Sabe lo que es?

–Más o menos. Personas que no quieren hablar con desconocidos..., que no recuerdan.

–La verdad es que he trabajado en psicología del testimonio antes de abrir este centro. Usted que trabaja en la policía seguro que sabe que nuestra memoria es como la red de un pescador. Tras una experiencia, llenamos los agujeros con información adicional. Alguien que padece mutismo selectivo puede y quiere hablar, pero en muchas ocasiones no lo consigue. Kari Helene estuvo completamente muda en sus años escolares, por eso dejó el colegio después del décimo curso. He hablado con su profesora. Más de la mitad de los que padecen mutismo selectivo tienen también un leve retraso en su desarrollo. No sé si sabe cuál es su aspecto.

–Sí.

–Padece un sobrepeso enfermizo. Come cantidades ingentes de alimentos poco saludables a diario. La disociación consiste en que el cerebro puede separar distintas impresiones sensoriales para olvidar situaciones difíciles. ¿Supongo que sabe que su hermano pequeño falleció de forma dramática?

–Murió de muerte súbita, ¿no es así?

Tove Kvamme suspiró profundamente.

–John Gustav Bieler ha reconocido que él y su mujer no lo hicieron bien al hablar con su hija de la defunción. Su propia pena era demasiado grande. Eso ocurre a menudo.

–Kari Helene ha dicho que *ella* no fue. ¿Qué cree que quiere decir con eso?

–Hay muchas probabilidades de que los recuerdos que uno tiene de la infancia no sean reales –continuó Tove Kvamme muy seria–. Yo tengo obligación de respetar la confidencialidad.

–Pero estamos hablando de una investigación policial.

–¿Lo es? Pero que consiguiera huir no tendrá nada que...

–La verdad es que estamos investigando esa muerte infantil en relación con otro caso. Ha pasado mucho tiempo, pero pensamos que...

Tove Kvamme la observaba.

–¿Qué otro caso?

–Tengo que pedirle que me cuente lo que sepa.

–Bien. Lo que es importante en el caso de Kari Helene es que la memoria no es fotográfica, sino reconstructiva y extremadamente influenciabile.

Sus palabras quedaron unos instantes flotando en el ambiente. Marian miró fijamente por la ventana hacia el oscuro bosque de abetos. Pensó en su propia negación de la memoria, en su resistencia a recordar. Tal vez el sueño del anciano en Corea fuera cierto, y tal vez la visión que tenía de su madre adoptiva no cuadrara.

Tove Kvamme continuó.

–Mi marido es catedrático de Medicina conductiva, ha dado clase a estudiantes de psicología durante veinticinco años y es empleado por el sistema judicial para probar o negar la credibilidad con base científica. Sin un punto de vista crítico, las fantasías pueden desarrollarse hasta provocar auténticos desastres en pacientes con problemas psicológicos, especialmente en lo que respecta a su familia y amigos.

–¿Qué está intentando decir?

–Su padre dice que ella, de pronto, afirma recordar que las cosas no ocurrieron como ocurrieron.

–¿Qué quiere decir?

–Hablabla de que había un polvo blanco en la alfombra cuando su hermano murió.

Marian abrió muchos los ojos.

–¿Un polvo?

–Kari Helene se aferra a esos falsos recuerdos porque quedará como una mentirosa si se aleja de ellos –dijo Tove Kvamme–. Sufre grandes cambios de humor. Puede volverse agresiva e intratable. Para John Gustav Bieler podría ser una catástrofe. Un hombre de su posición... –se cayó un instante–. Lo que

ocurrió en realidad fue algo horrible. Kari Helene Bieler asfixió a su hermano presionando una almohada sobre su rostro.

El escaparate todavía exhibía adornos navideños. En la puerta habían pegado un cartel. Con una letra cuidada alguien había escrito: *Feliz Navidad. La tienda estará cerrada del 23 de diciembre al 22 de enero, ambos inclusive.*

Roger Høibakk sacó una cámara y fotografió el cartel de la puerta.

–Esta nota me recuerda la de una tienda de Grønland, Cato. ¿Sabes lo que había escrito el dueño?

Cato Isaksen comprobaba distraído los mensajes de su móvil.

–No –dijo sin prestar atención.

–Tienda cerrado de feliz Navidad hasta buen Año Nuevo –decía.

Cato Isaksen sonrió medio ausente.

–He recibido un mensaje de Bente. Georg probablemente haya contraído la gripe aviar. Típico de este niño, ahora que se ha pasado ya la epidemia.

–No me digas... Mi hijo me ha tenido despierto casi toda la noche. Está colgado de la teta todo el tiempo, como si vigilara para que yo no me pueda acercar –se rió Roger–. Y lo peor es que funciona.

–Un asesinato no es nada comparado con un niño –concluyó Cato Isaksen.

Sonó su móvil. Reconoció el número de Marian. Rechazó la llamada. Volvió a sonar al momento. Era Randi. Contestó.

–Ingeborg va de camino para entrevistarse con Halvor Lydersen en este momento –dijo con prisa–. Parece ser que ha llegado información de forma anónima a la Policía Judicial en un correo electrónico. Quiere que estés en la comisaría cuando vuelva. Te llamo para asegurarme de que irás para allá y no a casa.

Cato Isaksen miró a Roger Høibakk.

–No me iré a casa. Estaré allí cuando Ingeborg regrese. En la puerta de la tienda de Greta Bieler pone que volverá a abrir el día 22, pero faltan once días hasta entonces. No podemos esperar tanto, especialmente porque no contesta al móvil. Randi, ¿llamas, por favor, al fiscal y pides una orden de registro para que podamos entrar en la tienda?

Marian abrió la puerta del piso. Birka la esperaba moviendo el rabo. Se agachó para acariciarla. La certeza de lo que realmente había pasado cuando el pequeño Gustav Bieler murió no paraba de dar vueltas en su cabeza. El abrigo y las botas de nieve de Kari Helene no estaban. Echó un vistazo al salón, donde Juha dormía en el sofá. Tenía los ojos cerrados y la manta subida hasta la

barbilla, como si tuviera frío. No podía tener frío con toda la ropa puesta. Respiraba acompasadamente, la boca medio abierta. ¿Debía despertarlo? ¿O le daría vergüenza que le hubiera visto dormir?

–Ven, Birka –susurró descolgando el collar de un gancho de la pared–, dejaremos que duerma. Te voy a dar una vuelta rápida a la manzana.

Llamó a Cato Isaksen en cuanto estuvo en la calle. Esta vez contestó.

–Creo que John Gustav Bieler se dedica al crimen organizado –empezó. Él no respondió de inmediato–. Sí, sé que estoy con el caso Helga Hansen, pero...

–¿Por qué dices eso? El crimen organizado implica, según Europol...

Marian presionó el móvil contra su oreja y le interrumpió.

–Sospecho que estamos hablando de delitos graves, actividad a nivel internacional, uso de violencia y amenazas, uso de redes comerciales y financieras, participación en blanqueo de capitales.

–¿Con qué pruebas, Marian?

Ella cerró los ojos.

–Ese bebé que murió... Seguro que Martin lo comprendió todo.

–¿Comprendió qué?

–Creo que no falleció a causa de muerte súbita, creo que ingirió cocaína.

–¿Marian?

–Creo que Bieler manipuló a su esposa y a su hija.

–Tienes que venir aquí y contarme por qué dices todo esto. Ven ahora mismo.

Marian se dio la vuelta y se quedó mirando un escaparate. Vestidos de lana de colores luminosos con corazones en el pecho colgaban uno tras otro.

Pensó en lo que había dicho Tove Kvamme. *Kari Helene Bieler asfixió a su hermano presionando una almohada sobre su rostro.*

No era cierto. Creía saber cómo debía de haber ocurrido todo. Lo de la almohada era una mentira para protegerse. ¿Había matado John Gustav Bieler a Martin por esa razón?

Birka olisqueaba la acera. Los pensamientos vibraban en su cabeza. También podía ser lo contrario.

Los falsos recuerdos eran bien conocidos. *Sin un punto de vista crítico, las fantasías pueden desarrollarse hasta provocar auténticos desastres en pacientes con problemas psicológicos, especialmente en lo que respecta a su familia y sus amigos.*

–Esperaré un poco, Cato. Ya me conoces, dejo que mi intuición...

Él colgó. Marian se quedó un momento observando su móvil antes de volver a guardarlo en el bolsillo.

¿Pudiera ser que John Gustav Bieler realmente estuviese intentando proteger a su hija? ¿Era Kari Helene una asesina? ¿Podía ser todo al contrario de lo que

ella pensaba? En este caso, era posible que Martin hubiera descubierto que Kari Helene había matado a su hermano. ¿Era ésa la razón por la cual había retirado el informe?

Cuando volvió al apartamento, Juha estaba bostezando sentado en el sofá.

–Hola –dijo Marian distraída–, ¿dónde está Kari Helene?

–Simplemente, se fue.

–¿A casa?

–Le di la llave del albergue –Juha se levantó para buscar una cerveza, se sentó en el sofá y encendió el televisor–. Iré a verla mañana por la mañana –gritó.

–Kari Helene tiene miedo de su padre, ¿verdad?

–No lo sé, creo que él opina que necesita tratamiento.

–¿Y tú crees que es así, Juha?

De pronto él estaba en el quicio de la puerta con la lata de cerveza en la mano.

–Sí.

Marian notó cómo se erizaba el vello de sus brazos. No podía contarle a Juha lo del cojín. A Martin también le habían ahogado con una almohada. Podría haber sido Kari Helene.

El director en funciones de la Policía Judicial, Halvor Lydersen, se frotó la cabeza. Estaba junto a la ventana de su despacho en Bryn hablando con Ingeborg Myklebust por el teléfono móvil. Veía pasar los coches a toda velocidad por el nudo de carreteras dirigiéndose a todas las direcciones.

–La información ha sido enviada tanto a mí personalmente como al buzón de pistas de la Policía Judicial. Voy a reenviar todo a tu dirección de correo electrónico, Ingeborg –tomó asiento–. Un tal Corona da una información que indica que hay grandes cosas en marcha. No tenemos ningún dato sobre el tal Corona, pero hemos conseguido localizar la URL desde la que se ha enviado anónimamente el correo electrónico con la información.

–Sí, y...

–La dirección de Yahoo fue creada esta mañana en la biblioteca de Sandvika.

–¿En la biblioteca de Sandvika?

Halvor Lydersen se inclinó hacia delante.

–¿Hay algo que puedas contarme?

Ingeborg Myklebust suspiró.

–Marian Dahle hereda a Egge. Estamos haciendo investigaciones internas dentro de nuestro departamento, pero, por favor, ten la bondad de no preguntar nada más. De verdad que no puedo contarte más en este momento.

–Lo entiendo –dijo él–, ha salido publicado en la Red hace un momento, es cierto que sin dar nombres, pero es fácil deducir que es ella.

–¿Qué piensas al respecto, Halvor?

–No lo sé, Egge tiene que haberse enredado en algo. La mayoría de la gente cree que todos los policías son profesionales, pero no es así. Hay dos cosas que uno puede tener si no es profesional. La primera es amigos; y la segunda, enemigos. Me temo que Martin era demasiado blando. Probablemente eso le ha costado la vida.

–Vístete, Juha. Date prisa.

–¿Por qué?

–Tenemos que ir al albergue, tengo que hablar con Kari Helene. Debo llevarla a la comisaría.

Juha hizo lo que le pedían. Dejó la lata de cerveza sobre la cómoda y se puso la chaqueta. Tenía las botas fuera, en el felpudo.

–¿Viene Birka con nosotros? ¿Qué pasa con Kari Helene? ¿Vas a dejar que

Cato la interroga?

—No, Birka se queda aquí —Marian agarró su chaqueta de piel, cogió las llaves del coche y cerró la puerta.

Fueron hacia el coche. El tiempo estaba cambiando. Una densa capa de nubes grises descansaba sobre los edificios, allá arriba. La niebla hizo crepitar un poste de la luz. Dos niñas de diez u once años pasaron a su lado. Una de ellas rió señalando hacia abajo.

—Botas de gorila —comentó.

Juha miró hacia sus botas negras con puntera afilada. Eran demasiado grandes. «Mierda», pensó. Botas de combate, de cabeza rapada, botas de no-metas-tus-narices-en-mis-asuntos.

Marian condujo por las calles de la ciudad algo más deprisa de lo que debiera. Ninguno de ellos decía nada, hasta que tomó el desvío hacia la estación Sur de Oslo, entonces Juha preguntó:

—¿Vas a dejar que Cato Isaksen la interroga?

—Puede que tenga que hacerlo. Pero intentaré hablar con ella primero. Ella tiene la llave, ¿verdad? ¿Cómo podemos entrar?

—¿Qué ha hecho?

—He preguntado que cómo entramos.

—Hay vigilante —dijo Juha muy serio.

Mujer policía heredera del director de la Policía Judicial. Había una foto grande de una mujer de cabello oscuro. Habían tapado sus ojos, pero era fácil reconocerla. El asesinato de la anciana de Maridalen ya estaba exprimido en las portadas y había sido relegado a un recuadro más abajo.

¡Asesinada con un hacha! Todavía no hay sospechosos del asesinato de Hansen. El ADN del lugar de los hechos no dio ninguna coincidencia con el archivo policial.

Cato Isaksen levantó la vista de la pantalla cuando Ingeborg Myklebust entró en tromba en su despacho.

Tenía un sándwich junto al teclado. Cuatro finas rebanadas de pan blanco, dobladas de dos en dos y mal cortadas, envueltas en plástico.

—Ésta es mi cena, Ingeborg —dijo Cato empujando el envoltorio por la mesa.

—La hija de John Gustav Bieler se ha escapado de una clínica psiquiátrica, Cato. Ven conmigo a mi despacho y verás lo que ha sido enviado de forma anónima a la Policía Judicial. Muchísima información. Halvor Lydersen me lo ha reenviado todo.

Cato se puso de pie a toda velocidad.

–¿Qué clase de información?

–Te lo enseñaré. Ven y verás –caminaron deprisa por el pasillo. Ingeborg Myklebust fue tirando de su chaqueta hasta quitársela–. Tenemos que averiguar en qué clínica ha estado y por qué se encontraba allí. Haz que Randi compruebe todos los hospitales psiquiátricos de la zona.

Kari Helene no estaba en el albergue. Juha corría arriba y abajo llamando a las otras puertas y preguntando si alguien la había visto. Nadie sabía nada.

–Vale –dijo Marian–, entonces nos vamos ahora mismo corriendo a la estación Sur de Oslo. Suele ir a comer allí, ¿no?

–Creo que no tiene nada de dinero. Algunas veces va a la zona de carga de mercancías, detrás de la estación.

–Pero, Juha, por Dios, ¿no puedes ver si ha estado aquí o no?

–No sé. Está siempre tan jodidamente desordenado... No recuerdo dónde estaba cada cosa –Juha Sakkonen echó un vistazo a la habitación y sintió cómo la angustia se abría paso por su cuerpo. No quería seguir viviendo allí.

–Randi ha localizado la clínica, un sitio que se llama Hagelia, en Maridalen –dijo Cato Isaksen mirando a Ingeborg Myklebust–. He llamado a la clínica y resulta que Marian ya ha estado allí. Ahora sí que tenemos que hacer algo, coño.

Ingeborg Myklebust levantó las manos y las cruzó sobre su pecho.

–¿Dijeron algo de por qué Kari Helene Bieler estaba ingresada allí?

–Una tal Tove Kvamme dice que Kari Helene había tenido un brote psicótico. Marian se salta todas las órdenes. ¿Qué demonios vas a hacer al respecto?

–Tienes razón –dijo Ingeborg Myklebust–, tomaré las medidas oportunas con Marian. Ha ido demasiado lejos.

Cato Isaksen se sintió aliviado.

–Tove Kvamme dijo algo más –continuó él–, que Kari Helene Bieler asfixió a su hermano pequeño cuando ella tenía 8 años. Una tragedia terrible que la familia ha intentado mantener oculta durante años. Y que, probablemente, Martin Egge había empezado a remover.

–A Egge también lo asfixiaron con una almohada –Ingeborg Myklebust se pasó deprisa la mano por el cabello. Le miró fijamente–: Ahora debemos concentrarnos en la familia Bieler.

–Bieler dice que no sabe dónde está su hija. Acabo de hablar con él. Lo primero es localizar a Kari Helene. Voy a pedir una autorización de escucha

telefónica y habrá que monitorizar a Bieler. Pongamos en búsqueda a su mujer. Tenemos que hablar con ella.

–¿Puede ser que la familia Bieler tenga más coches? ¿Cuándo va a llegar de Alemania ese análisis de la pintura del coche?

–Tendría que haber llegado ya –dijo Cato Isaksen–. ¿Qué estamos buscando realmente, Ingeborg?

Ingeborg Myklebust le lanzó una mirada de soslayo.

–No siempre sabe uno qué es lo que está buscando exactamente, Cato, pero cuando lo encuentras, lo sabes. Por cierto, que los de Asuntos Internos opinan que la relación de Marian con Martin Egge no era irregular.

Roger Høibakk venía hacia ellos.

–La noticia de los herederos de Egge está en la portada de todos los periódicos. Tiene que ser Marian quien ha heredado. ¿Es ella?

–Sí –dijo Ingeborg Myklebust mirándolo.

Cato Isaksen cogió su teléfono móvil y marcó el número de Marian. Ella contestó inmediatamente.

–¿Estás en casa? –preguntó él.

–No –respondió ella.

–¿Sabes dónde está Kari Helene Bieler?

–No, la estoy buscando ahora en un albergue del centro, donde vive Juha Sakkonen.

–Nuestro reglamento dice que un policía no puede tener relaciones personales con criminales que están implicados en un caso.

–¿Qué quieres decir?

–¿Eres *tú* un delincuente, Marian? Has retenido información, has estado en contacto con la clínica psiquiátrica donde estaba Kari Helene Bieler y con Construcciones Pedagógicas. Has hablado con Bieler sin seguir instrucciones nuestras. ¿Cómo pudiste saber, antes que nosotros, que Kari Helene Bieler había escapado de ese sitio?

Kari Helene estaba en el patio trasero. Observaba las ventanas de la mansión, estaba hambrienta. Dos de las ventanas del salón tenían las cortinas echadas. Los paños de tela estaban torcidos, como si alguien hubiera tirado de ellos a toda prisa. Eso no era propio de su madre. La echaba de menos. Su madre se alegraría de su regreso. El coche de su padre estaba aparcado junto al coche eléctrico. La luz de fuera estaba encendida, aunque era de día. Los bancos de niebla caían sobre los tejados. Se deshacían y pasaban entre las chimeneas como girones. Cogió un ladrillo roto y lo lanzó contra la pared, pero de pronto oyó que alguien entraba y se dio la vuelta. Eran dos hombres. Se agachó detrás del

coche más próximo y apoyó una mano en el suelo. No la habían visto. Los hombres, uno con cazadora de piel y el otro con gabardina azul, pasaron a su lado y entraron en el portal. Se levantó con gran esfuerzo, anduvo pesadamente por el portal y salió a la calle.

John Gustav Bieler estaba impecablemente vestido con un caro traje gris y corbata roja. Rogó a Cato Isaksen y a Roger Høibakk que pasaran. Acababa de ducharse. Llevaba el cabello húmedo peinado hacia atrás.

–¿La han localizado? Estaba a punto de salir hacia la oficina.

–Tenemos varios coches patrulla buscándola. Tendrás que darnos una explicación –Cato Isaksen lo miraba fijamente. Roger Høibakk se acercó a la ventana y abrió las cortinas.

John Gustav Bieler parecía incómodo. Jorunn acababa de llamar, a pesar de que habían acordado que no volverían a hablar pasara lo que pasara. Le preguntó por Greta, dijo que habían retomado el contacto.

–¿Tienes alguna explicación? –repitió Cato Isaksen. Bieler parecía distante, como si pensara en otra cosa. Se dio media vuelta.

–Sólo quería proteger a mi hija... El silencio selectivo puede ser hereditario, pero también puede surgir como una reacción ante un acontecimiento, ser un síntoma de angustia. Así es en su caso. No sé si sabéis lo qué ocurrió –se puso firme y se volvió de nuevo hacia los investigadores.

–Lo sabemos –dijo Cato Isaksen–. Vamos a revisar el caso a fondo. Tendrás que acompañarnos a la comisaría. ¿Dónde estaba ella cuando atropellaron a Martin Egge?

–Kari Helene no conduce –dijo John Gustav Bieler.

–Sabrá conducir...

–No. El coche eléctrico que hay abajo es suyo, o era suyo. Lo voy a vender, pues ni siquiera se ha molestado en sacarse el carnet. Espero que la encontréis –mintió sintiendo los latidos del corazón en su pecho.

Cato Isaksen continuó.

–¿Dónde estaba ella el día siguiente al atropello, a la hora en que Egge murió?

John Gustav Bieler parecía asombrado.

–¿No estarás sospechando de ella?

–¿Has retenido información? Mató a su hermano pequeño. Tú y tu mujer lo habéis ocultado. Martin Egge retiró el archivo con el certificado de defunción el día 28 de diciembre. ¿Dónde crees que puede estar Kari Helene?

–No lo sé. Ahora tengo que irme a trabajar.

Cato Isaksen le miró con frialdad.

–¿Cuál crees tú que puede ser la razón por la que Egge retiró ese informe? El

caso ha prescrito. En ningún caso sería condenada por él. Ese sms tuyo. Eso de que ibas a contarle a Martin Egge lo peor de todo... ¿Tal vez se trataba de tu hijo?

Bieler le lanzó una mirada adusta.

—No, el motivo era que Greta se quiere divorciar. Kari Helene ha tenido un brote psicótico. Hace mucho tiempo que arrastra una enfermedad psicológica. Disociación y obesidad. Es una suicida en potencia. Tengo una nota de suicidio que te puedo mostrar. Mi mujer ha sufrido varias depresiones por su culpa.

—¿Así que has ocultado un asesinato todos estos años?

—Greta no puede más. Esto ha destrozado nuestro matrimonio. Kari Helene es mi niña. ¿Usted qué hubiera hecho, señor inspector?

Cato Isaksen le contemplaba. Entró un mensaje en su teléfono. Era de Asle. Lo abrió. *KH no está en ese albergue.*

Roger Høibakk miraba a Cato Isaksen, pero volvió los ojos hacia Bieler.

—¿Debemos entender que tu mujer tampoco se ha ido a ninguna parte? Necesitamos una carta o algo similar para comparar la escritura del cartel de la puerta de la tienda con la suya.

John Gustav Bieler le miró.

—Sencillamente no estoy dispuesto a aguantar esto.

Roger Høibakk vio la botella de whisky que estaba escondida detrás de la butaca. Se acercó y la cogió.

John Gustav Bieler suspiró profundamente.

—Kari Helene no soportará todo esto. Su madre la ha abandonado. Llevo toda la noche dando vueltas en el coche buscando a mi hija. Todo es una tragedia, y ahora venís aquí a...

Cato Isaksen cambió de estrategia.

—Corona, ¿lo conoces?

John Gustav Bieler dio un respingo.

—¿Quién?

—Corona.

—No.

—Te llaman Sr. B, ¿no es cierto?

—¿Sr. B? —John Gustav Bieler puso los ojos en blanco—. ¿Qué es esto? Una especie de película de James Bond, ¿o qué?

—Esa coartada tuya del día 28. Rosmarie Harde confirma que fuiste a su casa a cenar sobre las siete. Un poco antes de las ocho y media volviste a marcharte al trabajo, para terminar un informe sobre las reuniones que habías tenido por la mañana.

John Gustav Bieler sintió cómo su pulso se aceleraba. Asintió con la cabeza.

—¿Pero dónde estaba tu mujer?

Bieler le miró fijamente. Se quedó helado. Por un momento había olvidado que Greta estaba muerta. Su cadáver flotaba en el agua. ¿Hasta dónde la habría llevado la corriente?

–Esa noche Greta me esperaba junto a Construcciones Pedagógicas, en el coche eléctrico de Kari Helene.

Marian se instaló en la mesa de la cocina con el ordenador portátil y se registró en la web de la policía. Juha le había preguntado si podía averiguar algo acerca de su madre.

Habían dado unas cuantas vueltas buscando a Kari Helene, pero se habían rendido. No estaba ni en la estación Sur de Oslo ni en la terminal de mercancías. Ya no era tan peligroso que se hubiera ido a casa. Seguro que Cato Isaksen estaba allí. Marian notó cómo una angustia horrible y punzante se apoderaba de ella. La habían descubierto.

–Estoy metida en un lío, Juha. ¿Quieres un vaso de vino?

–¿Qué clase de lío?

Marian suspiró profundamente.

–Cato Isaksen –dijo levantándose. Sacó una botella de vino blanco de la nevera y la abrió rápidamente.

–Es un cabrón.

–No, no. Es un tío legal. Soy yo la que tengo un problema –sirvió el vino en dos vasos de agua y volvió a sentarse. Pensó en el correo electrónico que había enviado a la Policía Judicial. ¿Cómo podía ser tan rematadamente tonta?

Encontró tres líneas que informaban de que Angelina Sakkonen, durante un tiempo, había vivido en una dirección protegida.

–¿Sabías que tu madre tenía una dirección protegida?

–Sí. Código siete –Juha se pasó la mano por la cabeza rapada.

–¿Por qué no me lo has contado?

–Estaba amenazada de muerte. No sé qué estaba haciendo. Tenía miedo a dos hombres. Trabajaba para uno de ellos. Tenía el cabello castaño y gafas.

–Hans Saltaker –dijo Marian–. Tal vez sabía algo que no debería saber.

Juha la miró.

–También podría haber sido una sobredosis normal.

Marian no hizo caso de su comentario.

–Aquí hay una conexión, Juha. John Gustav Bieler era amigo de Martin. Yo creo que andaban en un fraude. Él y Hans Saltaker. Y Kari Helene ha descubierto qué estaban haciendo. No paro de sumar dos y dos y me salen cinco, ¿entiendes? Pero Cato no me deja seguir con este caso. Bieler tiene coartada tanto para el momento del atropello de Martin como para cuando fue asfixiado con una almohada. Estaba reunido. Pero resulta que tu madre vivía en una dirección protegida. Sólo unas pocas instituciones sabían dónde estaba.

Bieler tenía contactos. Tendría que haber tenido código seis, no siete. De esa forma sólo Hacienda hubiese sabido dónde estaba.

–Suponía que la habían descubierto –dijo Juha–, tenía miedo.

–John Gustav Bieler trabajaba para un organismo público, y es seguro que tenía contactos en todas partes. Es la Oficina Central del Registro Civil la que decide sobre direcciones secretas. Hoy en día todos los estamentos están unificados en la Seguridad Social. Pero no era así cuando ocurrió lo de tu madre.

–Entonces, tendría que haber tenido código seis –dijo Juha bajando la cabeza.

Marian volvió a servirse otro vaso hasta arriba. El alcohol calmaba su angustia por lo que pudiese ocurrir en los próximos días.

–Vamos al salón. No tengo ni idea de cuáles eran las intenciones de Martin –empezó–, por qué decidió que yo te ayudara a administrar tu herencia. He estado pensando.

–Supongo que sabía lo que hacía –dijo Juha encendiendo el televisor. Dio un trago al vino.

–He estado pensando... –repitió Marian–. ¿Y si me compras la cabaña de Martin?

Juha Sakkonen abrió mucho los ojos.

–¿En medio del bosque?

–Seguro que vale ochocientas mil coronas, pero te la daré por setecientas mil. O te la doy por seiscientas cincuenta mil, y te podrás comprar un coche de segunda mano y vivir allí. Puedo hacer las prácticas contigo, para que te saques el carnet.

Juha sintió un escalofrío desde el estómago hasta la garganta. Había soñado con una cabaña cuando estaba en la estación Sur de Oslo comiendo una hamburguesa, o cuando andaba solo por las calles un día tras otro. De pronto, se acordó de cómo solía jugar con sus cochecitos. Su madre siempre estaba cansada. Sólo quería calentarse bajo el edredón o tumbarse a fumar en la bañera. Cuando él se despertaba temprano y su madre dormía hasta tarde, solía aparcar los coches sobre ella en la cama. Recordaba el sonido agudo de los que caían al suelo si ella se movía.

Marian sostenía el vaso con ambas manos.

–Iré a Enebakk a ver esa cabaña en cuanto pueda. Tal vez mañana mismo. No es seguro que todavía tenga trabajo.

–¿Por qué? –Juha daba vueltas a uno de sus pendientes.

–Tal vez podamos vivir en Solveien mientras tanto.

Juha hurgaba sobre el borde de la mesa, luego levantó su rostro pálido para

mirarla. Era tan increíble que hablara de aquella manera, como si lo dijera en serio...

Marian se arrepintió en el mismo momento en que lo dijo. No era una persona que fuera capaz de vivir con nadie, pero entonces vio la sonrisa de Juha y continuó:

–Hay cuatro dormitorios, y todas las camas están hechas. No suelo besar a la gente, pero ¿quieres un abrazo?

–No gracias –Juha bajó la cabeza hasta mirar el suelo.

Birka saltó al sofá y se interpuso entre ellos.

–También puedes tener tu propio perro –dijo Marian, y se echó a reír sonoramente.

–Asle y Tony vigilan a Bieler –dijo Cato Isaksen.

Ingeborg Myklebust asintió.

–El coche eléctrico está siendo reconocido por los técnicos, pero Bieler puede haber tenido tiempo de arreglarlo.

–¿Por qué no lo habéis hecho antes?

–Porque está a nombre de Construcciones Pedagógicas. Bieler dijo que iba a venderlo, pero no es suyo. Tengo que acordarme de preguntarle por eso. Desde ahora estaremos pendientes de todo lo que haga Bieler –se quitó la chaqueta.

Ingeborg Myklebust le miró.

–Esperaremos al momento adecuado, y pediré a Marian que recoja su mesa.

–Deja que lo haga yo –dijo él con aire siniestro.

–Ahora debemos concentrarnos en encontrar a Kari Helene Bieler. Tenemos que encontrarla esta noche. ¿Has recibido el informe de Alemania, el de los restos de pintura del coche?

–Nos llegará hoy o mañana. Marian dice que no sabe dónde está Kari Helene Bieler, pero no podemos fiarnos de eso.

Asle Tengs asomó la cabeza por la puerta.

–Roger y yo hemos entrado en la tienda de Greta Bieler. Para vuestra información, no hemos encontrado nada sospechoso allí, pero por si acaso hemos entregado la nota de la puerta a un grafólogo como nos pediste, Cato.

El día siguiente fue largo e insoportable. Marian se quedó en su oficina y fingió que estaba trabajando en el caso Helga Hansen. Tenía una sensación de flojera en todo el cuerpo, como si estuviera a punto de caer enferma. De vez en cuando paseaba nerviosa por el pasillo echando vistazos al despacho de Cato Isaksen. Él la ignoraba. Todo se había estropeado. El solo hecho de que no le preguntara por qué había ido a la clínica psiquiátrica de Maridalen ya era bastante significativo. No sabían cómo se había enterado de que Kari Helene había estado allí.

Ingeborg Myklebust se dio la vuelta cuando se la encontró camino del ascensor. Por supuesto que habían entendido que era *ella* la que había enviado esa información a la Policía Judicial. La habían desenmascarado. El resto de sus compañeros también parecían reservados. Randi estaba fuera casi todo el tiempo. Roger y Tony la ignoraban, pero Asle parecía estar de buen humor. Aún no habían encontrado a Kari Helene. Juha creía que tal vez estuviera mendigando comida en los restaurantes. John Gustav Bieler compareció en la comisaría para prestar declaración, pero no tardó mucho. Volvió a salir con su larga gabardina sobre el brazo y desapareció en el ascensor.

Cuando Marian por fin llegó a su casa, estaba tan cansada que se le nublaba la vista mientras subía la escalera. Echó un vistazo al reloj. Eran las 17:57. Había abierto el buzón al pasar por el portal y llevaba dos cartas y un montón de publicidad en una mano. Al abrir la puerta tuvo una intuición. Una sensación inexplicable que ya había tenido esa mañana al salir de casa. Nada más entrar, percibió partículas de un olor extraño. Desactivó la alarma, se quitó las botas y dio un par de pasos prudentes por el recibidor. Era extremadamente sensible a los olores.

Presionó el interruptor de la luz. Cuando Juha y ella salieron juntos de casa por la mañana, ella había dejado enrollado el envoltorio de una chocolatina, de no más de dos centímetros de ancho, justo detrás de la puerta. Lo hizo porque su intuición le decía que debía hacerlo. Lo buscó con la mirada. El papel plateado ya no estaba en el mismo sitio. Juha no podía haber vuelto, porque no tenía llave y no sabía el código de la alarma. Se había sentido paranoica por poner esa trampa, pero ahora quedaba demostrado que tenía razones para sospechar.

Birka corrió arrastrando la correa hacia la cocina, hasta su bebedero. Marian lanzó la publicidad sobre la mesa de la cocina. Buscó el pienso en la despensa,

llenó el comedero de la perra y le quitó la correa. Birka se lanzó ansiosa sobre su comida.

Fue al salón y encendió el flexo. Le dolía todo el cuerpo. Fuera era casi de noche. Los dos bolígrafos que había dejado en cruz sobre la mesa por la mañana ahora estaban en paralelo un poco más a la derecha.

Volvió al recibidor. Sintió que se quedaba helada. De repente lo comprendió. Habían estado allí los de Asuntos Internos, los responsables de investigar irregularidades en el cuerpo de Policía. Podían entrar en lugares protegidos por alarmas. Tenían un acuerdo con Securitas. Era por esos documentos que había mandado a la Policía Judicial. ¡Malditos documentos!

La estaban investigando, pero no podían haber encontrado nada. Los originales estaban en su maletero. Siempre que no hubieran ido al garaje mientras ella estaba trabajando, claro. Podían haber encontrado los papeles de su adopción con la información sobre su nombre Puño de Tigre. Volvió al recibidor y abrió los cajones de la cómoda. Guantes, bufandas y viejos cuadernos de su época escolar estaban completamente revueltos. ¡Qué idiota había sido al utilizar las iniciales pt!

Se puso de rodillas. En el último cajón, debajo de unos álbumes viejos y un par de calcetines de lana agujereados, estaban los papeles. Los agarró y cayó una foto, que quedó balanceándose sobre el suelo. La recogió. Era de ella con su madre adoptiva. Había posado con un aire militar, dando la mano a su madre, para gastar una broma. Era primavera, estaban frente al bloque de pisos de Stovner, junto a un árbol de hojas nuevas que hacían bailar la luz sobre el asfalto. Su madre la miraba. ¿Había calidez en su mirada?

Marian fue al salón con la foto en la mano. Tiró la foto sobre la mesa de trabajo, cogió el móvil y marcó el número de Olav Thiis. El corazón latía pesado y sombrío en su pecho. Volvía a tener la sensación de haber llegado a la última estación. El teléfono sonó cinco veces antes de que Olav Thiis contestara.

–Dígame –dijo con voz agradable.

–Soy Marian Dahle. Necesito ayuda.

El detective privado estaba instalado en la quinta planta de un edificio de pisos en Parkveien. Marian llegó sin resuello después de subir tantos escalones. La sensación de tener el cuerpo dolorido había dado paso a síntomas de gripe. Senía frío y calor, alternándose. Birka se había quedado abajo en el coche. No a todo el mundo le gustan los perros.

–Gracias por dejarme venir tan tarde –dijo cuando Olav Thiis abrió la puerta mirándola con curiosidad. Apretaba la bolsa con los documentos contra su pecho.

–Pasa –sonrió él tendiéndole la mano–, siento que no haya ascensor.

Tenía marcas de almohada en una mejilla. Seguramente había estado descansando. Era exactamente tan rubio, ancho de hombros y atractivo como Marian había imaginado.

Marian se quitó las botas. Luego no iría a casa. Iría directamente a Solveien a darse un baño caliente. Pasaría la noche allí, quería alejarse.

–Acabo de hacer café –dijo invitándola a entrar en el piso.

–Estoy desesperada –dijo mirando a Olav Thiis–, estoy *metida en la mierda hasta el cuello*.

La cocina estaba en un extremo del salón. Había grandes ventanales a ambos lados del piso. Por un momento, la vista de los tejados de las casas vecinas le recordó París.

–Este sitio está muy bien.

Él asintió con la cabeza.

–En realidad yo quería ayudar a resolver el asesinato de Martin Egge, pero me temo que he complicado las cosas.

–¿De qué manera?

Marian miró a su alrededor.

–Te lo contaré todo.

Casi no había muebles, sólo un gastado sofá de piel y un calendario de flores en la pared sobre una mesa de televisión sin nada.

–Estoy recién divorciado. Éste es sólo un sitio que alquilo temporalmente. Cuando tú me pagues, me compraré un bonito apartamento nuevo –sonrió, se acercó a la encimera de la cocina, sirvió café en una taza y se la ofreció. Marian la aceptó y dejó la bolsa en el suelo.

Dio un trago al café.

–¿Trabajaste alguna vez con Martin Egge? –preguntó ella.

–Cielos, no. ¿Por qué me preguntas eso?

–Tu nombre estaba en una nota que tenía en su casa.

–Participé con él en un debate televisivo antes de las Navidades.

–Lo sé. Tienes que ayudarme a limpiar mi nombre.

–Eso lo he entendido. Limpiarlo, ¿de qué? –se sentó en una silla que estaba en medio de la habitación.

–Creen que puedo estar involucrada en el asesinato.

Él abrió mucho los ojos.

–¿Qué asesinato?

–El del director de la Policía Judicial.

–¡Madre de Dios! Siéntate.

–Los de Asuntos Internos –continuó ella mirándole muy seria– han estado hurgando en mi casa.

–Siéntate –repitió él.

Marian se sentó en el sofá de piel, se agachó y dejó la taza de café en el suelo.

–No soy capaz de manejar esta situación yo sola.

–¿Por qué sospechan de ti?

–Bueno, no estoy del todo segura de que sospechen de mí, pero he mentido y enredado las cosas. Viví con Martin Egge y su esposa un par de años. Heredo su casa. Son muchas cosas. No sé por dónde empezar. Estoy triste, pero también cabreada.

Se levantó, cogió la bolsa y dejó caer los papeles sobre el sofá.

–¿Estás suspendida?

Ella negó con la cabeza.

–De momento no, pero no puedo volver al trabajo. No soy capaz. Es horrible, todo es horrible.

–¿Por qué no te suspenden?

–No lo sé, estoy trabajando en el asesinato de Helga Hansen, la que mataron con un hacha. Creo que no quieren que haya ningún follón a mi alrededor ahora, no quieren que se entere la prensa. Creo que el asesinato del director de la Policía Judicial tiene que ver con la muerte de un niño. Un niño pequeño que sólo vivió diez meses. Entre los documentos encontrarás su esquela y el informe del forense. Dice que fue muerte súbita.

Olav Thiis la observaba fijamente.

–Sabes que no se ha hecho un seguimiento de los asesinatos de niños en Noruega desde 1979.

–Sí, hay muchas cuestiones dudosas en torno a lo que pasó en realidad – Marian le contó brevemente la versión almohada y la versión polvo blanco.

Olav Thiis la miró sorprendido.

–¡Dios mío! Hay mucha violencia grave que se ejerce sobre menores y nunca es aclarada. El Comité de Justicia del Parlamento aboga por un cambio del Código Penal que haga obligatorio inspeccionar el lugar de los hechos y hacer una autopsia en el caso de la muerte de un niño.

–No me creo la teoría del padre sobre la almohada.

Olav Thiis asintió.

–Ahora mismo no tengo capacidad. Tienes que ayudarme a localizar a la au-pair que estaba presente cuando Gustav Bieler murió. Puede que sea ella la única que nos pueda contar la verdad con objetividad. Se llama Mayla Ganzon y es de origen filipino.

–¿Y el asesinato de Egge?

Marian suspiró notando cómo le dolía la garganta.

–Me temo que es un caso con muchos cabos sueltos. La foto es borrosa, pero creo que empiezo a entender cuáles son las conexiones. Se trata de poderes en la

sombra, venta de droga y grandes sumas de dinero, pero también se trata de las amistades personales de Martin Egge.

Olav Thiis se levantó y fue a sentarse a su lado en el sofá. Dejó su taza de café en el suelo y empezó a revisar los papeles.

–¿Cómo puede ser que sospechen de ti?

–No lo sé. He hecho unas cuantas tonterías. Busqué unos documentos en su casa y fui a ver a Martin al hospital poco antes de que lo asfixiaran. Seguro que han encontrado mis huellas dactilares. Luego fui a su despacho y me llevé aún más papeles.

Olav Thiis la miró con sus ojos azul hielo.

–¿Por qué hiciste eso?

–Porque soy una idiota muy curiosa.

–Pero no lo mataste.

Marian sostuvo su mirada, luego negó con la cabeza.

–Martin Egge era *lo único* que yo tenía.

Cato Isaksen bajaba en el ascensor. Se iba a casa. Consultó su reloj un momento. Eran las 19:05. Cenarían tarde. Su móvil sonó en el mismo momento en que entraba en el aparcamiento. Reconoció el número del Departamento Técnico.

–¿Sí? –dijo intrigado.

–Te llamo del Departamento Técnico. Hemos encontrado una coincidencia de huellas dactilares en el cabecero de la cama del director de la Policía Judicial en el hospital. Pediste que te informáramos en particular sobre Marian Dahle, y puedo confirmar que ha estado allí con él, y que no aparece registrado en ninguna parte que tuviera que estar.

Marian se dejó caer en el agua hirviendo. Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó sobre el borde de la bañera. Sus manos flotaban en el agua. La agradable sensación de calor le producía escalofríos en la espalda. Notaba cómo sus músculos se relajaban y los dolores de su cuerpo perdían intensidad. También había ayudado la conversación con Olav Thiis. Él prometió que intentaría encontrar a la au-pair.

El asesinato de Martin no era un caso aislado. Parecía como si la información llegara por vías distintas. Pensó en John Gustav Bieler y en Arif, que se había presentado en la casa de los Hagemann para que le dieran el código de una cerradura. Pensó en Finn Hagemann y ese halo tan extraño que tenía. En Jorunn, que afirmaba ser la amiga de Martin. Y en Greta Bieler, que supuestamente se había marchado. Pobre Kari Helene. ¿Dónde estaría ahora? Probablemente los investigadores ya la habrían encontrado.

Se le hacía raro dormir allí esa noche. Contempló el jarrón que tan bien conocía, el portarrollos y el vaso para los dientes con el borde manchado de dentífrico. Su mirada continuó por los grandes azulejos, que sólo llegaban hasta la mitad de la pared. Cambiaría el papel pintado gris con los pulpos color lila. El albornoz de Martin se quedaría colgado detrás de la puerta para siempre. Cerró los ojos, notó cómo todo desaparecía por unos instantes.

De pronto abrió los ojos de par en par. ¿No había oído un ruido? Se incorporó tan deprisa que casi encharca el suelo. El agua goteaba desde su barbilla. Escuchó. El espejo estaba cubierto de vaho. La alfombrilla de felpa se había doblado dejando a la vista su reverso de goma. Mantuvo los ojos fijos sobre el albornoz negro de Martin. Oyó pasos. Había alguien en la casa. Alguien debía de haberla visto entrar. Y Birka, ¿por qué no avisaba?

Marian se puso de pie, levantó una pierna para salir, pero se dio con el borde de la bañera. El corazón latía desbocado en su pecho. Vio su mirada en el extremo del espejo salpicado de pasta de dientes. El picaporte se movía despacio hacia abajo.

Cato Isaksen abrió la puerta del baño de golpe. Marian estaba en la bañera con las manos, para protegerse, levantadas.

Él observó su cuerpo desnudo. Las caderas redondeadas, el triángulo oscuro entre las piernas, los pechos bonitos y pequeños.

—¿Qué haces *tú* aquí? —gritó agarrando la cortina para cubrirse como pudo.

La luz de los tubos fluorescentes daba al rostro de Cato Isaksen una expresión dura y marcada.

–¿Qué coño haces *tú* aquí? –contraatacó él–, te estoy buscando. He estado en tu piso de la calle Hesselberg. La propiedad de esta casa aún no te ha sido transferida.

–¡Sal de aquí! –gritó ella–, ya sé que no tengo derecho a estar aquí. No tengo permiso para estar en ninguna parte, ¿a que no? Debería desaparecer de la superficie de la tierra. Eso es lo que queréis tú y todos los demás –rompió a llorar. Birka gimió y entró en la habitación. Cato Isaksen caminó hacia atrás, se dio con la espalda en el marco de la puerta y notó un dolor intenso desde el hombro hasta el nacimiento de la columna vertebral. Cerró la puerta de un portazo al salir.

Se secó a la velocidad del rayo, se puso las bragas, los pantalones y los gruesos calcetines de lana. El dolor había vuelto a su cuerpo. Agarró el albornoz de Martin y ató el cinturón de seda alrededor de la cintura. Cato la había visto desnuda. ¡Maldito puñetero! Salió al recibidor, se dirigió al salón secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Cato Isaksen estaba de pie en medio del salón. Birka se sentó a su lado.

De pronto, una sonrisa marcó las patas de gallo alrededor de sus ojos.

–En realidad, ¿qué haces aquí, Marian?

–Me baño. Me estoy acatarrando. Voy a recoger el árbol.

Al llegar había encontrado una nota de la comunidad en el buzón, donde se decía que, la tarde del día siguiente, pasaría un camión a recoger los árboles de Navidad.

Cato Isaksen se dio la vuelta y observó el árbol. Las ramas colgaban hacia abajo, muchos de los adornos se habían caído y, en el suelo, se había formado un denso círculo de agujas gris verdosas de abeto.

–Me he puesto en contacto con Olav Thiis –dijo ella.

–¿Que has hecho qué? –la miraba fijamente. Su pelo goteaba sobre el albornoz–. ¿Trabajas para la sección de Delitos Violentos del distrito de Oslo y te pones en contacto con un enemigo del cuerpo?

–Habéis puesto en marcha una investigación interna sobre mí.

–Hemos encontrado tus huellas en el hospital de Ullevål.

Ella sintió cómo el calor se extendía, desde la nuca, por toda la cabeza.

–Sí, estuve en Ullevål. ¡Sólo quería verle! Por supuesto que no le estrangulé. ¿Habéis encontrado a Kari Helene?

–No –Cato Isaksen sintió un leve dolor recorriendo su mandíbula.

–Dios mío, ni siquiera tiene dinero para comer.

–He oído que tiene buenas reservas.

–Eso que has dicho es abominable, Cato.

–Ese correo electrónico enviado a la Policía Judicial... Sabías lo del sanatorio, que Kari Helene se había escapado. ¿Quién te lo dijo?

–Juha Sakkonen. Ella le llamó desde el teléfono móvil de un camionero. Tiene un miedo atroz a su padre. Yo sólo quería averiguar qué había pasado –tragó saliva, y se incorporó–. Ha ocurrido algo que no logramos ver. Seguro que Martin encontró la conexión con la muerte de ese bebé.

–Bieler afirma que Kari Helene asfixió al niño con una almohada.

–No me lo creo.

–¿Has hablado con ella?

–Apenas dice algo, al menos con gente que no conoce. Pero conseguí sacarle que le había contado a Martin que había recordado *algo*, y que *no* fue ella.

–Ésa es una información importantísima, Marian. ¿Por qué no me has informado de esto?

Ella se cruzó de brazos.

–¡Pero si ni siquiera eres capaz de localizar a una mujer obesa que apenas puede moverse! Si es que eres un incompetente.

Ella le miraba. El rostro de Cato reflejaba una mezcla de animadversión personal y cabreo. Él sostuvo su mirada. Tenía la amarga sensación de haber sido traicionado. Todo lo que ella hacía respondía a una estrategia para reforzar su posición. Los había engañado a todos. Habían actuado como gansos idiotas y ciegos.

–Aquí la única incompetente eres tú, Marian.

–He hecho tonterías, pero no...

–Has sido rematadamente tonta, Marian.

–Lo que cuenta son los resultados, Cato. No eres lo bastante competente. Puede que Bieler haya asesinado a Martin, pero hay algo que estamos pasando por alto. Tengo la fuerte sensación de que ha matado a su esposa.

–Tienes una *sensación*...

–Me lo dice mi intuición. Es lógico que haya pasado algo así.

–¿Lógico?

–También creo que alguien le quitó la vida a Angelina Sakkonen inyectándole una sobredosis de heroína. Sé que hace muchos años y que no tengo una base firme. Pero vivía en una dirección protegida.

Cato Isaksen pensó en lo que había dicho Ingeborg Myklebust, que Marian era un genio, pero sus *métodos* eran una declaración de guerra contra todo el departamento. Su mensaje estaba meridianamente claro: *no respeto ni leyes ni normas, sólo cuentan los resultados*.

Se dio la vuelta intencionadamente. Se acercó a una estantería y observó una

foto de boda de Marit y Martin Egge. Junto a ella, había una foto pequeña y bastante desenfocada de Marian y Marit. Debían de haberse movido en el momento en que la tomaron, porque la chaqueta de Marian parecía desdibujarse por un extremo de la foto.

Marian suspiró, se cruzó de brazos y dijo bajito:

–La hicieron aquí, en el jardín, el día en que aprobé mi examen final en la Academia de Policía.

Él miró hacia el gran ventanal del salón. Se veía la piscina.

–¿Por qué no hay alarma?

–Instalaré una. Tú vives en un adosado, ¿verdad?

Cato Isaksen contemplaba los muebles de jardín apilados junto a la pared, medio cubiertos por una lona.

–Martin estaba solo –dijo Marian con voz queda.

Cato Isaksen miró el entramado de alambre que cubría el techo por la parte derecha de la terraza.

–Son para los guisantes de olor. Le encantaba cómo huelen...

–Marian, me lo tienes que contar todo, ahora.

–No hay nada que contar, Cato.

–¿Manteníais relaciones sexuales?

–Lo tuyo no tiene nombre, no todo me ha salido mal en la vida. Ni siquiera Asle me hizo esa pregunta cuando me sometió a ese jodido interrogatorio. Por supuesto que no tenía una relación con Martin –le temblaban las comisuras de los labios–, él es el único que..., *era* el único que..., era lo más cerca que he estado de... de que alguien me quisiera.

Cato Isaksen apartó la vista, y pensó en ese anciano coreano del que le había hablado el abogado.

–Perdona –dijo–, tenía que preguntar... Esa dirección de Yahoo del correo que enviaste a la Policía Judicial, pt son las iniciales de Puño de Tigre, ¿verdad?

Le miró con desprecio.

Cato Isaksen tragó saliva.

Marian presionó una mano sobre su boca, se dio la vuelta y fue hacia la cocina. Se maldecía a sí misma. No tendría que haber dicho eso sobre querer. En lo más profundo de su ser tenía la esperanza de que Cato comprendiera. Pensó que, contándole cosas, parte del dolor desaparecería. Pero no fue así.

Cato Isaksen la siguió hasta la cocina. Se quedó en la puerta.

–Lo siento –repitió.

Marian retiró una silla de cocina y se sentó. La perra se tumbó a sus pies.

–Está bien, Cato. La gente vive, luego se muere. Eso es todo.

–Encontramos un libro titulado *Asesinato por placer*. Tenía una nota que indicaba que...

Ella observaba el tablero de la mesa.

–Sí, sí, ya lo sé. A Martin le encantaba la novela negra.

–Trataba de mujeres policía. ¿Nunca has tenido novio, Marian?

–¿Perdona? –le miró fijamente.

–¿Eres lesbiana, Marian?

Se puso de pie como un resorte, fue hacia él, levantó el brazo y le clavó el dedo índice en el pecho.

Bajó el brazo, volvió a su silla, se dejó caer en ella, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la frente en ellos.

Él veía su nuca tensa, se quedó donde estaba.

Birka gimió y los miró insegura.

–No entiendo cómo puedes tener este puesto, Cato. Eres pésimo para conocer a la gente. Siempre tan sensible a la crítica... No tienes ningún atractivo.

Él tragó saliva.

Ella levantó la cabeza.

–Las personas son gente, Cato. La gente no es ganado que puedas clasificar: homosexuales, lesbianas, inmigrantes. Estoy harta, muy harta. Si soy *algo*, es psicópata. Si uno crece sin amor, aumentan las posibilidades de que se convierta en psicópata. A veces me tengo miedo. ¿Entiendes? Hago cosas raras. Perdí la virginidad a los 16. Ocurrió en un trastero del sótano, con el hijo de los vecinos. Él tenía 17. Mi madre se enteró. Eso fue lo que desencadenó el horror. Esa vez en que quiso matarme. Ya conoces toda la historia. Te puedes reír si quieres, pero no he vuelto a estar con nadie después de eso.

Cato Isaksen se dio la vuelta y salió al salón.

Ella le siguió.

–Los policías no deben llevarse a las víctimas a casa, ¿verdad que no? Los primeros días sentí que esta casa era la última estación –miró fijamente su espalda–. Debería haber más personas que se ocuparan de los niños maltratados.

Él se giró hacia ella.

–No tengo tiempo de estar aquí parloteando contigo.

Las solapas de su albornoz se habían separado unos milímetros. Él pudo ver la curva de uno de sus pechos, y sentía que estaban peligrosamente cerca de un punto que se hacía cada vez más peligroso en cada enfrentamiento que tenían.

–Te has estropeado las cosas tú sola, Marian.

–No llegas muy lejos si siempre tienes que respetar las reglas, Cato.

–Ya te he dicho que deberías ver a alguien para tratar tus traumas de infancia.

–La verdad es que fui a un psiquiatra unas cuantas veces. Martin me obligó. Menos mal que ese idiota tenía obligación de mantener el secreto profesional, si no, seguro que ahora no estaría trabajando en la jodida policía.

–Y no lo estás, Marian. Ya no trabajas para la policía. Pásate por la comisaría a

recoger tus cosas. Estás apartada del servicio hasta nuevo aviso.

Cato Isaksen notó que olía a sudor. Estaba agotado y alterado por el enfrentamiento con Marian. Era tan condenadamente intensa... *Te puedes reír si quieres, pero no he vuelto a estar con nadie después de eso.* Se ponía malo sólo de pensar en todo aquello. ¡Maldita sea! Que se quedara en casa.

Cuando iba hacia el coche camuflado, vio la silueta de Jorunn Hagemann recortada contra la pared blanca del chalet suizo. Ya eran las 20:15. Tiraba de un árbol de Navidad, lo apoyó contra la pared, se dio la vuelta y le miró. El caniche gigante venía hacia él con la cabeza levantada. Apartó de sus pensamientos el desagradable incidente con Marian y fue deprisa hacia la casa. La perra lo siguió. Sabía que los perros pueden oler el miedo.

Jorunn Hagemann le miró.

—¿Todavía estáis liados por aquí? —temblaba de frío.

Él asintió con una breve inclinación de cabeza.

—Ya que estoy aquí, tal vez podría hablar con tu madre otra vez.

Sobre la mesa del comedor estaban los adornos de Navidad colocados en ordenados montoncitos. Agnes Nicoline Hagemann se levantó de la honda butaca.

—¿Usted otra vez? ¿Le apetece una taza de café, o es demasiado tarde?

—Es un poco tarde —dijo Cato Isaksen deprisa.

En ese momento se escucharon unos arañosos en la puerta cerrada del salón.

—Es Cookie —dijo la anciana—, ¿le importaría dejar que entre, por favor? La perra odia estar en el recibidor.

Cato Isaksen dio unos pocos pasos y abrió la puerta. El caniche blanco se deslizó con aire majestuoso hacia el interior de la habitación. Lo mismo hizo Jorunn Hagemann, con dos cajas en las manos.

—He ido al desván a buscar esto para los adornos de Navidad.

—¡Estoy tan harta de esta maldita perra de Finn! —dijo irritada Agnes Nicoline Hagemann—. Finn nos ha dado mucho trabajo extra a Jorunn y a mí toda la vida. Y ahora esto, va y se marcha.

Cato Isaksen la miró.

—¿Adónde?

—Simplemente se fue —la señora Hagemann levantó la cabeza haciendo temblar sus carrillos—, John Gustav le llamó para pedirle algo.

—¿Qué le pidió?

–Nunca dice nada sobre adónde va o qué va a hacer –dijo Jorunn dejando las cajas sobre la mesa.

Cato Isaksen contempló sus ojos castaños, su cabello brillante y los rasgos de su rostro pecoso y dulce.

Ella empezó a meter los adornos navideños en las cajas con movimientos rápidos.

Cato Isaksen se vio durante un instante reflejado en el espejo de la consola. El reloj de péndulo hacía tictac. Se acercó a la ventana y miró un momento las fotos enmarcadas y alineadas en el alféizar.

Agnes Nicoline Hagemann suspiró.

–Menos mal que Jorunn es buena y se ocupa de la perra para que yo tenga tranquilidad. Finalmente, Finn ha ido ahora a recoger tu coche, Jorunn. Tengo pasteles de almendra –continuó hablando, y miró fijamente a Cato Isaksen–, ¿prefiere té en lugar de café?

Cato Isaksen oía la voz de Marian en su interior. *Tengo la fuerte sensación de que ha matado a su esposa.*

Vio el reflejo de Jorunn Hagemann en el cristal de la ventana.

–Conoces a Greta Bieler, ¿verdad?

–Vamos a vernos cuando vuelva –dijo ella.

–Van a recuperar el contacto –añadió Agnes Nicoline Hagemann.

Cato Isaksen asintió. Su mirada se había quedado detenida en una de las fotos de Jorunn y su madre en el alféizar de la ventana. De repente, la perra estaba a su lado. Retiró la mano, y vio en ese momento que la niebla pasaba baja sobre el mar y tapaba la mayor parte de la vista de las islas. No se veía ni una luz.

Finn Hagemann se inclinó sobre el volante y miró hacia el oscuro callejón. John Gustav le había dicho cuáles eran las zonas por las que Kari Helene solía moverse. Había pasado despacio por delante de Pascal y bajado hacia el cine Saga, pasando delante del estanco, en la zona reservada a autobuses y taxis. Ahora estaba detrás del auditorio, en el gran aparcamiento, detrás de la antigua estación Este. La radio emitió las señales horarias. *Éstas son las noticias de las nueve de la noche*. La apagó, se pasó la mano por el rostro, metió la marcha atrás y retrocedió. La iba a encontrar.

Cato Isaksen pasaba por delante de Ryen cuando Roger llamó e interrumpió sus pensamientos.

–En narcóticos hay indicios de que algo grande está en marcha, Cato. Asle y Tony tienen vigilado a Bieler. Está en su casa. No sabemos exactamente a qué hora, pero los observadores lo llaman Operación Corona. Además, los de la sección de Extranjería con los de la secreta y los de Delitos Económicos han emitido un nuevo informe.

Cato Isaksen se quedó mudo unos instantes. Hizo una maniobra para dejar el coche en la zona de giro de los autobuses, y paró.

–¿Qué han encontrado los de Delitos Económicos?

–Bieler ha escondido dinero en varios países, usando sociedades tapadera. Y, de la misma manera, ha ocultado propiedades. Combina drogas, construcción e infraestructuras, exactamente como lo hacía Saltaker. Utiliza la misma gente que Saltaker. Parece que pudo haber un parón momentáneo cuando detuvieron a éste, pero Bieler volvió a empezar a toda máquina. Está claro que las compuertas han estado completamente cerradas entre ellos después de la detención, lo que ha hecho que todo fuera muy difícil de descubrir. Es evidente que, hasta ahora, Bieler ha conseguido mantenerse fuera del *círculo rojo*. Son un grupo de unas seis personas del que forman parte Zogu, Sitek, Timur, Arif y el tal Corona. Puede parecer que éste último se ha retirado, por el fax que mandó a Egge.

–¡Demonios! Manda un coche patrulla al piso de Arif en la calle Valdres inmediatamente –colgó al ver por el retrovisor un autobús que encendía el intermitente. Su móvil volvió a sonar al instante. Era Bente.

–Vetle te espera con las albóndigas –dijo malhumorada.

El cielo estaba completamente negro con cúmulos grises de niebla sobre el Fuerte de Akershus. Kari Helene pasó por delante del restaurante Druen, en el muelle de Aker, y siguió hacia el muelle del Ayuntamiento. Escondió las manos en las mangas del abrigo para protegerlas del frío. Tenía hambre, pero el hambre había sido reemplazado por las náuseas. Habían pasado muchas horas desde la última vez que comió. Había estado en la cocina de un restaurante cerca de los cines Saga. El cocinero le había dado una hamburguesa y media barra de pan. Le recordaba un poco al cocinero de Maridalen. Echaba un poco de menos ese lugar. Echaba de menos la habitación con el árbol detrás de la ventana. Fue hacia el muelle del Ayuntamiento. No era seguro que fuera a volver a casa. El borde del muelle estaba resbaladizo. Se dio la vuelta. Un coche gris venía hacia ella. Estaba prohibido entrar allí con coche. Iba despacio, en dirección hacia ella.

Finn Hagemann miró por el retrovisor. Se quedó rígido. Un coche patrulla de la policía pasaba despacio por delante del Ayuntamiento. Llevaban encendidas las luces azules, pero no las sirenas. Contuvo la respiración y notó un alivio enorme cuando el coche dio la vuelta a la esquina y desapareció.

La vio junto al muelle del Ayuntamiento. Kari Helene estaba inmóvil en el haz de luz de los faros delanteros del coche. Parecía un animal asustado en medio de una carretera. Levantó su enorme mano y la colocó a modo de visera. Hacía sombra para ver quién era. Tras ella estaban el extremo del muelle y el agua negra. Bajó la mano otra vez y miró fijamente hacia el coche. Él le devolvió la mirada. El cabello lacio y sin brillo caía alrededor del robusto y pálido rostro. John Gustav le había pedido que entrara por la puerta de atrás cuando la llevara a casa. *Encuéntrela y tráela aquí sin que nadie la vea.*

Finn Hagemann bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Sólo quiero hablar un poco contigo, Kari Helene. Tu padre quiere que vayas a casa.

Cato Isaksen estaba desmayado de hambre cuando entró en su despacho. Unas breves imágenes fragmentadas irrumpieron de pronto en sus pensamientos. En el bosque, gotas colgando de las agujas de los pinos en otoño. Un detalle intentó concretarse, pero se esfumó. Tenía que comer algo ya. Estaba claro que no cenaría albóndigas en Asker.

Roger Høibakk entró en la habitación con una bolsa de plástico en la mano.

–Una de esas patrullas tendría que haber encontrado ya a Kari Helene Bieler, coño –dijo Cato Isaksen enfadado.

–Mira –Roger levantó la bolsa.

–¿Qué es? –Cato Isaksen la cogió.

–Es la nota de la puerta de la tienda de Greta Bieler. Los técnicos la han comprobado y ha llegado el resultado.

Cato Isaksen alisó la bolsa con una mano y miró la nota fijamente.

–¿No lo ves?

–¿Qué?

–Uno de los doses ha sido añadido después. ¿Ves que están anormalmente juntos? No hay otras huellas dactilares en la nota que las de Greta Bieler. Ella escribió originalmente que la tienda estaría cerrada hasta el día 2 de enero. Alguien ha añadido otro dos delante, para que ponga que está cerrada hasta el día 22 de enero.

–Bieler ha debido manipular la fecha. Se está procurando tiempo –dijo Cato Isaksen hablando al aire.

–Exacto –dijo Roger Høibakk–, eso puede significar que se ha quitado a Greta Bieler de encima.

Cato Isaksen se pasó la mano por la barbilla.

–Mierda –susurró–, eso fue exactamente lo que dijo Marian.

Roger le miró con curiosidad.

–¿Marian dijo eso?

–No podemos detenerle ahora –murmuró Cato Isaksen–, tenemos que dejar que la Operación Corona siga su curso.

–Asle y Tony le tienen vigilado, como te dije por teléfono.

–¿Qué es lo que no vemos, Roger? Hay algo que se nos escapa. Un punto de contacto, algo de lo que no captamos la lógica. O es tan sencillo como que John Gustav Bieler se ha cargado a todo el mundo. Su mujer, el director de la Policía Judicial...

Ingeborg Myklebust tocó con los nudillos en el marco de la puerta. Cato

Isaksen la miró y sintió un zarpazo de esa vieja garra de ansiedad que lo atenazaba cuando ella consideraba que no obtenía resultados lo bastante deprisa.

–Por fin empiezan a ocurrir cosas –dijo mostrándole la bolsa con la nota.

Kari Helene dio dos pasos a un lado. Había unas cajas rotas amontonadas. Se agachó y cogió algo. Era un gancho para barcos, con un pico de metal en un extremo.

Finn Hagemann sintió que el pulso golpeaba su garganta mientras los escalofríos llegaban hasta la raíz de su cabello. Volvió a asomarse por la ventanilla.

–Ven y siéntate, Kari Helene.

Dio un paso hacia el coche.

–¡Maldita sea! –gritó cuando ella levantó el gancho. Parecía completamente loca.

En pleno ataque de pánico, metió la marcha atrás y pisó el acelerador a fondo. Con ocho años había asfixiado a su hermano pequeño. Alguien que hubiera hecho lo que ella había hecho era capaz de cualquier cosa.

–Por cierto, ¿dónde está Marian? ¿Ya ha terminado por hoy? –Roger Høibakk se metió un chicle en la boca y señaló hacia el pasillo con un movimiento de cabeza–. Billington ha preguntado por ella, ¿entiendes? No le ha visto el pelo en todo el día.

Ingeborg Myklebust y Cato Isaksen intercambiaron una mirada. Ingeborg Myklebust sacudió la cabeza suavemente y dijo:

–Marian está apartada del servicio hasta nueva orden. No preguntes más, por favor. Supongo que estará en su casa.

Roger Høibakk dejó de masticar.

Cato Isaksen se pasó la mano por la barbilla.

Ingeborg Myklebust los miró y dijo:

–Ahora veremos si es cierto que esta noche va a pasar algo, cuando pongan en marcha esa Operación Corona. Hay un fotógrafo de prensa en la recepción. ¿Podrías bajar y deshacerte de él, Roger?

Marian arrastraba el árbol de Navidad tras ella entre los postes de la entrada. En la nieve quedaba un reguero de agujas. Esa noche no había podido conciliar el sueño hasta las cuatro, sólo se había quedado tumbada pensando en lo que Cato había dicho. *Ya no trabajas para la policía. Pásate por la comisaría a recoger tus cosas.*

Había dormido hasta la una y comido tres rebanadas de pan seco para desayunar. Los dolores habían desaparecido de su cuerpo. Ya no le dolía la garganta. Encontró una sudadera gris gastada en el armario de su antiguo cuarto, se puso un jersey de lana encima y también la cazadora de cuero. Hoy no trabajaría. Estaba apartada del servicio.

Marian arrastró el árbol detrás de ella hasta la calle y lo apoyó contra la valla. Echó un rápido vistazo al Audi aparcado delante de la puerta. ¿Lo heredaría también? Miró hacia la casa de los Hagemann y vio que Jorunn Hagemann también venía arrastrando un árbol por el camino de acceso a las viviendas. Los dos coches estaban aparcados junto a la casa. A su lado iba el caniche gigante blanco. Birka corrió hacia ellas, moviendo el rabo, para saludar.

De pronto recordó la imagen de Google *Street View*. El perro, un punto blanco y Finn Hagemann, con la cabeza medio inclinada. Recordó el encuentro tan desagradable que tuvo con él en el almacén City.

Jorunn Hagemann estiró sus labios en una especie de sonrisa, arrastró el pino entre los postes de la entrada y lo dejó caer en la cuneta. Luego se frotó las manos y dio una palmada.

—¿Cómo van las cosas? ¿Encontraréis al asesino de Martin?

—Sí, claro —dijo Marian observando a la mujer con la que, supuestamente, Martin había iniciado una relación. Se sintió mal.

—¿Vas a la comisaría ahora?

Marian negó con la cabeza.

—Voy a cogerme un par de días libres —dijo, tragó saliva y se quitó unas agujas del abeto de la chaqueta—. ¿Sabes que heredo la casa de Martin?

Jorunn Hagemann dudó un momento.

—Finn me lo dijo. Lo leyó en el periódico.

Marian la observaba.

—¿Cómo es en realidad tu hermano?

Por un momento, Jorunn Hagemann pareció insegura.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo es... *realmente*? —repitió.

–Nunca ha sido el cuchillo más afilado del cajón –Jorunn Hagemann se encogió de hombros y se dio media vuelta–, pero soporto el vivir con él y con mi madre. No todo es igual de llevadero, claro.

–¿Qué quieres decir?

–Mi marido, su detención y todo eso. Martin se convirtió en mi confidente. Era mejor hablar con él que con mi psicólogo. Sólo necesitaba empatía, alguien que me comprendiera.

–La empatía es, en cierto modo, la forma más extrema de egocentrismo –dijo Marian mirando a las perras, que jugaban rodando sobre la nieve–, estoy de acuerdo contigo en lo que dices de los psicólogos.

Jorunn Hagemann estaba seria.

–Tienes razón. La empatía y el egocentrismo tienen mucho que ver entre sí. Se entiende a los demás conociéndose a uno mismo, ¿verdad?

Marian pensó que era una manera muy extraña de expresarse.

–Por cierto, también heredo la cabaña de Enebakk –dijo para librarse de la conversación imposible sobre empatía.

–Voy a ir ahora, y a pasar la noche hasta mañana. ¿Has estado allí alguna vez?

Jorunn Hagemann asintió.

–A Finn le ha prestado la cabaña muchas veces. Le gusta hacer escapadas en solitario. Yo sólo he estado un par de veces hace mucho. ¿Tienes tiempo para cogerte días libres en plena investigación?

–¿Cómo es la cabaña? ¿Es un sitio bonito?

–Si te gusta tener el bosque de abetos pegado a las paredes... Cato Isaksen parece un buen jefe.

Marian miró el árbol que estaba en la cuneta.

–Los pinos no pierden las hojas –constató.

Jorunn Hagemann la miró sombría. Levantó los hombros y adquirió una expresión extraña en la mirada.

–¿Es un buen jefe?

Marian sostuvo su mirada y no supo qué quería decir. Parecía como si de pronto algo se hubiera transformado. Se metió las manos en los bolsillos.

–La verdad es que no voy a hablar con él en un par de días. Estoy apartada del servicio –dijo, arrepintiéndose al momento. ¿Por qué estaba allí haciéndole confidencias a Jorunn Hagemann? Por un segundo algo pasó por su mente. Había algo en el ritmo de esta conversación que no le gustaba. Entonces sonó su teléfono móvil.

–Disculpa –dijo de prisa, y lo sacó del bolsillo. Era Juha. Ella se apartó un par de pasos, se giró y se llevó el móvil a la oreja.

–¿Juha?

–Kari Helene tiene miedo –empezó–, se va a casa con su madre ahora.

Marian miró a las perras, que salían corriendo hacia la carretera.

–No, Birka –gritó. La bóxer giró de golpe y fue hacia ella. El caniche gigante continuó hasta el otro lado.

–¿Qué pasa Marian?

–Nada –dijo seca, y se dio la vuelta–. ¿Entonces la has encontrado? No debe ir a casa. La policía la busca.

Jorunn Hagemann se iba hacia su casa.

Kari Helene y Juha caminaban uno junto al otro por la acera resbaladiza. En algunos lugares habían echado arena, pero había largos trayectos que eran como una pista de patinaje. Kari Helene se esforzaba por mantener el equilibrio. Juha dio unas rápidas caladas a un cigarrillo antes de tirar la colilla al suelo. Pasó un autobús, cambió de marcha y echó una bocanada gris de humo. Kari Helene pensaba en su horrible encuentro con Finn en el muelle del Ayuntamiento la noche anterior, y tuvo la misma sensación gris que cuando contemplaba el pájaro muerto del estanco. El polvo sobre las alas, las plumas descoloridas. El pájaro estaba muerto, pero parecía vivo. Finn parecía bueno, pero era peligroso. Pensó que no tenía por qué esperar a Marian en el patio trasero. No era peligroso que subiera, ahora que Juha iba con ella. Juha la protegería si fuera necesario, pero tal vez a su madre no le caería bien, pensó de pronto.

Marian estaba junto al paso elevado de la estación Sur de Oslo. Giró a la derecha, cuesta abajo, muy cerca de la Ópera, pasó el hotel y tomó el carril que decía Drammen. En el túnel, echó un vistazo al retrovisor para ver si alguien la había seguido. Daba un rodeo por si acaso. Tenía que respetar que estaba apartada del servicio. Se desvió en Skøyen y condujo por Bygdøy allé. Llevaría a Kari Helene a la comisaría y luego pasaría por casa para empaquetar algunas cosas. Después, iría a la cabaña de Enebakk.

Tras haber patinado y acelerado entre taxis y tranvías en las calles estrechas, por fin llegó a la calle Inkognito. Desde muy lejos reconoció el coche de Asle y Tony. Pasó deprisa a su lado. Esperaba que no la hubieran visto. Dio la vuelta a la esquina y aparcó en una perpendicular.

–Joder, a ver si pasa algo ya –dijo Asle Tengs volviéndose hacia Tony Hansen. Estaban en un coche civil, vigilando la casa de la calle Inkognito. Tony apartó un momento la mirada de la entrada al portal–. Estoy hasta las narices de esta oscuridad, apenas pasan un poco de las cuatro y ya es casi de noche –pasaba las páginas del diario VG–. Ha estallado la guerra entre el director de la Policía y el ministro de Justicia. No ha resultado nada de la reunión que tuvieron Cato, Ingeborg y todos los jefes de departamento con el ministro de Justicia en las Navidades. Jansen sigue afirmando que el proyecto Nieve Blanca continúa incorporado a otro proyecto, y que el esfuerzo es aún mayor que antes.

Asle Tengs suspiró.

–¿No exigió el ministro de Justicia que el proyecto siguiera adelante?

Tony daba vueltas al pendiente que llevaba en la oreja.

–No creo que el ministro de Justicia entienda el trabajo de la policía.

Una figura juvenil con sudadera gris y la capucha subida pasó deprisa por delante del coche y entró en el portal.

–Esa chavala no parecía ir muy abrigada –dijo Asle Tengs frotando sus dedos fríos.

Marian tiró de la sudadera para tapar sus muslos. Había pasado el coche de guardia sin ser reconocida. Kari Helene y Juha estaban en el patio trasero. Juha fumaba y daba patadas a unas placas de hielo.

Marian los miró y levantó la mano a modo de saludo.

–La policía te está buscando –dijo señalando a Kari Helene con un movimiento de cabeza–. ¿Cómo habéis conseguido entrar en el patio trasero sin que os vieran?

Kari Helene intentó sonreír, pero su boca no pasó de ser una delgada línea.

–Hay una puerta trasera. Entramos por allí.

–No sabía que hubiera una puerta trasera aquí. ¿Cómo te va, Kari Helene? ¿Dónde has estado?

–Ha estado un poco aquí y allá –dijo Juha–. Joder, qué casa tan buena tiene.

Marian asintió.

Juha le lanzó una mirada de soslayo, y levantó las botas alternándolas para mantener el calor.

Kari Helene observaba el sitio vacío donde solía estar el coche eléctrico. ¿Se habría ido su madre?

Nada más hacerse esa pregunta, pasó algo. Por un instante, a través del cristal de la puerta, vio la espalda de un hombre: su padre.

Marian siguió su mirada. Entrecerró los ojos. Había algo en esa manera de correr que tenía el hombre. Como si quisiera esconderse. Era John Gustav Bieler.

Marian gritó:

–Va al sótano. ¿Qué va a hacer tu padre en el sótano, Kari Helene?

–Es ahí donde está la puerta trasera –dijo Juha–, se sale a otra calle. Se está escapando –señaló.

Marian le miró un segundo, luego metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros.

–Aquí, Juha. Toma las llaves de mi piso. Vamos –corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón. Juha se lanzó tras ella. Kari Helene se quedó donde estaba.

Marian bajaba a toda velocidad por las escaleras del sótano. Juha iba pisándole los talones. Abajo había un pasillo. El golpe de la puerta de arriba al cerrarse produjo un fuerte eco. Una bombilla solitaria lucía en el techo. Al final del pasillo había una puerta. Se estaba cerrando. Marian llegó la primera y la abrió con otro fuerte tirón.

–Vamos, Juha –asomó la cabeza.

Los sonidos de la calle zumbaban hacia ella. Echó un vistazo acera abajo. La fila de coches aparcados era larga. De pronto, se encendieron los faros de un coche negro al final de la calle. Marian se abalanzó hacia su coche. Juha estuvo a punto de tirar a un anciano. Abrió la puerta y sacó a Birka, luego cogió la correa, que estaba sobre el asiento, y la tiró a la calle. Cerró de un portazo, rodeó el coche y se lanzó al asiento del conductor. Giró la llave de contacto, bajó la ventanilla y gritó a Juha:

–No cuentes a nadie que estoy persiguiendo al padre de Kari Helene. Ve a la calle Hesselberg. Llévate a Kari Helene. El código de la alarma es 0007. Cuida de Birka, dale de comer. ¡Prométeme que lo harás!

–Prometido –susurró Juha en la oscuridad, se agachó y cogió la correa de la perra.

El coche negro salía. Marian giró el volante, salió a la calle y pisó con fuerza el acelerador.

El coche que tenía delante era un Lexus RX 450. Era el mismo vehículo de alquiler al que había perseguido hasta el almacén de Billingstad. El coche giró a la derecha, frente a la residencia del presidente del Gobierno y la parte trasera del Palacio Real. Miraba fijamente los faros de detrás. Metió cuarta y pisó el acelerador. Se esforzaba por ver la silueta de John Gustav Bieler, que se hacía visible cada vez que el coche pasaba bajo una farola.

–¡Me cago en la leche, Asle! –gritó Cato Isaksen.

–Me temo que ha escapado –dijo Asle Tengs–, pero tenemos a su hija en el coche. Está en el asiento trasero junto con Juha Sakkonen y la perra de Marian. Estaremos en la comisaría dentro de cinco minutos.

–¿La perra de Marian? ¿Qué coño quieres decir?

–Juha Sakkonen dice que se la están cuidando. Hay una salida por el sótano, debajo de la mansión. No sabíamos que tenía otra salida. No sabemos qué ha ocurrido, pero su Volvo sigue aparcado en el patio trasero.

–Así que ni siquiera sabéis en qué coche ha desaparecido, ni si alguien le ha recogido. Sois unos idiotas incompetentes de mierda. Supongo que sois conscientes de que probablemente nos estamos perdiendo una operación a gran

escala, que la Operación Corona se va a poder desarrollar con toda tranquilidad gracias a vosotros. ¡Demonios, habéis *perdido* a Bieler!

El Lexus cogió el túnel en dirección a Gardermoen, pasó Galgeberg y siguió por la autopista en sentido Lillestrøm. Bieler iba a unos noventa kilómetros por hora.

Marian agarró con fuerza el volante y miró fijamente las luces traseras rojas. El reloj del salpicadero marcaba las 16:28. Había un par de coches entre ellos. Eso le convenía, así no le sería tan fácil verla. En el asiento del copiloto estaban su jersey de lana y su cazadora de cuero. Puso la calefacción al máximo. Cuando sonó su teléfono móvil, lo cogió y miró el número, era Olav Thiis. Aceptó la llamada.

–Hola –dijo él.

–Hola –respondió Marian sujetando el volante con la otra mano.

–He conseguido localizar a la au-pair –dijo Olav Thiis.

–¿De verdad? –Marian miró un momento por el retrovisor, puso el intermitente izquierdo, y adelantó un coche a toda velocidad.

–Me llevó algo de tiempo, pero Mayla Ganzon vive en Filipinas, en una ciudad que se llama Sierra Bullones. Ahora tiene 38 años.

–¿Has hablado con ella?

–Sí, hasta me ha enviado una foto suya y de su familia por correo electrónico. Una mujer guapa, en vaqueros y camisa azul.

–Su ropa no me interesa. ¿Qué dijo?

–¿Dónde estás? ¿Tu voz suena muy rara?

–Al grano Thiis. Espera un momento, sólo voy a ponerme el auricular en la oreja.

–Tenías razón, Marian Dahle. Bieler ya era un traficante cuando el niño murió, igual que Hans Saltaker. Mayla llamaba a Saltaker *un amigo de pelo marrón y gafas*. El bebé gateaba por el suelo. Hans Saltaker estaba sentado junto a la mesa del salón y, según dice ella, manipulaba cocaína sobre un espejo. Mayla Ganzon estaba en la cocina. Algo del polvo cayó al suelo. El niño lo tocó con los dedos y se lo llevó a la boca. Enfermó al instante. Fue Kari Helene quien se dio cuenta, se lanzó sobre el niño y lo tomó en sus brazos. Lo llevó llorando hasta su habitación y lo puso sobre su cama. Mayla dice que entonces ya estaba muerto. Los niños pequeños mueren inmediatamente a causa de la cocaína. La droga paraliza su respiración.

Marian aferró el volante y mantuvo la vista fija en el coche que tenía delante.

–Bieler llamó a un amigo que trabajaba en la policía. Cuando él llegó, *el amigo del pelo marrón se había marchado*. Tal y como lo entendió Mayla,

Bieler le contó al policía que el niño estaba tumbado boca abajo en su cuna y que le habían encontrado muerto allí. Puedes imaginarte el resto. Supongo que habrá intentado manipular a su hija con la historia del cojín para que se lo creyera.

–Los casos por muerte súbita se redujeron de forma significativa cuando los padres empezaron a acostar a los niños boca arriba. Bieler le sacó al asunto todo el partido que pudo. Sería eso lo que contó a Martin. Por supuesto, él era el amigo que trabajaba en la policía.

–Menudo manipulador.

–Por cierto, me han apartado del servicio. Pero ahora tengo que colgar. Gracias. Te llamaré.

–Hoy tiene dos hijos –continuó Olav Thiis–, me contó también que todo esto la había estado persiguiendo todos estos años, y me pidió que dices recuerdos a Kari Helene.

Marian frenó cuando un coche se coló delante de ella.

–Mierda –murmuró, y se esforzó por no perder de vista al Lexus.

–¿Pero en dónde estás?

–En ninguna parte.

–Me dijo que le gustaría mucho volver a verla algún día.

–Tengo que colgar –repitió Marian quitándose el auricular. Entonces era como había creído. «Pobre, Kari Helene», pensó mirando fijamente al coche que iba delante de ella en la oscuridad.

Bieler se colocó en el carril derecho y se desvió hacia Lillestrøm. Marian dejó el móvil en el asiento del copiloto, puso el intermitente y se colocó detrás. Cuando dejaron atrás el pueblo y llegaron a un cartel donde ponía Fjerdingby, se acordó de pronto de las indicaciones para ir a la cabaña de Enebakk. *Desvíate en sentido Lillestrøm, conduce hacia Fjerdingby. Sigue la nacional 120, pasa Tomter y Flateby.*

Kari Helene Bieler estaba sentada bajo la fría luz de la sala de interrogatorios y miraba fijamente al frente. Tenía una mano metida en el bolsillo del abrigo acolchado y apretaba la otra contra el borde de la mesa. Presionaba los labios formando una estrecha línea. En el pasillo la esperaban Juha y Birka.

Cato Isaksen, Roger Høibakk, Asle Tengs y Tony Hansen contemplaban a la enorme mujer a través del tabique de cristal.

–Madre mía, menuda presencia –dijo Roger Høibakk.

–Hablaré con ella a solas –Cato Isaksen se volvió hacia los demás–. Averigüad si Juha Sakkonen sabe algo, si ha visto a Bieler marcharse.

Había algunas casas aisladas y pequeños caminos que salían en todas las direcciones. Marian se mantenía a unos cien metros detrás del Lexus. Había atenuado las luces. Miró el reloj del salpicadero. Eran las 17:38. Las palabras de Olav Thiis daban vueltas en su cabeza. Afortunadamente, Kari Helene no había matado a su hermano. Su padre había puesto en marcha una maniobra de distracción única, una mentira terrible. Tal vez fuera esa mentira la que había desencadenado una espiral grotesca de acontecimientos horribles. John Gustav Bieler era un psicópata peligroso que llevaba una perfecta doble vida, con una red de conocidos que llegaba hasta las más altas esferas de la vida política.

Aceleró con cuidado, pero se mantuvo tan lejos como le fue posible. Viejas señales indicaban distintas direcciones. Volvió a atenuar las luces y pasó despacio una curva cerrada y un pequeño puente. A lo lejos, vio a Bieler girar a la izquierda y bajar por una pequeña cuesta.

No debía perder de vista sus faros traseros. Él entró en un pequeño camino con grandes árboles a ambos lados. Lo siguió. Al salir del bosque, el camino se bifurcaba sobre una amplia explanada y el Lexus siguió hacia la derecha, donde la carretera hacía una curva alrededor de un pequeño montículo.

Cato Isaksen estaba sentado frente a Kari Helene e intentaba establecer contacto visual con ella. La luz de la sala de interrogatorios era fría y dura. Estaba cansado y distraído. Que por fin hubieran encontrado a Kari Helene

Bieler parecía más una molestia que un alivio. Había *algo* que bloqueaba el paso de otra idea. Se maldecía a sí mismo por ser incapaz de relacionar y analizar las secuencias de información que tenía.

Kari Helene sabía lo que debía decir. Las palabras eran importantes ahora. Muy importantes. *Martin murió justo después de que yo hablara con él para decirle que había recordado lo que había sucedido. Fui capaz de hablar con Martin, pero con usted no puedo hablar.*

Cato Isaksen se pasó cansado la mano por la frente.

—¿Quieres una taza de café?

Miró por encima de él, sacó la mano del bolsillo y la dejó en su regazo.

—¿Qué puedes contarme? ¿Puedes hablarme de tu hermano pequeño?

Kari Helene notó que las lágrimas se abrían camino por sus ojos y caían por sus mejillas.

La miró. Las lágrimas caían silenciosas, pero ella no decía nada.

—Puedes sencillamente asentir o negar con la cabeza. ¿Sabes quién mató a Martin Egge?

Ella negó con la cabeza. Levantó sus grandes puños y se secó las lágrimas.

—¿Y a tu hermano?

Cato Isaksen suspiró.

—¿Sabes dónde está tu madre? ¿Prefieres escribir las cosas?

Cuando ella negó por tercera vez sintió que la irritación se apoderaba de él.

—¿Sabes dónde está Marian Dahle?

Negó con la cabeza.

Cato Isaksen la miraba. Entonces sacó la llave de su bolsillo y la puso sobre la mesa delante de ella.

—¿Qué es esto? —preguntó él—. ¿Una llave? ¿De dónde?

Ella miró la mesa mucho tiempo. Luego dijo:

—Vamos a cuidar de la perra.

De pronto el Lexus había desaparecido. No se veía ningún camino lateral. Marian se inclinó sobre el volante. Frente a ella sólo había un estrecho camino interminable. Sonó su teléfono móvil. Lo cogió y reconoció el número al instante. Era Billington. Rechazó la llamada y volvió a tirar el teléfono. Bieler tenía que haberse desviado en algún punto. Marian miró sus ojos en el retrovisor un momento. Intentó hacerse una idea de su entorno en la oscuridad. Pisó el acelerador y siguió adelante despacio. La luz de los faros pasaba sobre el paisaje blanco, donde la nieve se iluminaba entre los grandes abetos cubiertos de escarcha. De pronto, en el lado izquierdo, apareció una casa solitaria de los años setenta, pintada de gris, algo apartada de la carretera. Sobre la barandilla de la terraza había una guirnalda de luces navideñas. Parpadeaba en rojo, amarillo y azul. Iluminaba la nieve como el vulgar neón de un club nocturno.

Pasó despacio frente a lo que parecía ser una tienda clausurada. Un frágil edificio pintado de marrón con las ventanas del primer piso tapadas con papel de estraza. Parte de la pared estaba cubierta con planchas de metal. En el lateral de la casa había una rampa para descarga de mercancías. Allí estaba aparcado el Lexus negro. Marian frenó, pero dejó que el coche siguiera despacio. Se veía una débil luz en las ventanas de la segunda planta. Unas cortinas de tul finas impedían ver el interior. No había ni un alma. Y entonces recordó ¡la tienda cerca de la cabaña! Tenía que ser la que Bieler había alquilado para Greta como almacén de muebles. La cabaña de Martin tenía que estar muy cerca, al final del camino. Había pensado venir aquí en todo caso, pero no de esta manera. *Gracias por haberte ocupado del alquiler de la vieja tienda cerrada que está cerca de tu cabaña. Greta necesita un almacén para sus muebles que no resulte demasiado caro.*

Stein Billington llamó a la ventana de la sala de interrogatorios y agitó una carpeta con gesto alterado. Roger y Asle estaban a su lado y parecían igual de emocionados. Cato Isaksen se levantó.

Kari Helene Bieler había dicho cinco palabras: *vamos a cuidar la perra.*

Cato Isaksen la miró. Por un breve instante correspondió a su mirada, luego se ruborizó y bajó la cabeza.

—¿Cuándo te dieron esa llave? ¿Te la han dado ahora?

Ella negó con la cabeza.

—¿Has hablado con Marian hoy?

Ella se encogió.

–¿Sabes qué? No puedo seguir ahora con esto –suspiró irritado–. Será mejor que vuelvas mañana. Te recogeremos y podrás hablar con otra persona. Una chica que se llama Randi, ¿vale?

Kari Helene se metió la llave en el bolsillo, apoyó las palmas de las manos en la mesa, se levantó, se cerró el abrigo y salió oscilante hacia el centro de la sala.

Cato Isaksen la miró sombríamente cuando ella salió por la puerta, que él sostenía abierta. Tenía la cara desfigurada por el cansancio.

Asle Tengs desapareció pasillo abajo. Juha Sakkonen esbozó una sonrisa cuando vio a Kari Helene. Birka movía el rabo.

Roger se pasó la mano por el cabello.

Juha dice que Marian está en su casa, pero no sé si dice la verdad.

–¿Por qué iba a mentir sobre eso? –Cato Isaksen se mordió el labio inferior–. ¿Alguien tiene una pastilla para el dolor de cabeza?

–Buscaré una –dijo Roger con un tono sorprendentemente animado–. Billington tiene unas noticias fantásticas. Te espera en tu despacho.

–No me tomes el pelo ahora. Estoy demasiado cansado.

–No digo tonterías. Te espera. Hemos progresado mucho –sonrió y empezó a caminar.

–¿Pero qué es? Haz que Tony o Asle lleven a esos dos y la perra adonde quieran ir –gritó tras él–, supongo que irán a casa de Marian.

Roger asintió.

–Voy a pillar a Tony –escribió un sms en su móvil. Tony Hansen apareció al momento con las llaves del coche en la mano.

Cato Isaksen siguió con la mirada a Kari Helene Bieler, Juha y la bóxer, que meneaba el rabo cuando entraban en el ascensor.

–Luego vuelves aquí –le gritó a Tony.

Tony levantó la mano y asintió. La puerta del ascensor se cerró.

No había ningún sitio para detenerse. Sólo el estrecho camino que seguía de frente y un pequeño entrante a la izquierda, una parada de autobús desvencijada que estaba junto a la tienda. Marian continuó menos de un kilómetro y llegó hasta el final del camino, donde la máquina quitanieves había dejado la nieve en el centro, en un gran montículo, creando una especie de rotonda. Había un solo coche aparcado allí, tapado con una funda azul para protegerlo de la nieve y el hielo. Cuando estaba en plena curva, la luz de los faros pasó por un cartel de madera oscurecida con forma de flecha. *Hyggeli*, habían grabado con letras negras.

Ahí estaba la cabaña. Puso el coche en punto muerto y cogió el jersey de lana que tenía en el asiento del copiloto. Había seguido a Bieler y acabado aquí. Por fin había llegado. *Si no estamos, la llave está sobre la viga de la puerta, arriba a la derecha*. Se pasó el jersey por la cabeza y se puso la cazadora de cuero, luego metió primera, aceleró un poco, giró, metió segunda y tercera y volvió despacio, pasando la tienda. Cincuenta metros más adelante aparcó la furgoneta, en el acceso a la casa con las luces navideñas de aire discotequero que lucían chillonas sobre la barandilla. Las ventanas estaban completamente oscuras y no había huellas en la fina capa de nieve recién caída. Apostó a que no hubiera nadie en casa.

Cato Isaksen miraba a Stein Billington. Agitaba una carpeta que llevaba en la mano.

—Aquí tengo algo absurdo. No te lo vas a creer. Las cosas se os van a desatascar a partir de este momento, Cato.

Roger entró con un ibuprofeno y un vaso de agua. Cato Isaksen lo cogió.

—Gracias —dijo.

Cuando salió, Stein Billington dijo:

—Marian Dahle me entregó un informe sobre el asesinato de Helga Hansen ayer. Simplemente apareció sobre mi mesa sin previo aviso. He intentado llamarla, pero ahora entiendo por qué no contesta. Está temporalmente apartada del servicio, por lo que he oído. ¿Qué es lo que ha hecho, en realidad?

Cato Isaksen se metió la pastilla en la boca y la tragó con agua.

—¿Qué clase de estupendas noticias son las que tienes, Stein?

—Marian ha realizado un análisis de un cabello de John Gustav Bieler.

—¿En relación con qué?

–En relación con una muerte por sobredosis hace cuatro años. Una tal Angelina Sakkonen.

–¿Qué tiene eso que ver con el asesinato de Helga Hansen?

–Nada, y por supuesto no tenemos ADN de aquel caso. Este tipo de cosas no se investigan así –Billington le tendió un folio, Cato Isaksen lo cogió.

Stein Billington repitió:

–Por alguna razón, Marian pidió al departamento técnico que comprobaran si había material con ADN en relación con el fallecimiento de esa tal Angelina.

Cato Isaksen leyó: «Angelina Sakkonen era secretaria de Hans Saltaker. Sospecho que la sobredosis se la pusieron en otro lugar y que Angelina fue trasladada a la estación Sur de Oslo poco antes de morir. Sospecho que pudo ponérsela Saltaker, fue poco antes de que lo arrestaran, o tal vez John Gustav Bieler, o los dos. Comprobad los cabellos de Bieler en este caso».

Cato Isaksen levantó la vista.

Stein Billington sonreía.

–Te cuento: es que Marian ha pedido que, además, el ADN de Bieler se procesara en el registro general.

–Vale. ¿Y?

–Lo curioso es que hay una muestra que cuadra con el escenario del asesinato de Helga Hansen. Los cabellos que se encontraron en la víctima.

Cato Isaksen tuvo un escalofrío. Su corazón se aceleraba.

–¿Qué coño estás diciendo Stein?

–No fueron jóvenes borrachos, locos o ladrones quienes se cargaron a la pobre Helga Hansen en Maridalen. Tuvo que ser John Gustav Bieler.

Por un momento a Cato Isaksen se le nubló la vista. Siguió leyendo: «Hay una especie de aparcamiento cerca de la casa de Helga Hansen, donde suelen aparcar los esquiadores para ir hacia la pista iluminada. Unos metros más abajo hay una cuesta empinada, un terreno inclinado que acaba en el río, abajo del todo. Las huellas que han aparecido en ese lugar pueden indicar que alguien ha llevado o arrastrado a una persona hasta allí. Son sólo pensamientos, suposiciones. Llámalo intuición, si quieres. He intentado encontrar una causa para el asesinato. ¿Podría haber sido testigo de algo?».

Cato Isaksen se levantó de golpe.

–Helga Hansen ha sido testigo de algo que no debería haber visto. Está claro que es así.

–Sí –dijo Stein Billington–. No parece descabellado pensar que pudo ser así.

Cato Isaksen suspiró y se golpeó la frente con la mano. Marian lo había dicho en Solveien. *Tengo la fuerte sensación de que ha matado a su esposa. Me lo dice mi intuición. Es lógico que haya pasado algo así.*

–Porque tal vez se chivase a la policía –dijo Cato Isaksen sin dirigirse a nadie

en particular.

–Helga Hansen ha podido ver a Bieler deshaciéndose de su esposa –continuó Stein Billington–. Encontramos un mechón de pelo en un arbusto, junto al aparcamiento. Puede ser suyo.

–John Gustav Bieler es un hombre peligrosísimo –dijo Cato Isaksen volviendo a sentarse–. Tenemos que conseguir muestras de ADN en la tienda de Greta Bieler cuanto antes, y ver si cuadran con ese mechón de pelo. Probablemente ha quitado a su esposa de en medio, sí –repitió–. Demonios, Stein, si es así estamos ante un caso grotesco. Bieler puede haber asesinado a Helga Hansen y tal vez a su propia esposa, al director de la Policía Judicial y a Angelina Sakkonen.

Adnan Arif llegó a las 18:00 en punto a la tienda clausurada. Aparcó su BMW de color oscuro junto al Lexus y llamó dos veces al timbre que había en la pared de cemento, junto a la puerta de la tienda. Mientras esperaba, se quitó los guantes de piel vuelta y se giró para observar la parada de autobús que había al otro lado de la calle. Un minuto más tarde se oyeron pasos en la escalera. Se abrió la puerta. Un hombre alto, de piel oscura, mantuvo la puerta abierta y Arif pasó.

Cato Isaksen se encontró con su mirada en el reflejo de la ventana. Habló con Ingeborg Myklebust por el teléfono móvil.

—Sí, es un gran paso adelante. Por fin, Ingeborg. Me pondré en contacto con el personal de guardia de la Policía Judicial para que eviten que Bieler y Arif puedan abandonar el país. También voy a dar aviso a la Interpol. Y hay que verificar ese mechón de pelo con muestras de Greta Bieler. Seguro que encontraremos ADN en su tienda.

—Esto es estupendo, Cato —contestó la comisaria—. Por fin salimos del atasco, gracias a Marian. Sabes tan bien como yo que los de Asuntos Internos no encontraron nada sospechoso en su casa. ¿Cómo se lo tomó cuando le dijiste que recogiera sus cosas?

—Ya te he dicho que se lo tomó bien. Ahora tenemos que emplear el tiempo que haga falta. No soporto tener que pensar en ella en mitad de todo esto. Tenemos un trabajo por hacer.

—Mientras, mantenemos la alerta. Sabes que te avisaremos si pasa algo. Ahora creo que deberías irte a casa y dormir un poco. Y mañana hablas con Marian y la informas de todo. Deberías darle un poco de reconocimiento a su labor. No puedes hacer mucho más esta noche, sólo estar localizable por teléfono. Por desgracia, la Operación Corona sigue su curso sin que nosotros interfiramos.

—Recibido. Pero creo que me quedará un poco más para ver qué pasa.

Sako Zogu era alto y extremadamente delgado, con rasgos marcados y el pelo negro peinado con gomina.

—Bieler está arriba —dijo cerrando la puerta con llave. Se deslizó entre Arif y un mostrador de formica, entre palés con paneles para techo y suelo, hasta una escalera que estaba detrás de una puerta, y subió delante de él al segundo piso.

–¿Tienes la mercancía?

Adnan Arif asintió brevemente.

–Sitek viene de camino con el dinero –dijo dejando que su mano se deslizara por la barandilla de madera oscurecida.

–Parece que se han cargado a Corona. Dicen que dio un soplo. El sistema le ha detectado.

John Gustav Bieler se dejó la gabardina puesta. Se acercó a una de las ventanas y miró hacia afuera. Una farola que estaba junto a la parada del autobús daba una luz escasa, y proyectaba un círculo en la nieve.

Adnan Arif le miró.

–¿Cómo puede ser que tu nombre aparezca en los periódicos en relación con ese asesinato del director de la Policía Judicial? ¿Tuviste algo que ver con eso?

A Bieler no le gustó la pregunta. Sonrió.

–Créeme, no tengo nada que ver. Egge era un viejo amigo.

Sako tomó la palabra.

–¿Estás seguro de que no has tenido nada que ver con eso?

–¿Por qué lo dices *así*?

–Nunca nos has contado que lo conocías.

–Es una casualidad. Pero ha sido una ventaja durante todos estos años. He actuado a su sombra. Por ejemplo, este sitio, no hubiera podido alquilarlo si no le conociera.

–Estaba en casa de los Hagemann cuando fui a por el código del trastero –dijo Adnan Arif.

–¿Estás completamente *seguro* de que todo es *safe*?

–No soy tonto –dijo John Gustav Bieler–, lo dejamos ahora y ya hablaremos dentro de un par de años. Voy a llevarme a mi hija al extranjero.

Sako sonrió amargamente.

–Lo entiendo. Pronto llegarán Timur y Sitek. ¿Estás seguro de que has venido solo hasta aquí? –se acercó a la ventana, echó las cortinas de tul roto a un lado y miró fijamente hacia la oscuridad interminable.

Marian sacó la cabeza por detrás de la carcomida caseta de la parada de autobús. El Lexus y el BMV estaban aparcados uno junto al otro delante del pequeño edificio. Consultó su reloj. Eran las 18:18. Faltaban algunos tablones, así que podía ver de frente la tienda. Un par de descoloridos anuncios de productos en oferta colgaba delante del papel de estraza que tapaba las ventanas. «Por aquí hace muchos años que no pasa ningún autobús», pensó allí parada

con nieve hasta los muslos. Las profundas huellas que había dejado se veían de un gris azulado a la luz de la farola solitaria. Tenía la nariz y las orejas congeladas. Aquí hacía más frío que en la ciudad. Un vaho helado salía de su boca. Formó un cilindro con las manos y sopló aire caliente en su interior. Veía la silueta de tres hombres por la ventana del segundo piso. Las delgadas cortinas dejaban pasar la mortecina luz de la lámpara de techo por los agujeros. Unos minutos más tarde llegó un coche más, un Saab viejo que aparcó junto a los otros dos. Un corpulento hombre moreno salió deprisa del vehículo. Se apoyó con una mano en el capó mientras caminaba torpemente sobre la superficie helada. Marian esperó a que hubiera cruzado la calle para sacar sus botas Timberland de la nieve y cruzar la calle. Se agachó detrás de la fila de coches y sacó un cuaderno pequeño del bolsillo de la cazadora de cuero. Con los dedos helados consiguió sacar un bolígrafo e intentó anotar los números de las matrículas. El bolígrafo no funcionaba por el frío, pero consiguió raspar las cifras sobre el papel.

Olav Thiis estaba en su piso de Parkveien viendo las noticias. Se sentía emocionado tras la conversación con Marian Dahle y estaba a punto de abrir una cerveza cuando sonó su teléfono móvil. Se levantó, y por un momento vio su reflejo en la claraboya del techo. Llevaba la media melena rubia echada hacia atrás y era más larga de lo habitual. Tenía que cortarse el pelo.

Reconoció el número. Era Marian Dahle. Sonrió un instante pensando en ella. Era distinta a las señoras con las que solía relacionarse.

–Hola.

–Sólo quiero que sepas que estoy en alguna parte de Enebakk –susurró–. ¿Puedes llamar al Registro y comprobar un BMW con matrícula DL 83675? Supongo que está a nombre de Adnan Arif, pero necesito verificarlo.

–¿Dónde dices que estás?

–En medio de la nada. Tú límitate a hacer lo que te digo. Comprueba también un Saab, con matrícula BR 23480. Esperaré al teléfono.

–Pero tendré que colgar para poder hacer esas comprobaciones. Mandaré un sms a Tráfico. Pero ¿qué estás haciendo? En realidad estás apartada del servicio.

–Haz lo que te digo, demonios. Pondré el móvil en silencio. Me da miedo que alguien lo oiga.

–¿Quién es *alguien*, Marian?

–¡Que hagas lo que te digo, joder! –exclamó ella, y colgó.

Tardó siete minutos heladores. Estaba en cucullas detrás de uno de los coches y tenía el móvil en la mano. Contestó en el mismo instante en que empezó a vibrar.

–¿Va todo bien? –Olav Thiis sonaba preocupado.

–¿Lo averiguaste?

–DL 83675 está a nombre de un tal Adnan Arif. Su dirección es calle Valdres...

–Sí, sí, sí, vale. ¿Y el Saab?

–Denunciaron su robo de algún lugar en Bærum hace una semana. Pero oye...

–Sí, sí, ahora llamaré a Cato Isaksen.

–¿Pero qué ocurre?

–Volveré a llamarte. No me llames tú. No lo hagas –Marian se metió el móvil en el bolsillo, se abrochó completamente la chaqueta y se incorporó a medias.

Miró hacia las ventanas sin ver a nadie y empezó a correr por la nieve acumulada junto a un lado de la carretera. Llamaría a Cato en cuanto estuviera a salvo dentro de su coche. En el momento en que comenzaba a subir el camino de acceso a la casa de las luces navideñas, una camioneta apareció por la curva. Iba hacia ella a toda prisa y sus faros la iluminaron. Siguió caminando con calma.

La camioneta redujo la velocidad y pasó despacio a su lado. Observó un instante al hombre que conducía. Le reconoció espantada. Recordaba la cara de zorro, pálida y estrecha, de la foto del recorte de periódico. Era el abogado Marek Sitek.

Marian intentó caminar como una persona *normal*. No debía mostrar su miedo. Sitek no tenía ni idea de quién era ella.

Se dio la vuelta y miró hacia atrás. Marek Sitek había frenado. Marian subió bien derecha por el camino de acceso, fue al buzón y echó un vistazo rápido al interior. *Al fin y al cabo vivía allí*. El buzón estaba lleno de cartas y periódicos. Los sacó.

El coche estaba parado con el motor en marcha. Volvió a echarle un vistazo. Las luces de los faros delanteros dibujaban dos franjas amarillas en el camino. Él mantenía el pie sobre el freno. Eso lo veía en las luces traseras.

Apretó el correo contra su pecho y fue deprisa hacia su coche. Oyó que se abría la puerta de un coche y el portazo que daba al cerrarse. De pronto Sitek gritó en voz alta:

–¡Eh, tú!

Dio un par de pasos más, le entró pánico y empezó a correr. Tiró el correo, pasó a toda velocidad junto a su coche aparcado hacia la casa oscura.

Escaneó con la vista la casa y la escalera con la puerta de entrada cerrada. No había nadie. Oyó a Sitek detrás de ella.

–¡Eh, tú! –repitió iracundo–. ¡Para!

La situación se le presentó con una claridad terrible. Estaba sola, en medio de un bosque despoblado, con cinco hombres peligrosísimos. Uno de ellos le pisaba los talones. Pasó corriendo la entrada, se abrió camino por la nieve y se lanzó detrás de la esquina de la casa. Junto a la pared la nieve se había convertido en hielo. Carámbanos rotos se extendían por el suelo como cristales.

Sitek venía detrás de ella. Marian se apoyó con los brazos en la pared para mantenerse de pie y dio la vuelta a la siguiente esquina a toda velocidad. Pero no había donde esconderse.

Oyó que Sitek se caía. En ese mismo momento vio una puerta de acceso al sótano, se fue hacia ella y tiró del picaporte. Estaba cerrada. La angustia escocía en su garganta. Ante sus ojos bailaban manchas rojas, y notaba el frío en su rostro. El sudor brotaba de su nuca y sus axilas. Dobló la otra esquina, vio la terraza con las intensas luces en la barandilla y se subió rápidamente, agarrándose a ella. No quedaron huellas en los tres escalones. Se mantuvo pegada a la pared y las ventanas, donde el suelo de la terraza no estaba nevado, y miró desesperada a su alrededor en busca de un escondite. En el salón había

un árbol de Navidad con las luces encendidas. Tiró del picaporte de la puerta de la terraza. También estaba cerrada. Detrás de un montón de leña había un arcón de plástico para guardar los cojines de los muebles de la terraza. Saltó hacia él a grandes zancadas, se cayó de espaldas, volvió a levantarse y abrió la tapa de un tirón. La nieve que la cubría cayó de golpe. Estaba vacío.

Marek Sitek se paró de golpe y miró hacia la terraza. Maldijo en polaco, se dio la vuelta y miró otra vez hacia la puerta del sótano. ¿Había conseguido entrar por ella? Junto a la pared la nieve se había convertido en hielo, así que no se veía ninguna huella.

¿Quién coño era? La furgoneta blanca debía de ser suya. Viviría allí después de todo. Seguro que estaba dentro de la casa. Tenía que avisar a los otros. Miró hacia la carretera, donde su coche esperaba con el motor en marcha.

Marian estaba encogida en el arcón de los cojines. Su corazón latía tan alto que pensó que él lo oiría. Oyó que se abría paso por la nieve profunda que rodeaba la terraza.

De pronto sonó su móvil. Tendría que haber desactivado la tecla del sonido, joder. La melodía de James Bond sonó como una cuchillada en el silencio.

Cato Isaksen estaba sentado en su despacho. Se sentía eufórico. Una especie de alivio se había extendido por su interior. Estaban en *marcha*, pero ¿cómo podían Tony y Asle haber dejado escapar a Bieler?

La Operación Corona se había malogrado por la falta de atención de Tony y Asle, pero en cualquier caso ya tenían a Bieler. Si las suposiciones de Marian eran correctas, había matado a su mujer. En cuanto Bieler volviera a aparecer, lo detendrían. Le interrogarían sobre el asesinato del director de la Policía Judicial en unas condiciones completamente distintas. Tenían la nota de la puerta de la tienda y el ADN del escenario del crimen de Helga Hansen. Le ofrecerían reducción de condena si también confesaba el asesinato de su mujer. Y además estaba todo lo que rodeaba a la Operación Corona.

Había mandado a Tony y a Asle de vuelta a la calle Inkognito. Randi estaba de servicio y ella y Roger vigilaban el apartamento de Marian. Kari Helene y Juha estaban con ella. Todos los coches patrulla estaban avisados. Billington se había retirado para escribir un informe detallado. De todas maneras, probablemente esa noche no sucedería nada más. Pero al día siguiente estarían a tope.

Le costó sacar el teléfono de su bolsillo. Se le cayó. El sonido seguía y seguía. Por fin consiguió cogerlo y con los dedos helados aceptó la llamada. La voz de Olav Thiis sonaba afilada. Cerró los ojos con fuerza y apretó el móvil contra su estómago para amortiguar el sonido de su maldita voz. Su corazón latía tan fuerte que pensó que iba a sufrir un infarto. A lo lejos oyó el ruido del motor del coche, que cambiaba de marcha y se movía carretera abajo.

—¡Oye! —gritó Olav Thiis varias veces.

Estaba aprisionada en una postura rígida entre las flexibles paredes de plástico. Temblorosa, intentó incorporarse. Levantó la tapa con las dos manos y salió encogida. Se quedó sentada un momento escuchando antes de ponerse de pie. Se oía el suave zumbido que producía el transformador de las luces de la barandilla, por lo demás todo estaba en silencio. El cielo era una cúpula negra sobre ella. Se llevó el móvil a la oreja y dijo con voz temblorosa:

—¿Aún estás ahí?

Fue hasta su coche pisando las huellas de Sitek. La nieve se metía dentro de sus botas y helaba sus tobillos. Apretó la tecla roja del móvil y devolvió la llamada a Olav Thiis.

–¿Se puede saber qué estás haciendo, Marian? –gritó molesto.

Cato Isaksen pensó en Marian. Su intuición había resultado ser correcta una vez más. Daba miedo. Un peligroso sentimiento de estar ausente lo invadió. Cuando le pidió que recogiera sus cosas, por un momento sintió como una liberación. Se daba cuenta de que tenía una sensibilidad muy selectiva ante un sentimiento de enemistad reprimida, pero había algo que no cuadraba. La sensación era equivocada. Algo se le había escapado. Un detalle importante. Sintió una sensación de angustia heladora. En alguna parte desconocida probablemente tenía lugar, ahora mismo, una operación a gran escala con compra y entrega de dinero en relación con el narcotráfico.

–¡Te dije que no llamas! –susurró enfadada, corriendo los últimos metros hacia el coche hasta agacharse tras él. No podía abrirlo. La luz del interior la delataría al momento—. Estoy en grave peligro. No puedo hablar. Una banda de traficantes... Bieler y Arif, están... un almacén aquí fuera. Estoy en Enebakk, junto a una tienda clausurada muy cerca de la cabaña de Martin Egge.

–Pero...

–No hables, sólo escúchame –susurró—. Llama a Cato Isaksen. Dile que aquí hay cinco hombres.

–¿Pero dónde?

–No lo sé. Dile que es cerca de la cabaña de Egge. Cato sabe dónde es. Están en una tienda cerrada, un almacén para muebles que Gustav Bieler ha alquilado como tapadera para su mujer.

Olav Thiis estaba aún más irritado.

–Tienes que llamar al 02800 de la policía. Tienes que llamar desde *tú* teléfono, porque así la centralita te conectará automáticamente con la comisaría más cercana. Yo llamaré a Cato Isaksen para dar la voz de alarma.

Marian asintió en la oscuridad.

–Comprendido –dijo, e hizo lo que le había indicado.

Cato Isaksen daba golpes en la mesa con un bolígrafo. Una serie racional de pensamientos se estaba generando en su cabeza, pero el timbre de su teléfono móvil, que estaba junto a un montón de documentos, la interrumpió. Dejó el bolígrafo sobre la mesa y lo miró. Si era Bente, le diría que ya iba a salir hacia casa. Notó de pronto cómo la echaba de menos.

Pero no era su número.

Cato Isaksen aceptó la llamada y se lo llevó a la oreja.

–¿Sí? –dijo secamente.

–Soy Olav Thiis –dijo una voz grave.

–¡Tú! –dijo Cato Isaksen con frialdad, y se puso de pie. Toda la habitación se reflejaba en el cristal de la ventana.

–Sí, soy yo –dijo él igual de frío–. Si estás interesado en salvar la vida de tu colega Marian Dahle, escucharás lo que tengo que decir.

–¿Qué coño quieres decir?

–Marian Dahle se encuentra en algún lugar de Enebakk –dijo Olav Thiis.

John Gustav Bieler abrió la puerta de servicio. La luz cayó en una banda oblicua sobre el cemento de la rampa de entrada de mercancías. Contempló a Marek Sitek, que estaba cubierto de nieve. La furgoneta tenía el motor en marcha y la puerta abierta.

–Hola –dijo Bieler–, tras él aparecieron Arif, Timur y Sako.

–Creo que tenemos un problema –dijo Marek Sitek conciso, haciendo un gesto con la cabeza–. Una mujer en la casa gris. Tiene un coche blanco.

Olav Thiis le informó con estilo telegráfico.

–Está cerca de una tienda clausurada. En ella hay cinco hombres, entre ellos un tal Arif, me dijo.

Cato Isaksen escuchaba con la boca abierta.

–¡Mierda! –gritó sintiendo que la angustia lo atravesaba–, tiene que ser cerca de la cabaña de Egge.

–Me lanzo al coche y voy a la comisaría en este mismo instante –dijo el detective privado–. Espérame y, ¡por Dios!, no la llames, pueden oírlo.

Cato Isaksen miró fijamente al vacío durante un par de segundos después de terminar la breve conversación. ¡Maldita Marian! *No la llames, pueden oírlo.* Marcó el número de la comisaría de Follo mientras arrancaba la chaqueta del respaldo de la silla, y salió disparado de su despacho. Fue a toda prisa por el pasillo hacia el ascensor. Una voz cansada contestó al otro lado de la línea. Cato Isaksen preguntó si habían recibido un aviso de emergencia del 02800 de una de sus empleadas, y si podían localizar dónde estaba.

–¿Qué lugar? Aún no hemos recibido ningún aviso...

–Enebakk, una tienda clausurada. Es urgente, no tengo tiempo para explicaciones –gritó.

–Prueba la comisaría de Romerike –dijo la voz–, a lo mejor lo han recibido allí.

Cato Isaksen llamó al ascensor y marcó el número de la central de operaciones, que estaba en la planta inferior.

Marian estaba a punto de girar a la izquierda cuando John Gustav Bieler llegó corriendo y se colocó con los brazos abiertos, delante del coche. Le miró fijamente a través del cristal.

Bieler la reconoció al instante. Ella no podía oír lo que decía.

–¡La mascotita de Martin! –siseó cerrando los puños–, ¡es un madero! –le gritó a Adnan Arif, que estaba un poco más allá, apuntando hacia el coche con un arma.

Adnan Arif se acercó al coche y lo rodeó hasta llegar a la puerta del conductor. Miró y, a continuación, dio un fuerte puñetazo en el techo.

–Va por libre, estoy completamente seguro. ¡No hay ninguno más aquí! –gritó en voz muy alta John Gustav Bieler a los demás.

Las puertas cromadas del ascensor se abrieron. Cato Isaksen metió el pie entre ellas para que no se cerraran.

–Sí –contestó escueta la voz de la central de operaciones.

Informó del caso.

–Puede tratarse de la Operación Corona, que esté en curso. No utilicen los radiotransmisores. Los implicados pueden tener relación con el asesinato del director de la Policía Judicial. Ármense y diríjanse hacia Enebakk. Pónganse en contacto con Romerike y que les den las indicaciones precisas de cómo llegar hasta allí.

–Comprendido –dijo la voz del otro lado.

–Llevaré mi propio coche y me mantendré informado por el camino.

–Nos hacemos cargo desde aquí, le mantendremos informado.

El aparcamiento estaba prácticamente vacío. Cato Isaksen abrió la puerta del coche, se asomó al interior, cogió la luz azul y la fijó en el techo del coche camuflado. Un Toyota blanco bajaba haciendo sonar sus neumáticos por la rampa, giró hacia él y paró de golpe en la plaza vecina.

Era Olav Thiis. Cato Isaksen puso el coche en marcha. Miró molesto a Olav Thiis, que saltó de su coche, corrió los pocos pasos que le separaban del coche civil y tiró de la puerta del copiloto.

–Hola –dijo escuetamente, se sentó y se puso el cinturón de seguridad a toda velocidad.

Cato Isaksen pisó el acelerador y subió por la rampa hacia la calle. Los dos hombres no intercambiaron ni una palabra. Cato Isaksen giró el volante a la izquierda y bajó deprisa por la calle.

Su móvil sonó cuando iba a salir al cruce. Se inclinó hacia el manos libres y lo activó.

–¿Marian? –gritó.

–Es la central de operaciones.

–¿Sí?

–Para su información: la orden se ha ejecutado, de momento hemos enviado dos patrullas.

–Dos coches no son suficientes. Es una banda grande... peligrosa.

–Llegan refuerzos de Follo, además de que Romerike tendrá dos vehículos allí en breve. La dirección es Kullebunnveien, 148.

–Recibido –dijo Cato Isaksen volviéndose hacia Olav Thiis.

–Sé dónde es. Está muy cerca de la cabaña de Egge, ¡pero mete Kullebunnveien en Enebakk en el GPS, maldita sea!

Marian abrió la puerta del coche. John Gustav Bieler la agarró del brazo y tiró de ella hasta sacarla afuera. La apartó del coche y lo cerró de un portazo.

–Mueve ese coche –ordenó a Arif.

Marian tenía los brazos cruzados sobre el pecho para protegerse. Reconoció a Arif por su foto. El arma colgaba de su mano. Bieler la empujó hacia atrás. Ella se dio la vuelta y fue corriendo despacio. Él la siguió y le dio varios empujones más. Finalmente llegaron hasta la tienda. Ella cayó de rodillas junto a la barrera de nieve del otro lado de la calle, a unos pocos metros de la parada de autobús.

Arif aparcó su coche en un lateral de la carretera.

El móvil se cayó de su bolsillo cuando intentaba levantarse. Volvieron a empujarla. Cayó hacia delante. Su frente impactó contra el hielo. Su piel raspada se desprendía en finas tiras mientras Bieler la arrastraba por los brazos. Notaba cómo la sangre templada caía sobre sus ojos y junto a su nariz. John Gustav Bieler gruñía. Ella cerró los ojos, ya había sobrepasado la angustia, estaba en una tierra fronteriza donde el dolor y el tiempo no existían. Ya era demasiado tarde para todo.

El coche civil fue hacia Lillestrøm y se desvió allí, fue a toda velocidad por una curva cerrada, pasó la señal de Tomter, subió una colina y volvió a tomar otra curva. La transmisión del coche resultaba demasiado suave, faltaba aire en los neumáticos.

Había algunas viviendas dispersas, el resto eran largos tramos desiertos. La luz azul desgarraba el paisaje oscuro con brucas ráfagas. En la siguiente curva, el coche patinó, pero Cato consiguió enderezarlo. Sentía la angustia y la furia como un dolor en la zona del pecho. El sudor brotaba en su nuca y le caía por la espalda. Olav Thiis le había contado lo desesperada que estaba Marian por limpiar su nombre, que estaba triste y desolada por haber complicado la situación mintiendo.

Estaba tirada detrás de la puerta. Los hombres la rodeaban. Se distrajeron un momento, ella gateó hacia la puerta a cuatro patas, la abrió, se lanzó por la rampa y saltó.

Bieler y Arif la siguieron al instante. Consiguió cruzar la carretera. Un palo

de madera que marcaba los bordes de la carretera sobresalía de la nieve. Lo arrancó de un tirón. Se dio la vuelta y lo manejó como un cuchillo, pero Bieler la cogió por la muñeca. Intentó clavarle el palo. Su pecho se movía pesadamente al ritmo de su respiración. El aliento helado escapaba en pequeñas nubes por su boca.

Adnan Arif la apuntó con su arma.

–¡No! –gritó Bieler–. ¡Aquí, no! Se oirá desde lejos. Puede que haya gente en aquella casa a pesar de todo. Y habría sangre sobre la carretera. La meteremos en la tienda.

Cato Isaksen frenó para dejar pasar un corzo que cruzaba la carretera, y se dio cuenta de que el desprecio que sentía por Olav Thiis se había esfumado. Pensó en Marian con desesperación, ya no sentía ni rastro de enemistad, al contrario. Sólo quería que no fuera demasiado tarde para salvarla. Si no fuera por ella, no estarían sobre la pista de Corona. Ojalá no logran escapar.

–Háblame de ese Bieler –dijo Olav Thiis secamente.

–Es cruel. Ha utilizado su puesto privilegiado durante muchos años. Ya sabes, la élite conserva el poder no sólo controlando a sus inferiores sino controlando los medios, lo que se dice en público, todo lo que tiene que ver con la comunicación.

–Siempre me han interesado las estructuras del poder –dijo Olav Thiis–, también en la policía. Por eso lo dejé. Espero que pronto llegue alguna forma de reconocimiento para los que elegimos otra vía: tenemos mucho que aportar.

Cato Isaksen apretó ligeramente el acelerador y miró fijamente hacia delante cuando se cruzaron con varios coches que iban en sentido contrario. En ese momento sonó su móvil. Era de la central, avisando de que dos de las patrullas estarían allí en pocos minutos.

–No te lo tomes como algo personal, pero con frecuencia las cosas salen mal si las dejas en manos de un reducido grupo de investigadores –continuó Thiis–, pero Marian Dahle es auténtica, nunca he conocido a nadie como ella.

Marek Sitek llegó corriendo con una pala. La tenía firmemente cogida por la empuñadura.

–Utilizaremos esto –dijo levantándola para clavársela.

–He dicho que aquí no –volvió a gritar Bieler–. Quedará sangre en la calle. Ya hemos dejado suficientes rastros.

Marian apuntó con el palo hacia el rostro de John Gustav Bieler. Le dio muy

cerca de la nariz. Rugió de dolor. La sangre manaba hacia las comisuras de los labios y entraba en su boca. Sus dientes se tiñeron de rojo.

–¡Joder! –gritó, le arrancó el palo de la mano y lo tiró hacia el muro de nieve.

Marian se agachó, levantó la pierna y lanzó una patética patada de kárate hacia el aire. Notó como su bota impactaba débilmente en el muslo de Adnan Arif. John Gustav Bieler la cogió por la pierna y la empujó hacia atrás. Cayó de espaldas, intentó amortiguar la caída con los codos, se dio con la rabadilla en el suelo. Un intenso dolor atravesó sus antebrazos, siguió por sus omóplatos y subió por su nuca.

John Gustav Bieler le dio una patada fuerte en el costado, se agachó, la agarró por el cuello y la levantó. Habían llegado dos hombres más. Marian vio que uno de ellos llevaba una serpiente tatuada en la mano. Había perdido.

Bieler la retorció y la agarró por las axilas. La arrastró tras él y cruzó la calle. Sus talones rozaban el suelo. Intentó clavarlos en el suelo, dio patadas, como un niño que no quiere ir a la guardería, giró la cabeza de un lado a otro y, de pronto, notó el calor de su mejilla áspera contra la suya y el cuello frío de su gabardina contra la oreja.

–Pronto estarás muerta –siseó él. Un fuerte aroma a una dulzona loción para después del afeitado flotó ante su nariz. Bieler la arrastró hacia la rampa y, de nuevo, por la escalera. Notaba cómo el borde de los escalones se clavaba en sus pantorrillas. Los otros hombres los seguían.

–¡Metedla ya! –gritó Sitek de pronto.

Los latidos de su corazón atronaban sus oídos. Contuvo la respiración y escuchó. A lo lejos se oía lo que parecía un débil llanto.

–¡Vamos! –repitió Marek Sitek.

–¡Joder! –gritó Adnan Arif y sacó un mechero del bolsillo.

–¡Qué! –Bieler gritó a pleno pulmón y la agarró aún más fuerte–, ¿qué pasa?

El llanto lejano desapareció un instante antes de regresar otra vez. Un destello de luz azul se deslizó en forma de arco sobre el cielo y desapareció.

John Gustav Bieler la soltó. Marian resbaló por la escalera y quedó tendida en el suelo. Su cabeza zumbaba. Oyó el sonido de las sirenas que se acercaban y el de las pisadas en la nieve de los hombres que corrían. De pronto pasaron sobre ella las luces de dos faros y un coche de policía paró bruscamente a un par de metros. En un momento aquello era un hervidero de coches de policía que frenaban y de luces azules que deslumbraban desde agresivos focos, impactando sobre la tierra nevada y los coches aparcados.

Diez minutos más tarde el coche de Cato Isaksen y Olav Thiis llegaba a Kullebunnveien. Vieron las llamas a gran distancia. Sobresalían anaranjadas bajo el tejado de la casa. Era un caos de coches patrulla y una ambulancia, casi cruzada en medio de la carretera.

–Ésa es la tienda que Bieler alquiló para su mujer, aparecía mencionada en los documentos que la Policía Judicial recibió de forma anónima.

Frenó de golpe junto a la parada de autobús, detrás de un coche de policía con las luces azules girando, y apagó el motor. Bajaron de un salto.

Los policías locales estaban tensos y serios y hablaban en voz baja. Había dos perros policía. El fragor de las radios policiales salía por las puertas abiertas de los coches. Cato Isaksen se lanzó hacia uno de los oficiales de la patrulla canina. Tenía el rostro redondo y colorado y sujetaba con fuerza la correa del perro. El perro tiraba de la correa y miraba a su guía con gesto suplicante y jadeante.

–¿Qué está pasando? –gritó Cato Isaksen, enseñando la identificación que llevaba colgando bajo la cazadora de cuero.

–Creemos que un par de ellos se han encerrado y prendido fuego, pero otros dicen que han cruzado corriendo el campo que hay tras la casa.

–Los bomberos están avisados –gritó una mujer policía desde uno de los coches.

Cato Isaksen fue hacia ella como en tromba.

–Una de mis subordinadas, la que os llamó, Marian Dahle: ¿dónde está?

Marian frenó en la curva del final del camino, donde la máquina quitanieves había dejado una especie de rotonda. Aparcó detrás del coche solitario cubierto con una funda azul y apagó el motor. Al desaparecer la luz de los faros, la oscuridad era total. Se quedó sentada un momento, con el corazón acelerado y las manos temblorosas, antes de abrir la puerta y salir al frío torpemente agachada. Los policías la habían ayudado a levantarse. Una agente le había dado una toalla para que secara un poco la sangre de la cara. Intentó convencer a la mujer de que estaba bien, pero le pidieron que se sentara en el coche a esperar, dijeron que luego tendría que ir a urgencias, contar lo ocurrido y prestar declaración.

Marian hizo lo que le decían. La mujer policía recibió un mensaje por radio poco después. A la vez, pusieron a un perro a rastrear huellas. Iba a toda velocidad y se lanzó tras la esquina de la casa y desapareció en la oscuridad.

Quien lo llevaba colgaba de la correa, y salió detrás junto con otros dos investigadores. Todo era un caos. Marian volvió a bajar del coche patrulla y corrió hasta su propio vehículo. La llave estaba puesta en el contacto. Se sentó y abandonó el lugar muy despacio. Estaba calada, helada y magullada. Estaba temporalmente apartada del servicio. Era demasiado. No quería ir a urgencias, ni hablar de lo sucedido. Esa noche no. Decidió conducir los pocos centenares de metros que la separaban de la cabaña de Martin. Podía pasar la noche allí y tranquilizarse. Seguro que había conservas y legumbres o cosas así.

Fue despacio por la carretera estrecha y desapareció tras la curva poco pronunciada. En medio del caos nadie se dio cuenta de que se marchaba.

Llegaron más coches y más policías. Hombres y mujeres de uniforme, con bandas reflectantes en los laterales de los pantalones y las chaquetas, bajaban atropelladamente de los vehículos.

Olav Thiis se pasó nervioso la mano por su cabello claro.

–Marian no está aquí –dijo.

–Y su coche tampoco –dijo Cato Isaksen corriendo hacia uno de los coches patrulla. Pensó en los pocos vehículos con los que se había cruzado por el camino. Uno de ellos tenía que ser el de Marian.

Se agachó, puso la mano sobre el techo del coche y observó a una agente que hablaba por la radio.

–¿Cuánto tiempo lleváis aquí? ¿Has visto a mi colega, la que dio aviso?

La mujer levantó la vista un momento, asintió con la cabeza y le indicó con la mano que se alejara.

–Dos personas se han atrincherado en el interior –dijo hablando por el radiotransmisor.

Cato volvió a asomarse al interior.

–¿Eres de la comisaría de Romerike? –la interrumpió–. ¿Estás segura de que no la tienen también *a ella* ahí dentro?

La mujer terminó la conversación y salió del coche.

–Está en aquel coche patrulla de allí –dijo moviendo la cabeza.

Cato Isaksen se dio la vuelta.

–En ese coche no hay nadie.

La mujer policía se acercó al vehículo.

–Pero si le dije que esperara...

–¿Estaba bien?

–Tenía mal aspecto. Le sangraba la cara, pero pudo limpiarse lo más gordo con una toalla. Tenía ciertas dificultades para caminar. Tiene que estar por aquí en alguna parte.

–Pues yo no la veo –dijo Cato Isaksen irritado–, tiene una furgoneta blanca.
La mujer policía parecía estar desconcertada.
–Había una furgoneta aparcada en el camino, por allí.

Sus ojos se acostumbraron gradualmente a la oscuridad. Marian observó la señal que indicaba Hyggeli, y pasó despacio, a gatas, sobre la nieve acumulada por la máquina quitanieves, desde donde una especie de sendero helado subía hacia el interior del paisaje. Todo lo sucedido se agolpaba en su cabeza. Caminó. Paró, tomó aire y siguió adelante en la oscuridad.

En cualquier caso, tenía intención de venir aquí, pero no de esta manera, claro, y no sin Birka. Pero Kari Helene y Juha cuidarían bien de ella por una noche. Lo sabía. Podía imaginárselos. La nevera estaba llena de sobras de comida.

Le dolían los hombros y la nuca. Le castañeteaban los dientes. ¿Se habría roto alguna costilla? Tenía el cuello magullado a consecuencia del agarrón de Bieler. La sangre de la herida de la frente se había coagulado.

Avanzaba despacio sobre el suelo helado. Estaba cubierto por una fina capa de nieve. *Hay un cartel junto al cambio de sentido. Sigue el sendero unos cincuenta metros. Hyggeli está justo detrás de una hilera de altos abetos, junto a un pequeño lago. Si no estamos, la llave está sobre la viga de la puerta, arriba a la derecha.*

Jorunn Hagemann le había contado que Finn Hagemann había tomado la cabaña prestada muchas veces, que iba solo. Era un pensamiento desagradable.

Levantó la mano para tocarse la herida de la frente. Todo lo ocurrido hacía que se sintiera intranquila. Podría estar muerta.

Los abetos destacaban como espadas negras contra el cielo. Un intenso reflejo lunar se extendía por el cielo negro e iluminaba tenuemente el paisaje. Mientras caminaba, su sombra se deslizaba a su lado sobre el manto de nieve de un blanco azulado y brillante.

Frente a ella, en la nieve, había marcas ovaladas, como si alguien hubiera caminado con raquetas en los pies entre los troncos de los árboles.

Se dio la vuelta y vio que el cielo se teñía de naranja por encima de las copas de los árboles, detrás del aparcamiento. Tenían que haber prendido fuego a la tienda.

Cato sacó el móvil de su bolsillo y marcó el número de Marian. Al instante un móvil empezó a sonar muy cerca de ellos. La sintonía de James Bond se oía entre el estruendo de las voces y los ladridos de los perros. Llegaba del otro lado del coche patrulla. Olav Thiis se apresuró a dar la vuelta al vehículo, se resbaló, recuperó el equilibrio y consiguió llegar hasta la caseta de la parada de autobús. Allí estaba el móvil. Sonaba y sonaba, emitía una luz azul intermitente. Se agachó para recogerlo, se acercó a Cato Isaksen y se lo entregó.

–Se le ha caído –dijo–, aquí ha habido una pelea muy seria.

Cato Isaksen lo cogió.

–*Tres hombres capturados detrás de un edificio* –crepitó la radio de una de las patrullas.

–Dos en el interior –gritó otro agente–, el segundo piso está en llamas.

–Están saliendo, con las manos en alto –gritó una mujer policía levantando su arma para apuntarlos. John Gustav Bieler y un hombre de tez oscura bajaban despacio la escalera con los brazos en alto.

Era una cabaña de tablones de madera pintados de color marrón, más pequeña de lo que había imaginado. Marian se estiró temblorosa y palpó con los dedos la viga sobre la puerta. La llave no estaba allí. Un sollozo se abrió paso por su garganta. Un par de raquetas estaban apoyadas contra la pared.

Bajó el picaporte con fuerza. La puerta estaba abierta. Marian entró insegura en la oscuridad. Un aire viciado y frío la envolvió en la pequeña entrada.

–¡Hola! ¿Hay alguien aquí?

Andaba a tientas. Dio una patada a algo, que resultó ser una linterna. La encendió, abrió la puerta del cuarto de estar y enfocó el haz de luz hacia el interior de la habitación oscura.

–¡Hola! –repitió, pero nadie contestó. *¿Por qué estaría la puerta abierta?*

El haz de luz, de un amarillo intenso, recorrió la habitación parcamente amueblada. Cerró la puerta de la calle, fue hacia el sofá y se dejó caer pesadamente sobre él. De una de las sillas colgaba una chaqueta. Éste debió de ser el sitio de Martin. Tenía tanto frío que temblaba.

Cuando los perros policía regresaron, su guía los llevó hacia la tienda. El perro jadeaba mostrando sus afilados dientes y apuntó hacia la puerta abierta

por la que salía débilmente el humo. Ladraba y gemía de entusiasmo y tiraba hacia el interior de la tienda. El agente y Cato Isaksen se introdujeron dentro con el perro. El local estaba lleno de materiales de construcción. Puertas envueltas en plástico se alineaban contra las paredes. Sobre un viejo arcón congelador había un palé de losetas para el suelo.

El perro se había colado por el estrecho hueco que dejaban dos de las puertas, olisqueaba, ladraba y movía el rabo.

–Lo encontraste, ¡buen chico! –gritó el agente de la cara redonda.

Cato Isaksen se lanzó hacia el lugar que el perro había señalado, se inclinó hacia delante agarró dos grandes bolsas de viaje, que arrastró caminando hacia atrás. El guía del perro cogió una de ellas. De pronto, una nube de polvo de un gris negruzco y espeso se precipitó, desde el segundo piso, escaleras abajo. Salieron corriendo y bajaron por la escalera que había junto a la rampa, se pusieron en cuclillas y abrieron las bolsas a la vez. El perro estiraba el cuello. Las dos bolsas estaban hasta los topes de paquetes cuadrangulares cerrados con cinta aislante marrón.

Marian levantó la linterna y fue iluminando las paredes hasta dar con el cuadro eléctrico. Estaba en la pared, sobre la encimera de la cocina. Consiguió levantarse, anduvo torpemente hasta él y apretó el interruptor general. La habitación se iluminó. Apagó la linterna y la dejó sobre la encimera, se aproximó hasta la que debía de ser la puerta del dormitorio. Estaba cerrada. Buscó la llave pero no la encontró.

De pronto tuvo la heladora certeza de que los de Asuntos Internos *también* habían estado aquí.

Se acercó al cajón de la leña, se agachó y tiró tres troncos al interior de la chimenea, gimió en voz alta cuando el dolor procedente de su espalda atravesó todo su cuerpo. Se enderezó, dedicó un tiempo para calmarse e hizo unas tiras de papel con un periódico viejo. Luego, encontró unas cerillas sobre la mesa del salón, junto al libro de firmas de la cabaña.

Olav Thiis arrancó el coche. Ya eran las 21:10. Cato Isaksen le había pedido que condujera de vuelta a Oslo. Echó un último vistazo al caos de policías y coches patrulla que llevaban a los detenidos.

Thiis dio la vuelta en el sitio que quedaba frente a la tienda medio carbonizada.

Cato Isaksen descansó un momento la cabeza en el asiento del copiloto.

—¡Vaya mierda que dejaran que Marian se fuera! No puede ser, coño.

Olav Thiis aceleró.

—Es dura, sabrá salir de ésta. Se siente herida por toda la situación, por estar apartada del servicio.

—Sí, nunca negocia. Supongo que quiere que yo lo pase mal. Podrían haberla matado. Para estos tipos una vida no vale nada.

Pasados unos minutos, Cato Isaksen llamó a Ingeborg Myklebust y la informó telegráficamente.

—Bieler, Arif, Sitek y toda esa maldita panda están esposados en los coches patrulla. Una visión maravillosa, por decirlo de alguna forma. La Operación Corona se ha cerrado.

Ingeborg Myklebust le interrumpió.

—¿Sabes, Cato?, esto es sencillamente genial. Seguro que esto quiere decir que el asesinato del director de la Policía Judicial también va a resolverse. Informaré inmediatamente al director de la Policía de que la Operación Corona ha salido

bien, después de todo. Y mañana tenemos que poner en marcha la búsqueda de Greta Bieler. Ya encajan casi todas las piezas. Y llama también a Marian, tenemos que aclarar cuanto antes...

–Sí, sí, la avisaré –dijo él precipitadamente.

–Ahora vete a casa a descansar, y nos vemos mañana temprano. Y, oye, ¡muy bien trabajado!

–Avisaré a los calabozos de la central y al resto del equipo –dijo Cato, evitando mencionar que era mérito de Marian el que hubieran destapado la operación y que ella había estado en el lugar de los hechos. Tampoco mencionó a Olav Thiis. No tenía fuerzas, ya lo haría todo la mañana siguiente.

Marian encontró algo de ropa colgada de un gancho en el recibidor. Había un leotardo de lana, un jersey y unos calcetines secos. Tenía las manos llenas de arañazos y le dolían las heridas del rostro. Se quitó su ropa mojada y la puso a secar sobre una silla de madera, junto a la chimenea. Metió los pies en un par de grandes botas de agua que había en el recibidor y salió a la oscuridad, se agachó y frotó los restos de sangre de su cara con nieve. Un desagradable viento frío acarició su cabeza.

De vuelta al interior, encontró una lata de carne guisada en el armario de la cocina, la abrió y la calentó en una cazuela que estaba sobre la cocina eléctrica. Fue a buscar nieve con otra cazuela, la puso a hervir e hizo un té. Cogió una cuchara de madera y removió la carne guisada mientras bebía el té en una taza de porcelana con un dibujo de rosas. Encontró un plato muy frío en una estantería, echó la carne y sacó cubiertos del primer cajón de la cocina.

Cuando acabó de comer, echó más leña al fuego y volvió a mirar hacia la puerta cerrada del dormitorio. Podía ver los rostros de Juha y Kari Helene, pensó en John Gustav Bieler, Arif, Sako y el terrible Marek Sitek. ¿Cómo habría reaccionado Cato al recibir la llamada de Olav Thiis?

John Gustav Bieler estaba aún más loco de lo que había imaginado. Pobre Kari Helene.

Un sonido repentino, un pequeño golpe, la sobresaltó. Se acercó a la puerta cerrada, apoyó la oreja sobre ella y escuchó, pero sólo oía los latidos de su propio corazón.

En el felpudo de la calle Hesselberg había un par de botas negras de punta afilada. Cato Isaksen las reconoció en el acto como pertenecientes a Juha Sakkonen. Llamó al timbre. Al instante surgieron del interior los profundos ladridos de Birka.

Nadie abrió la puerta. Se oía altísimo el sonido del televisor. Olav Thiis estaba abajo hablando con Roger y Randi, que vigilaban la entrada, aparcados en un coche civil. No habían visto llegar a Marian. Cato Isaksen sintió un escalofrío. Golpeó la puerta.

–¡Abrid, soy Cato Isaksen! –acercó su boca al quicio de la puerta y volvió a llamar. Los ladridos de Birka sonaban cada vez más altos.

Pasados un par de minutos la cerradura emitió un sonido cauto, y la puerta se abrió un poco. Empujó y se encontró mirando de cara a Juha Sakkonen.

–¿Está aquí Marian? –Birka se restregaba contra sus rodillas moviendo el rabo. La apartó con el pie.

–No, sólo estamos yo y Kari Helene. Estamos viendo un vídeo –Juha Sakkonen intentó empujar la puerta para cerrarla.

Cato Isaksen apoyó la mano sobre el canto de la puerta.

–¿Sabes dónde está? ¿Sabes qué ha ocurrido?

Juha negó asustado con la cabeza.

–¿Qué ha pasado? –preguntó con voz casi inaudible.

–Ha destapado una gran operación de tráfico de drogas, pero ha desaparecido del lugar de los hechos.

–Está bien, ¿verdad? ¿No estará muerta?

–No, no está muerta –dijo Cato Isaksen irritado, y echó a correr escaleras abajo.

Marian miraba fijamente hacia la puerta del dormitorio. El olor de los tablones helados de las paredes irritaba su nariz. Los nudos de la madera parecían lobos, brujas y monstruos. ¿A lo mejor sólo era el frío, que hacía crujir la madera, o un ratón? Pero una sensación de terror se había apoderado de ella. Podía oír la voz del catedrático Wangen en su interior. *Alguien se ha colado en su habitación y lo ha asfixiado.*

Si no quería volverse loca, tenía que tranquilizarse. Esta cabaña no era ningún fin de trayecto. Mañana volvería a casa.

Fue hasta la repisa de la chimenea y miró las fotos. Marit y ella riendo cogidas del brazo. Marit, con pámela debido a la quimioterapia. Unos escasos mechones de un pelo de color alquitranado asomaban por debajo del ala. Marian tenía la cabeza ladeada y una gran sonrisa. Era una de las pocas veces que había posado. Nunca posaba para fotos. O caminaba, o miraba al infinito con aire distraído o se limitaba a estar allí.

Otra foto mostraba a un montón de gente alrededor de la mesa del jardín de Solveien. Las petunias de los parterres que se veían tras ellos eran de un rojo intenso. Los insectos zumbaban en torno a esas flores todo el verano. Marit llevaba un escotado vestido lila y levantaba el vaso para brindar con los demás. Estaban Jorunn Hagemann y Hans Saltaker. La tercera pareja eran John Gustav Bieler y Greta. Tenía que ser ella, la madre de Kari Helene, y la niña que había a su lado ¿tal vez fuera Kari Helene? Finn Hagemann estaba en el extremo de la mesa, medio girado hacia otro lado. Como en la foto de Google, siempre dándose la vuelta. Marian recordó de pronto lo que le había dicho cuando la

pilló con las manos en la masa en el almacén. *Quieres encontrar al asesino, ¿verdad? Cueste lo que cueste. Pero a lo mejor no conocías a Martin tanto como crees.*

Cato Isaksen pasó un momento por su despacho para coger la llave de la casa de Martin Egge. Llevaba el móvil de Marian en el bolsillo. Estaba seguro de que ella se habría refugiado en la casa de Solveien. Su cabeza se había convertido en un hervidero de ideas tal que no había sido capaz de aclararse, pero cuando bajó al patio de la calle Hesselberg con Roger y Randi, de pronto cayó en la cuenta. Iría a Solveien a buscarla inmediatamente. De todas formas, Randi y Roger se quedarían de servicio en la calle Hesselberg, por si acaso aparecía en su propia casa.

Eran las 22:40. Olav Thiis se había ido a su casa, en Parkveien. Habían acordado que bajaría a la comisaría al día siguiente, sobre las dos, para hacer un resumen de lo acontecido y prestar declaración. Por la mañana todo sería una locura, con reuniones del equipo, los distintos departamentos, la prensa..., y con los fiscales para gestionar las peticiones de prisión preventiva para los detenidos.

Al volver de Enebakk, habían hecho una parada en una gasolinera para comprarse tres perritos calientes cada uno, agua y café. Thiis había repetido que Marian estaba desesperada por limpiar su nombre y furiosa por no poder tomar parte en la investigación. Ya no había ningún motivo para seguir sospechando de ella. A Cato Isaksen no le gustó que Thiis dijera que Marian era verdaderamente especial. Por un momento, volvió a verla desnuda.

El móvil de Marian estaba ahora en la mesa, y la funda de plástico con el escueto informe que había entregado acerca del asesinato de Helga Hansen. La luz del flexo proyectaba un círculo sobre ella. Sacó la hoja y volvió a leerla.

Angelina Sakkonen era secretaria de Hans Saltaker. Sospecho que la sobredosis se la pusieron en otro lugar y que Angelina fue trasladada a la estación Sur de Oslo poco antes de morir. Sospecho que pudo ponérsela Saltaker, fue poco antes de que lo arrestaran, o tal vez John Gustav Bieler, o los dos. Comprobad los cabellos de Bieler en este caso.

Si las suposiciones de Marian eran ciertas, John Gustav Bieler podría haber asesinado a cuatro personas. Angelina Sakkonen, su esposa Greta, Helga Hansen y el director de la Policía Judicial, Martin Egge.

Cato Isaksen se acarició la nuca con la mano izquierda y bostezó con tal intensidad que los ojos se le llenaron de lágrimas. Sentía alivio, pero ese alivio se mezclaba con una cierta inquietud que se transformaba en irritación.

Marian estaba tumbada sobre el duro sofá, tapada con una manta. Percibía partículas del olor de su propia angustia y el tufo de la ropa mojada. Le dolían las heridas de las manos y del rostro.

Tenía que dormir un poco, pero el silencio se hizo de pronto desagradablemente cercano, y una nueva ola de ansiedad barrió su cuerpo. Volvió a sentarse, cogió la linterna que había dejado junto al sofá y la encendió. De nuevo dirigió el haz de luz amarilla hacia la puerta del dormitorio. *A Finn le ha prestado la cabaña muchas veces. Le gusta hacer escapadas en solitario.* Su corazón se aceleró. No podía dormir.

Cuando se disponía a apoyar los pies en el suelo, oyó un débil sonido detrás de ella. Venía de la chimenea y sonaba como un banderín que ondea al viento. Algo impactó volando directamente contra su rostro.

Cato Isaksen se inclinó sobre el volante, juntó los dedos y creó una esfera con las manos. Miraba fijamente por el parabrisas. Cuando salía del aparcamiento de la comisaría, llegaron las patrullas con los detenidos. Tres coches, uno detrás de otro, fueron hasta la entrada de los calabozos de la parte trasera de la comisaría, y se detuvieron. Vio la alta silueta de John Gustav Bieler, que era conducido entre dos policías de uniforme hasta entrar por la puerta de la recepción.

Marian levantó la linterna y vio por un instante unos ojos brillantes y una nariz peluda que impactó contra su mejilla. Dejó caer la linterna al suelo. Gritó y pegó manotazos a su alrededor descontroladamente. Un animal volador con piel entre los huesos de sus alas.

Cato Isaksen esperó a que hubieran hecho entrar a todos los detenidos; luego, giró hacia el centro y atravesó despacio las calles silenciosas de la noche. Estaba tan cansado que tenía que esforzarse para no salirse de la carretera. Mañana empezarán los procesos. El fiscal presentaría cargos contra John Gustav Bieler. Y era seguro que el fiscal del Estado también. Aunque no encontraran el cadáver de Greta Bieler, daría lo mismo a todos los efectos. Bieler se arriesgaba a una condena de veintiún años de cárcel. Si Bieler confesaba el asesinato de Martin Egge, podrían olvidarse de todo aquello y Marian podría volver a trabajar. Se pasó la mano por la barbilla. El caso, o los casos, deberían resolverse ahora.

La irritación que le producía que Marian no se pusiera en contacto con él hizo que, por un momento, lo viera todo de color rojo, con ira. No aguantaba tener que dar vueltas toda la noche buscándola. Ya tenía suficiente. Suficiente de todo. ¡Maldita Marian!

Miró la llave de Solveien, que estaba sobre el asiento del copiloto. Lanzaba destellos cada vez que pasaba bajo una farola.

Sólo era un murciélago. El calor lo había despertado.

Marian se tumbó en el sofá y de nuevo intentó conciliar el sueño. El murciélago se había metido en un conducto de la ventilación. Seguro que por el

interior de las paredes se arrastraban termitas y gusanos, bichos que masticaban con mandíbulas minúsculas. Se levantó, fue a encender la luz y luego prendió la vela que había sobre la mesa, se sentó en el sofá y abrió el libro de firmas. Leyó deprisa mientras apoyaba una mano sobre su muslo helado. Se envolvió en la manta. Era la letra de Martin. Había garabateado detalles de excursiones que había hecho hasta allí en solitario, o con Marit.

12.06.1998. Hoy Marit y yo dimos un bonito paseo adentrándonos en el bosque. Llevábamos sándwiches y un termo con café.

Por alguna razón Cato Isaksen sentía una ira que no era capaz de colocar. No era sólo lo de Marian, había algo más. Una minucia que su cerebro no era capaz de localizar. Era algo que Agnes Nicoline Hagemann había dicho de pasada. Un pitido de su móvil le hizo botar en su asiento. Perjuró. Era el aviso de un correo electrónico entrante. Lo miró y echó un vistazo al reloj. Pasaban doce minutos de la medianoche. ¿Quién mandaba correos electrónicos a esas horas?

Marian leyó por encima las anotaciones del libro de firmas, buscaba su propio nombre. Martin y Marit no le habían hablado de la cabaña porque necesitaban tranquilidad. Le resultaba difícil pensar en eso. Entonces, llegó a una página que tenía pegada la foto de una niña rubia sentada sobre el tocón de un árbol. La estudió. La niña podía tener cuatro o cinco años. Era excepcionalmente bonita y sonreía con picardía. De pronto Marian la reconoció. Los ojos verdosos. Era Kari Helene. Había venido aquí, a la cabaña.

Siguió pasando páginas. Sus ojos se detuvieron casi al final del libro.

28.05.2005. Hans y John Gustav se han marchado. Recogeré un poco y luego iré a casa. Ellos creían que íbamos a pescar y a pasarlo bien en Hyggeli, una salida de amigos, pero yo he tenido que hacerles algunas preguntas muy directas. No tenía elección. Aunque Hans lo niegue todo y John Gustav intente que las cosas no sean así, sé que lo que Angelina ha contado es cierto.

Mientras esperaba el semáforo en verde, Cato Isaksen se torturaba intentando reconstruir el asesinato del director de la Policía Judicial. El equipo de investigadores había intentado crear una posible secuencia de los hechos. El caso era complicado y confuso y apuntaba en varias direcciones. Había muchos implicados, un caso complejo que había destapado varios casos menores. Siguió adelante, pero frenó poco antes de llegar a la rotonda de la Ópera, sacó el móvil y abrió el correo electrónico. Era del laboratorio de análisis de Alemania. Sus

ojos volaban sobre las frases. Su pulso se aceleró. Bajó hasta llegar al resultado. Abrió mucho los ojos. Las partículas de pintura negra que habían encontrado en la gabardina de Martin Egge provenían de un Suzuki.

Tiró el móvil sobre el asiento del copiloto. De pronto recordó lo que Agnes Nicoline Hagemann le había dicho a su hija, Jorunn Hagemann. *Finalmente, Finn ha ido ahora a recoger tu coche, Jorunn.* La certeza lo invadió. Pisó el acelerador a fondo y atravesó la rotonda a toda velocidad, forzó el coche hacia el carril derecho y continuó en dirección a Ekeberg. Un pensamiento intentó abrirse paso, pero desapareció antes de concretarse. Tal vez no era todo tan sencillo como parecía. Por supuesto que Finn Hagemann tenía acceso al coche de su hermana. ¿Dónde coño lo había recogido? La coartada para la hora del atropello se la habían proporcionado su hermana y su madre.

Marian pasó la página. Sus ojos cayeron de pronto sobre una poesía con la fecha de la muerte de Marit. Así que había sido *aquí* adonde Martin había escapado cuando ella murió.

Hay un lugar incomprensible,
que existía antes que la Tierra...
Un sitio que no cambia,
donde todo descansa.
No sé cuál es su nombre,
pero lo llamo Muerte.

El nudo que tenía en la garganta se hizo más grande. Martin trabajaba con la muerte. Pero era la muerte de los otros. Pestañeó un par de veces, cerró el libro de firmas y lo dejó sobre la mesa. Se quedó mirando fijamente la tapicería de una de las sillas, pensó que la pena de Martin estaba entrelaza con ese tejido. Echó la manta a un lado y se levantó despacio. Tenía náuseas. De nuevo estaba allí. Se dio la vuelta de golpe. *Era* un ruido. Venía de la habitación que tenía la puerta cerrada. Su corazón latía con tanta fuerza que el pecho le dolía. Tenía que tranquilizarse. Estaba cansada. Pero el sonido seguía en su oído y duraba y duraba. Dio un par de pasos inseguros. Se detuvo y escuchó, pero todo volvía a estar en silencio. Tomó aliento, apretó las manos contra su pecho y fue de puntillas hacia la puerta. Se detuvo a medio metro de ella. Ahí se quedó, mientras notaba el leve olor de su propio sudor. Era como si toda su vida hubiera sabido que *algo* ocurriría. Era esto lo que aparecía en sus pesadillas de niña. Pensó en lo que Finn Hagemann le había dicho en el almacén aquella noche. *Creo que te tomas la muerte de Martin como algo personal, Marian*

Dable. Quieres encontrar al asesino, ¿verdad? Cueste lo que cueste. Pero a lo mejor no conocías a Martin tanto como crees.

Se llevó las manos a la garganta, sintió la sangre atronando en sus arterias, se agachó y miró por la cerradura. Le dolían la cadera y la columna vertebral. El agujero de la cerradura estaba oscuro, casi totalmente oscuro, pero también había algo blanco. No quería, pero su imaginación se impuso. Estaba mirando directamente al interior de un ojo.

Desde muy lejos vio al caniche gigante blanco cruzar la calle. Paró, levantó la cabeza y se quedó mirando hacia el coche. La luz de los faros hacía que los ojos de la perra brillaran como un reflectante en la oscuridad. Cato Isaksen sentía que la angustia se apoderaba de él. Aparcó en el lado izquierdo, salió y cruzó la calle. La perra siguió oliendo el abeto que había junto al camino.

Las ventanas de la vivienda funcional de Egge estaban oscuras. Marian estaría durmiendo. Paseó su mirada calle arriba y abajo, no veía el coche de Marian en ninguna parte, y echó un vistazo al chalet suizo. Ninguno de los dos coches estaba allí, pero de pronto descubrió que había alguien. En la puerta del apartamento del sótano de Jorunn Hagemann había una corpulenta figura encorvada.

Cato Isaksen fue deprisa hacia la casa de Martin Egge. Una fina línea de agujas de abeto iba desde la terraza por la escalera y hasta la calle.

Abrió la puerta y entró.

–¡Hola! –gritó, pero en ese mismo instante supo que la casa estaba vacía.

Después de dar una vuelta rápida por la casa, pudo confirmar que estaba en lo cierto. Marian no se encontraba allí.

Echó la llave y fue trotando hacia la entrada de la casa de los Hagemann. El caniche gigante le siguió. La figura encorvada que había junto a la vivienda era Agnes Nicoline Hagemann. Su visión le desagradó. Había algo en la anciana que no le gustaba.

–¿Está levantada tan tarde? –preguntó deteniéndose a un par de metros de ella. Llevaba una chaqueta de lana sobre el vestido y zapatillas en los pies–. Tenga cuidado, no vaya a caerse, está resbaladizo.

–¿Usted otra vez? Ya sé que está resbaladizo, pero tengo que sacar a la perra antes de acostarme –se ajustó la rebeca de lana sobre su vientre redondeado. Cato Isaksen miraba a la perra y las plazas de aparcamiento vacías. La luz del farol de la puerta proyectaba en la nieve un círculo amarillo.

–Faltan los dos coches –dijo él.

–Sí, será mejor que me acueste, aunque no hayan vuelto –el vaho helado rodeaba su boca.

–¿Dónde están? ¿Cuándo volverán a casa?

–No sé dónde están Finn y Jorunn –Agnes Nicoline Hagemann lo miraba–. ¿Por qué viene aquí en mitad de la noche a preguntar por ellos?

Cato Isaksen tenía frío.

–En realidad estoy buscando a Marian Dahle. Pensé que tal vez habría vuelto

a pasar la noche en la casa de Egge. ¿La ha visto?

La señora Hagemann sacudió la cabeza.

–Ahora no, pero habló con Jorunn antes. Sacaron los árboles de Navidad a la vez.

–¿Sacaron los árboles de Navidad a la vez?

–Sí. Mañana pasa un camión a recogerlos –levantó la mano y consultó su reloj–. Bueno, o mejor dicho, hoy. Es algo que la comunidad...

–¿Cuándo se marcharon Finn y Jorunn?

–Jorunn se fue nada más irse Marian, serían las tres o así. Finn un poco antes. He intentado llamarlos, pero no contestan.

Cato Isaksen se pasó la mano por la barbilla e intentó conjurar un recuerdo de esa tarde. Acababa de mirarse en el espejo del recibidor. Los adornos navideños estaban sobre la mesa. Jorunn Hagemann los iba guardando en cajas. El reloj de péndulo hacía tictac. Él se había acercado a la ventana. Fue entonces cuando Agnes Nicoline Hagemann dijo aquello del coche de Jorunn, que Finn había ido a buscarlo. Esa foto que estaba sobre el alféizar de la ventana, enmarcada. La de Jorunn y su madre. Era la misma que habían enviado al móvil de Martin Egge muy poco antes de que lo atropellaran. La certeza se arrastraba helada por su columna vertebral.

–La foto –murmuró distraído.

Agnes Nicoline Hagemann le contemplaba. Cato estaba a punto de preguntarle por el coche cuando ella dijo:

–Puede que vuelva a ser algo de Kari Helene.

–¿De Kari Helene? –Cato Isaksen la miró desconcertado.

–¿Qué quiere decir?

El caniche gigante husmeaba alrededor de sus pies.

–Finn recibió una llamada de John Gustav y salió a buscar a Kari Helene, pero fue la otra noche, o sea ayer. Puede que Jorunn y Finn la estén buscando hoy también.

–¿Ayer? ¿Finn recibió una llamada de John Gustav ayer?

¿Era posible que Kari Helene no hubiera estado en la calle Hesselberg viendo un vídeo con Juha? ¡Joder! Él no había entrado en el piso. Sólo tenía la palabra de Juha de que ella se encontraba allí.

Una imagen empezó a tomar forma poco a poco, pero se deshizo. Estaba agotado. Todo esto era demasiado. Había un *eslabón perdido*.

Cato Isaksen respiró profundamente y dijo con una amabilidad sorprendente:

–¿Qué fue lo que dijo del coche de Jorunn?

Después de un instante de silencio y concentración absoluta, ella contestó:

–¿Qué coche?

–Le dijo a Jorunn algo de su coche, que Finn había ido a buscarlo o algo así. Y esa foto de la ventana, la de usted y Jorunn, ¿cuándo se la hicieron?

Marian se puso los pantalones con bruscos tirones. ¡Tenía que alejarse de allí! ¿Qué era lo que Jorunn Hagemann había dicho de su hermano? *Nunca ha sido el cuchillo más afilado del cajón.*

Se agachó para ponerse las botas mojadas. De pronto, la llama de la vela osciló frente a ella, sobre la mesa. Marian la miraba fijamente mientras las iba abrochando febrilmente. La llama se inclinó hacia un lado, como si fuera a apagarse. Tenía que haber corriente. Se dio la vuelta de golpe. La puerta del dormitorio estaba abierta. El agujero negro que dejaba en la pared parecía una boca enorme. En la puerta se erguía una persona que la apuntaba con una escopeta.

Agnes Nicoline Hagemann le miró con antipatía, y dejó caer sus pesados brazos a los lados del cuerpo.

–Cookie –dijo apresuradamente–, ¡ven aquí! Ya vale de tomar el aire. Nos vamos adentro. Esa foto es de la Navidad de hace unos años.

De pronto le impactó la idea de que esto podía ser importante, muy importante. ¿Habían hecho una foto de una foto vieja?

–Cuando estuve aquí ayer por la noche, usted dijo algo de que Finn por fin había ido a recoger el coche de Jorunn –repitió Cato Isaksen mostrándole su tarjeta de identificación–. Si no contesta a mi pregunta, tendré que llevarla a la comisaría, señora Hagemann.

Ella levantó la vista.

–No entiendo nada de todo esto. No me hable así –dijo con voz grave–, tampoco soy tonta.

–Ese coche... –repitió él muy serio y avanzó un paso hacia ella.

–El maldito coche estaba en el taller –Agnes Nicoline Hagemann se dio la vuelta y abrió la puerta del apartamento de Jorunn en el sótano.

–¿En el taller?

–Se dio con un poste. No saque conclusiones precipitadas. Finn fue a recogerlo hace unos pocos días.

La anciana entraba por la puerta. Cato Isaksen puso la mano sobre su hombro e hizo que se diera la vuelta.

–¿Se dio con un poste? ¿Y espera hasta ahora para contárnoslo?

Agnes Nicoline Hagemann tenía una luz helada en la mirada.

–No se le ocurra tocarme.

–Pero si el Suzuki no tenía ni una raya, lo vi yo mismo.

–Cierto, el de alquiler no tenía nada.

Jorunn Hagemann llevaba ropa militar verde y botas de montaña negras en los pies.

–Eres lista, Marian Dahle –dijo poniendo una voz infantil y apuntándola con el arma. El anorak de color verde militar estaba abierto. Debajo llevaba un jersey de angora rosa. Marian se dejó caer despacio sobre el sofá. Ahora ya no tenía salvación. Afuera, el bosque era tupido. Sólo Juha sabía que iba a la cabaña y le había pedido que no se lo dijera a nadie.

–No creí que nadie fuera a darse cuenta de que el maldito árbol era un abeto, y no un pino. Tú lo entendiste –Jorunn Hagemann tenía una luz extraña en la mirada.

–¿Entendí, qué?

–Hiciste una tontería muy grande, Marian Dahle. Deberías haberte mantenido alejada de mí.

Marian la miró sin decir palabra. Sentía que las paredes de la pequeña cabaña se cerraban a su alrededor.

Cato Isaksen se quedó con la boca abierta.

–¿Tenía un coche de alquiler? ¿Quién conducía aquella noche? –tenía la mirada perdida. Por supuesto que Finn Hagemann podía haber tomado prestado el coche de su hermana y luego alquilado uno idéntico para ocultar los daños del de Jorunn. Se maldijo por no haber prestado la suficiente atención ni haber captado los detalles para haberlos analizado en su momento.

–¿Quién conducía aquella noche?

–¿Qué noche?

–¡Conteste!

–No entiendo qué quiere decir.

Cato Isaksen miró iracundo a Agnes Nicoline Hagemann, se dio la vuelta de golpe y bajó a toda prisa la empinada cuesta helada hacia su coche civil, se lanzó a su interior y cerró la puerta con fuerza.

La anciana apretó los labios, cerró los ojos un instante, se agachó, cogió al caniche gigante por el collar y lo arrastró tras ella hacia la puerta.

Jorunn Hagemann se humedeció los labios con la lengua.

–No siempre trae cuenta ser tan aguda. Tú sí que eres el cuchillo más afilado

del cajón, Marian Dahle. Y eso tiene su castigo.

Marian dejó caer las manos en su regazo.

–Cuando nos encontramos con los árboles de Navidad, te diste cuenta.

–No sé qué quieres decir –Marian echaba rápidas miradas a su alrededor para ver si había algo con lo que poder defenderse.

Jorunn Hagemann la miró.

–No te molestes en buscar algo con lo que golpearme. Te pegaré un tiro en cuanto hagas cualquier movimiento.

Bajó un poco la escopeta.

–Lo *entendiste* –repitió con dureza, y volvió a levantar la escopeta con un tirón–, lo vi en tu cara. ¿Sabes que yo odiaba a Martin, que nunca me ha gustado? Te pareces a él, o tal vez te parezcas a mí: te llevas mal con la gente. Sí, eres así. Te has enfrentado a Cato Isaksen, ¿verdad?

Marian tragó saliva. Su mente estaba bloqueada. Puntos negros bailaban ante sus ojos.

–Dijiste que vendrías aquí tú sola, que no ibas a hablar con Cato Isaksen, que nadie lo sabía. ¿Estáis enfadados? Lo entendí por la forma en que lo dijiste. Puedo oler la enemistad. Se me da bien. Sólo tenía que darme prisa en cogerte, antes de que os volvierais a hacer amigos.

Marian negó con la cabeza.

–No dejaré que me lo estropees todo, que nos lo estropees. La foto del móvil, ¿verdad? Me calaste el otro día, cuando viste que mi árbol de Navidad era un pino y no un abeto.

Marian notó de pronto lo cansada que estaba. ¿A quién se refería al decir «nos»? Era difícil seguir el hilo de sus pensamientos, pero de pronto tuvo una certeza absoluta. Jorunn Hagemann había enviado una foto antigua al móvil de Martin momentos antes de que lo atropellaran. Como coartada, claro. Para que la policía creyera que Jorunn Hagemann estaba en su casa de Solveien, con su madre, cuando en realidad estaba en ese polígono industrial para atropellar a Martin. Su cerebro no había sido capaz de entenderlo, ni siquiera cuando vio la foto en la pantalla de su ordenador de la comisaría y la imprimió. Era la foto de otra Navidad. Una Navidad en la que el árbol sí era un abeto, no un pino.

Jorunn Hagemann la estudiaba.

–Veo que estás pensando.

–No lo entendí –dijo Marian bajito–, para nada. No te hubiera hecho falta venir hasta aquí para matarme. Podrías haberte librado del asesinato de Martin, pero ahora ya no. Sí, estamos en desacuerdo Cato Isaksen y yo, pero ¿de verdad crees que soy tan poco profesional como para no haberle avisado si *hubiera tenido la certeza* de que eras tú?

El bonito rostro de Jorunn Hagemann se contrajo en una mueca horrible.

Levantó la cabeza y la echó hacia atrás.

–Lo sabías –gritó.

Cato Isaksen conducía por Solveien a gran velocidad.

Golpeó el volante con la mano varias veces mientras se maldecía una y otra vez. ¿Dónde estaba Jorunn? ¿Dónde estaba Marian? ¿Dónde estaba Finn? ¿Y dónde se encontraba realmente Kari Helene? ¿Cuándo terminaría esta locura? De pronto lo supo. Por supuesto que Marian no había vuelto a Oslo. Estaba en la cabaña de Martin Egge, y no estaba allí sola.

No era Finn Hagemann, era su hermana. Marian tuvo que darse cuenta cuando casualmente sacaron los árboles de Navidad a la vez. Por eso no era raro que Jorunn Hagemann tuviera tan buen aspecto en la maldita foto del mensaje. Es que era de hacía varios años, ¡joder!

Agarró el móvil, que estaba en el asiento del copiloto, y marcó el número de Juha Sakkonen sin perder de vista la carretera que tenía delante. Por un momento pensó que su animadversión hacia Marian había mermado su capacidad de razonar y había interferido en la investigación. Juha contestó al momento.

–Soy Cato Isaksen, de nuevo.

Echó un vistazo rápido al retrovisor y redujo la velocidad antes de salir a la carretera principal, en dirección a la ciudad.

–¿Dónde está Marian?

–Bueno, es que no...

–Está en la cabaña de Enebakk –gritó desahogado–, ocultar información a la policía está penado por la ley.

Sintió cómo Juha pensaba.

–Dijo que a lo mejor puedo comprarle esa cabaña –respondió dócilmente–, iba a ir a echarle un vistazo, pero entonces tuvo que seguir al padre de Kari Helene.

–¿Está ahí Kari Helene? Quiero hablar con ella.

–Pero si no habla –respondió Juha.

Cato Isaksen cortó la llamada y volvió a lanzar el móvil sobre el otro asiento. Apretó tanto los dientes que sus mandíbulas crujieron. ¿Cómo se había iniciado toda esta locura? Marian había comentado en una ocasión que Kari Helene había dicho que *no fue ella*. Pero para llegar hasta ahí... Esa certeza debía de haber desencadenado una espiral de horrores. Egge había empezado a investigar. Alguien tenía que detenerlo. Él mismo, como buen imbécil, no había entendido nada. Aún no veía la secuencia de los hechos. ¿Estaba Marian herida de gravedad cuando se marchó de la tienda? Marian lo había pillado todo. Tenía

que ser Jorunn Hagemann quien había atropellado a Martin Egge. También podría haber sido ella quien lo asfixió en el hospital. Ella era la asesina. No Bieler, ni probablemente Finn Hagemann, ni Juha Sakkonen, ni Arif ni ninguno de los extranjeros. Y definitivamente: ¡no había sido Marian!

Jorunn Hagemann tenía que haber sustraído la tarjeta de identificación de Martin Egge. Podía llevarla colgada del cuello cuando fue al hospital. Ni los médicos ni las enfermeras se fijaban mucho en esas tarjetas. Tan sólo se dieron cuenta de *que allí sólo había policías con tarjeta de identificación. Hombres y mujeres que entraban y salían constantemente.*

–Martin hablaba tan bien de ti, Marian –dijo Jorunn Hagemann con la voz impostada–. Ese mierda decía que te salvó de algo terrible cuando eras muy joven –Jorunn Hagemann enderezó el arma y fue despacio a sentarse en la silla que había junto a Marian.

–Pero mírate ahora, con heridas en la cara. ¿Por qué tienes esas heridas en la cara? Nadie sabe que estás aquí lejos de todo, en Enebakk. No podría ser más conveniente para mí. Salí disparada después de nuestro encuentro junto a la cancela. En cuanto te marchaste, me eché encima la chaqueta militar de Finn. Mamá descansaba, así que me fui sin más. No podía perder tiempo en analizar y pensar, tenía que actuar.

–No te librarás de ésta, Jorunn. Es sencillamente imposible.

–Lo conseguiré. ¿Te has caído? Hay un trineo en la leñera con el que te voy a arrastrar hasta el coche. Te dejaré en el asiento trasero. Voy a llevar tu coche, con tu cadáver dentro, hasta el pequeño lago. El que está justo donde se gira para acceder a la calle Kullebunn. He visto un sitio donde hay un agujero en el hielo, junto a la carretera. De alguna manera conseguiré tirar tu coche dentro, para que se hunda. Esperaré a que tu coche se haya ido al fondo, luego volveré corriendo a coger el mío y conduciré hasta Solveien. Nadie te encontrará.

Marian cerró los puños.

–Cato Isaksen miró esa foto del alféizar, pero no lo entendió. Era tan sencillo. Simplemente hacer una foto de la foto y mandarla. La envié segundos antes de atropellar a Martin. Inteligente, ¿verdad?

Marian se aclaró la garganta.

–Cogiste su cartera, pero dejaste el móvil por el mensaje con la foto. Iba a ser tu coartada.

Los ojos castaños de Jorunn Hagemann se iluminaron unos instantes.

–Martin era un cabrón, un delator. Es un delito muy grave traicionar a tus amigos. Si no hubiera sido por Martin... Teníamos un piso enorme en Frogner, con un portal con vidrieras emplomadas y ascensor con puerta de reja. Era un sitio tan bueno como el de Greta y John Gustav. Martin delató a Hans y ordenó que se hiciera la investigación. Hans fue detenido, juzgado y encarcelado. Hans no dijo ni una palabra que implicara a John Gustav. Son dos buenas piezas, pero son amigos y los amigos se ayudan. John Gustav ha seguido administrando el dinero, nuestra fortuna común, que ha seguido incrementándose. Cuando Hans salga, nos iremos a Argentina. Hicimos un pacto Hans, John Gustav y yo. Mientras Hans estuviera en prisión, no

mantendríamos ningún contacto. Cuando salga, empezaremos una nueva vida. No he visto a Hans desde que lo arrestaron. Acordamos divorciarnos. Yo recuperaré mi apellido de soltera. Todo fue un juego de cara a la galería. No puedo visitarle, tengo que resistir. ¡Tú no sabes lo que es echar de menos a alguien!

Cato Isaksen conducía en la noche invernal a gran velocidad. Los pensamientos zumbaban en su cabeza. «Cuando las cosas son tan sencillas que la policía no las ve, entonces eres genial.» La foto del móvil permanecía impresa en su retina. Jorunn Hagemann con un vestido negro, sonriendo de pie detrás de su madre, inclinándose hacia delante. Este caso, o mejor dicho, los dos casos, eran tan absurdos que resultaban irreales. *Nieve Blanca*, irrumpió en su mente. ¿Qué relación podía tener con la familia Hagemann, en su chalet suizo? ¿Tenían algo que ver John Gustav Bieler y Jorunn Hagemann? ¿Cómo había empezado todo, y cómo terminaría? ¿Y quién más estaba en la maldita cabaña? ¿Sería Finn Hagemann a pesar de todo? ¿O eran los dos?

Apretó el acelerador a fondo. Era su culpa. Podía ver a Marian. El pelo negro azabache, cortado de forma precisa y geométrica, recto en la nuca, sobre las orejas y la frente. *El mayor arte en la guerra consiste en someter al enemigo sin luchar*. Ella, que elegiría un lanzallamas como arma, si le dieran la opción. Su inteligencia, que se acercaba a la genialidad.

Ya era la una y media. Volaba por la carretera, casi sin tráfico, camino de Lillestrøm.

–Pero pasa una cosa –dijo Marian sintiendo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas–: han detenido a John Gustav Bieler, a Arif y a todos los demás. Hace unas horas en una operación cerca de aquí, en la tienda clausurada.

–¡Mientes! –Jorunn Hagemann la miró con sus ojos castaños; luego, sonrió–. Mientes –repitió.

–No puedes pegarme un tiro –susurró Marian sintiendo pena, miedo, impotencia y rabia.

Cato Isaksen volvió a pasar por el camino deshabitado que cruzaba Tomter. La luna parecía un recorte de uña sobre el cielo negro.

Los montones de nieve se habían convertido en bloques helados, duros como piedras con aristas irregulares. El coche derrapó de lado un largo trecho, antes de conseguir enderezarlo de nuevo. Trazó la siguiente curva haciendo

saltar la nieve, y pisó el acelerador con más fuerza todavía. De pronto, le deslumbró la luz de unos faros que venían de frente. Un coche pasó a su lado a gran velocidad. Disminuyó un poco la presión sobre el acelerador y se inclinó tembloroso sobre el volante. Miraba fijamente hacia la carretera interminable que tenía por delante.

Jorunn Hagemann sonrió fríamente.

—Antes de pegarte un tiro quiero que lo escuches todo. Cuando Arif vino en Nochebuena, vi que Martin sospechaba. Empezó a hacernos preguntas sobre John Gustav. Cuando Greta me llamó el día 28 hacia las doce y me contó que Kari Helene recordaba algo, entendí a qué se refería. Y pensé: *tiene que ser ahora*. Aprovechando la confusión provocada por la visita de Arif y la memoria súbitamente recuperada por Kari Helene, podría hacer en paz lo que debía. No tenía elección, porque si Martin se ponía a hurgar en el viejo caso del bebé, una cosa llevaría a la otra. John Gustav también estaba intranquilo. Muy intranquilo, a decir verdad. No debía repetirse. Martin podría delatarlo a él también. Había que pararle los pies. Si cogían a John Gustav también, mi futuro estaría definitivamente finiquitado.

Cato Isaksen pasó frente a la tienda medio calcinada. Había huellas de neumáticos atravesando la nieve en todos los sentidos. El Lexus, el BMW, la camioneta y los otros dos coches estaban rodeados de cintas rojas y blancas de la policía que prohibían el paso. Un fuerte olor a quemado llenó el habitáculo. Todavía salía humo de la zona incendiada.

Pensó en Rosmarie Harde. Seguro que Bieler había tenido muchas amantes a lo largo de los años. Mujeres con puestos de los que él podía sacar partido. La vida de Jorunn se derrumbó como un castillo de naipes cuando Martin Egge delató a Hans Saltaker. Lo perdieron todo: el piso, la dignidad y el futuro. Jorunn Hagemann quería vengarse de Martin. La primera vez que fue a la casa de los Hagemann anotó la matrícula del Suzuki en un cuaderno. Creía que era el coche de Jorunn Hagemann, pero era un coche de alquiler. Cuando buscaron el coche en los peajes de acceso a la ciudad, comprobaron que no había pasado por allí a la hora del delito, pero no quién era el propietario. Era un fallo. Un fallo mortalmente peligroso e imperdonable. Maldijo y golpeó el volante con el puño.

—Le propuse que nos encontráramos en ese aparcamiento para que me

ayudara a hacer prácticas de aparcamiento entre dos coches. Me dijo que le parecía un poco raro, puesto que yo había aprobado el examen del carnet de conducir, pero yo insistí en que se me daba mal y en que, de todas formas, el 28 de diciembre era un día aburrido. Además le prometí que luego le invitaría a una cena con vino en mi casa. Siempre estaba hablando de su trabajo. «Cinco de cada seis distritos policiales presentan deficiencias y fallos en sus registros de armas» –lo imitó, mirando a Marian con ojos brillantes–. Vivía para su trabajo.

–Pero tu Suzuki no tenía ninguna marca.

Jorunn Hagemann dejó el arma sobre su regazo.

–Después del atropello lo dejé donde lo había comprado, delante del concesionario Suzuki de Økern. Luego cogí un taxi hasta casa. También llevaba conmigo a la perra de Finn. A la mañana siguiente alquilé un Suzuki idéntico. Vosotros no comprobasteis si era o no mi coche. Basta con hacer las cosas fáciles para que todo vaya bien.

Marian tragó saliva y notó que la angustia helaba su cuerpo.

–¿Y tu hermano?

–Finn no se entera de nada. Admira a John Gustav y hace todo lo que le pide. Pero no entiende nada de lo que pasa.

–¿Y Greta Bieler?

–Greta tampoco se ha enterado nunca nada, la pobre. Es sólo una «señora de».

–Creo que John Gustav Bieler la ha asesinado.

–¿A Greta? –Jorunn Hagemann reía–. ¿Por qué iba a hacerlo? Mira la foto de la repisa de la chimenea. Éramos una pandilla. Yo era la chica que todos los chicos deseaban. ¿Te lo imaginas? Estaban todos locos por mí, pero Hans me amaba. John Gustav sólo quería acostarse conmigo, pero nunca llegamos a hacerlo. Martin ni se atrevía a mirarme.

–No creo que a Martin le gustaras –dijo Marian inclinando la cabeza.

–Era un meapilas de mierda. Cuando de pronto quiso retomar el contacto conmigo, en octubre, entendí que pretendía utilizarme. Sólo quería averiguar si John Gustav *seguía en el negocio*, por así decirlo. Y seguía. Fingí ser una mujer profundamente herida, que estaba furiosa con Hans. Creo que conseguí convencer a Martin de eso, y de que John Gustav era inocente.

Marian levantó el rostro.

–¿Y el bebé?

–Sí, fue culpa de Hans que el pequeño Gustav muriera, pero no fue intencionado. Fue un accidente que se le cayera el azúcar al suelo.

–¿Azúcar?

–A la cocaína se la llama azúcar. Eso tendrías que saberlo tú, que eres policía.

Marian se levantó de golpe y pasó como un rayo junto a la silla en la que estaba sentada Jorunn Hagemann. Se lanzó hacia la puerta y la abrió de un tirón, corrió por el pequeño recibidor y empujó la puerta de la calle con el costado. El aire de invierno golpeó su cara.

Oyó el repentino estruendo de un tiro disparado en el interior de la cabaña. El sonido estalló en sus oídos. Consiguió dar la vuelta a la esquina, se pegó a la pared de la cabaña y escuchó. La luna daba una luz turbia, que se reflejaba en la nieve. El eco del disparo duraba y duraba. Respiraba agitadamente. De su boca salía un vaho helado.

Se asomó, se agachó y salió corriendo. Se hundió en la nieve hasta el muslo, consiguió salir, pero se resbaló en una placa de hielo, cayó de lado y se dio de bruces. Escocía. La nieve que cubría el suelo tenía una costra helada que se clavó en su mejilla.

Se quedó tumbada escuchando. Todo estaba en silencio. ¿Se habría pegado un tiro Jorunn Hagemann?

Marian se apoyó en las manos y se levantó despacio mientras mantenía la vista fija en la puerta abierta. El frío quemaba sus muñecas. Estaba casi de pie cuando oyó la voz de Jorunn.

–¡Para! ¡Te pegaré un tiro! ¡Túmbate!

Jorunn Hagemann estaba junto a ella y la apuntaba con la escopeta.

–¡Date la vuelta! –ordenó apuntando el arma hacia su cabeza–. ¡Mírame!

Marian bajó la vista.

–¡He dicho que me mires!

Marian levantó la cabeza lentamente y miró hacia arriba.

–Quiero que lo último que sepas sea que fue una delicia vengarme de Martin.

Marian percibía cómo la nieve helaba su trasero y su espalda.

–La venganza no está valorada como se merece –continuó Jorunn Hagemann, levantando el arma unos milímetros.

El asco invadía el cuerpo de Marian. Dobló un poco una pierna. Cada movimiento dolía.

Jorunn Hagemann rió y continuó con su voz impostada.

–Martin tenía la mala costumbre de involucrarse con las personas que había tras cada caso. Ésa fue su perdición.

Marian oía los latidos de su propio corazón golpeando su esternón. Intentó

levantarse. Jorunn Hagemann se agachó y le pegó con la escopeta. Marian cayó de lado sobre la nieve.

–Vuelve a sangrarte la cara –dijo Jorunn Hagemann, dando patadas a la fina capa de nieve que cubría el hielo. Fragmentos de nieve dura volaban por el aire. Mientras, Marian sangraba sobre la nieve y la teñía de rojo vivo.

Cato Isaksen quitó las luces largas y frenó. El coche de Marian estaba aparcado delante de un coche cubierto con una funda azul. Salió lanzado y corrió a mirar bajo la lona. Era el Suzuki, el coche negro de Jorunn Hagemann.

Marian cerró los ojos. Ahora lo comprendía todo. Puntos rojos bailaban bajo sus párpados. Kari Helene había hablado con Martin y enfrentado a sus padres, John Gustav y Greta. Greta siempre creyó que Kari Helene había asfixiado a su hermano pequeño. John Gustav Bieler había manipulado a su esposa para que así fuera. Cuando Kari Helene recordó de pronto lo que había ocurrido realmente, esa certeza desencadenó una espiral de horrores, entre ellos el asesinato de Martin, el de su madre y el de la anciana Helga Hansen. El secreto sobre la causa de la muerte del bebé fue una maniobra de ocultación única para Bieler, quien llevó una perfecta doble vida durante muchos años. El dinero era lo más importante para él. Estaba dispuesto a perdonar que su amigo Hans fuera el culpable de la muerte de su hijo. Pero era la fría Jorunn quien había asesinado a Martin. Y ahora iba a matar a Marian. Su vida terminaba aquí, en esta noche helada en la cabaña de Martin.

Un sitio que no cambia, donde todo descansa. No sé cuál es su nombre, pero lo llamo Muerte.

Todo corría por su conciencia, casi tan deprisa como el instante que transcurre entre dos latidos del corazón; el anciano de la playa en Corea, Birka, Juha, Kari Helene y Martin. Por un instante vio la foto, esa en la que era primavera y estaba frente al bloque, junto al árbol, con su madre adoptiva que la miraba. De pronto pensó en Cato. En lo más profundo de sí misma sabía que él era su mejor amigo.

Cato Isaksen corría por la nieve suelta. Paró para escuchar el silencio helado. Su campo de visión estaba reducido por la oscuridad, pero el espacio que había entre los abetos se hacía mayor cuanto más corría. La neblina lunar se había

colgado de la copa de un abeto. Lucía allí como un farol prendido. Oyó un ruido tenue.

–Hay una última cosa que quiero que sepas, para terminar –dijo Jorunn Hagemann–. Fui al hospital después de que Cato Isaksen y la mujer policía rubia vinieran a vernos. En taxi, por supuesto, para que el coche de alquiler no quedara registrado en el peaje. Creí que había conseguido matar a Martin al atropellarlo. Se había dejado su placa de policía en mi casa. No solía tener mucho cuidado con eso. Yo ya contaba con que allí reinaría el caos. No tenía nada que perder. Si Martin sobrevivía, mi vida habría terminado, en todo caso. Mi psicólogo me compara con un domador de leones. Es una buena imagen. Soy como un domador de leones, totalmente visible pero sin miedo. No hay que esconderse.

Marian abrió mucho los ojos. Pero si ésa era *su* estrategia. Tuvo escalofríos.

–El mayor arte en la guerra consiste en someter al enemigo sin luchar –dijo.

–¡Cállate, Marian Dahle! –gritó Jorunn Hagemann, y se pasó la mano izquierda bajo la nariz–, tú no conoces mi teoría del domador de leones.

«Cómo nos parecemos.» Marian se dejó caer otra vez sobre el lecho helado.

–¿Por qué no te limitas a pegarme un tiro? –Marian se llevó la mano al rostro, abrió los dedos en abanico y se tapó los ojos, notó el calor y la humedad de la sangre sobre su mejilla.

Corrió hacia delante, pero tropezó en una huella profunda. Se levantó torpemente. Sus pies se hundieron en un nevero.

El viento soplabá débilmente en las copas de los árboles. A través de su zumbido llegaba otro sonido más agudo, pero los latidos de su corazón lo ahogaban. ¿Podían ser voces?

Escuchó. Volvió a caminar, pero más despacio. Notó que sus músculos se tensaban. Al pasar el denso grupo de altos abetos, vio de pronto las siluetas de unas personas delante de él.

Marian levantó la cabeza. Notaba el olor a hielo y frío húmedo. Una nube se deslizó por delante de la luna tiñendo el paisaje de un negro absoluto. Pero venía alguien. Un hombre. Hacia ella, hacia ellas. Él dobló las rodillas, corrió hacia delante extendiendo los brazos, listo para atacar. «¿Podría ser Finn Hagemann, que venía para ayudar a su hermana?»

El grito se quedó atascado en su garganta. Marian quería levantarse, pero el

frío la mantenía pegada al suelo.

Alguien tiró a Jorunn Hagemann al suelo de un empujón, la puso de lado, sacó el arma de sus manos y la tiró lejos. La luna había vuelto y Marian veía la expresión del rostro del hombre. Los ojos muy abiertos, las arrugas junto a la boca. Un profundo surco a cada lado.

Él alargó la mano izquierda hacia el rostro de Jorunn Hagemann y la puso entre su boca y su nariz, apretó el pulgar contra la mandíbula y la atrajo hacia él con un golpe seco.

Cato Isaksen la agarró por debajo de los brazos y la apartó. Jorunn Hagemann gritaba como un animal. El grito pasó a ser otra cosa, algo que sonaba a risa. Una risa desagradable y enferma, la risa de alguien que había llegado *demasiado lejos*.

La escopeta estaba en el maletero. Marian iba en el asiento trasero con Jorunn Hagemann pegada a ella.

Cato Isaksen las miró por el retrovisor. Una de ellas había amado a Martin Egge, la otra lo odiaba. Una amiga y una enemiga. Jorunn Hagemann era una mujer en la que no te fijarías al cruzarte con ella por la calle. El rostro de Marian estaba lleno de arañazos y sangre que había caído en finos regueros desde la frente y las mejillas.

La asesina se había transformado en un ser huidizo, encogida bajo el brazo de Marian, solitaria y con la respiración asustadiza. Había sido descubierta e identificada; fría y calculadora, una mentirosa patológica y mitómana.

Marian apretó su brazo en torno a los hombros de Jorunn Hagemann y sostuvo la mirada de Cato Isaksen en el retrovisor. En su mejilla había sangre que caía entre la barba incipiente.

El coche iba firme por la carretera resbaladiza, pasó frente a la tienda quemada y los coches aparcados. Por delante de la casa con una terraza cuya barandilla parecía una serpiente chillona, y por el agujero abierto en el hielo del lago, donde empezaba la calle Kullebunn.

Cato Isaksen empezó a hablar.

–Ya pasó todo, Marian. Primero a urgencias, luego una charla.

–No quiero ninguna charla, Cato –su voz sonaba tranquila–. Me voy a casa con Birka.

–La perra está bien, Marian. Estuve allí. Juha y Kari Helene la cuidan.

–¿Estuviste allí?

–Sí, hace unas horas. Estaban viendo un vídeo.

Ella tragó saliva.

–¿Recuerdas que una vez prometiste enseñarme a abrir puertas con una ganzúa, Cato?

Su cara se abrió en una repentina sonrisa.

–¿Y piensas en eso *ahora*...?

Marian sintió una leve risa que empezaba en su estómago. Miró por la ventanilla. Todo estaba oscuro, interminablemente negro.

–Me lo prometiste, Cato, y las promesas están para cumplirlas.

Cambió su mirada hacia el parabrisas. La luz de los faros se deslizaba por la carretera blanca. Notaba el pulso acelerado de Jorunn Hagemann en su cuello, pensó en lo que había dicho de la teoría del domador de leones. La reconocía, pero no quería parecerse a Jorunn Hagemann. Podía escanear los pensamientos

y las mentiras de los asesinos, ponerse en su lugar, analizar cómo habría actuado ella, pero no *era* así. Martín estaba muerto. Pero eso era sólo la muerte. Los muertos no desean volver. *No sé cuál es su nombre, pero lo llamo Muerte.* La muerte espera a todos en algún lugar, la cuenta atrás es todos los días. Nadie había dicho que su vida fuera a durar mucho. Pero volvería a ser verano. Con cuadrados de luz reflejados sobre el suelo del salón y agua turquesa en la piscina, con hojas en los árboles, el cielo azul intenso y los arbustos de escaramujo con hojas dentadas y flores de un rosa pálido destacándose contra la ladera. Ahora tenía un jardín. Estaría bien.

Título original: *Sukkerdøden*

Edición en formato digital: noviembre de 2012

© Unni Lindell, 2010

First published by Aschehoug, Norway.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© De la traducción, Lotte K. Tollefsen, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-87-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Muerte blanca	4
Créditos	343